

Selección RNR

Espíritus del pasado

SECRETOS DEL ALMA II

VICTORIA MAGNO



Juvenil Paranormal

Espíritus del pasado
Saga Secretos del Alma Libro 2

Victoria Magno



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*Para mis hijas, mis grandes amores. Ustedes son la luz y el motor de mi
vida.*

Para ti, papá. Siempre presente, siempre amado, siempre conmigo.

Para Roberto, mi querido hermano.

*Tú siempre me apoyaste y leíste los que fueron los inicios
de este mundo que explotó de mi cabeza directo a mi corazón.*

Gracias por amarlo también.

*"...la dicha se vende una vez sola.
Perdida la patente
nadie podrá comprarla nunca más..."*

Emily Dickinson.
Fragmento del Poema

NOTA EDITORIAL

Selección BdB es un sello editorial que no tiene fronteras. Es por eso que en esta novela que está escrita por una autora latina, en este caso mexicana, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedas darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

Allan caminaba por la aldea sin necesidad de abrirse paso entre la gente. Ellos se quitaban por sí solos de su camino, temerosos de su dura expresión. Con el paso de los años, Allan se había ganado un título de terror entre los miembros del clan, en especial entre los alumnos de su escuela. Ya nadie se metía con él. Le había costado años de batallas, luchas con su padre ante su desobediencia y reprimendas por parte de los altos mandos del clan. Pero valía la pena. Ser temido era mucho mejor que ser la burla de todos.

A pesar de que eso lo había conducido a aislarse al grado de no tener un amigo en el mundo. Por excepción de ella... La sola visión de su silueta en la calle corriendo hacia él le hizo borrar el duro semblante que mantenía en el rostro para adoptar una sonrisa. Madeleine. La única persona en el mundo capaz de conseguir ese efecto en él. De todos sus conocidos, Madeleine era la única que le dirigía la palabra, su única amiga sincera.

—¡Allan! —exclamó ella, colgándosele al cuello para abrazarlo a manera de saludo, como siempre solía hacerlo con él.

—¡Madeleine, no llegues tarde a casa! —le gritó su hermana mayor, montada sobre su caballo no lejos de allí.

—No lo haré, Araiza.

—¿No temes que le cuente a tu padre que te viste conmigo? —le preguntó Allan, observando partir a la joven por el camino.

—Si lo hace, me regañará como siempre —Mady se encogió de hombros—, no es nada nuevo.

—No tienes que aguantar tantas reprimendas y castigos solo por mí.

—Ya te lo dije, ni él ni nadie podrá evitar que sigamos siendo amigos.

—Eres una rebelde desobediente —le dijo Allan a manera de broma.

—Mira quién habla —rio Mady—, el burro hablando de orejas.

—Ya, hablando en serio, Mady... ¿Nunca te ha dado miedo hacer enfurecer a tus padres por ser amiga mía?

—No.

—¿Mady...?

—Allan, no te estoy mintiendo —Ella se giró para encararlo—. Amo a mis padres, pero repruebo muchas de las cosas que hacen. Sabes que por su culpa el pobre Tanek debió marcharse de casa, y todo porque ellos temían que su «condición» se supiera entre la gente.

—¿Te refieres a que es un Kinam, como yo?

—¡Sí! —Los ojos de ella se llenaron de lágrimas—. Tanek, al igual que tú, no tuvo la culpa de lo que le sucedió, y aun así ellos lo rechazaron y lo escondieron de la vista de la gente a tal grado que mi pobre hermano prefirió huir de casa.

—Tal vez sería mejor que yo hiciera lo mismo...

—¡No!

—No te enojas, era una idea.

—Me ha dolido hasta el alma perder a mi hermano mayor y solo poder comunicarme con él a través de una que otra carta que a veces me envía en secreto. No soportaría perder también a mi mejor amigo.

Allan sonrió, secando con el pulgar la lágrima que resbalaba por la mejilla de la joven.

—Tranquila, mientras me quieras a tu lado, aquí estaré.

Madeleine sonrió, aliviada, y reinició la caminata, llevando bien sujeta la mano de Allan.

—Más te vale, o tendré que ir a buscarte donde sea que te encuentres —bromeó ella, aunque por el tono que usó, sus palabras sonaron bastante en serio—. Además, tus padres no son malos contigo como los míos lo fueron

con Tanek.

—No es que mi padre me adore... —bufó él, sarcástico.

—No, pero te ha entrenado y ha dicho públicamente lo que te sucedió. No se avergüenza de ti, como mis padres de Tanek.

—Eso es lo que tú piensas...

—Allan, él no te encerró como si fueras un animal rabioso, mi pobre hermano pasó años en un sótano sin poder ver la luz del sol y teniéndome como su única compañía. Tus padres jamás te hicieron eso, tu padre nunca te puso cadenas ni...

—Está bien, entiendo, mi padre es un santo, ¿contenta? —la cortó él—. ¿Podemos cambiar de tema? No es que esté de muy buen humor para hablar de mi padre.

—De acuerdo... —Mady suspiró, observando las nubes en el cielo—. ¿No te parecen hermosas? Dime, ¿son como algodón cuando te subes en ellas?

—¿Subirme en ellas?

—Ya sabes, cuando vuelas...

—Sabes que no vuelo. Mi padre no me lo permite.

Mady le dedicó una mirada seria.

—¿Y tú con quién crees que hablas para pensar que me voy a creer ese cuento? Sé muy bien que vuelas, Allan. ¿De qué otra forma podrías llegar tan rápido en las noches de mi casa y a la tuya antes de que tu padre notara tu ausencia?

—Me conoces demasiado bien, Madeleine. Tal vez sea momento de separarnos, o terminaré siendo una mala influencia para ti.

—Ya te dije lo que haré si piensas alejarte de mí. Te seguiré hasta el fin del mundo de ser necesario, así que desecha esa idea.

—Bien, bien... No me amenaces. Quizá entonces te lleve a pasear por los aires, de esa forma podrás ver por ti misma de qué están hechas las nubes.

—¡Me encantaría! —sonrió ella, aplaudiendo y levantándose de puntitas para besarle en la mejilla como siempre solía hacerlo.

Allan rio y la tomó de la mano para llevarla con él camino al bosque, el sitio donde practicaban todos los días. Al hacerlo, sintió el tacto de un objeto extraño en la muñeca de la joven, y se volvió para observarlo con detenimiento.

—¿Qué es esto? —le preguntó divertido, al notar que llevaba puesto un brazalete plateado con la figura de un caballo grabado en él, el emblema de los Ruffian.

—Ernesto... —Mady voló los ojos con fastidio.

—¿Ha estado molestándote de nuevo? —Allan frunció el ceño.

—Puedo tolerar que me molesten, Allan, ya estoy acostumbrada. En especial a que lo haga él, que me ha tratado como su saco de pelea desde que tengo memoria.

—¿Entonces?

—¡Se me declaró!

—¿Qué...? —La expresión de Allan fue mezcla de enojo y risa.

—Como lo oyes. Llegó ayer de visita a casa de mis padres, y enfrente de toda mi familia declaró estar profundamente enamorado de mí.

Allan soltó una carcajada.

—¿Y qué le dijiste a ese pelmazo? ¿Le diste una patada en el trasero para lanzarlo fuera de tu casa?

—No, sabes que desde que el jefe del clan lo promovió, Ernesto pasó a ser «respetable» para mis padres —hizo una mueca de fastidio—. Pero a mí ese tonto no me engaña, busca el título de mi familia. Siempre lo ha admirado, era esa la razón por la que me molestaba de niña, ¿recuerdas?

—Claro—asintió Allan sin mucho ánimo. El asunto ya no le caía tan en gracia.

—Pero está loco si cree que podrá ostentar el emblema de los Ruffian en su insignia. Al menos yo nunca cederé ante sus absurdas pretensiones, aunque tenga que usar esta... cosa horrenda —Se quitó el brazalete y lo lanzó lejos—. Listo, ahora podré decirles a mis padres que lo perdí en el campo.

—¿Es que ellos te obligaron a usarlo? —Allan la miró fijamente, toda expresión divertida había desaparecido de su rostro.

—Algo así... —Mady se encogió de hombros—. Mamá dice que no sea descortés al rechazarlo sin darle antes una oportunidad. Me vi obligada a traer esa cosa solo para que él viera que la usaba en la escuela, pero ahora que él no está, puedo deshacerme de eso sin problema... Bueno, ¿comenzamos a entrenar? —le preguntó, cambiando de tema a propósito, notando la seriedad que había adquirido el rostro de Allan, algo que nunca pronosticaba nada bueno.

—Quiero que le digas que se aleje de ti o se las verá conmigo.

—Allan, no pasa nada —ella sonrió de esa forma tan dulce que le conocía—. Nunca le he tomado importancia a lo que Ernesto hace, ¿por qué habría de comenzar a hacerlo ahora?

—Porque ahora él tiene otras pretensiones contigo. Mady, hablo en serio, si él vuelve a acercársete una vez más...

—Allan, tranquilízate por favor —Mady posó sus dos manos sobre sus hombros, transmitiéndole una instantánea sensación de paz.

—No uses tus talentos conmigo.

Mady sonrió de manera pícaro.

—Eres muy guapo, Allan, muy listo y muy simpático. Si tan solo intentaras integrarte un poquito en la sociedad te iría muy bien, estoy convencida de ello. ¡Hasta serías popular!

—Eso no me interesa, y no me cambies el tema...

—No lo hago, solo intento cambiar la dirección de la conversación...

—Es lo mismo.

—Allan, ya, hablemos en serio —le dijo ella, mirándolo a los ojos. La sonrisa se había esfumado de su rostro—. No puedes pretender convertirte en el nuevo ermitaño del clan. Tu madre dice que no ves a nadie, que lo único que haces es entrenar todo el día, y cuando estás conmigo haces exactamente lo mismo...

—¿Has estado hablando de mí con mi madre a mis espaldas? —bramó Allan, molesto.

—Bueno, sí... Pero es porque eres mi amigo, y me preocupas.

—¿Por qué no te preocupas por tus propios asuntos, Madeleine, y dejas de intentar controlar mi vida?

—Allan...

—Ni siquiera eres capaz de controlar tu talento ni tu propia vida, siempre intentando hacer algo bueno por los demás y quedar bien con todos, en lugar de preocuparte de hacer lo que realmente quieres.

—¡Ya basta! —Los ojos de Mady se habían llenado de lágrimas—. Solo intento ayudarte, Allan. No tienes que ser malo conmigo. Te conozco bien, sabes que conmigo no funciona tu fachada de niño malo con la que intentas alejar a todo el mundo para que no te hagan daño.

—¿Y qué prefieres? ¿Tu fachada de niña buena, buscando la aprobación de todos y que todos me amen, aunque odie mi propia vida?

—No digas eso...

—¿Por qué no? ¡Es cierto! Eres tan falsa, tan pusilánime, que antes de que te des cuenta terminarás casada con Ernesto, solo porque es el hombre aprobado por tus padres.

—¡Yo nunca me casaría con él!

—¡Lo terminarás haciendo!

—¡Antes muerta!

—¿Serías capaz de decirle que no a tu adorado padre?

—¡Sí, claro que sí, porque yo amo a otro...! —Se llevó una mano a los labios, callándose abruptamente.

—Así que es ese el verdadero dilema del asunto —Los ojos de Allan se convirtieron en dos rendijas—. Estás enamorada de otro... Y tú, mi querida amiga, jamás me lo dijiste.

—Allan...

—Gracias por tu confianza, Madeleine. Suponía que me tenías en suficiente

estima como para contarme un secreto tan importante como ese. ¿A qué le tenías miedo? ¿A que él se enterara de que eres mi amiga y decidiera que no eres digna de él?

—¡Oh, Allan, eres... eres... un bruto! —le espetó ella antes de salir corriendo a lágrima viva lejos de allí.

Allan agachó la cabeza, sintiéndose más miserable que nunca en su vida...

Había logrado alejar a la única persona en el mundo que lo quería sinceramente, la única que le había brindado su amistad. Quizá, después de todo, Mady no estuviera tan alejada de la razón... Si cambiara, si intentara adaptarse a los demás, ser aceptado por sus compañeros, a ella le sería más sencillo poder ser su amiga, y a él le sería más fácil sobrellevar el día a día... No quería convertirse en un ermitaño, eso seguro, pero tampoco estaba dispuesto a permitir ser la burla de todos, una vez más... Aunque Mady lo valía. Todo por ella valía la pena.

—Está bien, lo intentaré... —pensó en voz alta, recogiendo el brazaletes que Mady había tirado al campo—. Por ti, mi querida amiga, por ti intentaré ser tan amable, querido y popular como el mejor amigo que te mereces... Solo por ti, cambiaré.

Un llamado en la puerta regresó a Allan a la realidad. Alberto se había asomado sin que lo notara y lo llamaba a su lado.

—¿Sucede algo, príncipe Alberto? —le preguntó Allan una vez que hubo llegado al pasillo y cerrado la puerta tras él.

—Llámame Alberto, te lo he repetido cien veces, Allan —le dijo él, posando una mano sobre su hombro para atraerlo, y continuó hablando en un tono más bajo—. Mi padre ya está enterado de todo. Insiste en ir mañana con ustedes a la misión, pero lo he convencido de que lo mejor será permitir al coronel y al general encargarse de esa labor.

—Creo que será lo mejor —opinó Allan—. El rey Ahren es un buen monarca, pero tratándose de su nieta podría perder los estribos si las cosas se ponen difíciles con los padres de Zarah.

—Y no culpo a mi padre, él amaba profundamente a Elizabeth, siempre fue su hija favorita. Perderla fue sumamente duro para él, al igual que a Zyanya. Nunca fue el mismo desde que ellas murieron, y el saber que su nieta está con vida... —suspiró, pasándose una mano por el cabello—. Mi padre prácticamente ha renacido, Allan. No la dejaré partir, y no porque sea una mala persona, es porque ama a esa niña. Debes comprenderlo.

—Lo entiendo, de verdad que lo entiendo, así como entiendo que la familia de Zarah también la ama, y ella a ellos. Separarlos será un golpe demasiado duro para ella.

—No si los hacemos olvidar a todos. Será como si nunca nada hubiera pasado.

—¡Eso nunca!

—Ahren jamás permitirá que su nieta se quede a vivir entre los humanos. Es la única manera...

—Zarah no permitirá que la alejemos de los suyos.

—La haremos olvidar también.

—No, será peor... ¡No lo permitiré! Sería una traición a su confianza.

—Allan, es la única forma. Su familia se pondrá como loca, se opondrán...

—No dudo de que eso ocurra. Su familia la quiere mucho, no creo que la deje ir así nada más por las buenas—Allan lo miró a los ojos—. Esa es la razón por la que hablaremos con ellos mañana, debemos convencerlos de que dejarla venir con nosotros es lo mejor para Zarah y para ellos. Si les explicamos al detalle, lo entenderán. Los Rivadeneira son personas razonables.

—No lo sé, Allan... Yo también estuve allí contigo, vi cómo la trataban, era una hija más para ellos, no la dejarán ir así como así, por más explicaciones que les demos... Tal vez lo mejor sería...

—No. Ya te lo dije, no permitiré que les borren la memoria —dijo rotundamente—, ni a ellos ni a Zarah.

—Si olvidan todo, no se opondrán a nada, dejarán ir a Zarah sin inconveniente...

—Claro, porque no sabrán quién es ella ni que fue parte de su vida. Pero nosotros lo sabremos, y Zarah tarde o temprano terminará descubriendo la verdad, ¿y qué le diremos entonces? —Sus ojos brillaban por el enojo—. No la engañaré, Alberto. Ella confía en mí. No traicionaré su confianza.

—Lo hemos hecho antes, ella no tiene que enterarse de nada. El Consejo fue muy claro con sus órdenes, lo sabes. Si ellos no aceptan nuestras condiciones, deberemos hacerlos olvidar. Es demasiado arriesgado que sepan de nuestra existencia. Los humanos no deben saber de nosotros, es una regla primordial, lo sabes bien.

—Ellos no son humanos comunes y corrientes, son su familia.

—Nos tomó toda la noche borrar la memoria de las personas en la fiesta donde los Kinam atacaron y hacerles creer que surgió una fuga de gas y debían desalojar el lugar, lo logramos, pero estuvimos cerca de ser descubiertos. El Consejo no correrá riesgos, no permitirá que esos humanos sepan de nosotros, lo sabes bien. Fueron tajantes durante el juicio, estuvieron a punto de condenarte a muerte, Allan —Alberto subió el tono de voz, comenzando a enojarse—. De no haberles dicho yo que todo lo hiciste porque habías averiguado que Zarah era una de nosotros, y no cualquier Capadocia, sino una princesa, te habrían mandado al patíbulo.

—Sí, y se suponía que no dijeras nada, Alberto—le recriminó Allan—. Viste cómo se puso ella cuando intenté explicarle las cosas, ¿cómo crees que va a reaccionar cuando se entere que deberá dejar todo su mundo para regresar a vivir con nosotros?

—Somos su familia...

—¡Somos extraños para ella! Zarah no recuerda nada, Alberto. Para ella son sus padres y hermanos humanos su verdadera familia. Si solo conocer la

verdad de su pasado la puso tan mal como para estar al borde de... —Allan se calló y agachó la mirada—. No voy a perderla, Alberto. Prefiero morir.

—Sí, me di cuenta claramente de ello, pero no lo permití y ni lo permitiré ahora, Allan. Vas a cumplir las órdenes que te fueron encomendadas por el Consejo: vas a liderar al equipo que estará a cargo de la protección de la princesa y cumplirás con ese honor, porque sí, es un honor, y cumplirás con esa misión al pie de la letra, así como las órdenes que te den, porque no voy a permitir que te dejes morir, muchacho.

—¿Por qué te importa tanto lo que a mí me pase? —Allan lo miró a los ojos, encendidos por el enojo—. Zarah es tu sobrina, es por ella por quien deberías preocuparte. Antes de que te llamara para confirmar mi teoría ni siquiera me conocías.

—Precisamente por eso —Alberto palmeó su rostro—. De no ser por ti, nunca habría vuelto a ver a mi sobrina. Perder a mi hermana fue un golpe demasiado duro, pero el creer que mi sobrina había muerto con ella, cuando recién comenzaba a vivir... —Lo abrazó abruptamente, escondiendo las lágrimas que habían desbordado por sus ojos—. Me has devuelto un pedazo de mi alma, Allan. Te debo mucho, muchacho.

—No soy un muchacho. Tengo mil años—replicó Allan, suavizándose un poco.

Alberto se separó de él para verlo a los ojos.

—Para mí siempre serás un muchacho... Al menos mientras luzcas de esa manera —Lo miró de arriba abajo con una sonrisa—. ¿Hasta cuándo vas a mantener esa apariencia de adolescente, por cierto? ¿No te cansa mirarte al espejo teniendo esa cara de niño?

—Lo haré mientras ella se sienta cómoda conmigo. Como tú lo dijiste, Zarah es mi responsabilidad ahora, y haré todo lo posible por mantenerla a salvo...

—Es precisamente por esa razón que sé que harás un buen trabajo con ella, muchacho —Alberto sacó su pipa y la encendió.

—Y lo seguiré haciendo —Allan frunció el ceño—. No permitiré que la separen de su familia. Llegaré hasta las últimas consecuencias de ser necesario con tal de protegerla.

Alberto sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Tú ocúpate de Zarah, yo me ocupo de mi padre —Le palmeó el hombro, dándose la media vuelta para volver por donde había venido—. Una cosa más, Allan.

Allan, que ya abría la puerta para entrar de vuelta en la habitación de Zarah, se giró para ver qué era lo que él quería, todavía con la manija de la puerta en la mano.

—Zarah sobrevivió al ataque que terminó con la vida de Elizabeth. No sé si estás enterado, pero mi hermana no era cualquier Capadocia, era sumamente hábil y poderosa —Arqueó una ceja, mirándolo con una mueca que intentaba ser una sonrisa—. Si mi sobrina sobrevivió a un ataque que terminó con la vida de su madre, no debe ser una muchacha tan pusilánime como todos apuntan a creer, ¿no te parece? Yo que tú no menospreciarla tanto su talento.

—Yo no...

—Ten fe en ella, Allan —continuó hablando, marchándose por el camino—. Dale un voto de confianza. Zarah puede ser mucho más de lo que aparenta....

Allan se quedó a solas en el pasillo, con ese esa última idea dándole vueltas en la cabeza.

¿Podría ser que Alberto tuviera razón, y Zarah fuera más poderosa de lo que todos asumían...?

Entró en la habitación y volvió a tomar asiento en la silla, al lado de la cama. Zarah dormía apaciblemente, ignorante de la tormenta que se cernía sobre ella.

En el juicio habían sido muy claros, él debía dirigir la misión para regresar a la princesa a su verdadero hogar y su mundo, liderar al equipo que resguardaría su seguridad y entrenarla personalmente.

Esas habían sido las órdenes dadas por el general Ruperto y Aníbal, su padre... Y si no cumplía, no solo él terminaría condenado a muerte, su misma familia corría el riesgo de ser sometidos al «olvido», el hechizo que borra la memoria, y todos sus recuerdos al lado de Zarah, incluso el saber que tuvieron una hija como ella, desaparecería de sus vidas para siempre. Alberto tenía razón, no era la primera vez que lo hacían, y eran buenos haciendo ese trabajo. Él mismo era un experto, lo había hecho en cientos de ocasiones sin dejar el menor rastro, ninguna pista que pudiera conducir a sus víctimas o los compañeros de sus víctimas a una sospecha de la verdad. Y se había ufano de su buen trabajo hasta entonces...

Ahora la sola idea le provocaba una repulsión semejante a las náuseas.

Pero debía hacerlo, sabía que no tenía alternativa. No era su cuello el que le preocupaba. Era la seguridad de la familia de Zarah. Los Capadocia no eran seres conocidos por su paciencia. Si la familia de Zarah se negaba a dejarla partir, no solo les borrarían la memoria, si llegaban a pelear, los matarían...

No al Alma Pura, claro está. A ella la pondrían a salvo bajo la custodia de otros Capadocia, y le esperaría un destino similar al de Zarah, lejos de su verdadera familia. Pero a los que se opusieran, los matarían, borrarían su rastro de la tierra y de la memoria de sus familiares para siempre, como si nunca hubiesen existido, un borrón en la página que sonaba tan sencillo para algunos de sus compañeros Capadocia como horrendo para él.

Pero era la realidad, y no podía cambiarla.

Si quería proteger a Zarah y a su familia, debería hacer todo lo posible para actuar en su favor al día siguiente. Debería convencer a los suyos de permitirle marchar, o de lo contrario, las cosas terminarían muy mal para todos...

Zarah desistió de poder obtener más información aquella noche, cerró los ojos y se concentró en poner todas sus energías en un intento de recordar, traer a la mente cualquier pedazo de ese pasado robado.

Existían tantas preguntas sin resolver, provocando que mil pensamientos dieran vueltas en su cabeza.

Pronto el sueño la invadió y nuevamente se encontró en medio de un gran alboroto, se oían gritos por todas partes y gente corriendo despavorida.

Se sentía sola y aterrada a tal extremo de quedarse paralizada, cuando, de improviso, un edificio se le vino encima. Súbitamente una fuerte mano la alzó por los aires con extremo cuidado y la apretó contra su pecho. Fue entonces cuando pudo ver su rostro... Era hermoso, de tez morena, el pelo rojo rizado y ojos verdes, idénticos a los suyos. Su dueña se veía preocupada, no obstante, intentaba mantener la calma, mostrándole a Zarah una inquebrantable sonrisa.

Podía sentirla correr sobre la tierra llevándola auestas al tiempo que esquivaba a toda prisa paredes que se derrumbaban sobre ellas intentando aprisionarlas. Unos seres extraños les salieron al paso...

—¡Kinam! —se escuchó gritar a sí misma en el preciso momento en el que la mujer, con una destreza admirable, se deshacía de ellos.

Eso les permitió tomar algo de ventaja.

Llegaron al inicio de un puente, el único conector al otro lado de la profunda cañada. Cuando iban a medio camino, un disparo hizo volar en pedazos el extremo opuesto, dejándolas a un paso de caer al vacío.

Zarah sintió el piso nuevamente bajo sus pies cuando la mujer la dejó cuidadosamente en el mismo borde destruido del puente. Al mirar hacia abajo, vio un acaudalado río cientos de metros por debajo de ellas. La sensación de vértigo fue instantánea, a pesar de que nunca antes le había temido a las alturas...

Escucharon gritos, disparos, amenazas de sus persecutores. La mujer se volteó hacia ellos, protegiendo a Zarah con su cuerpo a manera de escudo. Antes de que ella le bloqueara la vista, la niña pudo percatarse de la presencia de varios hombres gigantesos aproximándose muy aprisa.

Hubo un destello de luz ámbar y los hombres se quedaron petrificados en su lugar.

Sin perder tiempo, la mujer se volvió hacia la niña y se arrodilló frente a ella, tomando su rostro entre sus manos para obligarla a verla a los ojos.

—Zyanya, mi amor, ahora debes hacerle un favor a mamá —dijo la mujer con voz temblorosa y apresurada—. ¿Recuerdas lo que practicamos, de desaparecer y aparecer?

— Sí, mamá —se oyó decir a sí misma con voz infantil.

—¡Muy bien, querida! —la felicitó su madre, forzando una sonrisa—. Quiero que te desaparezcas y vayas a donde fuimos a pasear ayer ¿Te acuerdas?

Zarah asintió con la cabeza, concentrándose en lo que le pedía su madre.

—Sé que está muy lejos y no hemos practicado con una distancia tan prolongada, pero tú puedes hacerlo... —La miró a los ojos, y la luz ambarina se encendió en ellos mientras hablaba—. Hazlo, hija. ¡Confío en ti!

—¡Elizabeth, ríndete y entréganosla! —le gritó uno de sus persecutores.

Elizabeth se volvió solo lo necesario para percatarse de dónde se encontraba el que la había gritado. El monstruo había aparecido entre las ruinas y se acercaba a la carrera hacia ellas, acompañado por varios de sus compañeros. Habían avanzado a tal grado que los separaban tan solo unos cuantos pasos.

La mujer se puso de pie bruscamente y se giró hacia ellos. Una intensa aura ámbar apareció en derredor de ella, al tiempo que un torbellino de aire y polvo las envolvía a ella y a Zarah desde los pies a la cabeza.

—¡Deprisa, Zyanya, vete y no regreses...! —le ordenó Elizabeth, volteando a verla con los ojos completamente cambiados de su habitual color verde a uno ámbar, tan luminoso como si poseyera luz propia—. Ve, mi amor, no te preocupes, yo te alcanzo luego...

Zarah, por algún extraño motivo, no pudo desobedecer aquella orden.

Se visualizó en una granja. La granja que había conocido en un viaje reciente con su madre y, mientras lo hacía, vio disolverse poco a poco la imagen de ella, quien, de algún modo, mantenía a los hombres quietos e inmóviles a unos cuantos pasos de las dos, sin que pudieran acercárseles.

—¡Los está hipnotizando, idiotas, y no se dan cuenta de que la niña se les escapa! —gritó otro hombre que llegó tras ellos, trayendo puesto una especie de casco con lentes que le cubría los ojos y buena parte del rostro—. ¡Pónganse sus cascos y vayan por ellas!

—¡Ve, mi amor! —le dijo Elizabeth de la forma más natural que consiguió, hablándole como si solo la mandara a jugar al parque, y no al destino que le tenía preparado en realidad.

—No, mamá... ¡No por favor...! —gimió Zarah, prendándose a su pierna para no irse sin ella.

Elizabeth se giró y la abrazó, ocultando las lágrimas que bañaron sus ojos al tener que separarse de su adorada hija. Sabía que era por su bien... Era la única manera de salvarle la vida. Sin embargo, le costaba tanto tener que separarse de ella...

—Ve, amor mío —le susurró, agachándose para mirarla a los ojos. Y todo cuanto pudo ver Zarah fue esa luz ámbar que se tornó verde de repente... Un verde que se apoderó de su cerebro y la pequeña supo que no tenía opción. Ya no pudo pensar, ya no pudo resistirse. Solo obedecer.

Zarah dio un paso hacia atrás y se desvaneció en una voluta de humo azul.

Antes de que terminara de desaparecer, Elizabeth tomó la capa de su hija, le dio un beso en la frente, el último que le daría, y la abrazó con fuerza hasta que se hubo desvanecido entre sus brazos.

Luego, sin decir ni hacer nada más para defenderse, ciñó la capa contra su pecho y se lanzó al vacío, llevando muy apretada la prenda de su niña.

Zarah, desde ese espacio entre un lugar y el otro, a medio camino de obedecer la orden dictaminada en su mente a prueba de la negación de su corazón, la vio caer.

No hubo gritos, no hubo llanto. Solo el sonido de la capa ondeando contra el viento mientras veía a su madre por última vez antes de perderse en el vacío...

Y ella se encontró de lleno en otro lugar.

Zarah se encontró dentro de una oscura y destruida habitación, gritando dolorosamente por su madre...

—¡Zarah, despierta! ¡Zarah!

La joven abrió los ojos y encontró a Allan a su lado, muy despeinado y con unas pantuflas de conejo en la mano.

—¿Estás bien? Estabas gritando... —le preguntó él, muy preocupado.

—Sí, gracias... —la joven contestó sin poder evitar sonreír al ver que también llevaba una bufanda colgando, con conejos de peluche bordados a los costados.

—Debió ser mi madre... —confesó él avergonzado, quitándose los objetos de encima—. Desde que era niño es habitual para mí despertar con todo el guardarropa invernal de los conejitos. Me pregunto si mi madre algún día entenderá que hace más de mil años que dejé de ser un niño... ¿Pero qué estabas soñando? —cambió de tema bruscamente, echando los conejos bajo la cama de una patada.

—El mismo sueño que he tenido desde niña.... —La joven intentó incorporarse en la cama, llevándose ambas manos a las sienes—. Pero ahora fue todo tan claro... —Zarah sintió un nudo enorme en la garganta, y sus ojos se inundaron de lágrimas, como si reviviera en carne propia la visión de su sueño—. Allan, creo que vi a mi madre...

—¿A Elizabeth? —preguntó desconcertado.

—Sí, ¡así era como se llamaba la mujer de mi sueño!

—Imposible... Los Kinam te hicieron olvidar, se supone que no puedes

recordar nada....

—Estoy segura de que era ella... —Zarah lo miró a los ojos, intentando recordar—. Era muy hermosa, tenía ojos verdes y el pelo rojo... ¡Estoy segura de que era ella!—Rompió a llorar, sintiéndose más impotente que nunca.

—Tranquila, Zarah, tranquila...—la abrazó, intentando consolarla.

—Ella se lanzó al vacío... Lo hizo para salvarme, y yo no pude hacer nada para evitarlo.

Allan se quedó callado y buscó sus ojos.

—¿Qué has dicho?

—Se lanzó al vacío... —gimió, limpiándose una lágrima—. Nos perseguían, eran muchos... Y ella no podía continuar deteniéndolos a todos. Tenían unos cascos...

Allan frunció el ceño.

—Esos cascos los usan los Kinam para evitar que puedan entrar en su mente los telépatas. Y tu madre era una telépata... ¿Cómo puedes recordar eso?

—No lo sé, no lo hago a propósito, son imágenes que vienen a mis sueños. Siempre ha sido así.

—¿Y qué sucedió después?

—Ella me pidió que me fuera.

—¿Que te fueras?

—Sí... No lo entiendo, esa parte siempre ha sido confusa... Estamos al final de un puente destruido y ella me abrazó y me dijo que desapareciera. Yo no quería dejarla, pero no pude desobedecerla... Debí dejarla allí, con ellos... Y mamá murió... —se soltó a llorar una vez más.

—Zarah, tranquila —La estrechó una vez más contra su pecho—. Probablemente no pudieras hacer nada para evitarlo. Tu madre debió manipular tu mente, hipnotizarte, para obligarte a cumplir sus órdenes. Elizabeth era una telépata sumamente poderosa, no había nada que pudieras

hacer para evitarlo.

Zarah continuó sollozando a pesar de sus palabras, y Allan la abrazó con más fuerza, apoyando su cabeza contra la suya.

Transcurrieron varios minutos antes de que Zarah se tranquilizara, y Allan se mantuvo en su lugar, firme como una roca, sin apartarse de ella. Y, cuando finalmente Zarah se quedó en silencio, él continuó abrazándola, confortándola con su sola presencia, haciéndole saber que estaba allí para ella.

—Hay algo que no entiendo... —dijo ella tras una larga pausa que pareció durar horas.

—¿Qué cosa?

Zarah se separó solo lo suficiente para verlo a los ojos.

—Tú me dijiste que los Kinam me borraron la memoria y me dejaron entre la gente. Pero cuando desaparecí no había ningún Kinam donde llegué. De hecho, no había nadie ahí. Era una cabaña vacía y en ruinas en medio del campo.

—También estaba pensando en eso —le confesó él—, pero existen muchas explicaciones posibles, como que te hayan seguido o encontrado más tarde. No lo sé, pero es un punto importante que deberé investigar de tu pasado.

—¿Entonces, realmente crees que soñé con ella? ¿Que es a mi madre a quien siempre he visto en mis sueños?

—Sí, es muy probable —afirmó Allan, aún mirándola extrañado—. Era una mujer muy hermosa, y muy poderosa... Probablemente tú hayas heredado algo de su poder, de otra manera no me explico cómo podrías recordar esos eventos. No debías de tener más de cinco años...

—¿Tú la conocías?

—No, nunca la conocí. Ella era una princesa del Círculo de la Estrella de los Cinco Picos. Nunca tuve contacto con ella, ni contigo... —Agachó la vista—. Como te expliqué, fueron los eventos que sucedían a tu alrededor los que despertaron mis sospechas de que podías ser una humana fuera de lo

normal. Y tras la investigación, descubrí quién eras en realidad... Fue solo una casualidad.

—Oh, entiendo... —Zarah desvió la vista, decepcionada.

—Pero no significa que no haya sabido de ella, de hecho tu madre es muy famosa entre La Capadocia.

—¿En serio? —Zarah lo miró con una sonrisa renovada.

—Por supuesto, tú misma debiste verlo en tu sueño. Tu madre era un Alma Ámbar, una de las Almas más poderosas de La Capadocia.

—¿De qué hablas...? ¿Qué son esas cosas de las Almas que mencionas?

—Es un método de separación de los grados de jerarquía de los miembros de La Capadocia—se sentó a su lado—. No todos nacen siendo miembros de La Capadocia como tú, la mayoría, y me incluyo en esa categoría, nacemos fuera de La Capadocia y debemos ser seleccionados para entrar; «Los elegidos de los elegidos», como nos llaman.

—Qué extraño...

—No mucho en realidad, piensa que es una selección. No todos podrían entrar, o correríamos el riesgo de que La Capadocia cayera en una categoría más baja de su nivel, y considerando que nuestro más grande enemigo son los Kinam, y que ellos son extremadamente poderosos y fuertes, no podemos permitirnos eso. Así pues, es una manera de mantenernos selectos con lo mejor de lo que existe.

—¿Y qué tienen que ver las Almas que mencionaste?

—Hay dos tipos de orden en La Capadocia, y todos nuestros integrantes deben someterse a ella. La primera orden son los Niveles. Algo así como la escuela, vas estudiando y entrenando en las Artes Capadocias hasta alcanzar el grado más alto. Las otras son los Grados de Jerarquía, que es la cantidad de poder con el que naces, ¿me explico?

—Niveles, es lo que aprendes; Grado de Jerarquía, es con lo que naces.

—Exactamente —asintió él—. Hay cuatro Grados; los de cuarto grado son los Militantes; algo así como humanos comunes y corrientes que tienen un

poco más de poder y desean unirse al ejército de La Capadocia. Les siguen los Anillos de Cristal y los Antiguos; hombres con talentos más allá de los normales, como ver el pasado o el futuro, o hablar con espíritus.

—¿Lo dices en serio? —lo interrumpió ella, asumiendo que bromeaba.

—Por supuesto, ¿continúo?

Zarah asintió, mirándolo con la boca abierta.

—En el segundo grado de la jerarquía entran los Iris; almas de colores distintos, dependiendo de su talento. Patrick, por ejemplo, es un Alma Rosa, tiene el poder de hablar con los animales; Raquel es un Alma Turquesa, puede manipular el agua, y Becca, su gemela, es un Alma Malva, es decir que tienen la capacidad de controlar el viento.

—Increíble...

—Pues créelo, porque es real y tú lo viste —sonrió él—. Finalmente, y en primer lugar, con el más alto grado de jerarquía y poder, están las Almas de Fuego, que son siete, y su poder va a depender del color y cercanía con la flama en la que está inspirado su nombre; la más alejada de la flama es el Alma Plateada, le sigue el Alma Roja, como yo.

—¿Tú eres un Alma Roja?

—Así es.

—¿Es por eso que te conviertes en algo tan grande y poderoso como esos Kinam que nos atacaron?

—De hecho, no... —suspiró, desviando la mirada—. El Alma Roja tiene el poder de controlar el fuego, un fuego muy intenso, el único capaz de quemar a los Kinam, que poseen una armadura natural especial en su piel.

—Oh, vaya...

—Después del Alma Roja sigue el Alma Naranja y Ámbar, como tu madre; el Alma Amarilla; el Alma Dorada, el Alma Azul y el Alma Blanca, la más poderosa de todas, pero como no existe ninguna que sepamos, el Alma Azul se viene a convertir en la más poderosa de todas.

A Zarah le llamó la atención que él cambiara tan bruscamente de tema, pero

prefirió no forzar el asunto. Si él no quería hablar al respecto, era por algo, y no quería poner más tensas las cosas. Ya de por sí se sentía demasiado agotada.

—Entonces... —suspiró, sin poder todavía creer lo que iba a decir, pero ya, tenía que admitirlo, no estaba soñando y todo cuanto le decían era real. O una alucinación muy creíble—, ¿mi madre era un Alma Ámbar?

—Así es, es una subcategoría del Alma Naranja, un Alma sumamente poderosa y con grandes talentos, pueden controlar la mente de otras personas a su antojo, leer pensamientos, hipnotizar, entre muchas otras cosas. Sin mencionar que Elizabeth ya contaba con el Nivel de Mentalista. Aunque he escuchado rumores de que ya era Alquimista. Y no lo dudaría, tu madre era una mujer brillante, una de las personas más inteligentes que ha existido.

—Cuando mencionaste lo de Mentalista y Alquimista, ¿te refieres a los Niveles que se adquieren en la escuela?

—Sí, en la «escuela Capadocia» —rio Allan—. Algo así. Los Niveles son también siete, comenzando por los Iniciados, le siguen los Estudiantes, los Instructores, los Maestros, los Mentalistas, los Alquimistas y finalmente los Alma de Fuego Renacidas, que forman el círculo que rodea a los miembros de la Estrella de los Cinco Picos.

—¿Y tú qué eres?

—Maestro.

—Increíble... ¿Quiere decir que eres... importante, no es así?

—Algo así —se encogió de hombros—. Estoy por pasar al grado de mentalista.

—Mi madre era mentalista, y dices que era muy inteligente. Tú debes de ser un genio, en ese caso, siendo tan joven...

—Zarah, tu madre era menor que yo... Tengo más de mil años.

—¿Tú...? ¡Tú...! ¡¿Tú?!

Allan sonrió, como siempre hacía con las tres respuestas en distintos tonos de Zarah.

—Sí, yo.

—Pero... pero... —Zarah se llevó una mano a la cabeza—, esto es demasiada información junta. ¿Cómo puedes tener más de mil años? ¡Es imposible! Eres joven, vas en mi escuela... ¿Es esa la razón por la que tu madre dijo eso de «deberías verlo con veinte años más»? —recordó de repente.

—Relájate, no quiero que te vuelvas a poner mal.

—Estoy bien —le dijo con una voz demasiado aguda, mirándolo con ojos desorbitados.

—Zarah, no te diré nada hasta que...

—¡Contéstame! —chilló ella, demasiado alterada como para esperar más.

—Sí, Zarah, podemos manipular nuestra apariencia a nuestra conveniencia —contestó Allan, poniéndose serio—. Aníbal, mi padre, podría verse más joven que yo si quisiera, y tiene mil años más que yo. Al igual que Ruperto, el general de la base, quien está por alcanzar los tres mil años.

—¿¿Qué cosa?! —Zarah abrió al máximo la boca—. ¿Quieres decir que pudo conocer a... no sé... Cleopatra?

—Zarah, ya contesté tu pregunta. Ahora descansa.

—¡Espera! —Ella lo sujetó por la muñeca antes de que pudiera marcharse. La misma corriente eléctrica los recorrió, provocando en ella un sobresalto.

—¿Qué ocurre? —le preguntó él con una mirada singular, como si hubiera sentido lo mismo.

—¿Qué edad tengo yo?

—¿Qué no lo sabes? —rió él, pero ella se mantuvo impasible.

—Si perdí la memoria, bien podría tener mil años como tú y no recordarlo.

La sonrisa en el rostro de Allan desapareció. Por un momento Zarah habría jurado ver un atisbo de tristeza a través de la intensa luz de esos ojos negros, pero él desvió la mirada antes de permitirle cerciorarse de ello.

—Tienes dieciséis años, Zarah.

—¿Estás seguro de eso?

—Tanto como que eres la princesa Zyanya de los Blancos, heredera del trono de los Blancos de la Estrella de los Cinco Picos.

Zarah no podía asegurarlo, pero creía haber escuchado un dejo de amargura en el tono de su voz.

—Ahora, si me disculpas, princesa —Se inclinó en una reverencia para enseguida hacer el saludo con los dedos índice y corazón de la mano derecha sobre la palma extendida en vertical de la izquierda. El mismo saludo que los otros habían hecho—. Me retiro.

—Allan...—musitó Zarah, pero él ya se había marchado, dejándola a solas en la habitación.

—¿Una princesa? —le dijo una voz al salir por el pasillo.

—¿Raquel?

—¿Tenías escondida a una princesa y nunca nos lo dijiste?

Allan la miró a los ojos, impasible.

—¿Todo lo que hiciste acercándote a ella...? Todo fue siempre una mentira...

—No fue una mentira.

—¿Y cómo llamas el que no me dijeras lo que sabías de ella?

—No lo supe sino hasta hace unas semanas, Raquel.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

Allan negó con la cabeza.

—Eso ya no tiene importancia... —se giró para continuar su camino, pero ella se interpuso frente a él.

—Pareces muy encariñado con ella.

—No quiero hablar ahora, Raquel.

—Algo que me parece sumamente extraño proviniendo de ti... —continuó hablando ella, aproximándose con paso felino hacia él—. ¿No habías jurado nunca no volver a amar a nadie?

—Raquel...

—¿No lo dijiste, Allan? —repitió ella, subiendo el tono de voz—. ¿No fue lo que me repetiste una y otra vez, cada vez que yo te pregunté por qué no podíamos intentarlo de nuevo?

—Raquel, eres mi amiga, yo te dije...

—¡No, tú me dijiste que nunca olvidarías a Madeleine! —rugió ella, al tiempo que las lágrimas desbordaban por sus ojos—. ¡Juraste no volver a amar a otra mujer en tu vida! ¿Ahora vas a negarlo?

—No.

—¡¿Entonces por qué te estás portando como un adolescente enamorado con esa niña?! —Señaló a la habitación—. ¡¿Crees que no me he dado cuenta de cómo la miras?! ¡No habías tenido esa mirada desde que murió mi prima!

Allan desvió la vista, esquivando esos ojos acusadores y brillantes.

—¿Por qué me haces esto, Allan? —le preguntó ella, adoptando un tono de voz completamente diferente, un tono lleno de aflicción—. Yo siempre te he querido, lo sabes... Siempre he estado a tu lado, apoyándote, cuidando de ti... Manteniendo viva la esperanza de que un día te dieras cuenta de tus sentimientos y me vieras con ojos diferentes.

—Raquel...

—Pero solo debió aparecer esa niña con ojos de mosca muerta y tú caes a sus pies como si te hubieran domado... o hechizado... ¿Qué fue lo que te hizo, Allan? ¿Por qué ella...? ¡¿Qué tiene ella que no tenga yo?!

—No es eso, Raquel...

—¡Es solo una niña, Allan! ¡Solo tiene dieciséis años! Ni siquiera ha terminado de pasar la pubertad. Tú y yo tenemos muchas más cosas en común, compartimos un milenio de existencia, ¿cuántas personas pueden decir eso? ¡Ni siquiera en La Capadocia quedan parejas tan antiguas como nosotros!

—No somos pareja, Raquel. Te lo he dicho.

—Sí. Como me dijiste que nunca más amarías a otra mujer, que tu corazón había quedado cerrado para siempre con la muerte de Madeleine, ¿que era esa la razón por la que no podías amarme!

—¡Es cierto! —bramó él, explotando al fin—. ¡Todo eso es cierto!

—¿Y entonces qué excusa tienes para haberte enamorado de ella? —le preguntó en un tono lleno de reproche y de dolor.

Allan la miró a los ojos y agachó la cabeza, negando lentamente.

—¿No qué...? ¿No la amas?

—Zarah y yo nunca podremos estar juntos, Raquel —Allan habló después de una larga pausa, levantando la cabeza para volver a encararla.

—¿Qué...? ¿Por qué no? —le preguntó sinceramente desconcertada, a pesar de que esa noticia debía alegrarla.

—Zarah es una princesa. La princesa Zyanya de los Blancos...

—¿Entonces es cierto...? —Raquel arqueó las cejas—. Creía que todos estaban exagerando... ¿Es cierto entonces, ella es una princesa de verdad? ¿No es solo una excusa para distraerlos y luego borrarles la memoria?

Allan negó con la cabeza.

—La noticia ya fue dada a la familia real de los Blancos. Yo tengo la labor de dirigir al equipo que la resguardará hasta llegar a Tierra de Libertad. El Consejo me ha permitido elegir a mi equipo —la miró a los ojos—. Nosotros estaremos encargados de su protección.

—Pero... pero...

—No es una pregunta, Raquel. Es una orden —le aclaró antes de que pudiera negarse—. Lo siento, no quiero mostrarme intransigente contigo, eres mi amiga, pero también eres una excelente guerrera y te necesito a mi lado en esta misión.

—¿Cómo puedes pedirme eso? ¿Cómo, cuándo sabes que yo te quiero y tú deseas que proteja a la mujer que tú amas?

—No importa lo que yo sienta. Zarah y yo nunca podremos estar juntos —desvió la mirada, ocultando el dolor que le producía pronunciar esas palabras—. Zarah es una princesa. Yo un simple soldado. Nunca podré amarla. Ella está fuera de mi alcance...

—Como si esto alguna vez te hubiera detenido —bufó Raquel, cruzándose de brazos—. Se supone que no podemos juntarnos con los Homo, y eso no te evitó intentar conquistarla cuando creías que era una chica común y corriente.

—Siendo una niña común y corriente habría podido estar con ella. Siendo

una princesa está tan lejos como las estrellas para mí.

—Pero siendo una homo tú habrías tenido que dejar de ser un Capadocia... ¿Tú... tú habrías hecho eso por ella? —El rostro de Raquel se deformó a causa de la sorpresa y la desolación.

Allan la miró pero no contestó, y se dio la media vuelta para continuar su camino.

—¡No me dejes con la palabra en la boca, Allan! ¡Contéstame, es lo menos que me debes! —Se le paró enfrente, impidiéndole continuar caminando—. ¿Habrías hecho eso? ¡¿Habrías abandonado todo y a todos por quedarte con ella?!

— Sí. —contestó Allan al fin, tras varios segundos de silencio—. Es justamente lo que iba a hacer la noche que nos atacaron los Kinam.

—¿Tú...? ¡¿Tú ibas...?!

—Yo sabía quién era realmente Zarah, pero nadie más tenía conocimiento de mi descubrimiento. Alberto había jurado guardar silencio, la única razón por la que abrió la boca fue para salvarme el cuello, de lo contrario, el secreto jamás habría sido revelado —los ojos de Allan se desviaron hacia la puerta de la habitación de Zarah, y una luz soñadora se encendió en ellos—. El plan era sencillo. Si yo no decía nada, ella podría haber continuado con su vida, ignorante de qué y quién era en realidad, viviendo una vida normal al lado de su familia y amigos, feliz en su mundo... y yo me habría unido a él. De haber salido todo bien, de haber continuado las cosas su marcha habitual, habríamos podido estar juntos.

—Pero... pero...

—El dejar el mundo Capadocia no es una obligación total, lo sabes. Pero yo lo habría hecho, sí —La miró a los ojos antes de desviar la mirada nuevamente en dirección a la puerta—. Lo iba a hacer. Tenía toda la intención de ello. La noche de la fiesta me iba a declarar, le iba a pedir que fuéramos novios, sí. Tenía planeado abandonarlo todo por estar con ella, sí. Porque sabía que si yo continuaba en contacto con el mundo Capadocia, tarde

o temprano la descubrirían...

Los ojos de Raquel se llenaron de lágrimas. Allan se giró hacia ella y la abrazó, intentando consolarla.

—No llores, amiga mía. Nada de eso pudo ser. Los Kinam truncaron mi camino... una vez más.

—Pero lo ibas a hacer —le dijo ella, con voz rencorosa—. ¡Ibas a dejarlo todo por ella!

—¿Y qué importancia tiene ahora? Zarah es una princesa, el Consejo ya lo sabe, el círculo y los cinco reinos ya fueron avisados de su existencia, en este momento deben venir en camino para acá para conocerla y restituirla en su lugar en el trono... Todo se acabó. Ella y yo jamás podremos estar juntos.

—¿Y pretendes que crea que por solo un tonto título tú vas a mantener la distancia con ella? —se separó de su abrazo bruscamente—. Te conozco, Allan, nunca te das por vencido cuando quieres algo. Y la quieres a ella... — Agachó la cabeza, ocultando el rostro y las lágrimas entre sus manos.

Allan no tuvo palabras para consolarla esta vez. Sabía que amar a Zarah era imposible, pero la amaba. Continuar hablando con Raquel no habría sido nada más que un tormento para ella, una declaratoria de lo que no podría ser, de lo que nunca llegaría a suceder, a pesar de que él nunca dejaría de desearlo. Y para ella la reafirmación de que nunca podría llegar a amarla...

Sin decir más, Allan se dio la media vuelta y se alejó por el corredor.

Raquel, al quedarse sola, se soltó a llorar de lleno. Porque sabía bien que, a pesar de haber esperado mil años por ganarse el corazón de Allan, perdido tontamente tantos, tantos años atrás, la oportunidad de rectificar su error se alejaba de ella una vez más, dejándola llena de vacío y soledad, e invadiéndola de desesperación y desolación, porque sabía que él nunca podría llegar a amarla...

Allan tenía diecinueve años, y por primera vez en mucho tiempo caminaba contento por el sendero que conducía desde su casa a la de Mady.

La vio antes de llegar, caminando apaciblemente por la orilla del río, recogiendo flores silvestres. Se veía tan hermosa como siempre, vestida con un largo vestido color gris y el cabello suelto ondeando al viento, sujeto únicamente por una delicada diadema de plata.

—¡Mady! —le gritó, corriendo hacia ella a través del campo colmado de flores.

Ella se volvió al instante de escuchar su voz y le sonrió.

—¡Allan...! —se enderezó para recibirlo con un abrazo, como siempre. Y él no se hizo esperar, la rodeó con los brazos y la levantó en el aire, haciéndola girar alegremente.

—¿Qué es lo que te sucede? —le preguntó ella entre risas, aún aferrada a su abrazo—. Hacía mucho tiempo que no te veía tan contento.

—¿Y cómo no he de estarlo? —la bajó al fin y la miró a los ojos—. ¡Tengo conmigo a la mujer más hermosa del planeta!

Los ojos de Mady se ensancharon al máximo, dedicándole una mirada colmada de luz y de ilusión.

—Allan... —No pudo decir más, embelesada por sus palabras.

—Oh, Mady, soy tan feliz —Él la besó en la manos—. Y quería compartir esta felicidad contigo.

—Creí que nunca dirías algo como esto...

—Yo tampoco —La soltó y se inclinó para tomar las flores que ella había

estado reuniendo ese día y que habían caído al suelo en medio de los abrazos, y con el ramo en su mano, se giró una vez más hacia ella—. ¿Mady...?

—¿Sí, Allan? —sonrió, sin poder ocultar todo el amor que sentía en esa sola palabra.

—¿Podrías obsequiármelas para dárselas a Raquel?

La sonrisa en el rostro de Mady se borró al instante, al tiempo que la sangre se le iba al piso.

—Oh, lo sé, es mucho pedir —dijo él, entregándole el ramo—. Debiste pasarte toda la mañana escogiéndolas como para que yo ahora quiera pedírtelas así nada más.

—No, no... —Ella le devolvió las flores, intentando disimular el temblor que sentía en la voz—. Por favor, acéptalas como un regalo de mi parte.

—¿Segura?

—Por supuesto —Mady forzó una sonrisa, a pesar que todo cuanto quería hacer en ese momento era echarse a llorar.

—¡Oh, Mady, eres la mejor! —La besó en cada mejilla—. Eres la mejor amiga del mundo, sin ninguna duda.

Madeleine sonrió con la cabeza gacha, ocultando el dolor que debía verse reflejado en su mirada.

—Entonces... ¿mi prima por fin aceptó salir contigo? —le preguntó, más por buscar un tema de conversación que por estar realmente interesada en el tema.

—¡Sí! ¿Puedes creerlo? —exclamó Allan, lleno de entusiasmo—. ¡Yo aún no me lo creo! La chica más guapa de todo el clan —rio por lo bajo—. Y de todos los alrededores sin duda alguna, si no es que de todo el mundo...— suspiró soñador.

—Vaya... Qué emoción —ella asintió con la cabeza, buscando palabras para decirle que no fueran insultos para su prima... o para él—. ¿Y qué hiciste para hacerla cambiar de opinión?

—No mucho en realidad, ella es en el fondo una buena chica.

Mady lo miró a los ojos sin decir nada.

—Bueno, está bien, lo admito, no es muy buena chica que digamos, pero vaya que es linda.

—Sí, eso ya lo dijiste.

—¿Estás molesta? —Por primera vez notó que ella no sonreía.

—No.

—Mady, te conozco, eres mi mejor amiga, prácticamente mi hermana, sé cuando estás enojada, dime ¿qué te pasa ahora?

—Nada, Allan. No me pasa nada.

—Sí, claro —se burló—. Si a ti no te sucede nada, el cielo es de color verde por la tarde, ¡ya, no te hagas del rogar! Dime qué te sucede.

—Nada —quiso marcharse, pero él se interpuso en su camino.

—Si no me dices qué es lo que te pasa, no te dejaré ir.

—Ya basta, Allan...

—Mady, ¡dime!

Ella lo miró a los ojos y se cruzó de brazos, apretando los labios, enojada.

—Si no me dices qué es lo que te pasa, nos quedaremos aquí toda la noche.

—¿Y perderte tu gran cita con Raquel?

—La cita es mañana —le dijo él, triunfalmente—. Pero tú debes regresar a casa, o ya quiero ver la reprimenda que te pondrá tu padre cuando se entere de que no volviste durante toda la noche por quedarte aquí conmigo. Sabes que yo no le agrado ni una pizca.

—No me importa.

—Pero, si se entera que pasaste la noche conmigo...—se le acercó al oído para susurrarle—, lo primero que se le vendrá a la mente será que te he deshonrado, y no habrá mar ni cielo que evite que nos case.

Lo dijo en forma de amenaza, sin notar el anhelo que nació en el rostro de Mady al escuchar sus palabras.

Si tan solo fuese posible...

—Vamos, Mady...—le hizo cosquillas, y ella no pudo evitar reír.

Entonces él la abrazó, como siempre solía hacerlo, ya fuera para consolarla, para hacerla sentir bien, o sencillamente porque lo deseaba.

—¿Qué es lo que tienes, Mady? —le preguntó al oído en un tono totalmente distinto, un tono lleno de cariño y preocupación—. ¿Desde cuándo has dejado de tenerme confianza para no poder contarme lo que aflige a tu corazón?

—Allan, no es nada —Mady se separó de él, si se quedaba otro segundo entre sus brazos corría el riesgo de revelarle la verdad; que lo quería, que lo adoraba, que lo había amado con todo el corazón, con toda el alma desde el mismo instante en que lo conoció.

Y no podía hacer eso.

Él no la amaba. Allan estaba enamorado de Raquel, y declarar sus sentimientos no solo podrían entorpecer la felicidad de Allan, también podrían poner en riesgo su amistad. Y ella no quería perderlo... Le quería demasiado como para perderlo.

Aunque tuviera que verlo en los brazos de otra mujer...

Se forzó en sonreír al mirarlo una vez más a los ojos. Eso le resultó más sencillo. No podía evitar sonreír cuando estaba cerca de él.

—Si tú quieres salir con Raquel, hazlo... —le dijo en el tono más calmo que consiguió—, pero no es algo que yo... apruebe. Ella no es una buena chica, siempre se ha burlado de ti, te ha tratado mal y...

—Ahora es diferente —la cortó él, comenzando a molestarse—. Eso era cuando éramos niños, Mady. Ahora somos adultos, y ella ha cambiado. Si me da una oportunidad no voy a desaprovecharla, bien podría casarse en cualquier momento con otro...

—¿Casarse? —Mady palideció—. ¿Piensas casarte con ella?

—Pues claro. Si todo sale bien... ¿Qué pasa? ¿Por qué lloras? —se calló al notar la lágrima que corría por la mejilla de Madeleine.

—Nada.

—Mady...

—¡Nada! —chilló ella, secándose con el dorso de la mano las lágrimas que

corrían por su rostro, incontrolables—. Ya te lo dije, sabes cómo es Raquel, pero si eres tan terco como para no ver más allá de una cara bonita, allá tú. Es tu problema.

—¿Mi problema? —Por primera vez él se puso serio—. ¿Estás diciendo que Raquel es un problema?

—¡Sí, claro que sí! —soltó Mady al fin—. Si ella te quisiera, las cosas serían muy diferentes. No te diría nada, no te pondría ninguna objeción, hasta te daría mi total bendición. Pero sabes que ella no te quiere, siempre te ha tratado mal, se ha burlado de ti, te ha humillado... Cada vez que tú querías acercártele, ella te rechazó. Incluso participaste en esa barbaridad de pelea contra Zack, con tal de quedar bien con ella. Un ridículo concurso para saber quién era el más fuerte del clan que la llevaría al baile, ¡y tú ganaste, y de todas maneras no te eligió!

—Ni a Zack. Si no eres del Círculo de la Estrella o de la realeza no eres bueno para los ojos de los Ruffian —masculló Allan, con recelo—. Tú lo sabes muy bien, ¿o acaso crees que no escucho a kilómetros después de dejarte en tu casa, las reprimendas que te da tu padre por juntarte conmigo? Un simple plebeyo sin título ni fortuna, y para colmo, un Kinam.

Mady agachó la cabeza, sin dejar de llorar.

—Raquel lo sabía, y de todas formas los retó a pelear, cuando nunca tuvo intención de elegir a ninguno de los dos. ¿No te das cuenta de la clase de persona que es para hacer algo así?

—Eso quedó en el pasado, ahora ella es distinta. ¡Y me ha elegido a mí! ¿Sabes lo afortunado que soy de que Raquel me dé una oportunidad ahora? Ella no fue con Zack, al final fue al baile con Ernesto, todos lo sabemos. Todo porque él es un noble.

—Por suerte para ti y para él. Esos dos son el uno para el otro.

—¿A qué te refieres? Ernesto es un tipo de lo peor, Raquel no es así. Y ahora me ha dado la oportunidad de estar con ella, a pesar de todo, me quiere a su lado... Ella se enfrentará a su familia por mí.

—Ella no es la única que lo haría... —Mady se llevó una mano a los labios, silenciándose. Pero ya era tarde, los sentimientos que guardaba en su corazón comenzaban a emerger.

—¿Qué has dicho? —Allan arqueó una ceja, estudiándola detenidamente, como si intentara leer en ese rostro nervioso y colorado lo que ella no se atrevía a decirle.

Finalmente, sabiendo que no tendría otra salida, y no queriendo seguir buscando una, Mady levantó la cabeza y lo encaró. Y que fuera lo que fuera...

—Allan, ella no te merece —Mady buscó las palabras adecuadas para hacerlo entrar en razón, intentando no lastimarlo—. Tú eres un chico bueno, tierno y dulce. Ella no ve nada de eso en ti.

—Pero yo no quiero que nadie vea eso en mí, ¡eso me hace débil!

—Eso te hace ser quien eres... Allan, ¿no lo ves? —Posó una mano sobre su mejilla—. Eres tan especial... y yo... y yo...

—¿Tú qué?

—Yo te quiero.

Las palabras brotaron por sí solas, palabras que llevaban demasiado tiempo guardadas en su corazón, ocultas por la fachada de una amistad. Pero ya no podía seguir callando más tiempo. No más...

Allan la miró pasmado, sin lograr reaccionar ante lo que ella le acababa de revelar.

—Mady...

—¿Sí?

—Yo...

—¿Sí...?

—Yo te quiero... pero como amiga —Se hizo un paso hacia atrás—. Eres como mi hermana, Madeleine.

Ella bajó la mirada, sin poder evitar que las lágrimas comenzaran a rodar por sus mejillas.

Le había abierto su corazón. Y él se lo había roto...

Sin decir nada más, se dio la media vuelta y escapó a la carrera, dejando a Allan solo en el valle.

Él no intentó seguirla.

—¡Allan! —escuchó la voz de Patrick a su lado, regresándolo a la realidad.

Miró al águila negra de pie junto a él, comiendo apaciblemente la carne que él le había llevado. Ir a la selva y estar a solas le servía para calmar los pensamientos que lo atormentaban, pero últimamente esa táctica resultaba más dañina que de ayuda, en especial cuando los recuerdos al lado de Madeleine lo atormentaban.

—¡Allan! —repitió Patrick, llegando finalmente a su encuentro.

—¿Qué es lo que quieres?! —bramó Allan, furioso.

—Lo siento, hermano... No quería molestarte —Retrocedió un paso, cohibido por la huraña actitud de su amigo—. Te llama tu padre.

—¿Es que no puedo tener un minuto para mí solo? —rugió Allan, emprendiendo la caminata de regreso a la base.

—¿Mady otra vez? —Patrick se aventuró a preguntar y de inmediato guardó silencio.

A pesar de encontrarse a campo abierto, sintió que le faltaba espacio para huir de la airada mirada de Allan, tan intensa como aterradora.

—No te atrevas a mencionar su nombre... —siseó como una serpiente, forzándose por controlar la furia que lo embargaba.

—Lo siento, hermano... Yo...

Allan no lo escuchó, sencillamente giró sobre sus talones y se encendió en una viva antorcha humana, para salir volando de allí a toda velocidad, dejando a Patrick a solas en el jardín.

—¿Qué le pasó ahora? —Escuchó preguntar a Raquel, quien llegaba montada en su jaguar negro alado.

—Ya lo conoces —contestó Patrick sin mucho ánimo—. Cuando piensa en

Mady, no hay cosa en el mundo que logre ponerlo de buenas.

A la mañana siguiente, Allan entró temprano en la habitación llevando con él una bandeja repleta de comida.

Se sentía mal por haberse ausentado el resto de la noche, y sabiendo que Zarah necesitaría de un amigo que la acompañara, quiso regresar con un detalle que la alegrara. Recordaba que ella adoraba los panqueques, la había visto comerlos con suma alegría en varias ocasiones en la escuela, y después de consultar la receta en internet, había pasado un buen rato preparándolos él mismo para ella. Después de todo, Zarah necesitaba reponer fuerzas, y qué mejor que con la comida que ella amaba, y conocía.

Pero al entrar, la sonrisa se le borró del rostro, pues Zarah no dormía apaciblemente en su cama, como él había supuesto. El cuarto entero lucía desordenado, varias cosas habían caído al suelo, y ella, en lugar de encontrarse en la cama, donde debería, se encontraba sentada en un sofá cercano a la ventana, llorando en silencio con algunos objetos rotos sujetos entre las manos.

—Zarah... —musitó él, preocupado. Sin decir más, dejó la bandeja en una mesa cercana y se aproximó a ella. Zarah lo miró intentando sonreír, pero solo logró que más lágrimas brotaran de sus ojos.

—Lo siento... —le dijo con una sincera disculpa, levantando las manos con los trozos de un florero roto en ellas—. Siempre pasa mientras duermo... No puedo explicarlo... —Se puso de pie, intentando continuar ordenando, lo que había estado haciendo antes de sentarse a llorar sobre el sofá.

—Zarah, deja eso. No te preocupes por tonterías —Él la sujetó por los

hombros, obligándola a dejar de hacer ese trabajo y volverse hacia él—. No tiene importancia.

—Pagaré por todo...

—No tienes que hacerlo, deja eso de una vez —Él tomó los trozos que ella se resistía a soltar y los depositó sobre el primer mueble que encontró.

—Yo... yo lo siento —se volvió a disculpar Zarah, sintiendo que las lágrimas brotaban a borbotones por sus ojos—. No sé... Yo...

Allan no le permitió seguir hablando, la abrazó con todas sus fuerzas y apoyó su cabeza contra la de ella, intentando confortarla.

—Sé que es difícil ahora, pero terminarás por comprenderlo todo.

Zarah, sin poder aguantar más, se soltó a llorar. Había despertado sola en ese cuarto desconocido, sin su madre para confortarla después de una nueva pesadilla. Puede que sonara como una niña de cinco años rogando por su madre, pero así se sentía... Solo que ahora sabía que Miranda no era su madre, y todo su mundo comenzaba a desmoronarse sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo

Nada excepto llorar.

—Tranquila, pequeña, tranquila... —le dijo él al oído, sin dejar de abrazarla—. Todo va a estar bien.

—No, no es así... —musitó Zarah, soltándose a llorar con más fuerza. Algo extraño, únicamente con su madre se sentía cómoda para llorar, pero con Allan sentía una familiaridad poco usual, confiaba en él como si lo conociera de toda la vida...

—Será así si tú lo quieres —Allan la besó en la frente, sin dejar de abrazarla—. Yo estaré a tu lado apoyándote, no te dejaré.

—¿Lo prometes?

Allan sonrió, tomando su rostro entre sus manos para mirarla a los ojos.

—Te lo juro.

Zarah por fin pudo esbozar una sonrisa. Era tan maravilloso escucharlo hablar así, realmente sus palabras le infundían ánimos.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó él, volviendo a abrazarla.

—Sí... Es solo que es tan raro pensar en todo esto... Es decir, si es real todo esto que está sucediendo... —Lo miró a los ojos, que se le habían llenado de lágrimas—, ¿quiere decir que realmente no soy hija de mis padres? ¿Y mi verdadera madre está muerta?

Allan asintió, sin encontrar palabras para decirle.

—Es que no puedo creerlo... Toda mi vida no es lo que yo creía. Mi familia, mis padres... Siempre los he visto como mis padres, ¿cómo voy a vivir con la verdad ahora? No puedo creerlo, no puedo creer que sea adoptada... —se soltó a llorar nuevamente.

Allan la abrazó, consolándola en silencio, permitiéndole desahogarse.

—Todo está pasando tan rápido, en un momento tengo una vida normal, con una familia normal, y al otro soy una hija adoptiva que proviene de un mundo loco... sin ofender —Lo miró de reojo, secándose una lágrima.

—No me ofendes, entiendo que te sientas mal. Todo esto debe ser sumamente difícil para ti, pero no tengo ninguna duda de que podrás superarlo, Zarah.

—Allan... —Se alejó para mirarlo a los ojos—, ¿qué va a suceder ahora? ¿Regresaré a casa con mis padres, no es así? ¿Me permitirán volver?

Allan se puso serio y tragó saliva.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no me contestas?

—Zarah, las cosas no son tan sencillas... Tú eres una princesa y...

—¡No!

—Zarah...

—¡No soy una princesa! Todo cuanto quiero es regresar a casa, ¡por favor, Allan! ¡Por favor, no permitas que me dejen aquí! ¡No quiero separarme de mi familia! ¡Ayúdame por favor...! —Se arrodilló a sus pies antes de que él pudiera evitarlo.

Allan se arrodilló con ella y la volvió a abrazar, sus ojos brillantes por la furia.

—Te juro, Zarah —le dijo con voz firme, tomando su rostro entre sus manos para verla directo a los ojos—, que no permitiré que nadie te haga sufrir. Te lo juro por mi vida.

Zarah se soltó a llorar una vez más, no podía evitarlo, era como si las lágrimas sacaran todo aquello que llevaba adentro carcomiéndola desde esa nefasta noche donde toda su vida, todos sus sueños, todo su porvenir, se vino abajo...

—¡Buenos días, princesa Zyanya! —La puerta se abrió de improviso y por ella entró alegremente Marijó, llevando consigo un hermoso vestido blanco bordado con piedras azules.

—Zarah, mira que belleza de zapatos te he traído —Maricarmen la siguió de cerca, sonriendo como si una vez más estuviera preparando sus quince años, sin notar la aflicción de su hermana hasta que levantaron la vista de los objetos que llevaban con ellas para darse cuenta de que Zarah no se encontraba en la cama, como esperaban, sino en el piso, abrazada de Allan, y llorando a lágrima viva.

Maricarmen, asustada como si la viera atravesada por una espada, pues sabía que Zarah no lloraba frente a nadie, dejó caer las cosas para correr a su lado.

—¿Qué ocurre, Zarah? ¿Por qué lloras?

—¡¿Qué le hiciste a mi hermana?! —Marijó regañó a Allan, pegándole con el vestido a modo de arma.

—No es nada, no se preocupen —sonrió Zarah, secándose las lágrimas y quitándole el vestido a su hermana para que dejara de golpear a Allan con él.

—¿Cómo no va a ser nada? —replicó Marijó—. ¡Confiesa, ¿qué te hizo Allan?! ¿Acaso la ofendiste con una descortesía hacia su noble alma, patán? —le gritó ahora a él.

Zarah soltó una risita, Marijó solía sacar frases de sus novelas góticas, pero esa en particular le resultó muy graciosa.

—¿Por qué traen estas cosas? —preguntó, intentando cambiar de tema,

tomando el vestido para observarlo. Realmente era muy hermoso, el vestido que una princesa medieval hubiera utilizado, solo que con varios toques modernos.

—Vamos a vestirte, linda —le comunicó Noelia, entrando en ese momento a la habitación acompañada por María y Susana—. Debes lucir presentable cuando conozcas al coronel Ruperto, y te reencuentres con tu familia.

—¿Vamos a ir con mi familia? —Los ojos de Zarah se iluminaron de alegría al volverse hacia Allan.

—Bueno, ese es el plan —le dijo él, intentando adoptar un tono despreocupado—. Será mejor que te vistas, no querrás ir en pijama a ver a tus padres.

Zarah enrojeció al máximo al percatarse de que todo ese tiempo había estado frente a Allan Cortaza vestida únicamente con un simple camisón de dormir. Y para colmo, de hospital. ¡Gracias al cielo que no tenía abertura atrás...! ¿O sí...? Se giró para cerciorarse y se palpó las posaderas con las manos. Todo en orden y a buen resguardo. ¡Gracias al cielo!

—Te esperaré afuera para que puedas vestirte —le dijo Allan, sin notar su preocupación—. Recuerda, lo que necesites... —estrechó su mano—, estoy para servirte.

Zarah sonrió, embobada con esa sonrisa perfecta, y se descubrió avanzando hacia él más de lo que debía... Y lo hizo por las miradas desorbitadas que las otras mujeres presentes les dirigían.

—Bueno, vamos a probarte este vestido —le dijo Marijó, mordiéndose el labio para no reír.

—No es necesario —Zarah retrocedió un paso, sintiendo las mejillas calientes—. Puedo ponerme el que traía conmigo.

—Sobre eso... Tu vestido no quedó en muy buen estado —María se encogió de hombros—. Lo siento.

—De hecho, el de ninguna —añadió Susana—. Pero ellos nos han dado a todas vestidos nuevos. Son estupendos y mucho más lindos, ¡espera a verlos,

Zarah!

Zarah sonrió, más por compromiso que por realmente sentir alegría por unos vestidos nuevos. Tenía demasiado en la mente como para poder concentrarse en un vestido...

Alguien tocó a la puerta y Noelia corrió a abrirla. Un joven soldado se cuadró ante Allan.

—Capitán, lo necesitamos —le dijo en tono firme.

—¿Capitán? —repitió Zarah, mirando a Allan con una sonrisa pícar—. ¿Eres capitán? Eso no me lo contaste.

—Princesa, hay muchas cosas que no te he contado —él le guiñó un ojo, provocando que el corazón de Zarah prácticamente se paralizara—. Debo irme, regresaré lo antes posible.

—De acuerdo —contestó Zarah, observando de reojo al joven vestido con un uniforme similar al de Allan, preguntándose si sería tan joven en realidad o también bordearía el milenio de edad.

—Nos vemos pronto —Allan se despidió de las demás.

—No te des prisa en regresar —le dijo Marijó—. Todas estaremos muy ocupadas cambiándonos de ropa.

—Marijó tiene razón, Allan —añadió Noelia—. No nos haces falta aquí por ahora.

—Me parece bien —contestó Allan, y Zarah notó un tono de alivio en su voz. Un hombre podía tener diez, veinte, cien o mil años, y siempre odiaría ver a las mujeres hablar sobre vestidos y zapatos.

—¿Ya te vas? —insistió Marijó.

—¡Marijó! —le gritó Maricarmen—. No seas grosera.

—No lo soy, le pregunté, no se lo ordené —declaró ella con total seguridad.

—Marijó tiene razón, me voy ya. Solo una cosa más, por favor... —agregó en tono más bajo—. Ayuden a Zarah a vestirse sin que se esfuerce mucho. Si notan algo extraño, háganmelo saber de inmediato.

—Por supuesto —contestó sinceramente Maricarmen, quien ya se sentía

también una doctora, siendo esa la carrera que elegiría cuando entrara a la universidad.

—No permitiremos que nada malo le suceda —le aseguró Noelia, actuando como una compinche más del grupo de jóvenes.

—Por cierto, Allan —Marijó le dijo antes de que pudiera marcharse—. Si yo fuera tú, me peinaría primero, «capitán» —sonrió Marijó, extendiendo sobre la cama el vestido para que no fuera a arrugarse.

Allan se puso colorado y se pasó apresuradamente una mano sobre la cabeza, atravesando a toda prisa la habitación en dirección a la puerta.

—Yo creo que te ves bien —agregó Zarah antes de que hubiera cruzado el umbral, esbozando una sincera sonrisa, que fue inmediatamente correspondida por Allan.

—Sí, sí, ya sabemos que se aman mucho, pero ahora tenemos cosas que hacer y poco tiempo —los interrumpió Marijó, sacando a Allan de la habitación prácticamente a empujones—. Ahora ve a hacer tu trabajo, y no te preocupes, que nosotras vestimos a Zarah, ¡pero solitas! Tú ya viste suficiente en la sala médica.

—¡Marijó! —la reprendió Maricarmen, demasiado tarde para evitar que Allan se pusiera más rojo que un tomate y que Zarah terminara más pálida que el papel.

—¿Qué quiso decir Marijó, Mari?... —intentó preguntar Zarah, pero sus hermanas se la llevaron al baño antes de que pudiera continuar hablando, mientras María y Susana ordenaban la ropa, riendo a carcajada viva por la expresión de su cara.

Esa mañana su hogar lucía especialmente hermoso, o así se veía a los ojos de Zarah, quien había contado los minutos, impaciente por volver a su casa.

María y Susana las acompañaron. Como les explicaron, era necesario que ellas tuvieran el conocimiento completo de la situación y decidieran por sí solas si «continuar dentro de este camino o salirse», claro, con la medida preventiva de tener que borrarles la memoria, haciéndolas olvidar todo lo acontecido los últimos días.

Al principio supusieron que era una clase de broma, Susana inclusive se rio, pero pronto se dieron cuenta que no era así. Y la sonrisa se borró de sus rostros.

En cuanto bajaron del automóvil, uno tan lujoso como en su vida había visto Zarah, la puerta principal se abrió y por ella aparecieron sus padres, seguidos por sus hermanos.

—¡Papá, mamá! —gritaron las chicas emocionadas al borde de las lágrimas, corriendo hacia ellos.

—¡Cómo nos tenían preocupados! —sollozó Miranda, al tiempo que las estrechaba con todas sus fuerzas, incluyendo a María y a Susana en el abrazo—. Cuando Miguel me dijo que habían desaparecido... —se le quebró la voz momentáneamente—. No se imaginan lo que hemos pasado. ¡Casi morimos de la angustia!

—Lo siento mucho, mamá —Zarah la miró a los ojos, y luego a su padre—. Todo ha sido por mi culpa.

—No te preocupes, ni te culpes —contestó su padre, estrechándolas

cariñosamente con un brazo, intentando al mismo tiempo abarcar a las demás con el otro, en un enorme abrazo—. Estas personas nos han explicado todo, y nos han dicho que lo sucedido no tuvo nada que ver contigo. No fue tu culpa, ni de nadie —añadió, mirando a las otras jóvenes.

—No sé si eso sea totalmente cierto—añadió Javier, mirando de manera hosca a Allan, parado tras ellas.

—Allan me salvó la vida, Javier —le informó Zarah, mirándolo directamente para luego mirar a Allan de manera agradecida—. De no ser por él, yo ahora estaría...

—No lo digas —dijeron al unísono Allan y Javier.

—¿Javier, estás llorando? —preguntó con una sonrisa traviesa Marijón.

—No, los hombres no lloran —recalcó el joven, volviendo la cara para que no lo vieran, al tiempo que se pasaba discretamente el dorso de la mano por la mejilla para secar una lágrima escurridiza.

La puerta volvió a abrirse en ese momento, y por ella aparecieron dos hombres morenos de mediana estatura, uno más joven que el otro.

—Es hora de entrar a la casa... —dijo Miguel con voz ronca, volteando hacia los dos hombres que se encontraban esperándolos.

Miranda también fijó su atención sobre ellos, observándolos de forma algo desafiante, atrayendo con su actitud el interés de los demás. Zarah se secó las lágrimas del rostro y se volvió hacia los hombres, adoptando un porte sumamente serio.

—Yo soy el General Ruperto Almonacid, y él es el Coronel Aníbal Cortaza Tarapiella —indicó el hombre más anciano, de piel morena y rostro afable—. Nos gustaría hablar un momento contigo, Zarah, y también con tu familia y amigas.

Zarah miró a sus padres, no parecían a gusto con la presencia de esos hombres, pero no se negaron, y asintieron con la cabeza mientras encabezaban la caminata al interior de la casa.

Tomaron asiento en la pequeña sala, echando mano de lo que encontraron

para caber todos juntos allí; algunos se sentaron en los sillones, otros en sillas que llevaron desde el comedor, y los últimos permanecieron de pie o de lleno se sentaron en el suelo, como Patrick y Alessandra.

—Ahora que todos estamos listos, creo que es tiempo de dar explicaciones y presentaciones... —se adelantó en hablar Ruperto—. El coronel Cortaza y yo pertenecemos a la milicia encargada de la custodia de La Capadocia, y claro está, de los miembros del Círculo de La Estrella de los Cinco Picos.

Zarah miró de reojo a Allan, al hacerlo notó que todos los de su lado mantenían la misma mirada interrogante grabada en el rostro, y supo que no era la única que había quedado más confundida con esa explicación.

—En pocas palabras, cuidamos de la familia real y de sus allegados —intervino el coronel Cortaza, hablando con mayor sencillez.

Zarah lo estudió con la mirada, había algo en él que le provocaba ciertos calosfríos, como si se tratase de un hombre sumamente complejo, amable, pero a la vez severo.

—Estamos encargados de su custodia, princesa Zyanya.

—Se llama Zarah, padre —le corrigió Allan con tono respetuoso—. Así la han llamado desde que tiene uso de memoria, y ese reconoce como su nombre.

Zarah abrió al máximo los ojos, así que de ahí venía el parecido que tenían en esos intensos y brillantes ojos negros... ¡El coronel era el padre de Allan!

—Cuando la encontraron, le preguntaron cuál era su nombre, y solo pudo recordar algo como «Zana»...—les explicó Miranda, abrazando a su hija por los hombros—. Los trabajadores sociales asumieron que era Zarah, y así la llamamos también nosotros...

—Entonces... ¿es cierto? —Los ojos de Zarah se llenaron de lágrimas—. ¿Yo soy adoptada?

Miranda no pudo mirarla a los ojos, sencillamente la abrazó y se soltó a llorar.

—Tu madre y yo decidimos no decírtelo, Zarah —le explicó su padre,

hablando con un tono de voz bajo, colmado de sentimiento—. Supusimos que era lo mejor para ti, queríamos que crecieras segura, en un ambiente lleno de amor que fuera completamente tuyo, que sintieras a este tu hogar, y a nosotros como tus verdaderos padres, que crecieras en una verdadera familia... No solo tú...—miró a Maricarmen, Javier y Marijó—. Todos ustedes.

—¿Quieres decir...?—Maricarmen no pudo terminar la frase.

—¿Nosotros también somos adoptados? —Marijó se puso de pie, roja hasta la coronilla, algo extraño en su habitual tez pálida—. ¡¿No somos sus hijos verdaderos?!—

—¡Claro que lo son!—Miranda se puso de pie también, mirándolos de vez en vez a cada uno a los ojos—. No importa quién los trajo al mundo, madre y padres son los que crían, no los que dan a luz. Nosotros somos sus padres, y ustedes son nuestros hijos, no importa lo que suceda ni lo que nadie diga... —Miró con rencor y enojo a los invitados, como si se tratase de intrusos en su familia.

—Es cierto —habló Miguel—. Ustedes son, y siempre serán nuestros hijos. Somos una familia. Y eso nadie ni nada lo cambiará.

—No puedo creerlo... —Maricarmen se soltó a llorar de lleno, y su padre la abrazó.

—¿Tú por qué no dices nada? —Marijó se fue contra Javier, quien se había quedado en su lugar observando esa escena en silencio—. ¡Te acaban de decir que eres adoptado y actúas con la misma indiferencia como si te acabaran de decir que amaneció nublado!

—Yo ya lo sabía, Marijó —Javier se encogió de hombros—. Soy el mayor, recuerdo cosas que ustedes no...—miró a Zarah, y luego a Maricarmen—. Como el día en el que las trajeron a ustedes.

—No puede ser... Yo también recuerdo cosas, vi fotos... —Zarah miró a su madre—. Yo te vi con la panza... Te fuimos a ver al hospital cuando Manolo y Dany nacieron...

—Manolo y Dany son hijos de sangre nuestros —le aclaró su padre—. Creíamos que no podíamos concebir hasta que ellos llegaron al mundo. Fue casi un milagro...

—Es decir que de no ser porque no podían tener hijos, nosotros quién sabe de quién seríamos hijos o si estaríamos pudriéndonos en un orfanato —les reclamó Marijó, sin evitar que las lágrimas emergieran de sus ojos.

—No, claro que no—Miranda la tomó por el brazo y la acercó a ella, obligándola a aceptar su abrazo. Marijó se resistió al principio, pero terminó por ceder, y se soltó a llorar amargamente sobre el hombro de su madre—. Siento tanto que tengan que enterarse de esto de esta manera, y que tengan que hacerlo con esta gente presenciando todo... —Volvió a dedicarles una mirada asesina a los intrusos.

—Debimos decírselo antes —añadió su padre, abrazando a su vez a Maricarmen y a Zarah—. De haber sabido que esto sucedería...

—Lo siento, ¡todo es mi culpa! —Zarah los miró con los ojos nublados de lágrimas—. De no ser por mí, nada de esto estaría pasando...

—No digas eso, tú no tienes la culpa de nada —Javier posó una mano sobre su hombro—. La culpa la tienen estos intrusos —miró con furia a Allan, y luego a los otros—. Si ellos no hubieran llegado a entrometerse en nuestras vidas, nada malo habría ocurrido.

Para su sorpresa, Allan agachó la vista, adoptando una expresión colmada de dolor.

—De haber podido mantener a Zarah oculta, lo habría hecho —Allan no pudo contenerse más tiempo en silencio—. Soy el primero que habría preferido mantener su verdadera identidad en secreto. Pero su vida corría peligro, ¡de haber habido otra forma...! —Su padre posó una mano sobre su hombro, y Allan se vio obligado a guardar silencio.

Raquel se aproximó a él, le rodeó los hombros con el brazo en señal de apoyo, intentando otorgarle algún tipo de consuelo por algo que parecía

atormentarlo y que nadie más entendía, aunque la mirada que ella le dirigió a Zarah fue completamente retadora.

—El capitán Cortaza es un hombre inteligente y de enorme capacidad y experiencia en su trabajo —comenzó a decir Aníbal, hablando de su hijo como si hablara sobre un compañero de armas—. Si él se vio en la necesidad de revelar la identidad de la princesa, les aseguro que fue porque no había ninguna otra alternativa.

—¿Quiere decir que Zarah estuvo en peligro? —saltó Miranda, dirigiéndoles una mirada amenazadora tan intensa como la de Marijó, a su lado.

—No lo vamos a negar —intervino Ruperto—. Pero les aseguro que el capitán Cortaza es uno de los miembros más destacados de La Capadocia. Zarah no pudo encontrarse a mejor resguardo que a su lado.

—¿Capitán Cortaza? —preguntó Miguel.

—Se refiere a Allan —contestó Zarah.

—Pero si es... es... ¡es un escuinclé! —bramó Miguel, aunque por la forma en que miró a Allan, supo que no intentaba insultarlo, simplemente no encontró una mejor descripción para llamarlo.

—No, no lo es...—dijo Zarah.

—Tengo más de mil años de edad, señor —confesó Allan, provocando que ambos padres de Zarah, así como Javier, lo miraran con la boca abierta.

—¿Tú tienes más de mil años? —repitió Javier, en un tono mordaz que dejaba claro que no le creía una palabra.

Allan asintió, sin demostrar ninguna emoción en el rostro.

—No... No se te nota —Miranda no encontró nada más que decir, mirando a Allan de arriba abajo como si esperara que se deshiciera en una nube de polvo en cualquier momento, igual como las tantas momias que había estudiado.

Allan esta vez sonrió, aunque solo un poco, y sus ojos se clavaron en Zarah.

—Soy un Alma de Fuego y un maestro Capadocia, podemos mantenernos

jóvenes eternamente.

—¿Un qué? —Javier le preguntó en el mismo tono mordaz, aunque era claro que sentía sincera curiosidad.

—Es un término de La Capadocia —intervino Aníbal—. Deben entender que poseemos control de la energía. Con cierto grado de conocimiento somos capaces de mantener nuestra imagen a nuestra conveniencia, o en el caso de seres con un grado sumamente alto de poder, como los Alma de Fuego, pueden hacerlo por sí solos. Aunque claro, Allan es un caso doble: tiene el poder y los conocimientos.

—¡Increíble! ¡¿Puedo ser yo también uno de esos?!

Todos giraron la cabeza a la parte superior de las escaleras donde, sin que lo notaran, Manolo se había mantenido escuchando, acompañado por Dany.

—¿Por qué no estás en tu habitación? —le preguntó Miranda, tan enojada como nunca la habían visto—. ¡Te ordenamos que te quedaras allí! Sube inmediatamente y quédate arriba con Dany, mira que si vuelvo a verte por aquí antes de que te llame, te daré un castigo que no olvidarás en tu vida.

Manolo no dudó en obedecer, tomó a Daniela de la mano y juntos subieron el poco tramo que les quedaba de escaleras. A los pocos segundos se escuchó un portazo, y luego silencio.

La sala se quedó invadida en un silencio sepulcral. Todos habían enmudecido ante la repentina actitud furiosa de Miranda.

—Lo siento... no soy yo misma en este momento— Miranda se cubrió el rostro con las manos. Miguel se puso de pie y la abrazó, consolándola en silencio.

—No tienes que disculparte, mamá. Todo esto es muy difícil para todos — le dijo Javier, acercándose a ella para abrazarla también.

Marijó lloraba a lágrima viva, aún cobijada entre los brazos de su madre, mientras que Maricarmen lo hacía en su lugar en el sofá. Únicamente Zarah se había quedado a solas en el mismo lugar, permanecía en silencio con la mirada perdida y los ojos humedecidos, nunca le había gustado llorar frente a

la gente.

De pronto sintió una mano sobre su hombro, y al volverse, encontró a Allan de pie tras ella. Había llegado sin que lo notara.

—Quizá sea mejor posponer todo esto —dijo él, dirigiéndose a su padre y al General, pero hablando para todos—. Zarah y su familia han pasado por mucho en poco tiempo, este es un momento que deberían vivir a solas, y no con extraños como nosotros presenciando y siendo testigos de algo que solo debe quedar en la privacidad de su familia.

Miranda se giró hacia él, dedicándole una mirada de agradecimiento. Pero su esposo tomó la palabra, demasiado alterado como para moderar el tono de voz.

—Si ya han comenzado esto, téminelo de una vez. Lo único que queremos es que desaparezcan de nuestras vidas.

Zarah arqueó las cejas, sorprendida por esa reacción por parte de su padre, por lo general amable, y se volvió hacia Allan esperando que no se hubiera ofendido.

—No nos iremos —contestó Aníbal, en un tono frío ausente de emoción—. Aún no hemos dicho todo lo que veníamos a decir.

—Pues terminen de una buena vez lo que tienen que decir y váyanse de mi casa.

—¡Papá! —Zarah le dedicó una mirada entre reprobatoria y sorprendida.

—Papá tiene razón, Zarah —intervino Javier—. Estos hombres nos dijeron que al haber tenido que revelar su identidad habían actuado contra sus leyes. Por ahora nos terminarían de revelar toda la historia, y al terminar, ya de nosotros dependería el decidir quedar inmiscuidos en ella o continuar permaneciendo ignorantes. Y si decidimos lo segundo...

—Les borrarán la memoria —Susana terminó la frase, para sorpresa de todos—. Fue la misma advertencia que nos hicieron a nosotras, ¿no es así, María?

La joven asintió, sin atreverse a mover los labios, demasiado perpleja por

todos los eventos que se suscitaban a su alrededor como para lograr tener otra reacción.

—Pues bien, ya conocen cuál será nuestra decisión —le dijo Miguel a Ruperto—. Así pues, de ustedes depende si desean continuar contándonos o no, lo que no deseamos saber. Después de todo, terminarán borrándolo de nuestras mentes y ustedes desaparecerán de nuestra vida. Por completo —añadió, dirigiendo la vista en dirección a Allan.

—Creo que no nos hemos explicado bien —intervino Aníbal—. Ustedes pueden quedar fuera de esto si lo deciden así, pero Zarah no.

Un frío sepulcral invadió la sala.

—Ella es nuestra princesa, y pertenece a nuestro mundo —continuó hablando Aníbal, sin mostrar la menor consideración por la intensidad que poseían las palabras que estaba diciendo—. A ustedes se les extendió la invitación solo por consideración a la princesa, una invitación que va fuera de todas nuestras normas y leyes, pues ningún ser humano debe saber de nuestra existencia. Pero si ustedes deciden tomar ese camino, me temo que tendremos que proceder y llevarnos a Zarah con nosotros.

—¡No! —Zarah saltó de su asiento, pero antes de que pudiera siquiera ponerse de pie, Allan se encontraba delante de ella, escudándola con su cuerpo.

—¡No pueden hacerle eso! Ésta es su familia, la única que conoce, ¡no pueden solo venir y alejarla de ella!

—Tú y yo hablaremos después, Allan —le dijo su padre con voz amenazante—. Sabes muy bien que tus intereses en este asunto van siendo completamente diferentes a los que buscamos nosotros, y si te atreves a interferir, te sacaremos de en medio. No tendré consideraciones contigo, aunque seas mi hijo.

—Ni yo contigo si intentas hacer algo en contra de su voluntad, aunque seas mi padre —contestó Allan, sin moverse un milímetro.

Se hizo un silencio general en la sala. Incluso Miguel miraba a Allan de

manera renovada, con cierto respeto y admiración. Si había algo difícil en el mundo, y eso lo sabía por experiencia propia, era enfrentarse a un padre...

—Creo que todos debemos calmarnos —intervino Ruperto—. Zarah, tú tienes una familia amorosa, que te ha recibido en tu familia como si fueras una hija natural y te han tratado de esa manera. Es completamente comprensible que no quieras separarte de ellos, ni tu familia de ti. Pero tanto tú, como tus padres y hermanos, deben comprender que tienes un pasado y una familia que te espera en tu verdadero hogar.

La expresión de Zarah se llenó de confusión, y nuevamente dirigió la vista hacia Allan.

—No lo entiendo... Tú dijiste que ella había muerto.

—Así es —Allan la miró a los ojos—. Tu madre murió, pero tienes un abuelo, y nadie sabe qué fue de tu padre. Además de Aidan...

—¿Aidan?

—Tu hermano menor.

—¿Tengo un hermano...?

—No uno, tienes varios —bramó Javier—. Zarah, ni siquiera lo pienses. Nosotros somos tu familia, ¡no ellos!

Zarah se sentía turbada, no le habían dicho nada de que tuviera un hermano... Un hermano, su hermano... ¿Cómo sería? ¿Dónde viviría? ¿Tendría algún parecido con ella? ¿Podría hablarle de su pasado, de sus padres...?

—Ella tiene derecho a conocerlo si lo desea —intervino Allan en su favor, adivinando por lo que Zarah debía estar pasando—. Aidan y su abuelo son su familia también, no por querer a unos va a dejar de querer a los otros.

—¡Tú no te metas! —le gritó Javier—. Esto no te concierne, no eres nadie para nosotros.

Zarah se erizó, una cosa era que estuviera turbada, y otra que su hermano le hablara de esa manera a Allan. Pero no hizo falta que hablara, Patrick y Raquel parecían dispuestos a arrancarle la cabeza a Javier, y seguramente lo habrían hecho de no ser porque entre Rebecca, Alessandra y Jaqueline los detuvieron.

Sin embargo, no hubo nadie que pudiera detener la lengua del coronel Aníbal.

—Zarah no tiene elección —espetó Aníbal—. Es una princesa Capadocia, nosotros somos sus guardianes, tenemos órdenes estrictas de su abuelo, el rey de los Blancos, de llevarla con nosotros de regreso, y ustedes no pueden hacer nada para evitarlo.

—¡No le permito que venga a mi casa a amenazarme! —rugió Miguel.

—Si quieren guerra, la tendrán. Pero le advierto que saldrán perdiendo.

—¡No le hables así, padre! —bramó Allan encarándose con Aníbal—. ¡No tienes derecho!

—¡Ya basta! —Zarah se interpuso entre ellos antes de que iniciaran una pelea a golpes—. Haré lo que quieran, pero no lastimen a mi familia...

—¡No la alejarán de nuestro lado! —chilló Maricarmen—. Zarah, no te irás con ellos, ¿no es verdad? ¿No es verdad...?

—Creo que en este momento las cosas estás demasiado tensas, y así no llegaremos a ninguna parte —Ruperto tomó la palabra, librando a Zarah de tener que contestar—. Tanto ustedes como Zarah necesitan tiempo para meditar las cosas. No somos sus enemigos —miró a Aníbal con el ceño fruncido—. El coronel suele ser un poco... abrupto al expresar nuestras órdenes, pero no somos animales, tenemos raciocinio y elección de nuestro actuar. Juramos lealtad a La Capadocia, es cierto, y las mismas normas de La Capadocia tienen leyes más altas, y entre esas está el proteger a la humanidad. No les haremos daño, tengan eso por seguro. Pero lo cierto es que Zarah tiene que venir con nosotros... Aunque eso no implica que ustedes no puedan hacerlo también.

—¿Cómo dice?

—Vengan a Tierra de Libertad con nosotros. Conozcan a nuestra gente, nuestras costumbres. Si juran mantener el secreto, pueden compartir nuestros conocimientos, así como a nuestra princesa. Nadie tiene que salir herido, nos somos monstruos desalmados, comprendemos lo difícil de esta situación y lo mucho que quieren a Zarah. Sería inhumano solo alejarla de ustedes de un día para otro, lo único que buscamos es el bienestar de todos. Quizá después de que hayan visto con sus propios ojos nuestro mundo y conocido a nuestro Rey Blanco, se muestren más abiertos a las ideas que deseamos compartir con ustedes.

—Eso... eso me parece más razonable —contestó Miranda después de

intercambiar una mirada con su marido.

—Nosotros nos retiramos —Ruperto se despidió con una elegante reverencia.

—Volveremos mañana por la mañana —añadió Aníbal.

—Solo si a ustedes les parece bien, a menos que prefieran otra hora... — corrigió Ruperto lo dicho, haciendo retroceder a Aníbal con la sola mirada de advertencia que le dedicó.

—Por la mañana está bien —contestó Zarah cuando notó que nadie más lo iba a hacer.

—Se lo agradezco, princesa —Ruperto se inclinó hacia ella con suma reverencia haciendo el saludo Capadocia con las manos.

Inmediatamente todos los demás Capadocia en la sala se pusieron de pie e imitaron el saludo de manera solemne. Zarah sintió el peso que traía con él la palabra «princesa», y por la manera en que la miró su familia, supo que también para ellos era así. Asintió sin saber de qué otra manera contestar. Intentar imitar ese complejo saludo habría resultado ridículo, y quizá hasta una ofensa para ellos si lo hacía mal, como sabía que ocurriría.

—Hasta pronto, princesa —los Capadocia del equipo se despidieron en conjunto antes de salir en tropel por la puerta.

Su familia los siguió afuera, no sabía si por amabilidad, como quien acompaña a un invitado a la puerta, o con la intención de asegurarse de que realmente se marcharan de su casa.

Zarah se quedó en silencio, sus pensamientos vagaban a todo control... Un hermano, un abuelo, toda una vida que desconocía, otro mundo, un pasado perdido... Nada de eso podría ser real, pero estaba pasando. Y le estaba pasando a ella.

Percibió la calidez de una mano sobre su hombro, y al girarse, encontró una vez más a Allan.

—¿Estarás bien? —le preguntó en voz baja, observándola con esa intensidad que lo distinguía siempre.

—¿Por qué no me dijiste que tengo un hermano? —le preguntó, un dejo de reclamo en el tono de voz.

—No podía... Zarah eres una mujer sumamente sensible, debemos revelarte la información poco a poco, o el cúmulo de emociones podría desencadenar...

—¿Mi muerte? —preguntó en tono mordaz.

—No lo digas, por favor —pasó una mano por su rostro, en un gesto lleno de amor—. No podría perderte, Zarah.

Algo había en esos ojos negros y luminosos que a Zarah le hacían derrumbar todas las barreras, y sin pensarlo, se soltó a llorar.

Él la abrazó con una ternura singular, Zarah se dejó envolver en esos brazos cálidos y fuertes, esos brazos que esos últimos días se habían convertido en toda su vida. Posó la cabeza contra su pecho. Sentir la calidez de su cuerpo contra el suyo era magnífico, un sitio donde se encontraba completamente segura, llena de paz... Se sentía tan bien al estar con él, por un momento podía hasta llegar a creer que el mundo era bueno, que su vida era la de siempre, que nada malo ocurriría mientras se quedara allí, en ese sitio especial que solo estaba reservado a ella. No necesitaban palabras, se tenían el uno al otro, solo eso bastaba.

—Todo saldrá bien, ya verás... —le dijo él al oído.

Zarah asintió, sin separarse de él, cerrando los ojos con fuerza para desaparecer en ese mundo mágico que se creaba al contacto de los dos. Ese mundo del que no quería jamás separarse.

—Lo siento tanto, Zarah —él continuó hablando con una voz sumamente baja—. De haber podido evitar que esto sucediera, lo habría hecho... Habría muerto luchando contra el destino cruel que no cesa de presentarnos batalla en su intento de separarnos. De no creer sinceramente que es este el único camino con el que aseguraré tu seguridad, te habría mantenido alejada de ellos para siempre...

Zarah lo miró a los ojos, conmovida por sus palabras, a pesar de que le

resultaban un tanto confusas.

—Zarah...

Ambos se volvieron en dirección a la puerta, donde se encontraba parada Maricarmen.

—Nuestros padres quieren hablar contigo —le dijo secamente, sin moverse de su lugar.

—¿Aún tienes el celular que te di? —ñe preguntó Allan en voz baja.

—Sí, por supuesto.

—No estaré lejos, si me necesitas, no dudes en llamarme, ¿de acuerdo? —Estrechó su mano y la besó en la mejilla—. Hasta mañana, princesa.

—Hasta mañana...

Allan se alejó a paso rápido en dirección a la puerta, dejando a las hermanas a solas en la estancia.

—¿Qué era lo que te decía? —le preguntó Maricarmen, cruzándose de brazos.

—Yo no...

—Nunca en mi vida había escuchado un lenguaje como ese —continuó ella, sobresaltando a Zarah—. Qué palabras tan extrañas, sonaba igual que esos lenguajes extraterrestres de las películas de Marijó, y te lo decía como si tú fueras a entenderlo.

Zarah la miró con la boca abierta... ¿Allan estaba hablando en una lengua extraña? ¿Y cómo es que ella le había entendido todo?

—Date prisa, papá y mamá te están esperando en el auto. Van a llevarnos a cenar para contarnos nuestra historia —Se dio la media vuelta—. ¡Ah! Y no te preocupes por María y Susana, Javier fue a llevarlas a casa. Susana parecía contenta, pero María... —suspiró negando con la cabeza—. Si yo fuera tú no me haría ilusiones de que ella se mantenga en este jueguito Zarah, se veía bastante asustada.

Zarah asintió, sin decir nada. Le dolían bastante las palabras de Maricarmen, pero lo entendía. Así era su hermana, directa, pero certera.

—Date prisa, no queremos estar en el auto esperando dos horas —le dijo antes de subir por las escaleras, seguramente en busca de sus hermanos pequeños.

Llegaron a un tranquilo restaurante familiar, un sitio que solían frecuentar durante las ocasiones especiales. Ni bien se hubieron sentado en su mesa cuando llegó Javier, a tiempo para escuchar la conversación de sus padres.

—¿Están seguros de que éste es el mejor lugar para hablar? —preguntó Zarah, abrazando a Dany, medio dormida a su lado.

—Opino como Zarah, ¿no sería mejor hablar en casa? —convino Maricarmen, terminando de ponerle la servilleta a Manolo sobre el regazo, para que no fuera a mancharse con el helado que le habían pedido para mantenerlo ocupado durante la charla.

—No queremos estar en casa, no con esa... gente rondando cerca —Miranda cuidó bien sus palabras para no lastimar a Zarah—, no sé qué se creen, vigilándonos como si fuéramos animales de circo. No, señor, no voy a permitirselos. Aquí no podrán hacer nada para intervenir, y en este restaurante nos conocen lo suficientemente bien como para no molestarnos con interrupciones. Además, Dany está acostumbrada a este lugar y soporta bien estar aquí.

Zarah comprendía a qué se refería su madre con esas palabras; Dany, como la mayoría de los niños con autismo, no soportaba salir de su casa como cualquier otro niño lo haría. Para ella, cambiar de habitación podía ser tan difícil como cambiar de país. Algo tan rutinario para cualquier persona como una salida a pasear, asistir a una fiesta de cumpleaños o ir a comer a un restaurante, significaba una situación de conflicto que podía desencadenar una pataleta terrible en la pequeña. No era culpa de Dany, claro está, era parte

del trastorno con el que vivía, y a su vez con el que vivía su familia. Razón por la cual eran contadas las veces que salían, y cuando lo hacían, escogían lugares en los que sabían que Dany se sentía cómoda y familiarizada con ellos, como ese restaurante, al cual estaba habituada a ir, conocía bien el lugar, así como a la gente que lo atendía, y los propietarios, atentos a la situación especial de la familia, les tenían reservado un apartado especial donde el ruido, las multitudes o cualquier cosa que pudiera desencadenar una molestia para Daniela, pudieran pasar desapercibidos para la niña.

Incluso así, era a veces imposible quedarse más allá de dos minutos con Dany, si ella se encontraba de malas, o sencillamente ese día no le apetecía estar en ese lugar, no habría forma de convencerla de quedarse.

Sin embargo, ese día se encontraba tranquila, como si hasta esa pequeñita entendiera la grandeza del tema que estaban por tocar.

—Mírenla, parece un angelito. Está tan tranquila como si comprendiera todo lo que ocurre —comentó Maricarmen, como si la misma idea de Zarah pasara por su cabeza.

—Lo comprende —afirmó Marijón—, a su manera, pero lo entiende. Dany es la más inteligente de esta mesa, aunque no lo quieras reconocer Maricarmen.

Maricarmen, lejos de ofenderse, sonrió y asintió con la cabeza, de acuerdo con la afirmación de su hermana.

—Sin mencionar que ya se durmió —añadió Javier, tomando a Dany de los brazos de Zarah para recostarla a lo largo de la butaca que él ocupaba.

—Estaremos bien durante una hora, que es más o menos lo que ella tarda en cansarse de estar fuera. Tenemos ese tiempo para hablar del tema —añadió Miguel—. Así pues, no perdamos tiempo... —se giró hacia su esposa—. ¿Quieres comenzar tú, querida?

Miranda asintió, tomando una larga bocanada de aire, buscando las palabras convenientes que debía utilizar en esa difícil situación. El mesero llegó en ese momento con las bebidas que habían encargado y les tomó la orden, dándole

tiempo a la mujer para meditar las palabras que usaría para hablar con sus hijos, estrechando la mano de Manolo sentado cerca de ella, como si aún le doliera haberle gritado hace un rato.

Una vez el mesero hubo terminado de anotar lo que cada uno pidió, sus hijos se giraron hacia ella, esperando a que comenzara a hablar, y Miranda supo que aquello que llevaba tantos años callando, ese secreto enterrado en lo más profundo de su corazón, con la esperanza de que nunca saliera a la luz, finalmente debía ser revelado.

—La historia de cada uno es diferente —comenzó Miranda—, pero no por ello menos importante... ¿A alguno de ustedes le gustaría ser el primero?

—¿Por qué no comienzas por Javier? —opinó Maricarmen—. Es el mayor.

—En realidad yo ya conozco mi historia —les dijo Javier, volviendo a sorprenderlas con esa confesión—. Mi madre murió al dar a luz, no tuve padre ni familia. Lo único que se sabía de mi madre era que venía de Italia, y no pudieron localizar a ningún pariente o conocido que me reclamara. No hubo forma de probarlo, pero hicieron experimentos conmigo, me inyectaron varias cosas antes de que papá me encontrara en esas condiciones y me rescatara.

—¿Papá, tú hiciste eso...? —Marijó miró a su padre con ojos renovados.

—No podía permitir que maltrataran a un ser inocente —contestó Miguel—. En ese tiempo trabajaba en la sección de contabilidad del hospital, me gustaba pasear por el área de cuneros, fue así como encontré a Javier, con sus bracitos llenos de piquetes... —él negó con la cabeza, en una mezcla de enojo y tristeza—. Lo saqué de allí inmediatamente. Ese mismo día lo llevé a casa, entablé una demanda contra los médicos y personal responsable, y conseguí la custodia de Javier.

—Aún recuerdo el día que llegó a casa con ese pequeño bebito en brazos —sonrió Miranda, estrechando la mano de su hijo con suma ternura—. Eras un pequeño bultito de huesos de color rosado, la cosita más hermosa que he visto en mi vida.

—Dirás guapo, mamá —la corrigió él, aunque sonreía contento, y la besó en la mejilla—. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti «panquecito».

Javier enrojeció al máximo al escuchar ese apodo, pero no replicó. Así de grande era el amor por su madre.

—¿Y qué fue lo que dijiste cuando papá llegó con ese bebé? —Maricarmen le preguntó a su madre, tan sorprendida como Zarah y Marijó—. ¿No te avisó antes?

—No, en absoluto, fue una total sorpresa —rio su madre—. Pero sin duda la sorpresa más maravillosa que pude tener en la vida... Y digamos que yo me la cobré contigo, Maricarmen.

—¿Cómo es eso? —preguntó Zarah, curiosa al máximo.

—Verán, la historia de Maricarmen no es tan distante a la de Javier... —Miranda suspiró—. Por desgracia, en este mundo hay mucha maldad, y a veces esa maldad alcanza a los más inocentes... En este caso, unos angelitos, que fueron ustedes —Ahora estrechó la mano de Maricarmen, al otro lado de la mesa redonda—. Tú fuiste encontrada en un hogar miserable, la mujer que se encargaba de ti, quien juró no ser tu madre, no te cuidaba bien, ella te... te maltrataba —le costó decirlo, y los ojos se le llenaron de lágrimas—. El día que fui al orfanatorio a ayudar como voluntaria, como me gustaba hacer en ese tiempo, coincidió con el día en el que tú llegaste allí. Te acababan de llevar, por lo que cuando te encontré eras una cosita fea y muy sucia, con marcas de quemaduras de cigarrillo en todo el cuerpo. ¡Eras preciosa! —exclamó Miranda, para sorpresa de todos, incluida Maricarmen—. Inmediatamente me enamoré de ti y supe que tenías que ser mi hija...

—¿Así? —Maricarmen lloraba en silencio, pero no pudo evitar preguntar, esbozando una mueca de asco—. ¿Estando sucia y fea?

—Eras hermosa bajo esa capa de mugre y costras, eras una niña inocente necesitada de amor y de un hogar, de unos padres que te enseñaran a que podías confiar en el mundo y en el cariño de una familia. Fuiste un regalo de

Dios, Maricarmen, siempre lo he visto así. Y aún hoy sigo creyéndolo —Se acercó a ella y la besó en la mejilla—. Te has convertido en una jovencita hermosa y encantadora, tan distante a la pequeña que encontré ese día en esa cuna, pero sin ninguna duda sigues siendo la misma niña inocente de aquel entonces, la pequeña que me arrebató el corazón ese día, hace ya más de catorce años...

—Gracias, mamá —Maricarmen la abrazó, y se echó a llorar sobre su hombro—. Gracias por rescatarme de ese lugar.

—Gracias a ti, mi pequeñita, gracias por escogerme para ser parte de tu vida... y a tu padre —añadió, riendo ligeramente, volviéndose a mirar a su marido con los ojos colmados de lágrimas.

—Esa noche, al llegar a casa, tu madre me dijo que me tenía una sorpresa en nuestra habitación—continuó contando Miguel.

—Y supongo que sospechando algo, subió a las carreras a nuestra alcoba, gritando improperios —rio Miranda, abrazando ahora a su marido—. Lo dejé solo, sé cómo es tu padre, y que a pesar de esa facha dura y enojona, tiene un corazón de oro y se enamoraría de ti tan solo verte. Y no me equivoqué —rio, besándolo en la mejilla—. Cuando subí a ver qué sucedía, porque dejé de escuchar ruidos, los encontré a los dos sentados en la mecedora; tu padre cargándote en brazos y cantándote canciones de cuna. Nunca olvidaré esa imagen. Fue maravilloso...

Maricarmen sonrió, besando a su padre en la mejilla como agradecimiento por aquel dulce gesto del pasado.

—Desde ese día formaste parte de nuestra familia, y habríamos jurado que estaba completa hasta el día que Marijó apareció en nuestras vidas.

—Espera... —Marijó hizo callar a su madre, levantando las manos —. Creía que íbamos en orden, ¿qué hay de Zarah? Es la suya la historia que más nos interesa, porque es la que nos ha llevado a todo este asunto. Te la saltaste por completo al contar la historia de Maricarmen, ¿y ahora quieres seguir conmigo?

—Vamos en orden, cariño— Su madre ahora tomó su mano, tomando asiento a su lado—, pero de cómo fueron llegando. Zarah será mayor que Maricarmen y tú, pero fue la última en llegar a nuestras vidas...

Zarah arqueó las cejas, sorprendida.

—Pero... pero... ¿no lo recordaríamos?—preguntó Maricarmen.

—Maricarmen, ustedes eran muy pequeñas para recordar algo así —contestó Miguel, negando con la cabeza—. Además, por las historias de su pasado, decidimos callar y hacerles creer que eran nuestros hijos naturales. Lo creímos lo mejor en ese momento, y cuando Zarah llegó, formó parte de la familia, se unió a nosotros de inmediato, no hubo preguntas, ni celos, como suele ocurrir a veces, fue como si siempre hubiera estado con nosotros, y ustedes la aceptaron como si siempre hubiera formado parte de la tribu.

—Entonces... ¿cómo fue que yo llegué? —preguntó Marijón, tomando al toro por los cuernos.

Miranda suspiró y miró a su marido, quien tomó la palabra en esta ocasión.

—Tuvimos una sirvienta durante esos años, llegó de un pueblo de las afueras de la ciudad, y venía con su hija recién nacida... Tú.

Los ojos de Marijón se nublaron por las lágrimas, pero no movió ni un músculo, aparentando una fortaleza que no sentía. Su madre, sabiéndolo, se acercó a ella y la abrazó, para continuar la historia de esa manera.

—No sé qué sucedió, la tratamos bien, al igual que a ti —continuó Miranda—, le decía que te dejara con los niños cuando quisiera, yo te cuidaba junto a tus hermanos para que no te quedaras solita en su cuarto mientras tu madre trabajaba, le di ropa vieja de Maricarmen para ti, y le pedía que no se extendiera hasta tarde, para que tuviera tiempo de cuidarte y disfrutar de ti. Como mamá, comprendía que debía de anhelar pasar tiempo contigo a solas.

—Muchas veces encontré a tu madre haciendo el trabajo de tu verdadera madre —le explicó Miguel—. Todo con tal de que ella pudiera pasar más tiempo contigo. Tu madre sentía mucha compasión por esa pobre mujer que debía trabajar como sirvienta para mantener a su bebé recién nacida, una

madre soltera más luchando contra la vida como tantas que hay en el mundo... Solo que, lo siento si sueno demasiado duro, Marijó, tu verdadera madre no estaba dispuesta a eso... —suspiró y sacó un pañuelo con el que le secó a su hija una lágrima que resbalaba por su mejilla, a pesar de los obvios intentos de la joven por permanecer impasible—. Ella desapareció. Un día sencillamente se marchó y no regresó. Y te dejó a ti...

—¿Ella me abandonó? —Esta vez la voz de Marijó se quebró—. ¿Mi propia madre me abandonó como a un perro?

—No digas eso... Tu madre era una mujer atormentada. No sabemos qué pasaba por su mente, las dificultades que debió vivir para abandonar a su propia hija... —Miranda la besó en la frente, estrechándola con fuerza contra su pecho—. Lo cierto es que le doy infinitamente las gracias por dejarme este regalo tan hermoso; a ti, mi amor. Marijó, tú eres mi hija, y de no ser porque esa mujer llegó a nuestras vidas nunca te habría conocido. Le estaré eternamente agradecida por tenerte a mi lado.

—Ahora entiendo lo que decían... Quién quiere saber este pasado —sollozó Marijó, sin poder retener por más tiempo las lágrimas—. La vida es una porquería, y la gente también, incluso los padres... No ustedes, no se ofendan. Me refiero a la mierda de persona que debió ser mi madre.

—No digas eso, no sabes lo que pasó... —Zarah intentó consolarla—. Quizá la atropellaron y su cuerpo nunca fue encontrado, o la secuestraron... ¿No es así, mamá?

Miranda se giró para mirar a su esposo, quien decidió contestar por ella.

—Fuimos a la policía, Zarah, expresamos la misma idea. Iniciaron una búsqueda, y nos dieron la custodia temporal de María José. No tardaron mucho en encontrar a la mujer, se había ido a trabajar a un bar en el centro de la ciudad... No entraron en detalles, dijeron que ella dejó claro que no le interesaba la niña y que si nosotros la queríamos nos cedía la custodia total. Y fue así como se nos permitió quedarnos plenamente contigo, Marijó.

—Me alegro —espetó ella, aunque sus ojos estaban colmados de lágrimas

—. Quién quiere a una madre como ésa. Lo único bueno que hizo fue dejarme con ustedes, en lugar de una alcantarilla para que me congelara. Ahora pasemos a Zarah, no me interesa saber nada más de esa zorra.

—¡Marijó!

—No, está bien —Miguel posó una mano sobre el hombro de su esposa—. Déjala que se desahogue.

—Hablen de Zarah, no quiero saber más de mi pasado —les repitió Marijó—. Si me lo permiten, seguiré diciendo que ustedes dos son mis padres, no tengo otros más que ustedes dos, y me enorgullezco de tenerlos. No me importa cómo llegué al mundo, como tú dijiste mamá, madre es la que cría, no la que da a luz, y tú fuiste quien me ha criado, tú y papá, y nadie más que ustedes dos merecen que los llame padres.

—Marijó... —Miranda miró a su hija con lágrimas en los ojos, profundamente conmovida por sus palabras.

—Ya dejémonos de cursilerías... si a ustedes nos les importa —añadió, temiendo haberlos ofendido—. Toca la historia de Zarah. ¿Qué lúgubre pasado oculta mi hermana?

Miranda y Miguel se miraron un par de segundos antes de contestar.

—No lo sabemos.

—¿Cómo? —Zarah frunció el ceño, mirando a uno y a otro a la vez. Se había colocado en la silla entre sus padres, el sitio que cada uno de sus hermanos había ido ocupando al momento de tener que escuchar su propia historia, pero por alguna razón, sintió que no tenía suficiente material para llenar ese lugar, que esa silla continuaba vacía...

—No te quejes, me hubiera gustado esa respuesta en tu lugar —le dijo Marijó, aún resentida.

—Íbamos de vacaciones ese verano —comenzó a contar Miranda—. Ya los teníamos a ustedes tres —Miró a Javier, Maricarmen y Marijó—, y gustábamos de llevarlos de paseo a la playa o a donde pudiéramos. En esa ocasión debimos partir de noche, el trabajo de Miguel se había extendido ese

día, y aunque habíamos planeado salir de madrugada, no pudimos partir sino hasta la noche. No estábamos acostumbrados a viajar de noche, en una curva la rueda dio con un bache y la llanta reventó.

—A poco estuvimos de darnos vuelta... —añadió Miguel—. Fue terrible.

—Sin mencionar el susto —asintió Miranda—. Desde entonces no viajamos de noche... En fin, retomando el tema, después de cerciorarnos de que ustedes tres estaban bien en sus asientos...

—Ni siquiera se despertaron— les hizo saber Miguel.

—Bajamos a revisar el automóvil. Teníamos que cambiar la llanta, así que mientras tu padre colocaba el gato yo me situé a unos metros de la camioneta con las señales fluorescentes para avisar a los otros autos que pudieran pasar que nos encontrábamos allí y no fueran a golpearnos. Me llevé una linterna, y mientras la encendía me pareció ver algo entre la maleza...

—Y saben cómo es de curiosa su madre, no pudo quedarse sin saber qué era —añadió Miguel—. Doy gracias al Cielo que no estábamos en medio de una selva, o tu madre pudo salir en la búsqueda de un jaguar que estuviera acechando por allí.

—Tampoco soy tonta, sabía que no era un animal... Ni un ladrón —añadió antes de que su marido pudiera replicar—. Era algo pequeño, algo que me llamó de cierta forma... No puedo explicarlo, sabía que debía ir en su búsqueda. Así que entré entre la maleza, buscando con mi linterna lo que pudiera estar escondido entre la vegetación...—se interrumpió para mirar a Zarah a los ojos—. Fue allí donde te encontré, Zarah.

—¿Qué...? —Ella abrió los ojos como platos.

—Te encontré escondida entre las ramas y hojas de un arbusto —Miranda la abrazó por los hombros, besándola en la frente con tanto sentimiento como si reviviera ese momento en su mente—. Eras una pequeñita asustada y sucia, estabas hecha un ovillo, como si intentaras esconderte del mundo...

—Y ahora sabemos por qué —musitó Miguel con voz resentida.

—Te llamé para que te me acercaras —continuó contando Miranda—, pero

tú estabas tan temerosa que no querías moverte de tu escondrijo. Finalmente yo debí ir por ti a buscarte, me costó bastante llegar hasta ti, pero lo conseguí, y te saqué chillando y pataleando de esos arbustos... «Está bien, mi amor, está bien», te dije intentando calmarte, y eso funcionó. Te tranquilizaste de inmediato y me abrazaste por el cuello, te soltaste a llorar y me llamaste «mamá» —Miranda la miró a los ojos, y Zarah pudo darse cuenta que se le habían humedecido.

—Creo que ese fue el motivo detonante para que tu madre decidiera no dejarte ir —contó Miguel—. Te llevamos a la comisaría más cercana, y como se encontraba en un sitio poco agradable, tu madre no aceptó dejarte allí y decidió traerte con nosotros. Dejamos a los hombres encargados los datos de nuestro hogar y viniste a vivir con nosotros a casa —Miguel tomó un trago de agua, y Zarah, por lo cercano que se encontraba a él, pudo notar que era para tragarse las lágrimas de sus ojos humedecidos—. A partir de esa noche en la que tu madre te llevó a casa, formaste parte de nuestra familia —concluyó, volviendo a tomar otro trago, más largo que el anterior.

—«Te llevó» —repitió Miranda en son de mofa—. Tu padre quería llevarte con nosotros tanto como yo, siempre ha sido así, pero le gusta hacerse el rudo —la mujer rio, mirando a sus otros hijos—. Con cada uno ha sido especialmente dedicado y cariñoso, pero creo que de todos ustedes a quien más ha sobreprotegido es a Zarah.

Zarah sonrió, recordando el momento del partido de fútbol, donde su padre había intentado cuidarla y ayudarla a superar sus miedos.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Marijón—. ¿Supieron algo de la familia de Zarah?

—No... —Miranda miró a Zarah, negando lentamente con la cabeza—. La policía no sabía nada de ti, no existían registros, nadie te reclamó... Hasta ahora.

—Pero no importa lo que digan esas personas, tú eres nuestra hija, y nadie, ¿me escuchas?, nadie te apartará de nuestro lado.

—Gracias, papá —Zarah sonrió y lo abrazó, los abrazó a ambos, contenta de tener padres tan buenos que, a pesar de no ser sus verdaderos padres, la querían y la trataban como a una verdadera hija.

—Solo una cosa... —Javier los interrumpió—, ¿qué hay si Zarah quiere ir con ellos?

Todos se volvieron a mirarlo sorprendidos, incluida Zarah.

—¿Por qué habría de hacer eso?— le preguntó Zarah al borde de la risa.

—Bueno, porque estamos hablando de tus padres, ni más ni menos. No sabes qué fue de ellos, qué fue lo que sucedió en tu vida pasada... Ellos no te abandonaron, por lo que esos hombres nos dijeron; tú fuiste secuestrada. De ser ese mi caso, yo... perdónenme si lo que voy a decir los lastima, papás, pero es cierto —Miró a cada uno de sus padres—, yo querría saber qué fue lo que ocurrió, y conocerlos de estar vivos.

—Su madre está muerta, ¿recuerdas? —le espetó Maricarmen—. Ellos también lo dijeron.

—Sí, mi madre. Pero no mi padre. Dijeron que nadie sabe qué fue de él. Bien podría seguir con vida... —musitó Zarah, como si pensara en voz alta.

—¿No estarás considerando la idea de ir con ellos, no es así, Zarah? —Maricarmen le dedicó una mirada mezcla de desesperación y enojo.

—Javier tiene razón —Miranda contestó por su hija—. Zarah tiene derecho a decidir, y nosotros no podemos interferir en su decisión. Si lo que tú deseas es ir con ellos, hija —Miranda la miró a los ojos, intentando sonreír a pesar de que las lágrimas caían sin control por sus mejillas—, siéntete en toda la libertad de hacerlo. No temas ofendernos o que nos enojemos, nosotros comprendemos.

—Por supuesto, tenlo por seguro —añadió Miguel, palmeándola en el hombro.

—Gracias, papás. Pero no será necesario —Zarah tomó una honda bocanada de aire—. Mi lugar está con ustedes. No me importa quién o qué fui en el pasado, ahora soy Zarah, su hija y su hermana —Los miró a cada

uno al hablar—, y mi lugar está a su lado.

—Gracias, Zarah —le dijo Manolo, quien hasta entonces había permanecido en silencio.

—¡Sí, gracias Zarah! —Marijó la abrazó por los hombros y la besó repetidas veces en las mejillas, al igual que Maricarmen.

—Esto hay que celebrarlo —Javier abrió la carta—, ¡mesero, ¿para cuándo la comida?! A este paso tendrá que juntarla con la cena de navidad.

—¡Javier, no seas grosero! —lo reprendió Miranda.

Pero el mesero, amigo de Javier de la infancia, tomó sus palabras a broma y corrió a dejarles los platillos a la mesa, que por lo que pudieron darse cuenta, estaban listos hacía un buen rato, y el muchacho no los había llevado con la intención de no molestarlos en tan emotivo momento.

—Dense prisa en comer, Manolo se está cayendo de sueño —dijo Maricarmen con una sonrisa divertida, notando al niño que se había quedado tan callado escuchando la conversación que no había movido un músculo en todo ese tiempo ni para terminarse su helado.

Incluso Dany, quien se había despertado hacía un buen rato, se había quedado quieta, sorprendente para ella, quien solía tener un muy bajo aguante a la espera, como si de alguna manera comprendiera bien lo que sucedía y no quisiera intervenir.

Zarah los observó a todos con una sonrisa, sintiendo en el corazón que hacía lo correcto. Su lugar estaba al lado de su familia, y era allí donde se quedaría.

A pesar del extraño sentimiento de remordimiento que sentía crecer en su interior... ¿Acaso estaría cometiendo un error con su decisión?

Allan observaba el amanecer desde la cima de un tejado. La casa donde se encontraba colindaba con la de Zarah, era bastante alta y le permitía tener una vista panorámica de los alrededores. El lugar perfecto para vigilar sin ser molestado.

El resto del equipo se movía por las calles vecinas, sus ropas y rostros cambiados, se mantenían disfrazados para disimular su presencia en la zona. Desde ahí podía escuchar los gritos de la discusión que mantenían Patrick y Raquel; les había tocado asumir el papel de una pareja vecina a la que habían «convencido» de partir de vacaciones, para poder de esa manera suplantar su lugar en su hogar. Haciéndose pasar por sus vecinos, era poco probable que los descubrieran tanto la familia de Zarah como sus enemigos Kinam.

Una voluta de humo verde apareció a su lado, y por primera vez Allan despegó la vista del horizonte.

—Tanek —dijo sin mucho ánimo, poniéndose de pie.

—Allan —contestó el hombre de la misma manera.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Te molesta mi presencia?

—Me extraña. No te había visto hacía años, y ahora me honras con tu presencia dos veces seguidas en la misma semana, ¿ocurre algo?

—A decir verdad, así es. Ahren me ha comisionado formar parte de la misión para llevar de vuelta a casa a su nieta.

Allan pareció alterarse por primera vez.

—Es a mí a quien el Consejo dio la orden de dirigir la misión.

—Es cierto, y es toda tuya. Y veo que tienes en tus manos un buen equipo... —Miró de reojo en dirección a la casa donde se escuchaban todavía los gritos de Raquel y Patrick, peleando. Podía ser que para cualquier humano común y corriente pasaran completamente desapercibidos, pero para su sensible oído de Kinam eran tan audibles como si le estuvieran gritando a su lado en el oído—. Pero es la nieta del rey de quien hablamos, y él quiere tener participación en el asunto. Me ha costado convencerle para que no viniera en persona, por lo que me ha comandado a mí para actuar en su nombre. Y bueno, el rey está por encima del Consejo. Lo sabes.

—¿Así que ahora tengo que obedecerte?

—No lo tomes a mal, hermano —Posó una mano sobre su hombro—. Sigues siendo el líder de la misión, yo solo estoy a cargo de ti, y claro, de la princesa.

—Me parece extraña la decisión del rey. ¿Desde cuándo Ahren te tiene tanta confianza?

—Soy un Ruffian.

—Y un Kinam.

—Tú también lo eres, y confía en ti, ¿no es así?

—¿Cómo podría decirlo? En mi vida lo he conocido.

—Pero yo sí lo conozco, y déjame decirte que Ahren es muy distinto a los antiguos reyes, a pesar de su edad. Tiene una mentalidad bastante abierta, y la antigua idea de mantener la sangre Capadocia pura y ajena del gen Kinam, es completamente arcaica para él. Me ha permitido demostrarle lo que un fiel vasallo puede hacer por él y su reino, sin tomar en cuenta mis genes.

—Pero sí tu linaje, tú lo has dicho, eres un Ruffian. Y tu familia es una de las más antiguas y poderosas de los cinco reinos.

—Puede ser, pero no olvides que también te ha dado una oportunidad a ti. El rey no confiaría la seguridad de su nieta a cualquiera, y ha aprobado la decisión del consejo de que tú lideres la misión de conducir a la princesa a casa, a pesar de que eres un Kinam. Eso es porque confía en tu buen juicio.

—De ser así, no te habría enviado a ti, ¿no lo crees?

—Muchacho, tómallo así; esta misión tiene interés personal para mí.

—¿Qué interés personal podría tener para ti?

—Eso lo hablaremos después —Miró el sol—. Debemos ponernos en posición. Ruperto y Aníbal no tardarán en llegar, y será hora de completar la misión.

—Te advierto, Tanek —le dijo Allan, sin moverse de su lugar—, no permitiré que lastimen a Zarah ni a su familia. Estoy dispuesto a todo, incluso a levantarme contra ellos, si se oponen a su decisión.

Tanek sonrió, una sonrisa ladeada, divertida.

—¿Es por eso que ha elegido un equipo conformado únicamente por aquellos que sabes te seguirán ciegamente?

Allan no contestó.

—Muy inteligente de tu parte. Debo admitirlo, al rey le pareció extraño que no llevaras más soldados contigo para custodiar a la princesa.

—Más estorbarían. Ellos son los mejores. Es esa la razón de mi elección.

—Yo también soy el mejor y ahora formo parte de tu equipo, Allan —se acercó y le dijo al oído—. Y protegeré a la princesa de lo que sea, y de quién sea... —murmuró antes de desaparecer en una voluta de humo, dejando a Allan solo en su lugar.

Allan frunció el ceño, dirigiendo una mirada airada al sitio donde Tanek había vuelto a aparecer, en la calle de enfrente.

Un automóvil aparcó en la calle. El momento había llegado.

Luego tendría tiempo de ajustar cuentas con Tanek.

Ahora su única preocupación era Zarah.

Nunca antes Zarah se sintió tan nerviosa al esperar a que el reloj marcara las diez de la mañana. La familia completa, con excepción de Dany y Manolo, a quienes habían dejado esperando arriba en su cuarto para mantenerlos ajenos de la discusión, aguardaban sentados en la sala de la casa, atentos al tic tac del segundero del reloj cucú.

La manecilla llegó al diez y el pajarito salió de su escondite, dando a conocer la llegada de la nueva hora, así como el pronto arribo de sus visitantes.

El timbre de la puerta se escuchó al instante, provocando que todos dieran un brinco en sus asientos.

—Yo voy —dijo Javier, poniéndose de pie para dirigirse a la entrada.

Zarah inspiró una honda bocanada de aire, mirando a los demás con sumo nerviosismo. Estaba segura de que ese sería el día más importante de su vida, el día que se decidiría su destino...

Había presenciado en carne propia de lo que eran capaces esos Capadocia, los había visto pelear contra esos monstruos gigantescos y poderosos, los Kinam, y habían salido vencedores. Sabía que nada podrían hacer contra ellos si las cosas se ponían feas... Y no podía permitir que la situación llegara a ese punto. Su familia estaba primero, lo había estado pensando toda la noche, si tenía que decidir entre renunciar a ellos o quedarse y ponerlos en peligro, se marcharía. No había duda. No permitiría que ni los Kinam ni los Capadocia les hicieran daño.

La puerta se abrió en ese momento y por ella entró... ¡¿Zack?!

—Buenos días —saludó el joven, vestido con las galas más elegantes que Zarah había visto en una persona.

De por sí era conocido en la escuela por ser un «niño rico». Iba a la escuela conduciendo un auto deportivo de lujo, su ropa era de marca, y siempre traía las mejores y más caras mochilas y cuadernos. Sin embargo, nada de eso era equiparable a la facha que llevaba ese día. Era como ver a un príncipe vestido para visitar a la plebe.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —le preguntó Marijó, tan desconcertada de verlo como su hermana.

—Disculpen la intromisión— Tras él entró Ruperto, acompañado por Aníbal y Allan. Ruperto colocó una mano sobre el hombro de Zack, llevándolo con él hacia adelante—. Les presento a mi hijo, Zackarías.

—¿Zack es su hijo? —preguntó Maricarmen, dedicándole una mirada despectiva al joven para enseguida ver al padre con cierta compasión.

—Así es. Era mi deber presentarlo ayer, pero me temo que Zack se encontraba demasiado indispuerto como para venir —Zarah notó cierta molestia en la voz del hombre, al tiempo que le dedicaba una mirada molesta a su hijo.

—No tiene que presentarlo, ya lo conocemos —bufó Marijó—. Va a la escuela con nosotros.

—Mi padre se refiere a presentarme como Capadocia y miembro honorífico del Círculo de la Estrella— habló Zack, moderando el enojo en el tono de su voz—. Hoy me siento mejor, bien pude quedarme en cama, pero sé que es mi deber estar aquí, y no faltaría por nada del mundo a mi obligación, princesa Zyanya.

—Es Zarah— lo corrigió Allan, quien se había quedado atrás, observando a Zack con el ceño fruncido.

—Es la princesa Zyanya, y será mejor que se acostumbre de una vez a su verdadero nombre, ya que vivirá entre nosotros— replicó Zack, sin disimular en absoluto el tono despectivo en su voz.

Por el rabillo del ojo, Zarah notó la presencia de Raquel, Rebecca, Patrick, Alessandra y Jaqueline, aunque ellos, en lugar de entrar, aguardaron afuera. Un hombre joven, al que no conocía, se adelantó, y se quedó esperando cerca del umbral de la puerta. Debía bordear los treinta años, aunque conociendo a los Capadocia, bien podía equivocarse. Era bastante guapo, de piel morena, tostada por el sol, y ojos de un azul intenso. Tenía el cabello de color negro, y lo llevaba anudado en una coleta bajo la nuca.

No parecía notar la discusión de los demás, pues sus ojos se fijaron directamente sobre los de Zarah, y de ahí no los movió.

Zarah sintió un estremecimiento en su interior al contacto con esa mirada, pero no la esquivó, como solía hacer generalmente. Al contrario, le gustó... Había algo en ese hombre que la hacía sentir en confianza.

—No creo que discutir frente a la princesa y su familia adoptiva sea el mejor modo de entablar una relación amistosa —intervino el hombre, tomando por primera vez la palabra.

—Le encuentro toda la razón, Tanek —contestó Ruperto, y dirigiéndose a Zarah y a su familia, añadió, señalando al hombre que acababa de hablar—. Por favor, permítanme presentarles a Tanek Ruffian. Él es miembro del Círculo de la Estrella y el representante personal del rey Ahren de los Blancos.

—Un gusto conocerla al fin, princesa —Tanek se inclinó para hacer una reverencia—. Es un honor estar en su presencia.

—Se lo agradezco... —Zarah sintió que el rubor encendió sus mejillas, ¿de dónde habían venido esas palabras tan elegantes con las que habló de repente?

—No tiene nada que agradecer— le dijo él, sonriendo ligeramente—. Es mi deber y un honor escoltarla de regreso a su hogar, princesa.

—Respecto a eso— Miguel se puso de pie—, hemos hablado con Zarah, y ella ha decidido quedarse con nosotros.

—¿Disculpe? —Zack se dirigió a Miguel con el mismo tono de voz que le

había dedicado a Allan—. Zyanya es una princesa Capadocia, pertenece a la realeza del Círculo de la Estrella de los Cinco Picos. Ella va a regresar con nosotros, no es una pregunta.

—¡Sobre mi cadáver!— se adelantó a decir Javier, preparado para pelear a los puños contra Zack.

—¡No molestes, homo!— Zack, antes de que nadie pudiera hacer nada para evitarlo, apareció de la nada una cuerda plateada con la que envolvió el cuerpo de Javier como si se tratara de una anaconda enrollando a su víctima.

Javier cayó al piso con un ruido sordo, jadeando en su lucha por conseguir oxígeno.

—¡Suéltalo!—rugieron Zarah y Allan al mismo tiempo, sobresaltando a los demás con su sincronizado desenfreno cuando ambos corrieron en ayuda del joven. Allan alzó una mano que al momento de tocar la cuerda se había convertido en garra y rasgó la gruesa cuerda de plata como si se tratase de mantequilla, liberando a Javier de su aprisionamiento.

—¡Javier, ¿te hiciste daño?! —le preguntó Zarah, tomando la cabeza de su hermano entre sus manos.

—¿Estás bien, Javier? —le preguntó Miranda, hincándose a su lado y abrazándolo—. Por favor, dime si estás bien...

Javier asintió, llevándose una mano al cuello, como si todavía le costase trabajo tomar oxígeno.

—No es nada, solo fue un ataque sencillo que no lastimaría ni siquiera a un insignificante homo como tú— espetó Zack.

—¿Cómo pudiste atacarlo? —Allan lo encaró, furioso. Sus ojos se habían tornado rojos, y ahora eran sus dos manos las que lucían como garras.

—Allan, será mejor que esperes afuera— intervino Aníbal.

—¡No!— Zarah se puso de pie y ante la sorpresa de todos, corrió a embestir a Zack con una tremenda cachetada.

Incluso Marijó pareció sorprendida ante la violenta reacción de su hermana, por lo general, pacífica.

—¡Vuelve a tocar a mi hermano y te haré tragarte tu maldita cuerda plateada, ¿me escuchaste?!

Allan arqueó las cejas, notablemente sorprendido, y compartió una mirada de idéntica sorpresa con Javier, quien en ese momento se ponía de pie con ayuda de su familia.

—¡No te vuelvas a acercar a él! —continuó gritando Zarah, ajena a la conmoción que se suscitaba a su alrededor. Incluso Raquel la observaba de manera renovada, sin dar crédito a esa furia desenfrenada que había emergido de pronto en sZarah—. ¡No te acerques a nadie de mi familia, o te... o te...!
—De pronto, Zarah se encendió en una flama azul que hizo retroceder a todos a su alrededor, incluido Zack, quien la observó boquiabierto.

Allan, por el contrario, se aproximó a ella. Con calma posó una mano sobre su hombro y le habló al oído.

—Creo que lo ha entendido ya, Zarah. Déjalo. Lo estás asustando.

La llama desapareció tan rápidamente como había aparecido.

—Espero que lo hayas entendido —le dijo Allan a Zack, sin disimular la sonrisa divertida en su rostro.

—Como ordene, princesa— Zack hizo énfasis en esa palabra, dejando por sentado que no era a Allan a quien obedecía.

Zarah le dedicó una mirada despectiva y se giró para buscar a su hermano.

—¿Cómo está? —le preguntó a su madre, quien se encontraba al lado de Javier, observándola boquiabierta—. ¿Se ha lastimado?

—No, estoy bien... —El joven también la miraba pasmado, sobándose la mandíbula adolorida por el golpe.

—¿Qué sucede? —Zarah frunció el ceño al notar que su padre, Maricarmen y Marijó compartían la misma expresión de sorpresa en el rostro. Sorpresa mezclada con miedo...— ¿Por qué me miran así?

—¿Qué fue lo que hiciste? —Le preguntó Maricarmen, la única que pareció recordar cómo se usaban las palabras.

—¿Cómo que fue...? —Zarah miró a Zack—. Le grité, ¿es que no puedo

enojarme de vez en cuando?

—Tú... tú te encendiste... —le dijo Miguel, señalándola con el dedo—. Te encendiste como una vela.

—Realmente eres uno de ellos... —musitó Marijón, viendo de arriba abajo a su hermana, como si la estuviera observando por primera vez en su vida.

Zarah no supo qué decir o cómo actuar. Miró a Allan en busca de ayuda, y él pareció gustoso de ese gesto, porque se acercó y volvió a posar una mano sobre su hombro.

—No lo notaste, pero te encendiste en una flama azul, de la misma manera como yo me enciendo en una roja, Zarah.

—¿Qué yo qué...?

—Has comenzado a liberar tus poderes —le explicó Tanek, aproximándose a ella—. Puede que sea difícil de comprender ahora, pero lo harás a su debido tiempo. Llegará el día en el que te encuentres en pleno uso de tus facultades, y podrás utilizar tus talentos como cualquiera de nosotros, o inclusive mejor.

Zarah agachó la vista, demasiado conmovida para continuar mirándolo por más tiempo a los ojos. No entendía... ¿De verdad se había encendido como Allan?

—Pero para que eso sea posible —continuó hablando Tanek—, tienes que venir con nosotros, princesa. Solo con tu gente podrás aprender a usar tus talentos como se debe.

—¡Ella no quiere ir! —escucharon un grito desde arriba, y al girarse, vieron a Manolo de pie en la escalera. Tenía el rostro bañado de lágrimas y sin importarle reclamos o reprimendas, corrió hasta el sitio donde se hallaba Zarah y la abrazó por la cintura, soltándose a llorar de lleno—. ¡Diles lo que nos dijiste ayer, Zarh! ¡Diles que te quedarás con nosotros para siempre!

Los ojos de Zarah se llenaron de lágrimas mientras abrazaba a su hermano, hipando de manera afligida mientras le rogaba que se quedara a su lado, sin soltarla.

—Sé que es duro para ustedes dejarla ir —intervino Allan—, pero deben

ser conscientes de que si Zarah no aprende a dominar sus poderes, podrían volverse contra ella y...

—Matarla— Zack terminó la frase, y todos se giraron hacia él con miradas airadas.

—¡Eres un bestia, Zack!— le gritó Marijó, abalanzándose sobre él.

—¡No, Marijó! —Miranda la detuvo por el brazo antes de que pudiera tener el mismo destino que su hijo mayor.

—Zack, tu comportamiento está provocando una situación que no buscamos —le dijo Ruperto, volviendo a posar una mano sobre el hombro de su hijo—. Creo que será mejor que te vayas.

—¡Por supuesto que no me iré! —bramó Zack, quitándose la mano de la padre como quien se sacude una mosca—. Soy representante del Círculo de la Estrella, es mi derecho y mi deber estar aquí presente.

—Yo también represento al Círculo de la Estrella, y al rey Ahren en persona —habló Tanek—. Por mi parte, confío plenamente en el juicio de Ruperto. Si el general cree que no tienes que estar aquí, será mejor que te vayas.

—Yo soy un miembro honorífico...

—Y yo soy un miembro real —bramó Tanek—, y tengo autoridad sobre ti. Así pues, o te atienes a las normas y respetas a los presentes, o te vas.

Zarah arqueó las cejas, sorprendida de ese despliegue de autoridad.

—Es mi deber estar aquí, y aquí me quedaré —siseó Zack, con el orgullo adolorido.

Zarah lo miró con cierta lástima. No le gustaba Zack, pero sabía lo que se sentía ser atacado por un grupo completo, como él lo estaba siendo ahora. Y también sabía que buena parte del enojo que todos sentían por la situación que vivían lo estaban descargando sobre él, incluida ella...

—No te importó mucho tu deber ayer, cuando estabas cayéndote de borracho —espetó Raquel.

—No era por borracho, era por la resaca —dijo Rebecca, secundando en el

tema a su hermana—. No es la primera vez que le pasa. Fue igual en la fiesta de Maricarmen. Quizá de haber estado un poco más sobrio habría podido ayudarnos a proteger...

—¡Eso es culpa de Allan! —Zack señaló directamente al joven—. Él nunca me dijo nada sobre la existencia de la princesa, de haber sabido yo que...

—Me refería al Alma Pura, no a Zarah, pelmazo —le dijo Raquel, dedicándole a Zarah una mirada despectiva de paso—. A ver si te vas poniendo al corriente...

—¿El Alma Pura?—Preguntó Miranda.

—Es como llamamos a los niños especiales —le explicó Ruperto—. Cuidamos de ellos, en especial de los niños con autismo. Se cree que poseen un gran poder oculto, y que entre ellos encontraremos al Alma Blanca, el Alma más poderosa de todas, que vendrá a cambiar el mundo.

—¿De qué están hablando? —preguntó Miguel, comenzando a impacientarse.

—Es una larga historia, y creo que lo mejor será que nos sentemos para que puedan escucharla —les dijo Ruperto.

—Por supuesto, por favor... —Miranda señaló los sillones, pidiéndoles con el gesto que tomaran asiento—. Ustedes también, muchachos, no se queden allí parados —se dirigió a los que esperaban en la puerta.

—No les digas muchachos, mamá —le dijo Maricarmen al oído—, son más viejos que la Independencia.

—¿Qué...?

—¿Por qué no comenzamos? —interrumpió Ruperto, tomando la palabra—. Supongo que han de tener muchas preguntas que hacernos, como lo del Alma Pura. Como les decía, cuidamos a todos los niños con autismo, y en su hija Dany vimos una cualidad especial, un don, podría llamarse.

—Es bruja, siempre lo dije— asintió Miranda.

—Algo así —rio Ruperto—, es esa la razón por la que un equipo estaba encargado de protegerla.

—¿Un equipo? —Miguel arqueó las cejas—. ¿Todo un equipo por una niñita?

—Como le dije, hay algo especial en Dany. El equipo estaba conformado por Raquel, Rebecca y Zack. Este año también se integró Allan... —Miró al joven de pie tras ellos, mudo como una estatua—. Fue gracias a su intervención que supimos de los raros dones que poseía Zarah.

—¿Cómo...? —Zarah miró directamente a Allan.

—Yo me di cuenta que eras especial, una Capadocia —le contestó Allan, sabiendo que era su deber responderle esa pregunta—. Como te expliqué, todas las extrañas cosas que sucedían a tu alrededor: los balones siguiéndote, los movimientos de puertas o de tierra cuando te enojabas...

—¿Esas cosas no son normales? —preguntó Marijó, mirando de forma diferente a su hermana.

—No, son habilidades Capadocia —contestó Aníbal—. Pero no fue eso lo que hizo que Allan diera a conocer tu paradero a La Capadocia, ¿no es así, hijo?

Allan negó con la cabeza, bajando la mirada.

—¿A qué se refiere? —preguntó Miranda.

—En La Capadocia tenemos maneras de «rastrear» a estos niños especiales, los que formarán parte de La Capadocia. A Zarah no pudimos rastrearla gracias al bloqueo que los Kinam pusieron en su mente. Cuando suceden esta clase de casos, si un Capadocia nota la existencia de un humano que pudiera poseer el talento necesario para entrar en la orden, tiene el deber de dar aviso a sus superiores para contactarlo para una posible integración.

—¿Y tú no la denunciaste? —Miranda le preguntó directamente a Allan, hablando con una voz llena de agradecimiento.

Allan se limitó a negar con la cabeza.

—Era su deber, no cumplió con él. Debió hacerlo, y merece un castigo por ello —dijo Zack con saña.

—Allan debió tener sus motivos para no hacerlo, ¿no es así, hijo? —

Ruperto se dirigió a Allan con más cariño con el que trataba a su propio hijo.

—De todas maneras, es algo que hablaremos en cuanto lleguemos a Tierra de Libertad —intervino Aníbal.

—Eso es otro tema, coronel —dijo Ruperto, buscando retomar el tema—. El hecho es que, como les dije ayer, de no haber sido por Allan, no sabríamos cuál pudo ser el destino de Zarah. Por lo que sabemos, de alguna manera los Kinam se enteraron del paradero de Zarah (probablemente siempre la mantuvieron bajo vigilancia, desde el día que la secuestraron y borraron la memoria), y por alguna razón, que todavía no conocemos, intentaron raptarla una vez más en la fiesta.

—Probablemente les llamó la atención el Capadocia que no se le despegaba —espetó Zack de manera mordaz, mirando a Allan por el rabillo del ojo.

—Como fuera —continuó Ruperto, sin hacerle caso a su hijo—, de no ser porque Allan estuvo allí para defender a Zarah, no habríamos sabido jamás que ella era la princesa Zyanya de los Blancos, perdida hace tantos años. De caer en manos de los Kinam, no quiero ni imaginar la suerte que habría tenido nuestra estimada princesa perdida...

—¿Pudo haber muerto? —preguntó Miguel, mirando con ojos renovados a Allan.

—Sí... —Ruperto bajó la mirada.

Miguel se puso de pie sorprendidamente y caminó en dos zancadas la distancia que lo separaba de Allan.

—Yo... no tengo palabras para agradecerte, muchacho —le dijo Miguel antes de abrazarlo de forma efusiva.

Marijó soltó una risita por lo bajo, volviéndose a mirar a Zarah y Maricarmen, tan impresionadas como ella por el gesto.

—No fue nada, señor —Allan lo miró a los ojos cuando el hombre lo hubo soltado—. Jamás en la vida habría permitido que algo malo le sucediera a Zarah.

Zarah lo miró absorta, deseando ponerse de pie y ser ella quien lo abrazara,

y llenarlo de besos, además.

—Entonces, retomando el tema —habló Miranda—, Allan sabía que ella era una de ustedes, pero no quién era, ¿comprendo bien?

—Exactamente —asintió Ruperto—. Allan nos explicó quién era ella después del ataque, hasta ese momento nosotros no sabíamos nada sobre Zarah, ni por qué los Kinam la buscaban.

—En ese caso, ¿cómo es que se enteraron de quién era ella?

—Yo contestaré a eso —Allan se adelantó. Ruperto lo miró y asintió con la cabeza, permitiéndole hablar—. Como le expliqué a Zarah, comencé a sospechar que ella no era una simple Capadocia no encontrada por el rastreo de los ancianos, cuando vi, dibujado en sus cuadernos, los antiguos jeroglíficos de nuestro pueblo. Jeroglíficos desconocidos para cualquier ser humano común y corriente.

—Bueno, teniendo una madre estudiosa de las culturas antiguas, bien Zarah pudo haberlos visto en alguno de mis apuntes...

—No, lo siento, pero es imposible —contestó Allan—. Estos jeroglíficos jamás han sido vistos por humanos, es más, solo una parte selecta de La Capadocia los conoce: los de El Círculo de la Estrella de los Cinco Picos. Fue por esa razón que comencé a seguir la pista de que Zarah podía ser una Capadocia perdida de nuestro mundo, pues la única forma de que ella conociera esos jeroglíficos, es que haya vivido entre nosotros.

—Pero si perdió la memoria, ¿cómo es que pudo recordarlos? —preguntó Maricarmen.

—Quedó grabado en su subconsciente —Allan se tocó la cabeza con el índice—. Las memorias siguen en el cerebro de Zarah, aunque ella no pueda acceder a ellas.

—¿Y solo con eso supiste quién era ella? —preguntó Miranda.

—No, pero me dio la primera clave para seguirle la pista. Como les expliqué, solo una selecta parte de La Capadocia tiene acceso a esos jeroglíficos, y la lista de personas desaparecidas de la realeza son escasas.

—De hecho, Zarah es la única —bufó Zack, cruzado de brazos contra la pared.

—Le hice a Zarah una prueba con un aparato especial que mide la presión de la mano de la escritura, la cual nunca cambia, y al mismo tiempo las huellas digitales y el ADN. Es una prueba infalible.

—Ya lo creo... —musitó Maricarmen, mirando a Zarah de manera extraña—. Después de eso, dudo mucho que cualquiera pudiera negar su verdadera identidad.

—Así supe quién era ella —Allan la miró a los ojos—. Como le expliqué a Zarah, nunca antes la conocí, no tenía forma de saber quién era ella sin esa prueba.

—Muy inteligente, muchacho, muy inteligente —lo felicitó Ruperto—. Sin tu ayuda, jamás habríamos logrado dar con la princesa. El rey Blanco te estará por siempre agradecido.

—¿El rey Blanco? —preguntó Zarah, frunciendo el ceño—. ¿Se refiere a mi abuelo, no es así?—Zarah se sintió extraña pronunciando esas palabras. Aún le resultaba tan difícil creer que tenía otra familia de la que nada sabía...

—¿Por qué se llama rey Blanco? —Preguntó Marijó.

—Es algo un tanto complicado de explicar —contestó Ruperto—. Dentro de los primeros fundadores de La Capadocia, los cinco descendientes directos de Adah, la primera Capadocia de la que se tiene conocimiento, formaron la orden como la conocemos hoy en día. Se dividieron en cinco grupos: Los Blancos, los Amarillos, los Rojos, los Pardos y los Negros. Los cinco picos de la Estrella.

—Qué interesante —confesó Miranda, y ante la mirada dura de su marido, se guardó la sonrisa que había surgido en sus labios.

—Son ellos los más altos dirigentes de La Capadocia, ellos junto a los integrantes del Círculo: las Almas Azules Renacidas.

—¿Las qué cosa?! —preguntó Marijó.

—Es una larga historia, y mejor no nos desviemos del tema —apuntó

Ruperto—. El punto es debido a los cinco descendientes y el círculo de Almas Azules que se forma: el Círculo de la Estrella de los Cinco Picos, los dirigentes de La Capadocia.

—La realeza —añadió Allan, sin dejar de mirar a Zarah.

Ruperto asintió con la cabeza.

—Tú, Zarah, eres hija de Elizabeth, hija de Ahren, descendiente directo de Adah —Posó ambas manos sobre sus hombros, de manera solemne—. Al igual que tú.

Zarah inspiró hondo, esa era más información de la que podía procesar.

—¿Quiere decir que yo...?

—Tú descienes de un linaje único, Zarah —le dijo Tanek, aproximándose a ella—. Desciendes directamente de la primera hechicera de la que se tiene conocimiento. Tu sangre, así como la sangre de tus ancestros, proviene de los primeros fundadores de La Capadocia.

—Eso es... fabuloso —Maricarmen no pudo evitar sonreír, mirando a su hermana con ojos renovados.

—Tienes que estar con los de tu raza y linaje, Zarah —añadió Aníbal—. Es en Tierra de Libertad, al lado de tu abuelo y de tu hermano, tu verdadera familia, donde te corresponde estar.

—¡Eso no es cierto! ¡Nosotros somos su verdadera familia, no ellos! ¡¿Dónde estuvieron ustedes todos estos años?! Por lo que nos han dicho ni siquiera la estaban buscando, ¿y si tanto interés tienen en ella, dónde están ahora? —preguntó Marijón, furiosa—. ¿Dónde está ese rey suyo, que supuestamente está tan interesado en el regreso de su nieta?, ¿por qué no vino él en persona a buscarla?

—¡Marijón! —le gritó Maricarmen, dándole un codazo en las costillas.

—El rey Blanco deseaba venir, pero convenimos que sería mejor que no lo hiciera. Deben comprender que es el rey, no debe exponerse a un peligro potencial. Es ese el motivo por el que me envió a mí, y a todos los presentes —contestó Tanek—. Les aseguro que el rey espera con ansia el regreso de su nieta.

—Si fuera mi nieta, nada me habría detenido para ir en persona a buscarla —musitó Marijó, de mala gana.

Allan esbozó una sonrisa tan tenue que solo Zarah la notó, atenta a cada una de sus expresiones.

—En ese caso, es él quien se lo pierde —dijo Miguel—. Ya les contamos nuestra decisión, Zarah se queda con nosotros.

—Verán... Eso no es posible —Ruperto intentó hablar con la mayor delicadeza que consiguió—. Zarah no es una chica común y corriente...

—Es verdad, esa una Capadocia, no una homo— replicó Zack, en tono molesto y despectivo.

—¿Una qué?—Marijó lo miró de la misma manera.

—*Homo* es la manera habitual en la que la gente de nuestra... raza, podría llamarse, suele llamar a los humanos sin talentos especiales... —explicó Ruperto.

—Comunes y corrientes, como ustedes —añadió Zack.

—El corriente es otro —masculló Marijó, dedicándole una mirada asesina.

—No entremos en detalles complicados —salió al rescate Tanek—. Zarah es nuestra princesa, ya se lo explicamos. Ella pertenece a nuestro mundo, no solo le espera un lugar importante en el trono, sino también una familia que la creía muerta hace años, y que tiene tanto derecho como ustedes de tenerla a su lado.

Miranda y Miguel se miraron a los ojos, Tanek había dado en el clavo.

—Y ni mencionar que quedándose aquí, todos ustedes estarán en peligro, además de Zarah. Los Kinam no se detienen con una batalla perdida, ellos siempre buscan ganar la guerra, o sacarnos de nuestras casillas al menos —continuó hablando Aníbal—. Si no consiguen raptar a Zarah, no les importará dejar un buen daño en el camino, y si tienen que matarlos, lo harán.

Miranda y Miguel palidecieron e instintivamente se volvieron a mirar a sus hijos.

—No tenemos que ser tan drásticos —intervino Ruperto—. Sí, es cierto que

será probable que ellos aparezcan, pero no los dejaremos solos. Ya antes tenían un grupo resguardando su seguridad y ustedes jamás se enteraron, continuaron con su vida normal, y así seguirá. Los protegeremos, ese es nuestro deber, pero lo mejor será que Zarah venga con nosotros, al menos por un tiempo.

—¿Un tiempo? —repitió Zarah, quien aún continuaba con la sangre helada después de las palabras de Aníbal.

—El suficiente como para poder darte un entrenamiento básico para que comiences a aprender a usar tus talentos y sepas defenderte —le explicó Ruperto—. No es que esperamos que de la noche a la mañana seas una Capadocia maestra, pero por algo se empieza, y tú debes comenzar ya.

—¿Desde qué edad comienzan a entrenarse su gente? —preguntó Miranda, mirándolos con una intriga renovada.

—Desde el nacimiento —contestó Aníbal—. Nuestros niños son reconocidos por los ancianos cercanos al Círculo, ellos nos avisan dónde hallar a los niños y los llevamos a La Capadocia.

—¿Los separan de sus padres? —preguntó Miguel, horrorizado con la idea.

—Solo a los que son necesarios —contestó Aníbal, con voz fría—. La mayoría de los niños Capadocia nacen entre nuestra misma gente, y eso no es necesario. Pero a los que nacen fuera de la orden, sí, debemos llevarlos.

—Lógicamente con conocimiento y consentimiento de sus padres —añadió Ruperto—. Jamás haríamos nada para dañar a nuestra gente. Y el coronel obviamente se refiere a los Iris y Almas de Fuego, los Capadocia más poderosos. Los Militantes y los Antiguos y Anillos de Cristal los dejamos en libertad de unirse a nosotros para cuando ellos mismos sientan la necesidad de querer hacerlo.

—Señor, con lo último que dijo me perdió completamente —le dijo Miranda.

—Lo siento...

—Esa información está más allá de lo que debemos explicarles —intervino

Aníbal—, es solo para La Capadocia.

—Mis disculpas, señora —añadió Ruperto, inclinando la cabeza en señal de respeto—. A veces suele írseme un poco la lengua.

—Centrémonos en el tema, si me permite decirlo, general. El tiempo se va —volvió a hablar Aníbal.

—Tiene razón, coronel —asintió Ruperto—, concentrémonos en lo que hemos venido aquí. Como les explicaba, Zarah —se dirigió directamente a ella—, irías con nosotros a Tierra de Libertad, la capital de El reino de los blancos.

—Nunca escuché de ese lugar —comentó Maricarmen.

—Es un lugar completamente desconocido para los seres humanos —contestó Ruperto—. Allí convivirías con nuestra gente y serías entrenada en las Artes Capadocia, hasta considerarte lista para regresar a casa.

—¿Pero cuánto tiempo será eso? —preguntó Zarah, angustiada—. Usted mismo dijo que llegar a ser un buen Capadocia toma años... Toda la vida por lo que explican.

—Serán unas cuantas semanas —le dijo Ruperto en tono conciliador—, y no nos quedaríamos de brazos cruzados esperando a que tú sola resuelvas el problema. Mientras tú estás a salvo en Tierra de Libertad, nosotros cuidaremos a tu familia y nos haremos cargo de resolver el problema con los Kinam que te atacaron. De esa manera, para cuando tú regreses podrás hacerlos con la total libertad de saber que tanto tú como tu familia estarán a salvo por completo.

—Bueno... no suena tan mal —admitió Zarah.

—No, Zarah, no puedes irte con ellos —le dijo Maricarmen, con los ojos bañados de lágrimas.

—Estarían a salvo, Mari —Zarah la miró a los ojos—, entiende, no quiero que les pase nada por mi culpa. Si yéndome logro ponerlos a salvo, lo haré.

—No tienes que hacer eso, hija —intervino Miguel—. Somos una familia y lo resolveremos como una familia. Jamás ha sido nuestra forma de actuar

echar a uno de los nuestros cuando las cosas se ponen difíciles.

—Pero papá, esto va más allá de cualquier cosa normal. Los escuchaste, y yo los vi... Los Kinam no se asemejan a nada que hayamos visto antes. Si ellos llegan a encontrarlos por mi culpa, los matarán. Y yo jamás me perdonaré que eso suceda.

—Si nos cuidan a nosotros, bien pueden cuidarla a ella aquí —intervino Miranda, y mirando a Allan, añadió—: Allan, en ti confío. ¿Podrían custodiar a Zarah aquí?

Allan la miró a los ojos y luego a su padre, antes de volver a mirar a la mujer.

—Por supuesto.

—¡Bien, así será! —Miranda exclamó contenta—. No tendrás que ir a ninguna parte.

—No, pero estará en mayor riesgo del que viviría estando en Tierra de Libertad —añadió Allan—. Entre nuestra gente estaría completamente protegida, mientras que aquí tendríamos que estarle siguiendo día y noche los pasos.

—Quizá eso es lo que Allan quiere —musitó Raquel de mala gana.

Allan le dedicó una mirada de pocos amigos que hizo callar a la chica, quien se giró para no verlo más.

—La decisión está en ustedes —continuó hablando Ruperto—. Pero es tuya, Zarah. Y debes considerar que estás decidiendo por toda tu familia. Si te vas, todos estarán a salvo. Si te quedas, no podemos garantizarlo...

—Yo no sé... Tendría que pensarlo bien... —dijo la joven, visiblemente angustiada por la decisión que debía tomar.

—Te recuerdo que eres nuestra princesa, heredera al trono por parte de tu madre. Ella hubiera querido que tomaras parte en el destino que estaba predispuesto para ti... —recalcó Ruperto, con viva emoción en la voz—. Eres una pieza clave en nuestro futuro, Zarah.

—Pero solo tú puedes decidir tu destino —intervino repentinamente Allan,

con tanta fuerza en la voz como si quisiera que sus palabras quedaran escritas como una ley en el espacio—. Solo tú eres dueña de tu vida y tu futuro Zarah, sin importar que camino tomes o la decisión que adoptes. Serán las correctas siempre y cuando tú las hayas elegido.

Zarah lo miró boquiabierta, sin notar la mirada llameante que le dirigía Aníbal a su hijo. Allan clavó sus brillantes ojos en los de ella, como si intentara transmitirle un mensaje oculto que no lograba descifrar. ¿Qué debía hacer? ¿A quién debía escuchar? ¿Qué era lo que Allan intentaba decirle...? ¡Demonios, ¿por qué todo tenía que ser tan complicado?!

¡Solo tenía dieciséis años, y ahora debía decidir su futuro y el de toda su familia!

—Hay algo que ustedes dijeron que me sigue dando vueltas en la cabeza —habló Miranda, centrando la atención de todos sobre ella—. Allan, tú dijiste que si Zarah no aprendía a controlar sus... poderes —buscó la palabra adecuada, mirando directamente a Allan—, ¿ella realmente puede... morir?

Allan asintió con la cabeza, girándose a mirar a Zarah, preocupado.

—Zarah tiene mucho poder, eso es claro. Su madre era una gran guerrera Capadocia, no es de extrañar que ella lo haya heredado. Pero como les comenté, si no aprende a controlarlo, podría sufrir un nuevo shock, y morir...

—En la ocasión anterior solo contamos con unos segundos para salvarla —intervino Patrick, para sorpresa de todos—. De no ser porque Allan actuó a tiempo, la habríamos perdido irremediablemente.

Miranda se llevó ambas manos a los labios, sofocando una exclamación, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Miguel la abrazó, sus ojos también se habían humedecido.

—¿Es cierto lo que él dice? —le preguntó directamente a Allan.

—Es cierto —Allan lo miró a los ojos—. Lo siento.

Miguel y Miranda se miraron por un par de segundos y luego se giraron hacia Zarah al mismo tiempo.

—Debes ir con ellos, hija —dijeron al unísono.

—¿Qué?! ¡Mamá, papá, no pueden...! —exclamó Marijó, desconcertada al máximo—. ¡Si la dejas ir con ellos, nunca regresará!

—¡No, no te quedes con ellos, Zarah, por favor! —rogó Manolo, aferrándose ahora a las piernas de su hermana, como si intentara incapacitarla de caminar.

—No se irá para siempre, solo por un tiempo —le dijo Allan, agachándose para clamar al pequeño, que esta vez lo rodeó por el cuello y se soltó a llorar sobre su hombro.

—Tú la salvaste, no dejes que se la lleven, Allan —le rogó entre hipidos.

—¿Por qué no te tomas un par de días para pensarlo? —le preguntó el general, intentando mostrarse conciliador—. Tú y tu familia pueden quedarse un fin de semana en Tierra de Libertad con nosotros...

—¿Pueden? —preguntó Raquel, sorprendiéndose hasta a sí misma por lo inesperado de su pregunta, que brotó prácticamente sola de sus labios.

—Por supuesto —contestó Ruperto—. Se lo ofrecí antes, y se lo vuelvo a ofrecer. Vengan con nosotros, les encantará el lugar. Nos conocerán en nuestras vidas ordinarias, y verán que no somos tan diferentes a ustedes y que no tienen nada que temer por su hija. Además, podrán descansar y relajarse. Supongo que después de todo el estrés que vivieron, les hará mucha falta. Y ya el domingo nos das a conocer tu decisión. ¿Te parece bien, Zarah?

Zarah miró a sus padres y luego a Allan, buscando una respuesta. Pero ninguno de ellos hizo o dijo nada, dejándole plenamente a ella sola la decisión.

—Está bien —contestó con voz trémula—. Supongo que no perdemos nada con ir allá...

—¡Sí! ¡Así se habla! —exclamó Zack,

—Creo que es hora de retirarnos —les dijo Ruperto—. Vendremos por ustedes mañana a primera hora.

—Creí que había dicho el fin de semana...—Zarah lo miró confundida.

—Así es.

—Pero mañana es lunes...

—Linda, mañana es viernes —le dijo su madre, posando una mano sobre su hombro.

—¿Qué? Pero si ayer fue la fiesta de cumpleaños de Maricarmen, y eso fue un sábado... ¿Cómo?

—Estuviste inconsciente todos estos días —le explicó Allan—. Tu cuerpo necesitaba tiempo para reponerse. Estuviste al borde de la muerte...

Zarah se conmovió al notar el dolor en la expresión de Allan al pronunciar esas palabras, pero sus padres no le permitieron observarlo por más tiempo, la abrazaron sin decir más, tan afligidos como él por el hecho de estar tan cerca de haberla perdido.

—Bien, es hora de que nos vayamos. Tengan una bonita tarde, nos vemos mañana —se despidió afablemente el general.

—Igualmente —contestaron Miguel y Miranda.

Aníbal les dedicó un saludo con la cabeza y salió por la puerta, seguido por Zack, quien seguía tan molesto como siempre.

Allan miró a Zarah a los ojos antes de que su padre prácticamente lo llevara por el hombro a la fuerza con él fuera de la morada.

Zarah los vio subir a un automóvil estacionado en la acera de enfrente. Enseguida partieron a toda velocidad...

—Necesito unos minutos a solas —Zarah se dirigió a sus padres—. ¿Les importaría?

—Por supuesto que no —contestaron ambos al unísono.

Zarah subió a su habitación, cerró la puerta con llave tras ella, se lanzó a la cama y se soltó a llorar.

Nunca en toda su vida se había sentido tan agobiada como entonces, era como si debiera llevar todo el peso del mundo sobre sus hombros, y nadie más que ella fuera capaz de cargar con esa terrible y dura responsabilidad...

Del otro lado de la ventana, el mismo búho de siempre se posó silenciosamente en el alfeizar de la ventana, y se quedó contemplándola por

horas, hasta que la noche cayó y Zarah se quedó dormida, rendida por el cansancio.

Allan no se marchó, su orden era proteger a Zarah. En cuanto se hubieron alejado lo suficiente de la casa para dar a entender que se marchaban, él y su equipo regresaron y tomaron las posiciones debidas; Raquel y Patrick adoptaron una vez más la forma de los vecinos y comenzaron nuevamente los gritos y peleas, que irónicamente, le iban de maravilla al papel que representaban.

Jaqueline corría por la acera, dando la apariencia de ser una atleta que paseaba por allí de manera despreocupada. Alessandra y Rebecca, ubicadas en puntos estratégicos de la cuadra, observaban con atención en derredor, manteniendo comunicación constante con el resto del equipo.

Allan, una vez más sobre el tejado, observó a Zarah llorar sobre la cama hasta que se quedó dormida. Gracias a su habilidad de Kinam podía verla con claridad a pesar de los muros, pero comenzaba a creer que no necesitaría ni siquiera de ese poderoso radar para verla, se sentía tan conectado a ella que podía percibir su mismo dolor...Habría dado lo que fuera por poder consolarla. Pero sabía que no era correcto. Tenía prohibido acercársele para asuntos ajenos a actuar como su guardaespaldas. Sin importar lo que sintiera su corazón...

La amaba.

Igual que la había amado a ella... Habría dado lo que fuera por evitar que sufriera. Una angustia semejante a la que vivía cada día, torturándose por haber evitado que Madeleine sufriera tiempo atrás... Si tan solo se pudiera regresar el tiempo para corregir sus errores.

Antes de darse cuenta, su mente viajaba en el tiempo, a ese recuerdo tantos años atrás...

Allan llegaba de una cacería por el bosque y decidió pasar a ver a Madeleine. Últimamente ella había estado un tanto seria, suponía que evitándolo, y a pesar de que él también había buscado evitarla, la verdad era que la extrañaba.

La encontró trabajando en el huerto, cerca del río. Se encontraba a un lado de un árbol medio muerto de duraznos, intentando enderezar el tallo con una vara.

Allan se encontró sonriendo para sí mismo. Ese árbol probablemente estaba condenado, pero así era Mady, nunca se daba por vencida hasta haber hecho todo lo posible por salvar a quien mereciera una oportunidad, fuera un sencillo árbol de duraznos, o un cabezota dura como él...

Se acercó con sigilo, buscando sorprenderla. Aunque la tarea le resultó más sencilla de lo esperado, de tan concentrada que se encontraba ella en su labor.

—¡Maldita vara, quédate quieta! —Madeleine ensartó en la tierra una vez más la vara que intentaba mantener fija de manera vertical—. ¡Vamos, obedece o me voy a enojar contigo!

—Sí que es una vara desobediente.

Mady levantó la vista para ver a Allan de pie frente a ella.

—Hola —lo saludó secamente, volviendo a su trabajo, en vano, pues la vara no se quedó en su lugar ni porque ahora la hubiera enterrado con más saña.

Allan se arrodilló y tomó la vara por el sitio donde se encontraban sus manos, ayudándola a colocarla en la tierra, sin notar que Mady no ponía en absoluto atención a la vara, sino que mantenía los ojos fijos sobre su rostro.

—Listo, no era tan difícil, ¿lo ves?

—No si tienes la fuerza de un Kinam para ayudarte —contestó Mady, irónica.

La sonrisa en el rostro de Allan se desvaneció.

—Lo siento, yo...

—Está bien —Él se puso de pie—. Es lo que soy de todos modos.

—Sí, pero yo no quería... Lo siento, estoy enojada, Allan.

—No puede ser posible, ¿la buena Mady se enoja?

Ella frunció el ceño.

—No soy una santa, por supuesto que me enoja —le contestó molesta, girándose para tomar la cubeta con agua que tenía a su lado para regar al árbol.

—Podrías llamar a Raquel para que te ayudara a regar el jardín. Sería más sencillo si con su talento de agua...

—No gracias— contestó ella de mala gana—. Últimamente pasas demasiado tiempo con mi prima, ¿no te parece?

—Me cae bien —se encogió de hombros.

—Y es muy linda. La chica más linda del pueblo, según lo que he escuchado.

—Supongo... ¿Y por qué el interés en salvar a este árbol? —le preguntó él, cambiando de tema a propósito.

—Es un árbol, está vivo, merece ser salvado —le dijo ella, agachándose para atar un trozo de tela al tronco y unirlo así a la vara.

—Pues está más muerto que vivo.

—Sí, lo sé. Y conociéndome, estará muerto para el final de la semana. Soy un Alma Amarilla con la habilidad de curar, y todo cuanto logro hacer es matar cosas —suspiró con sincera aflicción—. Qué daría por tener un don útil, como el de hacer crecer las cosas, igual que el Alma Fucsia.

—Eres un Alma Amarilla, un Alma de Fuego, no un Iris, acéptalo y vive feliz con eso, Madeleine.

Mady le dedicó una mirada airada.

—Y tú deberías ser feliz siendo un Kinam, y no intentando aparentar que no lo eres.

—Creí que tú querías que socializara con la gente.

—Socializar sí, pero no que te conviertas en una burda imitación de otros. Buscar disfrazar tu naturaleza pasando como un Capadocia de excelencia, juntándote con esos Extremus...

—Hablando de eso...—él la interrumpió, rascándose nerviosamente la coronilla.

—¿Qué? —Mady lo conocía demasiado bien como para pasar por alto esa mirada—. Habla Allan, ¿qué hiciste? ¿No habrás...?

—Sí, así es.

Mady abrió al máximo los ojos, dedicándole una mirada mezcla de enojo y decepción.

—¿Extremus? —musitó, para enseguida encenderse por el enojo—. ¡¿Te uniste a los Extremus?!

—Ya es oficial —Allan se descubrió el brazo, donde se encontraba el reciente tatuaje de un emblema con forma de una llama.

Los ojos de Mady se llenaron de lágrimas, negando lentamente con la cabeza mientras palpaba las líneas de ese dibujo que se quedaría permanentemente en el brazo de su amigo.

—¿Cómo pudiste...? —le preguntó casi sin voz—. ¿Cómo logró Zack convencerte de hacer algo como esto?

—Mady, no exageres —Él se bajó la manga, comenzando a enfadarse—. No tiene nada de malo, además...

—¿Nada de malo? —lo interrumpió ella—. Los Extremus no tienen corazón, se creen superiores a todo y a todos. Usan a esos pobres niños Kinam que roban de sus familias para entrenarlos para su uso como si fueran perros de pelea... Tú más que nadie deberías oponerte a ellos.

—¿Por qué? ¿Porque soy un Kinam? —Él se encendió—. Te recuerdo que fue por culpa de esas bestias que ahora soy un monstruo como ellos.

—No eres un monstruo, Allan...

—¡Sí lo soy! Jamás podré casarme, jamás encontraré un lugar en nuestra sociedad, ¿qué mujer querría casarse con una bestia como yo? ¿Con un

manchado, un mancillado?

—Allan...

—Ningún padre consentiría entregarme a su hija en matrimonio, sabiendo que sus nietos correrán el riesgo de poseer el gen Kinam.

—Yo me casaría contigo.

Allan la miró a los ojos, negando lentamente con la cabeza.

—No necesito tu compasión, Mady. Sé que no hablas en serio —Posó una mano sobre su hombro—. Y nunca te haría cumplir tu palabra, no temas.

—Pero es algo que yo quiero, Allan...

—Madeleine, eres una Ruffian, te espera un gran futuro, te casarás con un príncipe o con algún Alma Azul perteneciente al Círculo de la Estrella. Yo solo soy basura, jamás permitiría que te sacrificaras por mí solo por intentar animarme. Eres mi amiga, y los amigos se apoyan, pero todo tiene un límite.

—¡Allan, deja de hablar tanto y escucha...!

—No, Mady, escúchame tú —Allan la tomó por la barbilla, obligándola a verlo a los ojos—. Sé que dijiste que me querías, pero no es cierto. Sé lo que intentas, Mady, pero no funcionará. Somos amigos, Madeleine, y te preocupas por mí. Crees que sacrificándote por mí me harás un favor, pero yo sé lo que quiero y sé en lo que me meto al buscar a Raquel. Tienes que dejar de actuar como una madre salvadora conmigo. Sé que solo intentabas alejarme de Raquel al decirme que me querías, pero no quiero que lo hagas más.

—Yo te amo.

—¡Deja de decir mentiras! —Él la tomó por los hombros—. Tenemos que buscar nuestro propio destino. El tuyo ya está trazado, naciste con una gran estrella sobre tu cabeza; eres un Alma de Fuego, provienes de una gran familia y te casarás con alguien superior, alguien que te merezca. Yo en cambio, debo forjar mi propio futuro, y los Extremus me ayudarán a llegar a donde quiero.

El brillo en los ojos de Mady se esfumó.

—Entonces, es así... ¿Solo te importan los títulos y las relaciones con la realeza?

—No, Mady, no es lo que quiero decir...

—Es lo que acabas de decir, Allan —Ella se dio la media vuelta, pero él la detuvo por un brazo, impidiéndole marcharse.

—Está bien, tú eres la única que me conoce en realidad, te diré la verdad...

—Bajó la cabeza—. Estoy enamorado de Raquel.

El rostro de Madeleine fue transparente, dejando ver claramente el dolor que esas palabras le provocaron.

—Lo sé, no te agrada ni a mí tampoco me agradaba, pero ella es distinta cuando la conoces... La amo, Mady. La amo sinceramente.

Los ojos de Mady se llenaron de lágrimas, y debió desviar la vista para que él no la viera llorar.

—Pero Raquel es tu prima, es una Ruffian también, jamás se fijará en serio en mí siendo lo que soy ahora. Si algún día quiero ser digno de ganar su corazón, tengo que cambiar, superarme...

—Si una mujer te ama, te amará por quién eres. No tienes que cambiar.

—Tú me pediste que cambiara, ¿lo olvidas? Y se supone que me quieres, eres mi mejor amiga.

—Te pedí que intentaras hacer amigos, integrarte a la gente, para que no terminaras tus días solo, Allan. Nunca te pedí que cambiaras tu forma de ser o tus creencias, y si tú hubieras continuado siendo el mismo huraño antipático futuro ermitaño del pueblo, te habría seguido queriendo igual.

—Pues lo siento, Mady, eso se acabó. Si me quiero ganar el corazón de Raquel, debo cambiar, superarme, llegar a ser alguien en este mundo, en esta aldea, en este clan... Quién sabe, puede que llegue a formar parte del Círculo de la Estrella. Y cuando lo haya hecho, Raquel me aceptará como su esposo, y todo será perfecto.

—Parece que lo tienes todo planeado—le dijo ella con un tono de voz

sumamente bajo, debido al nudo que se le había formado en la garganta.

—Así es.

—Entonces, te deseo suerte, mi querido amigo —Mady se paró de puntitas y lo besó en la mejilla—. Si estás seguro que esa es tu felicidad, cuenta conmigo para ayudarte en lo que me sea posible para conseguirla.

Allan la abrazó, estrechándola con fuerza contra su pecho. Mady no lo soportó más y se soltó a llorar sobre su hombro.

—Ya, no llores, tranquila —le dijo él, besándola en la nuca, sin dejar de abrazarla—. Nada cambiará entre nosotros, seremos amigos toda la vida, te lo prometo.

Ella levantó la vista y la clavó sobre sus brillantes ojos negros.

—¿Me lo prometes, Allan?

Allan sonrió, notando la emoción que embargaba el rostro de su amiga.

—Te lo juro.

Allan se obligó a regresar a la realidad con una sola idea en la cabeza.

Pudo ser un idiota siglos atrás y haber hecho sufrir a la persona que más amaba en el mundo. Pero ahora era un hombre, ¡era un hombre de mil años, por todos los demonios! Y mil años debían de dejar algo de sabiduría en una persona, aunque fuera un cabezota dura como él...

No haría sufrir a Zarah. Si en sus manos estaba, no le haría el mismo daño que le había provocado a Madeleine.

Temprano a la mañana siguiente, una lujosa camioneta se estacionó delante de la casa. Zarah observó bajar de ella a una cuadrilla conformada por Tanek, Allan, Zack, Patrick, el coronel Aníbal y el general Ruperto, y supo que lo que fuera a venir a partir de ese momento, fuera lo que fuera, bueno o malo, alegre o triste, estaba por comenzar...

Miguel los recibió en la puerta con un saludo un tanto hosco y les permitió pasar.

—¿Están todos listos? —preguntó Ruperto, fijando inmediatamente la vista sobre Zarah.

Zarah asintió, a pesar de que sentía las piernas de gelatina, tomó su maleta del suelo y avanzó junto a los suyos hasta la camioneta.

—¿Te gusta? —le preguntó Patrick, tomando la maleta de su mano—. Supusimos que sería mejor traer un vehículo más discreto, para no llamar la atención. Yo lo escogí.

—¿Sí?, es lindo —Zarah sonrió, a pesar de que lo que sintió fue deseos de reírse. Esa camioneta de lujo bien podía costar tres veces lo que la camioneta de su familia.

—Vámonos ya —ordenó Tanek, ocupándose de meter las últimas maletas.

Dany, nerviosa, se colgó del cuello de Miranda. Allan se acercó a ella y extendió los brazos.

—¿Puedo?

—No lo sé, ella no es muy... —Miranda arqueó las cejas, sorprendida, cuando Dany se soltó de ella y abrazó a Allan, quien la recibió con una cálida

sonrisa.

—No se preocupe, yo cuidaré de ella —le dijo Allan, llevando a Dany abrazada de él.

Zarah se descubrió sonriendo para sí misma con aquella escena, y solo se dio cuenta de ello cuando Raquel apareció a su lado.

—Si te vas a quedar allí suspirando serás un blanco fácil para los Kinam —le dijo secamente—. Está bien por mí que te maten, pero todo este trabajo habrá sido en vano.

Zarah le dedicó una mirada airada y se dirigió a la camioneta. Después de todo tenía razón.

Subieron a la camioneta y se pusieron en marcha. Raquel, Rebecca y Alessandra se quedaron atrás, cuidando la casa, según lo que alcanzó a entender por las breves palabras que intercambiaron con Ruperto y Aníbal. Después de asegurarse de que dejaban la zona asegurada, ellas los alcanzarían en la isla.

Condujeron por caminos regulares hasta llegar al aeropuerto. Aparcaron en el enorme estacionamiento construido a un lado del lugar, pero cuando el vehículo dejó de moverse, ninguno se movió, mirándose extrañados entre ellos.

—¿Saldremos del país? —Miranda se puso a la defensiva, sin moverse de su lugar ni permitirle a nadie bajar del automóvil—. No les he traído pasaporte a los niños, Dany ni siquiera tiene...

—Tranquila, tenemos todo bajo control —le dijo Ruperto—. No necesitarán nada más que su presencia.

—¿Vamos a tomar un avión? —preguntó Zarah, extrañada—. ¿Por qué no podemos partir como antes, cuando vinimos de la base?

—Tierra de Libertad está más lejos que la Antorcha, necesitamos otro tipo de nave para llegar.

—¿La Antorcha? —preguntó Javier.

—Es así como se llaman las bases Capadocia —le explicó Ruperto

pacientemente, a pesar de que Aníbal parecía a punto de perder la paciencia.

—La Antorcha, la base que tenemos más próxima a su comunidad, donde sus hijas y las amigas de las niñas se quedaron, es un lugar secreto y oculto de La Capadocia. Nadie debe saber su ubicación —le dijo Aníbal a toda velocidad.

—Pero a nosotras nos llevaron, usted mismo lo acaba de decir —replicó Maricarmen.

—¿Y de casualidad recuerdas cómo llegar o podrías decir dónde se encuentra? —preguntó Patrick en tono sagaz.

—No...

—Porque nosotros nos encargamos de que así fuera —le dijo Allan, también atento a la conversación—. Nadie debe saber de nuestra ubicación.

Dany lo abrazó en ese momento y Allan volvió a perderse en esa pequeña que lo había mantenido atento a sus juegos todo el camino.

—¿Entonces por qué nos llevan a una isla que, por lo que entendí, es todavía más secreta? —preguntó Miranda.

—Los llevamos porque no tenemos más remedio —replicó Zack—. Mi padre considera que lo mejor es mantenerlos contentos y llevar las cosas en paz. Yo en su lugar sencillamente les habría borrado la memoria y hecho olvidar a Zarah y su vida con ella para terminar de una vez con todo el problema.

—¿Serían capaces de hacer una barbaridad como esa? —rugió Zarah, volviéndose de lleno hacia él.

—Por supuesto, lo hacemos todo el tiempo; borramos la memoria de la gente y ellos jamás sospechan nada.

—¿Pero cómo es posible...?! —

—Zarah, no te alteres. Mi hijo suele tener la lengua demasiado larga cuando intenta dar a conocer sus ideas, que les aseguro, no compartimos todos —Ruperto posó una mano sobre su hombro, intentado calmarla—. No haremos eso contigo ni con tu familia; es por ese motivo que estamos procediendo de

esta manera. Iremos todos a Tierra de Libertad, y pasarán un estupendo fin de semana en familia. Ahora será mejor que bajemos, no debemos llegar tarde. Nos están esperando.

Miranda intercambió una mirada con Miguel y juntos asintieron. Lentamente bajaron de la camioneta y se encaminaron a la entrada del aeropuerto, siguiendo a Aníbal y a Zack, quienes tomaron la delantera.

Zarah se quedó atrás a propósito, y Allan, todavía con Dany en brazos, entendió lo que ella pretendía y se rezagó del grupo.

—Allan... —susurró ella, bajando la voz para que los otros no pudieran escucharlos—. ¿Recuerdas lo que me contaste? Sobre la escuela Capadocia.

Allan sonrió y asintió, permitiéndole a Dany jugar con su cabello.

—¿No me dijiste que los niños Capadocia van a aprender a las bases? ¿Por qué no puedo yo aprender allí? ¿Por qué tengo que ir a la isla, a Tierra de Libertad.

—Las Antorchas son centros de entrenamiento y educación para niños Capadocia comunes, como yo. Tú eres una princesa, Zarah, las princesas aprenden con los mejores maestros, en casa. Es la tradición.

—Pero yo no deseo quedarme allá para siempre.

—Será más seguro, al menos hasta que aprendas a defenderte. Después, cuando hayamos asegurado la zona y atrapado a los que quisieron dañarte, podrás regresar a casa y continuar tu entrenamiento en La Antorcha. Hasta entonces, estarás más segura en la isla.

Zarah suspiró, pensativa. Allan estrechó su mano, y una instantánea corriente eléctrica la recorrió.

—Debes considerar también Zarah, que los Kinam están tras tu rastro, quedarte aquí solo los guiaría a los que tú más quieres; tu familia.

—Eso, además de que tu abuelo vive en Tierra de Libertad, al igual que tu hermano Aidan. Ambos están ansiosos por verte —los interrumpió Tanek, quien había estado escuchando sin que lo notaran.

Zarah agachó la mirada, era cierto, no tenía otra opción... Al menos por

ahora.

Una vez dentro del aeropuerto, en lugar de dirigirse a los sitios convencionales donde las aerolíneas formaban a los pasajeros para revisar sus documentos y pasar las maletas, los condujeron por una puerta lateral al final del pasillo.

—Dice «material de limpieza» —leyó Manolo, fijándose en el cartel que tenía pegada la puerta.

—Es para distraer a los metiches —le dijo Allan, pasándole una mano por el cabello y alborotándose.

Dentro se veía como un armario de limpieza común y corriente; estaba oscuro y olía a cloro y limpiador de lavanda, en una esquina había varios trapeadores y cubetas, y en una estantería a su derecha se encontraban dispuestos varios utensilios, así como rollos de papel de baño y botellones industriales de limpiadores.

—Por aquí, por favor sígannos—les pidió Ruperto.

El hombre se abrió camino entre un par de escobas tiradas en el piso hasta alcanzar un costado de la estantería. Tomó una vieja botella de refresco que contenía un líquido amarillo de apariencia sospechosa y lo movió a un lado.

—Que no diga que lo tenemos que beber... —murmuró Zarah, espantada—. Que no sea como *Alicia en el País de las Maravillas*.

Allan, a su lado, soltó una risita, y posando una mano sobre su hombro, le dijo atrayéndola hacia él para hablarle al oído:

—No temas, Alicia, este conejo blanco no será cruel contigo. Solo mueve la botella para dejar al descubierto el interruptor.

—¿Cuál interruptor?

—Ese —señaló con la cabeza en dirección a Ruperto, quien en ese momento abría una diminuta compuerta en la pared, perfectamente disimulada.

Dentro, una pantalla quedó al descubierto, Ruperto plantó la palma de su mano al tiempo que una luz emergente del techo le pasaba por encima,

escaneando toda su silueta.

—ADN, palma digital y escáner de cuerpo entero aprobados —dijo una voz femenina—. Bienvenido, general Ruperto Almonacid.

—¡La covacha habla! —exclamó Manolo, haciendo reír a todos.

El muro delante de ellos sencillamente desapareció, dejando al descubierto ante ellos la visión de una amplia zona completamente distinta al aeropuerto donde se encontraban, con un edificio moderno y automatizado y una pista de aterrizaje con aviones extraños de apariencia futurista, que nada tenía que ver con la pista común que conocían, y que, al lado de esa, lucía de la era de las cavernas.

—¿Cómo... cómo es posible que tengan esto aquí? —preguntó Maricarmen, observando en derredor con la boca abierta.

—Magia—se limitó a contestar Aníbal—. ¿Vamos?

Zarah asintió, al igual que los otros, y comenzaron a avanzar hacia la nueva zona. Los techos eran altos e iluminados, enormes ventanales de piso a techo conformaban la mayor parte de los muros. Gente, vestida con esos extraños uniformes azules, caminaban de un lado a otro, ocupados en sus propios asuntos.

Al ver aparecer a Ruperto, todos ellos se cuadraron en sus lugares y saludaron con ese extraño saludo Capadocia que Zarah comenzaba a reconocer. Ruperto contestó de la misma manera y continuó avanzando, y Zarah y su familia con él.

Aníbal carraspeó cuando Allan y ella pasaron por su lado. Allan se había mantenido abrazándola por los hombros, y ante la dura mirada que le dirigió su padre, la soltó.

Zarah, demasiado extasiada con lo que veía, no notó el enojo con el que Aníbal mantuvo una mirada vigilante sobre su hijo en adelante.

—¡Esperen!

Zarah se volvió con la boca abierta al escuchar esa voz.

—¿María?

María y Susana corrían hacia ellas, acompañadas por Raquel, Rebecca y Alessandra.

—No eres nuestra amiga, eres nuestra hermana —le dijo María, con una voz cargada de emoción—. Nos quedamos contigo, Zarah.

Susana, hecha un mar de lágrimas, todo cuanto pudo hacer fue echársele al cuello a su amiga al tiempo que asentía con la cabeza.

—¿Quieren decir que...?

—No quisieron que les borráramos la memoria —le explicó Rebecca, y el entendimiento llegó en ese momento a la mente de Zarah. No se habían quedado atrás a cuidar, se habían quedado a borrarles la memoria...—. Van a ir contigo hasta el final.

Zarah no pudo evitar sentir que los ojos se le humedecían por la emoción. Había dado por sentado que sus amigas, en especial María, preferirían olvidar todo lo ocurrido y continuar con sus vidas. Pero no había sido así, se mantuvieron fieles a ella y a su amistad, algo que incluso ella no sabía si habría hecho de estar en sus zapatos.

—Gracias...

—No tienes nada que agradecer —le dijo Susana, sin dejar de llorar—. Ahora vayamos a tu planeta. Estamos listas para enfrentar lo que sea.

—En realidad es una isla, pero gracias Susi —sonrió Zarah, aproximándose con sus dos amigas y el resto de su familia a una especie de vehículo que las conduciría a la nave.

—¿Dónde está el avión? —preguntó Miranda cuando todos hubieron subido y acomodado en sus respectivos asientos con sus cinturones de seguridad.

—Solo no se muevan —contestó Allan.

De inmediato el suelo bajo ellos cedió, y el vehículo, con todos sus pasajeros a bordo, cayó al vacío.

Se escucharon gritos, todos de parte de la familia y amigas de Zarah, pues los Capadocia ni pestañearon.

El vehículo fue recibido por una mano mecánica que la colocó diestramente en la parte trasera de una especie de nave espacial gigantesca, que se encontraba oculta bajo el piso llano.

—¿Que no podían hacernos llegar con las lucecitas azules, igual que a la base a la que nos llevaron?! —bramó Marijó, quitándose el cabello de la cara—. ¡O al menos con esas bestias negras a las que nos montaron! ¡Prefiero quedar apestando a león que al vómito de Manolo!

—Lo siento...—se disculpó el niño, limpiándose la boca con ayuda de su madre.

—Marijó, no peeles con tu hermanito... —Miranda se quedó sin palabras al levantar la vista y mirar en derredor.

Lo que vio la dejó sin habla, al igual que a todos los de su familia. La nave era espectacular, más hermosa de lo que habrían podido imaginar que podía ser un aparato con la capacidad de volar, real o de ciencia ficción.

Era como un palacio, un palacio mezcla de lo antiguo y lo moderno, lujoso y a la vez práctico. Sencillamente perfecto.

—¿Esto...? ¿Esto es real? —Marijó se volvió hacia Zarah—. ¿O es que tú ya encontraste la manera de meternos contigo a tus sueños?

Zarah soltó una risita, pasándole el brazo por los hombros a su hermana.

—Si estamos soñando, hermanita, es un sueño de lujo, sin ninguna duda.

—Es la nave personal de tu abuelo, Ahren —les explicó Allan, de pie cerca de ellas—. La envió con el único fin de recogerte, Zarah.

—Vaya, al menos tu abuelo tiene buen gusto —musitó Maricarmen, observando con detenimiento las hermosas paredes brillantes como espejo.

—Por favor, acomódense en sus lugares. Partiremos enseguida —les pidió Ruperto, aproximándose a ellos después de intercambiar unas palabras con unos cuantos hombres vestidos con uniformes azules que salieron a recibirlos.

—Por aquí, princesa —Allan guio a Zarah con él—. Tu abuelo pidió explícitamente que formaras parte de la tripulación de la cabina.

—¿Qué?

—Anda, Zarah, no te hagas del rogar —le dijo Marijó, guiñándole un ojo al tiempo que tomaba asiento en una de las butacas.

—¿Vamos... a volar muy alto? —preguntó Zarah, quien siempre le había temido a las alturas.

—Tranquila, yo tripularé la nave —le dijo Allan, y acercándose a su oído, añadió—, por nada del mundo permitiría que algo te pasara.

Antes de que Zarah pudiera contestar, él estrechó su mano, sobresaltándola por la sorpresa. Allan sonrió, como si esas expresiones de Zarah fueran precisamente lo que buscara, y la llevó con él a la cabina.

—¡Hey, ustedes dos! —Apareció Zack tras ellos—. Yo también voy en la cabina, el rey lo mandó así, no te hagas el tonto, Allan.

—¡Zack! —Ruperto, quien había estado de pie no lejos de allí, sorprendió a su hijo con su regaño—. ¿Pero cómo osas dirigirte a la princesa de esa manera?

—Yo puedo dirigirme a ella como yo quiera, al fin y al cabo es...

—¡Tu princesa y le debes todo el respeto, como cualquiera de nosotros! —bramó Ruperto, tomándolo por la oreja para sacarlo de allí—. Tú y yo vamos a hablar ahora mismo...

—¡Padre, no puedes tratarme como un niño! Tengo más de mil años, ¡soy un hombre!

—Serás un hombre sin oreja si sigues hablándole así a la princesa, y eso es poco si te llega a escuchar el rey Blanco...

Zarah ya no pudo escuchar más cuando ellos dos se encerraron en una habitación y cerraron con un portazo, y soltó una carcajada, divertida por la escena.

—Ven conmigo, quiero que te sientes a mi lado para que puedas observar todo —le dijo Allan, llevándola con él hasta una de las butacas ubicada enfrente de la cabina de controles.

Zarah miró en derredor con la boca abierta, eso parecía más la sala de

controles de las películas del espacio que veía su papá que una cabina ordinaria de avión como las que había visto en televisión de las aerolíneas comerciales.

—¿Tú conoces Tierra de Libertad?

—Por supuesto —Allan se giró hacia ella después de ocupar su lugar, frente a los controles—. Es una ciudad muy hermosa, estoy seguro que te va a encantar. Y desde este lugar, serás la primera en verla cuando lleguemos.

Zarah sonrió encantada, observándolo maravillada mover toda una serie de palancas y botones de los que ella no entendía nada.

La puerta se abrió y otros hombres con trajes azules entraron en la cabina, entre ellos Patrick, Raquel y Rebecca. Ocuparon los que debían ser sus lugares frente a los otros controles y se prepararon para el despegue.

—Estamos listos, capitán —dijo Patrick, quien ocupó el lugar libre al otro lado de Allan.

—Muy bien—Allan encendió un botón y habló, haciéndole un guiño a Zarah—. Les habla su capitán, estamos listos para despegar. Por favor enderecen sus asientos y ajusten sus cinturones de seguridad —Volvió a apretar el botón y se giró hacia Zarah, soltando una risita divertida.

Patrick también rio, como si lo que acababa de decir fuera algo sumamente gracioso. Zarah los miró a ambos con una ceja arqueada, sin comprender el chiste de lo que acababa de decir, ¿qué no era rutina en un despegue?

—Le encanta esa frase desde que la escuchó en uno de los vuelos comerciales —le explicó Alessandra quien había tomado asiento en uno de los lugares cercanos a ella—. Lo dicen cada vez que vamos a despegar.

Zarah sonrió, sin comprender qué podían ellos encontrarle de gracioso a esa frase. Pero no pudo pensar más en ello al escuchar el rugido del motor al encenderse.

Entonces comprendió el motivo de la broma; los asientos se ajustaron en automático a sus tripulantes, los cinturones rodearon su cuerpo por sí solos y algo semejante a una burbuja emergió de los bordes.

—Eso se cerrará para protegerte, igual que si estuvieras dentro de un huevo, en caso de que la nave sufra un accidente—le explicó Alessandra.

No necesitaron pistas de despegue ni tomar distancia, la nave sencillamente se elevó sobre el suelo y despegó en el aire.

Zarah sintió un huevo en el estómago, ¡era como subirse a una montaña rusa!

Zarah no podía dejar de observar por el cristal, maravillada con la belleza del paisaje, justo antes de que todo se perdiera en un mar de nubes sin fin ni principio. Solo entonces se reclinó en su asiento y observó a su alrededor, atenta a los movimientos de cada una de las personas presentes en la cabina.

—Allan —lo llamó. Él levantó la vista de los instrumentos en los que estaba concentrado en ese momento y le dedicó una mirada amable, a la espera de que ella continuara hablando—. ¿Por qué despegamos del aeropuerto? —le preguntó, notando las miradas discretas de los otros sobre ellos dos—. Es decir, si lo que intentamos es pasar desapercibidos, ¿no sería mejor haberlo hecho desde un lugar apartado y privado?

—No, en realidad —contestó él, al tiempo que hacía aparecer la imagen de un mapa en una pantalla delante de ellos. Zarah abrió los ojos al máximo, sorprendida. El mapa no era una fotografía, pero estaba hecho de manera tan detallada que bien hubiera podido parecer una. Sobre él aparecían una serie de puntitos en movimiento captados por unas ondas, semejantes a un radar extremadamente detallado—. Los Kinam tienen una tecnología tan avanzada como la nuestra, para ellos sería muy sencillo detectar una nave solitaria que despegue de un lugar apartado de la civilización, su primera sospecha sería asumir que se trata de nosotros, y por supuesto, al estar tan lejos de la gente, no dudarían en atacarnos. Aunque no lo creas —sonrió al notar que ella arqueaba una ceja, sorprendida—, los Kinam desean que las personas conozcan su existencia tanto como nosotros.

—¿Es decir que no lo desean?

—Precisamente— Él asintió con la cabeza—. Y por lo mismo, jamás nos atacarían en un lugar público como un aeropuerto, por ejemplo.

—¿Es por esa razón que ustedes tienen sus naves en el mismo lugar que los humanos, digo la gente?

—Sí, por eso y porque si te fijas detenidamente —le señaló el mapa, donde cientos de lucecitas brillantes se movían de manera constante, entrando y saliendo de la imagen—, tantos aparatos voladores juntos provoca una clara confusión. Estando tan juntos, les hace difícil distinguir cuáles son nuestras naves más avanzadas, y cuáles los aviones de los humanos, más rudimentarios, lo que se capta es un constante movimiento de energía, y aunque pudieran llegar a diferenciar a tiempo cuáles son nuestras naves, hay tantas de las nuestras en un mismo sitio, que les sería imposible identificar cuál de todas ellas es en la que tú vas. O si no imposible, al menos mucho más difícil.

—En otras palabras —intervino Patrick—, los Kinam se basan mucho en el sistema de radar. Si partimos desde aquí les será más difícil seguirnos, los otros aviones y las demás naves Capadocia sirven como distracción. Ahora mismo despegaron otras seis naves, para que no sepan a cuál seguir, y nosotros haremos un rodeo para asegurarnos de que no nos sigan a Tierra de Libertad.

—Eso es fantástico —opinó Zarah con sinceridad, pensando que comenzaba a sentirse como en una película de espías.

—Solo es estratégico —le aclaró Allan—. Es de suma importancia mantenerte segura, así como a la gente de Tierra de Libertad. Cada una de las casas de los cinco reinos se mantiene en estricto secreto. Incluso La Capadocia tiene acceso restringido. Solo los más allegados al rey y al Círculo de la Estrella pueden conocer su ubicación, y solo se permite entrar con la autorización del rey.

Zarah abrió la boca, sorprendida, pero enseguida una interrogante se formó en su mente.

—Allan, ¿es allí donde yo vivía de niña? —lo miró a los ojos, y la sonrisa en el rostro de Allan se esfumó al notar el brillo singular que había nacido en ellos—. ¿Es allí donde se supone que yo vivía con mi madre y mi familia, no es así?

—Sí, por supuesto.

—En ese caso, si la isla es tan segura, ¿cómo es que pudieron secuestrarme? —Sus ojos se llenaron de incertidumbre—. ¿Cómo es que los Kinam pudieron matar a mi madre?

Allan frunció el ceño y la miró fijamente, como si se estuviera pensando qué debía contestar.

—Me temo que yo no puedo contestarte eso, Zarah.

—Pero...

—No es porque yo no desee decírtelo. Es algo que se ha mantenido en secreto, por orden de tu abuelo —le aclaró, antes de que ella pudiera molestarse—. Pero tienes razón en preguntar eso. Es imposible, o al menos se creía que era imposible que los Kinam atacasen la isla, por lo que lo más probable es que el ataque haya ocurrido en otro sitio. Pero como el cuerpo de tu madre nunca fue localizado...

—¿Nunca fue encontrado? —Zarah se sobresaltó tanto que se levantó en el asiento—. ¿Cómo es posible? ¿No son ustedes unos seres futuristas capaces de lograrlo todo, y ni siquiera pudieron darle una tumba a mi madre? O peor, ¿cómo saben que está muerta? Si no encontraron su cuerpo, bien podría estar viva.

—Lo siento, Zarah, pero ella está muerta —le dijo Allan con voz calma, poniéndose de pie para tomarla por los hombros, en un intento de calmarla—. ¿Por qué no vamos a hablar a un lugar un poco más privado, te parece? —le pidió, llevándola con él sin esperar ninguna respuesta de su parte. Y de todas maneras, Zarah no la habría tenido, se sentía demasiado ofuscada con esa nueva noticia, y las lágrimas amenazaban por desbordarse por sus ojos si no las controlaba.

Salieron de la cabina y Allan la condujo por un estrecho pasillo hasta una puerta. La abrió para ella de manera caballerosa y le permitió pasar primero, antes de cerrar tras él.

Zarah se sorprendió de la vista que recibió del lugar tan solo al entrar. Se trataba de un pequeño saloncito muy bien iluminado y distribuido, con muebles sencillos pero firmes, hechos de madera y fina tapicería. Había un servicio de té hecho de oro sólido. La joven arqueó las cejas, sorprendida de lo ostentoso que resultaba aquello, y más cuando, al acercarse notó que la tapicería estaba hecha con algunos hilos de oro entremezclados con la tela.

—Esto debe ser carísimo —le salió decir antes de poder meterse el puño a la boca para cerrarla. Debía de sonar como una muchacha de pueblo a la que llevan a ver un palacio por primera vez, y se sorprende de las cosas que ve, mundanas a los ojos de los demás.

Pero Allan, como siempre, se limitó a sonreírle de manera afable mientras se acercaba al servicio de té, hermosamente grabado con algunas flores, que ella todavía se mantenía observando.

—El oro es el arma letal contra los Kinam. No solo los mata al contacto, debido a su terrible alergia al metal, sino que desintegra el veneno producido por ellos. Si de casualidad, ellos llegasen a intentar envenenar a algún Capadocia, vertiendo una gota de su mortal veneno en el té, el oro lo desintegraría al solo contacto. Es esa la razón por la que el oro es el aliado más poderoso de los Capadocia —Se volvió a ella con una sonrisa amarga—, y el Alma Dorada o Alma de Oro, el ser más poderoso y apreciado por la orden. Claro, después del Alma Azul.

—Dime, ¿qué hacen esos Alma de Oro?

—Básicamente, convierten a voluntad todo cuanto toquen en oro —le explicó con sencillez, alejándose del juego de té sin tocarlo—. Además, pueden salvar la vida de una persona envenenada con un procedimiento un tanto complicado, pero mucho más eficaz que el de un Alma Amarilla... Son las que tienen el don de curar —le aclaró al notar la mirada interrogante de

Zarah.

—¿Conoces a algún Alma Amarilla?

—Sí... —Zarah notó que los ojos de Allan se llenaron de tristeza antes de desviar la mirada—. Pero no he venido a hablarte de las Almas, sino a contestar tu pregunta. Querías saber cómo puede ser posible que tu madre esté muerta, si nunca pudimos recuperar su cuerpo —Él le dirigió una mirada de soslayo antes de encaminarse a la ventana—. Eso es gracias a los Antiguos.

—¿Los Antiguos? —repitió ella, sin comprender.

—Los Antiguos, o Sabios, como ellos mismos suelen llamarse, tienen la habilidad de hablar con los espíritus del más allá, y por lo mismo, saber si alguien ha cruzado al otro mundo.

Zarah palideció.

—¿Quieres decir que mi madre es un fantasma?

—No —Él la miró directamente—, los fantasmas son espíritus atrapados en este mundo, espíritus que quedaron con algún asunto pendiente sin resolver o que tuvieron una muerte abrupta y aún no consiguen asimilar su actual estado. Tu madre es un espíritu que cruzó al otro lado, descansa en paz —le aseguró—, pero eso no le impide comunicarse con los Antiguos, los únicos que tienen la habilidad de comunicarse con el otro lado.

—¿Y no puede ser que se hayan equivocado, que se hayan confundido y creído que vieron o hablaron, o lo que sea que hagan, con mi madre, cuando realmente era otra persona?

—Cada persona tiene un código vital, algo similar al ADN, único en cada individuo. Es igual que la energía, cada quien posee un código único de energía; si a mí me pusieras junto a cien hombres también Alma Roja, un Antiguo que me conozca podría distinguirme sin problema, porque vería mi código de energía, tan único como una huella digital. Y tu madre...

—Es imposible que la hayan confundido —comprendió ella, dejándose caer en un sofá—. Aun así, hay algo que no entiendo; si cada persona tiene un

código de energía con el que los identifican, ¿cómo es que creyeron que yo estaba muerta?

—No creíamos que estabas muerta exactamente, sino desaparecida. Tu energía se extinguió, no estaba en ningún plano, no estabas muerta, pero tampoco viva.

—¿Cómo es eso posible?

—No lo sé —admitió, sentándose a su lado—. Debe estar relacionado con el hecho de que los Kinam te modificaron la memoria, o mejor dicho, te la bloquearon. Al hacerlo, debieron cambiar tu forma de emanar la energía; al tú no saber quién eras, tu energía cambió y nos fue imposible localizarte. Pero eso en realidad es una teoría que yo tengo, hasta que no descubramos qué fue lo que pasó con tu madre y contigo en el ataque, nunca lo sabremos.

—Y mi madre... ¿cómo puedes saber que a ella no le pasó lo mismo que a mí? Tal vez anda por ahí, vagando sin saber quién es...

—Su energía dejó de sentirse en este plano terrenal, pero se percibe en otro plano —le explicó él con voz suave, aproximándose a ella para tomarla de la mano.

—¿Algo así como la tierra de los muertos?

—No vivimos en un solo plano, sino en varios, y tu madre, donde está, es el más alto, el más perfecto, el...

—¿Es donde está Dios?

Allan sonrió, estrechando su mano.

—Es donde está Dios.

Zarah permaneció pensativa un buen rato, tenía deseos de llorar, pero no quería hacerlo. Lo que más deseaba era ser fuerte, tan fuerte como recordaba a su madre, la determinación fija en su mirada, en sus actos, en su ser cuando se lanzó al vacío...

Ahora estaba con Dios.

Por increíble que pareciera.

—¿Cómo es que ustedes creen en Dios? —le preguntó en un murmullo

bajo, levantando apenas los ojos para verlo—. Pensé que ya nadie lo hacía... Al menos fuera de mi familia.

—Dios es tan real como todo cuanto nos rodea —le dijo él, en forma sencilla—. Es tan grande, sublime y maravilloso, que la gente ha llegado a asumir que no existe, pero al igual que la gente de la ciudad se olvida del océano que los rodea por todas partes, para centrarse en sus vidas, Dios nunca ha dejado de estar allí, por más que los hombres intenten ignorarlo. La energía, la magia, la ciencia, todo es uno, y todo proviene de Él. Y aquellos más altos en el control de la energía, aquellos que han acumulado mayor sabiduría, aquellos que han tenido la oportunidad de atisbar una mínima parte de su magnanimidad, son los afortunados de poder conocer lo que es el estar en contacto con Él. Son los que se llaman Benditos. Profetas. Santos. Por desgracia, ya no queda ninguno de ellos entre nosotros. La humanidad se ha perdido en su propia desdicha, en su propia podredumbre, en su propia maldad. El mundo es literalmente una mierda, la gente se hunde en su propia miseria, y todo porque se han olvidado de alzar la cabeza y pedir ayuda, pedir perdón, pedir Su compasión. Y de seguir el mismo rumbo, el mundo se perderá para siempre... Pero está escrito que entre la gente llegará el Alma Blanca destinada a terminar con toda la maldad en esta tierra, un Alma tan poderosa como ninguna ha existido hasta ahora, un Alma con la capacidad de ablandar hasta al corazón más duro sin siquiera tocarlo. Y cuando ese día llegue, el mundo tendrá que aferrarse a él, porque será su última oportunidad de perderse para siempre...

Zarah arqueó las cejas, muda ante sus palabras.

—Es por eso que protegemos a cada Alma Pura que encontramos, cada niño con autismo del mundo tiene al menos un Capadocia siguiendo sus pasos en secreto, sin que ningún miembro de su familia siquiera lo sospeche. Porque está escrito que entre ellos surgirá el Alma Blanca, y nosotros debemos estar preparados para recibirla.

—¿Quieres decir que Dany podría ser...?

—Sí, como cualquiera de los niños a los que protegemos. Pero no podemos saberlo hasta que el Alma Blanca se dé a conocer por sí misma, y eso bien podría suceder mañana o dentro de otros mil años. No lo sabemos, pero debemos estar preparados. Tú también —estrechó su mano—, porque ahora eres parte de nosotros, y debes comprender cuál es la misión de nuestra orden en nuestro mundo.

—¿Proteger a niños con autismo?

—Proteger la bondad del mundo. La bondad y el amor, son las armas más poderosas, por más que las desprecien los hombres de hoy en día. Y son las únicas que evitarán que este mundo sucumba bajo el peso de su propia maldad.

Al aterrizar, lo hicieron de manera completamente diferente a la forma conocida de los aviones convencionales. Para empezar, se acomodaron en asientos, como era habitual, pero estos poseían un mecanismo que en caso de accidente o ataque envolvía al pasajero en una cápsula protectora que se disparaba fuera del avión automáticamente.

—Se cierran y disparan individualmente en caso de que el avión se fuera a estrellar —le había explicado Patrick.

Además, el típico largo camino en el que el avión aterriza y hace una pequeña carrera antes de detenerse, no existía. En su lugar, solo se encontraba una pequeña pista redonda con luces azules que la circundaban por todo su perímetro. Al igual que en el despegue, pero a manera inversa, la nave solo debió posarse sobre el círculo, las siete luces de la nave se conectaron con las de la pista, y guiadas por estas, descendieron de la forma más suave y precisa que jamás hubiera imaginado.

Una rampa se deslizó automáticamente desde el centro mismo de la nave. Después de ser liberados por sus propios asientos, los tripulantes comenzaron a salir bajando por la rampa. Los demás miembros del equipo, incluidos el coronel y el general, escoltaron a sus familiares y amigas. Allan se acercó a Zarah y le pidió que lo acompañara, ofreciéndole su brazo con extrema cortesía y elegancia.

—¿Estás lista? —le preguntó al oído, mientras se encaminaban a la salida, tras su familia.

—Algo nerviosa en realidad —confesó ella, sujetándose con fuerza de su

brazo para no tropezar, como sentía le pasaría en cualquier momento.

—No tienes nada de qué preocuparte, estarás muy bien —le aseguró él, guiñándole un ojo—. Eres más fuerte de lo que crees, solo tienes que sacar a relucir esa fortaleza interior.

Zarah sonrió, a pesar de que se sentía tan fuerte como una barra de mantequilla puesta al sol. Pero no le quedaba de otra, debía enfrentarse a lo que viniera y hacerlo con la cabeza en alto.

Se irguió tanto como pudo, tomando una larga bocanada de aire antes de dar el paso que la situaría fuera de la nave, siempre del brazo acompañante de Allan. Tan solo asomarse, sintió de golpe la brisa cálida del mar salado. Podía escuchar el estrépito de las olas al romper contra la playa, pero no pudo divisar el océano, el lugar al que habían llegado estaba completamente cerrado.

—Vamos, es por aquí —le dijo Allan al oído, guiándola en el descenso de la rampa.

Su familia los esperaba abajo, mirando en derredor con la boca abierta y ojos entornados, intentando devorar tanta belleza. El sitio entero estaba formado por una especie de cúpula dorada, tan luminosa que apenas lograba distinguirse. Los suelos, también de un color dorado ambarino, relucían como espejos y en derredor no se alcanzaba a ver nada más que el infinito, pues los bordes se perdían por los haces de luz que provenían de todos los rincones.

—Por favor, síganos —pidió Ruperto, haciendo un elegante gesto para guiarlos en una dirección.

Los padres de Zarah buscaron a sus hijos pequeños y los tomaron de las manos, para enseguida asegurarse de que los mayores, incluida Zarah, los siguieran. Ese lugar era tan vasto como un desierto dorado, y de no ser por las indicaciones de Ruperto, no habrían tenido manera de saber cómo salir de allí.

—¡Ejém! —Escucharon un carraspeo—. Hijo mío, creo que lo indicado es que la princesa encabece la comitiva escoltada por el general y por mí, si es

que no le molesta, alteza —le dijo Aníbal en un tono que no dejaba espacio para réplicas.

Allan miró fijamente a su padre, como si lo desafiara en silencio, y terminó por soltar la mano de Zarah.

—Estaré cerca de ti —le dijo en voz baja cuando ella se volvió a mirarlo, conducida hacia delante por el brazo de Aníbal.

Entraron a una especie de túnel subterráneo y oscuro, que se perdía en distintas direcciones. Miranda tomó en brazos a Dany mientras Miguel llamaba a sus hijos para que no se alejaran, sujetando fuertemente a Manolo por la mano.

Finalmente llegaron a una especie de puerta que bloqueaba el túnel del exterior. Realmente era como una gigantesca ventana por la que se podía ver con claridad el exterior que los rodeaba, una selva majestuosa, casi mágica.

Ruperto movió la mano en un gesto semicircular frente a su rostro, y la puerta literalmente desapareció.

—¡Genial! —gritó Manolo, entusiasmado—. ¡Otra vez!

—Silencio, hijo—le pidió su padre, avanzando junto a los demás hacia fuera, y llevando al niño bien agarrado del brazo.

Nada más salir, la puerta se cerró tras ellos, solo que no era transparente, tenía la apariencia de la roca de la base de la montaña en la que había sido hecha, indistinguible incluso en ese momento, que sabía que se encontraba allí, e indetectable para cualquiera que desconociera su existencia.

Zarah se quedó sin habla con solo mirar en derredor. Se trataba de un lugar espléndido, como nunca había visto antes. Los árboles eran tal altos como edificios, de espesos follajes con hojas tan extrañas como únicas; algunas eran de color rojizo, otras moradas, unas con la textura misma del terciopelo y otras transparentes y con formas de estrellas, solo entre las que alcanzó a distinguir a simple vista.

Mientras caminaban entre la vegetación, Zarah se maravilló en descubrir árboles gigantes de troncos color rojo y hojas como las de un sauce de

color azul, donde se balanceaban gloriosamente unos animales extraños parecidos a monos, con alas y picos de pájaro y cuatro manos y cuatro patas cada uno. A ambos lados del sendero crecían flores del tamaño de automóviles con pétalos de color blanco y pistilos resplandecientes de colores púrpuras, azules, rojos y anaranjados, tan brillantes como si poseyeran luz propia, y con un aroma tan embriagante y exquisito, único y desconocido para todos, que resultaba encantador.

—¡Pero qué hermosas son! —Maricarmen extendió una mano para tocar una, pero Patrick, más rápido, la detuvo a tiempo y la llevó hacia atrás justo en el momento en el que una especie de lianas con forma de tentáculos con ganchos en lugar de espinas, similar a los de un calamar gigante, se cerraban ferozmente en el sitio donde hacía menos de una fracción de segundo se había encontrado parada Maricarmen.

—Son flores de tentáculo —le dijo él, pasando por alto los ojos desorbitados por el susto de la joven—. Son carnívoras, no las toques.

—De acuerdo —musitó ella casi sin voz, retomando la caminata con sus hermanos, quienes, al igual que sus padres, se situaron lo más al centro posible del sendero, resguardándose de esas flores hermosas, pero seguramente letales.

Un par de mariposas maravillosas salieron volando de entre la vegetación, escapando de un ave de cola alargada y luminosa que iba persiguiéndolas. Zarah abrió la boca, sorprendida cuando una de ellas, literalmente, adoptó el color de la base del tronco anaranjado sobre la que se había posado, mientras la otra se encendía en una llamarada de fuego y lograba escapar con esa artimaña del pájaro.

—¿La vieron? ¡¿La vieron?! —Escuchó el grito de Marijó—. ¡Un hada! ¡Vi un hada!

—Debió ser una mariposa, Marijó —le dijo Javier, sin despegar la vista de un par de huracas de color grisáceo con ojos y picos azules que estaban terminando de destrozar el cadáver de un ratón del tamaño de un perro.

—Un momento— Aníbal detuvo el paso, impidiendo que todos continuaran. De pronto, entre la vegetación apareció una araña del porte de un gran danés.

Zarah iba a gritar cuando se percató de que la araña literalmente le sonrió con un piquito similar al de un delfín mientras le dedicaba una dulce mirada con ese par —tenía un solo par— de ojos grandes y púrpura, enmarcados por unas gruesas pestañas negras, dándole una apariencia similar a la de una caricatura japonesa.

Era enorme, peluda, con ocho patas. Era una araña. Pero era tierna.

—¿No te parece encantadora, princesa? —le preguntó Patrick—. Es una araña pelusa, están en peligro de extinción, debemos cederles el paso.

La araña, como si lo hubiera entendido, prosiguió su camino, dejando al descubierto una línea plateada de la que iban sujetas otras cinco arañitas, todas tan simpáticas como la madre. Se perdieron entre la vegetación y todos pudieron retomar el camino.

Zarah no pudo menos que sonreír. Se sentía como Alicia caminando por una tierra nueva y llena de maravillas, solo que no había caído por un agujero, había llegado volando en una nave futurista con la intención de enfrentarse a un futuro incierto al que estaba destinada.

El repentino recuerdo de dónde estaba y qué debía hacer allí la abrumó.

Todo a su alrededor perdió belleza y luminosidad, los árboles le parecieron opacos, los aromas la mareaban, el calor la atosigaba y el camino le resultaba interminable y cansado.

No entendía cómo alguien podía vivir allí, en los alrededores no había nada más que árboles y más árboles, ninguna señal de vida civilizada. Miró hacia atrás, su familia y amigas seguían tan encantados con el lugar como al principio, y no perdían detalle de cada animal, planta o piedra que surgía ante ellos —con excepción de Susana, quien ni siquiera en ese extraño y completamente nuevo lugar le quitaba de encima los ojos a Javier—.

—¿Te sucede algo? —le preguntó discretamente Allan, aproximándose a

ella cuando Aníbal se alejó unos pasos al lado de Ruperto.

—¿Dónde estamos...? —musitó Zarah, asumiendo que debían de haberse equivocado.

—En Tierra de Libertad, por supuesto.

—¿Esto... es Tierra de Libertad? —Miró en derredor con extrañeza, ¿es que esa gente viviría en los árboles como monos?

—Tranquila, no todo es tan malo como se ve a primera vista —le dijo Allan en voz baja.

Patrick se adelantó y emitió un grito semejante a un rugido, que hizo eco en los alrededores de las montañas colmadas de árboles y vegetación.

Las ramas delante de ellos comenzaron a moverse y el suelo tembló ligeramente. Manolo, asustado, se pegó a las faldas de su madre, Dany en cambio dio un paso hacia adelante, y de no ser porque su padre la detuvo a tiempo, habría salido corriendo al encuentro de los inmensos jaguares negros alados, de tamaños de caballos, que aparecieron corriendo delante de ellos.

—¿Qué es eso?! —chilló Miranda, lista para huir a la carrera.

—Son su medio de transporte —contestó Marijó por los otros—. Tienen tecnología futurista, pero siguen montando animales como en la Edad Media.

—Energía renovable y buena con el planeta —le dijo en tono déspota Raquel—. Quizá si nos imitaran un poco, no estarían ahogándose en su propia contaminación.

—Ahogándonos, dirás —Marijó le contestó de la misma manera—. Vivimos en el mismo planeta.

—Que ustedes llenan de basura e inmundicia.

—Y ustedes deben de convivir con ella tanto como nosotros.

—Touché —le dijo Patrick a Raquel, riendo en voz baja.

Raquel le dedicó una mirada llena de odio al joven a su lado, pero él no le prestó ni la más mínima atención, mientras se encaminaba a largas zancadas directo hasta el sitio donde aguardaban los jaguares.

—Montaremos en ellos para llegar a la ciudad —le explicó Allan, hablando

en voz alta para que todos lo escucharan.

—Debes estar bromeando... —dijo Javier en un tono similar a un gemido, colocándose delante de Marijó para protegerla cuando esos jaguares comenzaron a caminar hacia ellos.

—Tranquilo, Patrick es un Alma Rosa —les explicó Alessandra—, él puede comunicarse con los animales. Les ha pedido que nos lleven sobre sus lomos a la ciudad.

—¿Les ha pedido? —repitió Miguel, hablando como si ella se hubiera vuelto loca.

Pero los jaguares hicieron exactamente eso. Caminaron hasta ellos y se inclinaron dócilmente frente a cada Capadocia presente.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Javier, de pie junto a Allan y paralizado como una estatua ante el jaguar que lo miraba con esos grandes y brillantes ojos ámbar.

—Espera a que te subas —le contestó Patrick, con tranquilidad, llegando a su lado.

—¿De verdad puedes entender lo que dicen? —le preguntó Marijó, apareciendo tras la espalda protectora de su hermano.

—Patrick es un Alma Rosa, es lo que hace —contestó Allan—. Puede comunicarse con los animales.

—¿Cómo George de la selva o Tarzán? —preguntó Manolo, abriendo al máximo los ojos por la emoción.

—Algo así —rio Allan.

—Aunque seguro que sí se da contra los árboles si intenta viajar en una liana —espetó Raquel, montando ágilmente sobre el lomo de un jaguar.

—Claro, después de tumbarte a ti en el camino —bramó Patrick, subiendo también al lomo de otro jaguar.

—Ya pueden subir sobre su lomo —les explicó Ruperto, montando también—. Si me concede el honor, señora, yo iré con usted —le tendió la mano a Miranda.

Miranda miró a su marido, quien se encogió de hombros, y ella aceptó la mano que el hombre le ofrecía, subiendo a las ancas del animal junto con Manolo.

Los demás se repartieron entre los otros jaguares; Miguel subió con Dany en el jaguar que había montado Patrick, mostrando tanta afabilidad con el animal como el joven Capadocia.

—Sabía que era bruja —comentó Marijón, subida en el lomo de otro jaguar atrás de Rebecca—. Siempre he creído que puede hablar con los animales.

—Entre otras cosas —contestó Rebecca, asintiendo con la cabeza al tiempo que acariciaba el cuello del animal.

Zarah montó en un jaguar acompañada por Aníbal, Javier subió a espaldas de Raquel, y Susana se coló también. María se acomodó en el mismo que Tanek, y Maricarmen subió con Allan. Zack montó solo.

—Vamos —dio la orden el general, y todos se pusieron en marcha al mismo tiempo.

Zarah se aferró al pelaje del animal, no había sillas una vez más, temió que el efecto sería similar al de montar de un caballo y temió caerse. Pero no fue así, el paso del felino era rápido y suave, prácticamente como ir montada sobre un animal con ruedas. Quizá ir en moto se sentiría similar, solo que esto era mejor, mucho mejor...

Se adentraron en la espesa vegetación, pasando entre ramas torcidas y hojas tupidas. Zarah escupió una mosca que se le metió en la boca, y desde entonces la mantuvo cerrada el resto del trayecto. Al menos solo por eso daba las gracias de que Allan no hubiese estado sentado con ella y presenciado aquello.

Llegaron a un claro que bordeaba una cañada, pero contrario a lo que cualquiera hubiera supuesto, los jaguares no se detuvieron, sino que continuaron su recorrido y cuando terminó el terreno cambiaron las patas por las alas.

Zarah no pudo evitar pegar un grito cuando se elevaron en el aire. Le

temía a las alturas, mucho en realidad, y volar en un gato gigante con alas no evitaba la sensación de vértigo que la invadió.

Aníbal extendió la mano al tiempo que todo su cuerpo emanaba una luz de color bronce. La luz emergió de él dirigida hacia delante, como una linterna, y fue a dar contra lo que parecía ser un muro invisible que se extendía ante ellos. La luz adoptó una forma de arco y por ella atravesaron todos los jaguares. De inmediato, en cuanto hubieron cruzado, el arco se cerró tras ellos.

—Un sistema de seguridad muy eficiente —le explicó Aníbal al notar la expresión de pasmo en el rostro de Zarah—. Ninguna nave puede entrar a Tierra de Libertad. Este escudo nos protege de intrusos tanto terrestres como por aire, al tiempo que nos vuelve invisible para los ojos extraños.

—Fabuloso... —gimió ella, aferrándose a su cintura cuando comenzaron a descender a toda velocidad.

—Princesa, abra los ojos y mire hacia delante. Ante usted se extiende la ciudad de Tierra de Libertad —le dijo Aníbal.

La joven abrió los ojos para descubrir, delante de ellos, varios metros abajo, una espléndida ciudad resguardada por kilómetros y kilómetros de vegetación, construida en derredor de una enorme pirámide dorada.

—Es tan hermosa... —musitó Zarah, sin evitar sonreír ante la belleza que se extendía delante de ellos.

—Y más antigua que las pirámides de Egipto.

Zarah contrajo el ceño y miró al hombre con la boca abierta.

—¿Pero cómo puede ser...?

—Somos mucho más antiguos que cualquier otra civilización humana, princesa. A pesar de que ningún humano sepa de nosotros. Claro está, sin nuestro consentimiento.

—¿Y cómo es que el escudo evita que otros los vean?

—Nosotros manejamos algo similar a lo que comúnmente llaman magia, princesa. Si no queremos que nos vean, no nos verán.

—Entiendo...

—Ahora sujétese bien, vamos a llegar.

Descendieron a toda velocidad en dirección a una explanada ubicada frente a la pirámide. El viento contra el rostro era magnífico, se escuchaba la risa de Manolo y de Dany así como el grito histérico de Maricarmen sujeta fuertemente de la cintura de Allan. Raquel pasó a su lado, rebasándolos a toda velocidad, tan furiosa como si se le hubieran subido un montón de hormigas rojas en el cuerpo.

Zarah se aferró con fuerza de la cintura de Aníbal, temerosa de caer, la

sensación podía ser grandiosa, pero el vértigo no desaparecía por una linda vista y por magnífico que fuera el viento contra la cara.

Los jaguares aterrizaron con toda suavidad en medio de la inmensa explanada. Aníbal se apeó primero y luego ayudó a Zarah a bajar tras él.

El lugar era precioso, un sitio como no debía existir otro similar en la tierra hacía al menos mil años; no solo había una pirámide, había varias en realidad, la pirámide dorada frente a la explanada solo era una de ellas, la más grande y hermosa en torno a la cual las demás estaban ubicadas.

—Hemos aterrizado en este lugar sagrado en honor a usted, princesa —le explicó Aníbal, complacido ante el asombro demostrado por Zarah.

La joven sonrió y continuó observando en derredor, sin poder dejar de comerse el lugar con los ojos. Además de las pirámides, varios templos se encontraban cerca, todos decorados con hermosos tallados en piedra y separados unos de otro por varios canales de aguas cristalinas, por donde circulaban barcas de colores adornadas con flores.

Las gentes del lugar, engalanadas con hermosos trajes coloridos, saludaban y lanzaban flores a la explanada donde ella se encontraba.

—Su pueblo le da la bienvenida, princesa —le explicó Aníbal a la atónita muchacha.

—¡Este lugar es maravilloso! —exclamó Miranda, bajando del lomo del jaguar después de que Manolo hizo lo propio, con ayuda del general—. ¡Nunca he visto nada más hermoso...!

—Mamá tranquila, te vas a desmayar por la emoción —le dijo Maricarmen en tono de broma.

—Sin duda este es el paraíso en la tierra para su madre —comentó Miguel, observando en derredor con Dany en brazos.

Una comitiva apareció vistiendo hermosos trajes y vestidos largos de satén. La ropa era preciosa, de tonos claros, naturales, y adornada con intrincados bordados de seda, oro y plata, además de pedrería de colores. Las personas lucían hermosos adornos por todo el cuerpo; cinturones con piedras

engarzadas, brazaletes, anillos, pulseras. Las mujeres llevaban sus largas y sedosas melenas adornadas con horquillas de metales y piedras preciosas.

—Son princesas de cuentos... —comentó Manolo, observándolas con la boca abierta.

—No, son elfos —añadió Marijón, recuperando la alegría infantil en el rostro con esa sola visión.

—Bienvenida, princesa —la saludó una voz familiar.

Zarah se giró sorprendida al reconocer en la hermosa mujer joven que la recibía a Noelia, la madre de Allan, aparentando no más de treinta años.

—Gracias... —contestó Zarah, mirándola con detenimiento.

—Espero que usted y su familia hayan tenido un buen viaje.

—Seguro... —Zarah miró a sus padres—. Papá, mamá, chicos, ella es Noelia, la madre de Allan.

Miranda trastabilló, y de no ser porque Raquel, de pie a su lado, la sujetó por el brazo, habría ido a parar al suelo.

—Un placer conocerla... —musitó Miranda, sin dejar de mirar a la mujer de arriba abajo, no con mala intención, sino sinceramente sorprendida.

—¿Y tú cuántos años tienes? —le preguntó Manolo.

—¡Manolo!—Lo reprendió Maricarmen, cubriéndole la boca con la mano.

Noelia se limitó a sonreír.

—Por favor, acompáñenos. Los llevaremos a sus aposentos.

—Aposentos —repitió Javier, divertido al máximo.

—Así es —contestó Noelia, sin molestarse—. Allí podrán refrescarse, comer algo y cambiarse de ropa. Hemos dejado todo lo necesario en sus habitaciones, también los atuendos que vestirán esta noche.

—Traemos nuestra propia ropa, no tienen que molestarse —le dijo Zarah.

—Princesa, para la audiencia deberás vestir de manera formal —le explicó Ruperto.

—¿Audiencia?

—Esta noche serás llevada ante Ahren, Zarah —le explicó Allan,

caminando a su lado.

—¿Quieres decir que...?

—Hoy conocerás a tu abuelo.

Subieron a una de las barcazas, la más bellamente decorada, y se acomodaron en hermosos asientos tejidos, que resultaron ser bastante cómodos, antes de ponerse en marcha. La gente saludaba, alegre, gritando palabras de bienvenida a Zarah, a quien no dejaban de llamar Zyanya.

Zarah se sintió un poco cohibida, era raro ser el centro de atención de tantas miradas, en especial considerando que hacía tan solo unos días se hubiera considerado la persona menos vista de la tierra. Allan, como si intentara animarla, la tomó de la mano, dedicándole una mirada de ánimo que no necesitaba palabras. Ella sonrió y volvió a enfocar la vista enfrente, sonriendo de manera forzada mientras saludaba a la gente con la mano.

—Esto es fabuloso —rió Marijó—. Ni Madonna debe ser tan famosa como tú.

—Quiero uno de esos vestidos —musitó Maricarmen—, ¿dónde crees que los compran?

—No tengo idea, pero son preciosos —contestó Susana, mirando con el ceño fruncido a Javier, quien no le quitaba el ojo de encima a una joven de cabello rubio hasta la cintura que lanzaba flores de un canasto de intrincado diseño sobre la barcaza donde ellos iban.

Zarah sintió tristeza por su amiga, pero le tenía que dar la razón a su hermano. Era extraño, pero toda esa gente era... hermosa, no había otra palabra para definirlos, era como si hubiesen llegado a un lugar repleto de esos elfos del bosque de los que algunos libros hablan. Sin embargo, para ella, Allan seguía siendo mucho más apuesto que cualquiera de ellos, algo había en él que lo hacía resaltar de manera especial, incluso entre esa gente especial.

Como si él adivinara lo que estaba pensando, la miró y le sonrió antes de

levantar la vista y fijarla adelante, al tiempo que hacia un gesto con la cara para que ella hiciera lo mismo.

—Estamos llegando a su palacio, princesa.

Zarah se giró y sencillamente se quedó con la boca abierta. Era el lugar más espléndido que jamás hubiera visto, una mezcla de castillo y palacio que rebasaba la impresión de cualquier otro que hubiera visto dibujado, en películas o fotografías. Era tan alto como imponente, de grandes torres terminadas en punta separadas por muros formados por arcos. En cada torre se encontraba un grupo de soldados vigilantes. Ante la presencia de la barcaza, los soldados se cuadraron, presentando armas en señal de respeto al tiempo que una inmensa compuerta se abría ante ellos, permitiéndole el paso a la barcaza al interior del recinto.

—¿Crees que nos permitirán explorar el lugar? —preguntó Miranda casi sin aire, sin quitar los ojos de las columnas talladas que rodeaban el canal por el que transitaban.

—No lo sé, pero esto hasta yo quiero explorar a detalle este lugar —opinó Miguel.

El canal desembarcaba en un amplio lago cristalino que iba a dar a los pies del palacio. La barcaza se ubicó de costado ante las escalinatas que descendían dentro del agua e inmediatamente Allan le ofreció una mano para escoltarla.

Zarah la aceptó y permitió que la guiara por esas escaleras tan blancas como la nieve hasta las inmensas puertas de oro macizo que se abrían ante ellos para permitirles la entrada. No podía hablar, no podía pensar, la realidad del momento le llegaba con un peso enorme, la realidad de su nueva vida, de que ahora era una princesa, que ahora estaba en ese lugar, ese mundo perdido del mundo, que se convertiría en su hogar quién sabe por cuánto tiempo, y que por más real que fuera, continuaba pareciendo como si estuviera viviendo un sueño.

—Dejaremos el tour por el palacio para después —anunció Noelia,

guiándolos por el enorme recibidor hasta una inmensa escalera, tan ancha como una casa—. Ahora los conduciré a los aposentos que han sido dispuestos para ustedes, podrán cambiarse de ropa y descansar un momento antes de la audiencia con el rey.

Zarah sintió que el nudo que ya tenía apretando en el estómago se intensificaba, y a cada paso que daba, observando los impecables y brillantes pisos de mármol, relucientes como espejo, o las finas tapicerías colgadas de las paredes, los hermosos cuadros de paisajes exóticos y extraños como los que acababan de ver, o las hermosas esculturas talladas en piedra, una mezcla de arte prehispánico con un toque renacentista, el nudo se volvía más y más grande, como si cada una de esas cosas fuera de alguna manera a formar parte del peso que esa realidad comenzaba a cargar sobre sus hombros.

—Estos son sus aposentos princesa —le indicó Noelia, abriendo una puerta—. Usted se quedará aquí.

—¿Y nosotras con ella? —preguntó Maricarmen.

—Cada uno tendrá su propia habitación. Estas son de la princesa —aclaró Noelia—. Por favor síganme por aquí. Que descanse, princesa—se despidió de Zarah, cerrando la puerta tras ella.

Zarah se quedó a solas en la habitación, sintiéndose un poco extraña. Ese solo lugar era más grande que toda su casa.

Estaba compuesto por cinco habitaciones en realidad, que lo hacía parecer un departamento enorme; un baño, una pequeña estancia, un comedor, un saloncito con sofás bastante cómodos —como pudo comprobar al sentarse— y el dormitorio con una enorme cama de doseles. Todo el lugar estaba decorado con los lujos de la realeza; reliquias antiquísimas, tapetes coloridos, cristalería fina, entre otros. Un lugar como ningún otro que hubiera conocido Zarah con anterioridad. Y lo mejor de todo, era el aroma, una mezcla de rosas y jazmines que nunca se iba, su favorito. Además, contaba con una hermosa terraza con vista al mar y que desembocaba a los maravillosos jardines traseros del palacio.

Sin embargo, Zarah no tuvo tiempo de lograr apreciar nada al detalle. Un minuto después de haberse sentado en uno de los sofás, tocaron a la puerta y apenas hubo dado permiso para permitir la entrada, varias mujeres entraron anunciando ser sus damas de compañía, asignadas por el rey para cuidar de ella, y que estaban allí para ayudarla a vestirse y arreglarse para la audiencia

de esa tarde.

Así que, sin poder hacer o decir nada para replicar, se dejó llevar y consentir por esas mujeres que parecían más que contentas por servirla, dispuestas a dejarla luciendo como una verdadera princesa de cuento de hadas.

Zarah caminaba distraídamente por el hermoso jardín al que conducía la terraza de su habitación y comunicaba con la playa. Escuchar las olas era grandioso, le infundían un poco de paz a su angustiado corazón.

Esa noche conocería a su abuelo. ¿Cómo sería él? ¿Le agradaría? ¿Reconocería algo en él cuando lo viera...? Probablemente no. No recordaba nada de su vida anterior, dudaba mucho que el ver a una persona que se supone es un pariente suyo le ayudara a recordar un poco de ese pasado del que no tenía ningún recuerdo.

Tuvo deseos de caminar descalza por la arena, pero eso podría provocar que su vestido se arruinara. Había pasado las últimas cinco horas siendo atendida y engalanada como una princesa... Bueno, es que lo era. Por más difícil que le resultara aceptarlo y decirlo.

El séquito de mujeres, lideradas por Noelia, se había marchado ya para ayudar a sus familiares y amigas en lo que pudieran necesitar. Algo que le alivió bastante. Desde que esas mujeres entraron con la intención de vestirla y adornarla para la vista real de esa noche, que como le explicaron, no solo consistía en una simple reunión-reencuentro familiar, sino en una cena y baile para celebrar su regreso a lo grande, Zarah no había dejado de sentirse como una gelatina, temblando constantemente a causa de los nervios.

Zarah por poco se cae de la silla al escuchar la noticia, pero eso solo contribuyó a que pudieran sostenerla entre dos mujeres, y sin demostrar ningún respeto por su espacio personal, la metieron a bañar en una tina

colmada de burbujas y sales, para luego peinarla, vestirla y maquillarla como si fuera una muñeca sin voz ni voto.

Tenía que admitir que cuando se miró al espejo no pudo reconocerse en la resplandeciente joven que le regresó la mirada, eso sin mencionar el hermoso vestido blanco con el que la habían ataviado, un espléndido atuendo de satén y seda con mangas sueltas y falda que caía hasta el piso, bellamente adornado con bordados de formas florales y piedras preciosas. Era bellissimo. A Zarah le recordaba en gran medida los vestidos de los cuentos de las princesas medievales, solo que con unos toques modernos que solo lograban resaltar la belleza de la confección.

Al levantar las manos para que las mujeres pudieran adornarle los dedos y las muñecas con anillos y finos brazaletes, notó que las mangas compartían el mismo bordado que el torso y la falda del vestido, adornados con hermosos bordados de oro y plata que resaltaban los zafiros incrustados, y combinaban con el fino velo sobre su cabeza, colocado delicadamente sobre una corona de flores azules naturales, idénticas a las que Allan le había obsequiado el día de los quince años de Maricarmen.

El resultado la hizo lanzar un grito ahogado de sorpresa al verse. Quizá pecara de falta de modestia, pero no pudo evitar sentirse bonita. Sencillamente se veía maravillosa, como una princesa de cuento de hadas.

Cuando las mujeres terminaron su trabajo, la dejaron a solas. Intentó comunicarse con sus padres, hermanos y amigas, dispersos en sus propias habitaciones asignadas en el palacio, pero ellos pasaban en ese momento por el mismo tratamiento de belleza al que ella había sido sometida.

—Vendré a buscarte en unos minutos, linda —le dijo Noelia—. No desesperes, la fiesta no tardará en comenzar. Has de estar muriéndote de ganas por divertirme un poco, ¿no es así? Sin mencionar lo emocionada que debes de sentirte por conocer a tu abuelo.

Zarah apenas pudo sonreír a modo de respuesta, demasiado nerviosa como para lograr hacer otra cosa.

Como no encontró nada con lo que distraerse dentro de su habitación, decidió salir a la terraza a dar un paseo, con la intención de que el aire puro y el tronar de las olas lograran distraerla de lo que vendría más adelante.

Aunque lo mejor por ahora sería regresar, Noelia había prometido regresar pronto, y no quería hacerla esperar.

Iba subiendo por los escalones que conducían de la playa al jardincito y a la terraza de su habitación, cuando alguien la llamó.

—¿Zarah?

Zarah se volvió al escuchar esa voz, ya tan bien conocida para ella, y una automática sonrisa se dibujó en sus labios al ver a Allan de pie en el umbral de la puerta de la terraza.

—Perdona si... Toqué a la puerta y nadie respondió... Yo me preocupe y...

—Tranquilo, está bien —contestó Zarah, acercándose a él con una sonrisa divertida en los labios al notar la mirada fija de él sobre ella.

—Te ves muy linda.

—Gracias. Tú también... digo guapo. Te ves guapo —se corrigió, sintiendo que ahora era ella la nerviosa, y que el color se le subía a las mejillas. Y es que era muy cierto, el traje negro que traía puesto, cubierto con una capa azul celeste oscuro lo hacía lucir sumamente apuesto y elegante. Como el príncipe azul de sus sueños.

—¿Y cómo te has sentido? —le preguntó él, tomando su mano.

—Bien... ¡Bien! Bien —Zarah cerró los ojos, mordiéndose la lengua. Pero enseguida escuchó la alegre sonrisa de Allan, esa sonrisa que conocía tan bien, y se relajó.

—¿Nerviosa porque conocerás a tu abuelo esta noche?

—Ni que lo digas, creo que nunca he estado más nerviosa en mi vida.

—Tranquila, te irá bien. Es tu abuelo, solo tu abuelo, tómalo así, ¿de acuerdo?

—¿Quieres decir que porque voy a conocer a mi abuelo debería estar menos nerviosa que por conocer a un rey?

—Bueno... sí —se encogió de hombros.

—Se nota que no conoces a mis abuelos.

—De hecho... Digo, no —él cambió la frase abruptamente—. ¿Son malas personas?

—¿Los conoces?

—No.

—Allan...

—Cuéntame, ¿no te caen bien tus abuelos?

Zarah suspiró, dándose por vencida. No llegaría a ningún lado con ese tema.

—No es que no me caigan bien, son... algo especiales. Nunca me han querido mucho, y creo que ahora sé por qué.

—¿Te refieres a porque eres adoptada?

—Eso explicaría por qué le tienen tanto cariño a Dany y Manolo. Antes asumía que eran así con ellos porque eran los pequeños, pero ahora sí, creo que es porque somos adoptados. Al menos con respecto a los abuelos por parte de mi papá, mi abuela materna nunca me ha querido, adora a Maricarmen y Javier es su más grande amor, pero ni Marijó ni yo nunca fuimos de su agrado —se encogió de hombros—. Sus razones ha de tener.

—Bueno, mentalízate positivo. Tal vez ahora por primera vez tengas un abuelo que te quiera.

—Sí, eso sería bueno —contestó ella sinceramente, sonriendo contenta cuando él le pasó un brazo por la espalda para abrazarla.

—Tú solo relájate y diviértete mucho esta noche, ¿de acuerdo?

—Sí —contestó Zarah con un hilo de voz.

De pronto, un inusual sonido rompió el encanto del momento: el estómago de Zarah gruñó como si poseyera vida propia.

Allan se separó lo suficiente como para verle la cara, sonriendo divertido.

—¿De casualidad tienes hambre?

Zarah lo miró con el ceño fruncido y las mejillas coloradas.

—Tenía entendido que te habían traído de comer.

—Sí, lo hicieron, pero estoy demasiado nerviosa como para comer.

—Te entiendo, la comida elegante a mí tampoco me gusta mucho —Tomó su mano una vez más—. Ven conmigo.

—¿A dónde iremos? —Zarah miró hacia atrás, recordando las palabras de Noelia avisándole que en cualquier momento irían a buscarla.

—No tardaremos, te llevaré a un lugar especial.

—Pero... ¡Ah! —No pudo evitar gritar cuando Allan la sujetó por la cintura y ambos se elevaron por el cielo—. ¡Odio las alturas!

—Lo sé —Allan le quitó las manos con las que ella se cubría los ojos—. Tranquila, vienes conmigo. Jamás en el mundo te dejaría caer, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —musitó Zarah, permitiéndole abrazarla con más fuerza contra su pecho, a pesar de que aún podía sentir el temblor que recorría todo su cuerpo mientras veía alejarse más y más el paisaje bajo sus pies, a medida que tomaban altura.

Llegaron a un sitio similar a un mercado abarrotado de gente, compuesto por varios puestos ambulantes donde se ofrecían toda clase de comidas exóticas y el olor de la comida cocinándose a las brasas y el bullicio de la gente se entremezclaban con los gritos de los niños pregonando las ofertas del día y la gente amontonándose sobre las barras para pedir sus órdenes.

—Allan, ¿qué es esto? —Zarah miró en derredor con cierta aprehensión, observando su hermoso vestido blanco y la sucia grasa que saltaba de la hornilla más cercana.

—Tranquila, mientras todavía nadie sepa quién eres tú, podrás caminar por las calles sin problema de que te reconozcan. Debemos aprovechar estos valiosos minutos para que disfrutes de la cotidianidad de la vida, y pruebes algo de comida decente —La tomó de la mano y la llevó con él hasta uno de los puestos más cercanos—. Dos cucuruchos, por favor—le pidió a la mujer encargada.

—¿Qué es eso?

—Gracias —Allan le pagó a la mujer y tomó dos palos de madera con carne y vegetales cocinados—. No preguntes, solo come—Le entregó uno de ellos a Zarah.

—Mi mamá solía decirme eso de niña cuando le preguntaba qué había preparado, «come y calla» me contestaba.

Allan rio, dándole una mordida al primer pedazo de carne. Zarah lo imitó, y debió llevarse una mano a la boca para evitar que el pedazo de carne completo se le viniera encima, por lo que terminó comiéndose el trozo completo. Y no se arrepintió.

—¡Mmm! ¡Está delicioso!

—Lo sé, siempre ha sido tu comida favorita...

—¿Cómo dices?

—Nada, que siempre ha sido mi comida favorita —se corrigió, llevando otro bocado a la boca de Zarah—. Anda, come antes de que se enfríe.

Zarah dio otro mordisco, esta vez sin quitarle los ojos de encima a Allan. A pesar de la aparente tranquilidad que demostraba, comenzaba a creer que le ocultaba algo...

—¡Allan, ahí estás!

Ambos se volvieron sobresaltados.

Aníbal se abría paso entre la gente, furioso como un toro en medio de una corrida.

—¡¿Pero qué diablos estabas pensando?! ¡Zarah no puede estar aquí!

—Padre, no aquí —bramó Allan.

Aníbal parecía dispuesto a gritarle un improperio, pero se aguantó por consideración a Zarah, quien presenciaba aquella escena con cierto recelo.

—Lleva a Zarah de regreso al palacio ahora mismo —le dijo él en un siseo tan bajo que a Zarah le costó trabajo escucharlo—. Tú y yo hablaremos más tarde.

Allan se giró hacia Zarah, y la tomó de la mano.

—Nos vemos luego, padre —le dijo al hombre antes de partir volando con Zarah bien sujeta por la cintura.

—Allan, lo siento, no quería ocasionarte problemas...—le dijo Zarah cuando llegaron una vez más a la terraza.

—No digas eso, fui yo quien te pidió que me acompañaras. Y volvería a hacerlo.

Zarah sonrió, encantada con esa sonrisa que Allan le dedicaba.

—Espero haberte ayudado a relajarte, aunque la escena de mi padre...

—¿Bromeas? ¡Ha sido maravilloso...! ¡Es decir, sí! —Se llevó una mano a los labios, callándose abruptamente.

Allan sonrió, apartando su mano con un gesto lento y suave, acarició su rostro, aproximándose a su rostro hasta que sus ojos se encontraron a unos cuantos centímetros de los de ella...

Zarah se sintió estremecer cuando él la abrazó, acercándola más a él. Pudo sentir la tibieza del calor de su cuerpo, la humedad de su aliento sobre sus labios...

La puerta se abrió de golpe y por ella entraron Noelia y el séquito de mujeres que la acompañaban.

Zarah y Allan se separaron, y antes de que pudiera decir nada, Allan la besó en la mejilla y partió volando lejos de allí.

—¿Zarah? —preguntó Noelia desde la entrada—. ¿Zarah, estás lista?

Zarah suspiró, observando con ojos soñadores la figura de Allan alejándose por el cielo, su capa ondeando por el aire, igual que un superhéroe.

—Sí, ya estoy lista —contestó con voz suave, hablando entre suspiros—. Vamos a conocer a mi abuelo de una buena vez.

Allan se alejó, pensativo. En su mente los recuerdos del pasado comenzaban a atormentarlo una vez más. Había estado tan cerca de besarla... Un momento tan similar al ocurrido ese día, tantos años atrás...

Era el día festivo del pueblo. Allan había asistido a la ceremonia junto con su familia. Habría toda clase de eventos; tirar postes con bolas de madera, sacar manzanas con la boca de una cubeta con agua, el ansiado puesto de besos de las jóvenes más hermosas del pueblo, entre otros.

El lugar estaba magníficamente adornado, toda la gente del pueblo sonreía, todos excepto Allan...

Desde el día en el que Mady le había confesado su amor, ni siquiera podía conciliar el sueño. Casi no la había visto desde entonces, era como si ambos intentasen evitarse a toda costa. Cuando su madre le preguntaba por ella, contestaba con evasivas, pero lo cierto era que Allan se sentía culpable. Nunca había notado que ella podía sentir algo más que un cariño de amigos por él, le había hablado de Raquel y de otras chicas sin tomar en consideración sus sentimientos, y se sentía fatal por ello. Por alguna razón sabía que lo correcto sería disculparse con ella, a pesar de que sabía que no había hecho nada malo...

Llevaba un ramillete de flores azules en la mano, las flores favoritas de Mady. Sabía que la vería ese día, y si no aparecía, iría directo a su casa a buscarla. No podía permitirse pasar más tiempo alejado de ella, tenía que enfrentarla, necesitaba verla... Aunque ella no quisiera verlo nunca más...

Como si la hubiese atraído con la mente, la vio a lo lejos, ataviada con un

hermoso vestido verde a juego con las flores que adornaban su cabello, de un hermoso castaño rojizo, que ese día, a la luz del sol, relucía como fuego vivo.

Al verla, algo se encendió dentro de Allan, era como si la viera por primera vez en su vida, para descubrir en ella no a la chica que había sido su amiga todos esos años, sino a la mujer que había nacido dentro de ella sin que la notara, una mujer hermosa y maravillosa en toda la extensión de la palabra.

Y al ver a varios chicos revoloteando en torno a ella, como abejas a la miel, supuso que no era el primero en notarlo.

No es que el pensar de los otros le importara. Eso ni hablar. Él sabía que Mady era bonita, no necesitaba de otros para percatarse de ello. Y los chicos a su alrededor no significaban ninguna diferencia, sabía que a varios hombres del pueblo les gustaba Madeleine, pero en definitiva, era la primera vez que le importaba. La primera vez que sabía, con certeza, que se sentía celoso de ellos...

Ella sonreía, siempre encantadora, ante sus halagos, demasiado inocente para darse cuenta de las verdaderas intenciones ocultas tras tantas palabras afables y cuentos divertidos con los que esos tipos buscaban llamar su atención. Y por Dios que cuando ella les sonreía a modo de respuesta, un gesto amable que no buscaba nada más —su Mady jamás buscaría nada más—, se sintió miserable de no ser él a quien ella le dedicaba esas sonrisas.

Esas sonrisas que solo debían ser para él...

Sin siquiera proponérselo, se encontró frente a Mady antes de darse cuenta, de tal manera que ella, al volverse, por poco se da de bruces contra él.

—¡Allan! —exclamó, completamente sorprendida de verlo.

—Mady... —musitó él, sin saber qué más decir.

Ambos se quedaron callados por un par de minutos, estudiándose en silencio, obviamente nerviosos por el encuentro.

—Mady, yo... —Allan fue el primero en aventurarse en hablar.

—No, Allan, no digas nada. No sabes cuánto lo siento —lo interrumpió Mady—. Me porté como una tonta, llorando como una niña, cuando toda la

culpa fue mía. Discúlpame, por favor.

—No, Mady, no tienes nada de qué disculparte —Él tomó su mano—. Fui un tonto... No supe cómo reaccionar cuando me dijiste.... —se calló, temiendo empeorar las cosas si repetía sus palabras.

—Olvídalo, ¿quieres? No tiene importancia...

—No, sí que la tiene... Mady... No sabes cuánto lo siento.

—Allan, no tienes que disculparte por nada, ya te lo dije...

—¡Allan! —Entre la multitud apareció Raquel, y sin decir nada, se abalanzó sobre Allan y lo besó en los labios.

Mady desvió la vista, marcando en el ceño una expresión mezcla de dolor y de enojo, y apretando los labios para obligarse a no decir nada, se dio la media vuelta para marcharse.

—Madeleine, no te vayas —la detuvo Rebecca, quien también se había quedado en segundo plano—. El abuelo nos quiere a su lado durante el inicio de la ceremonia.

—De acuerdo—contestó Mady, sin levantar los ojos.

—Oh, Allan, besas estupendamente —se regodeó Raquel entre sus brazos—. No sé cómo no me di cuenta antes.

—¿No quieres emprender el camino, Becca? —le preguntó Mady, dándose la media vuelta para no ver a Allan y Raquel ni de reojo—. Al abuelo no le gusta esperar.

—Qué buena idea, ¡vamos! —exclamó la chica, tan molesta por la escenita como ella.

—¡Raquel, ya basta! —explotó Allan cuando se quedaron a solas—. Te dije que no hicieras eso frente a ella.

—¿Porque es mi prima o porque está enamorada de ti? —espetó ella, cruzándose de brazos, molesta.

—Porque es mi amiga —le dijo en tono seco—. Y también tu prima, si ella te confesó sus sentimientos fue para compartirlos contigo, no para que los usaras en su contra.

—Ella sabe que eres mi novio, si le molesta...

—Si bien recuerdo, tú terminaste conmigo ayer, ¿qué pretendes viniendo a hacer una escenita como esta ahora?

—Allan, no tomes en cuenta lo que te dije ayer —Tomó su mano melosamente—. Estaba molesta... Tienes que comprender, has estado muy raro estos últimos días, pensativo y melancólico... Y no quieres decirme qué es lo que te pasa.

Allan desvió la vista, sabía que era cierto, había estado distraído, pero únicamente porque cada uno de sus pensamientos los había ocupado Mady...

—Vamos, Allan, divirtámonos un poco, ¿quieres?

—No.

—No seas aburrido, podemos...

—No, Raquel —Se alejó y la miró directo a los ojos—. Creo que lo dijiste ayer tiene mucho sentido; tú y yo debemos terminar.

—Pero... Allan...

—No tenemos nada en común, y yo no pretendo ser uno más de tus juguetes, Raquel.

—Si no recuerdo mal, tú eras el que siempre andaba persiguiéndome.

—Sí, pero solo porque no me daba cuenta de lo que tenía enfrente... —lo dijo en un doble sentido que ella captó muy bien.

—¿Te refieres a mí o a Mady?

Allan no contestó, se limitó a darse la media vuelta para alejarse de ella.

—Adiós, Raquel.

—¡Allan! ¡Allan...! —chilló, y desesperada al ver que no se detenía, hizo uso de su don para lanzarle con la mano un chorro de agua directo a los pies que le hizo perder el equilibrio. Allan cayó de bruces contra el piso, provocando un sonido sordo que paralizó a la gente a su alrededor.

—Muy maduro, Raquel... —le espetó él, girándose para ponerse de pie. El control de su talento de fuego era tal que no necesitó más que ese lapso de tiempo para secar su ropa del agua, sin que siquiera su cuerpo diera muestras

de su talento.

Sabía que era eso lo que Raquel había notado en él, que con el paso de los años se había vuelto más fuerte y aprendido a dominar extraordinariamente sus talentos, pero si lo había hecho había sido en mucho gracias a Mady. Ella había estado a su lado todos esos años, alentándolo e impulsándolo a seguir adelante... ¿Cómo fue tan estúpido como para no darse cuenta antes de lo valiosa que era ella? De lo mucho que ella significaba para él...

—Allan, aquí estás —Llegó a su lado Noelia, su madre—. Ven conmigo, quiero que me acompañes a la presentación de natación.

Allan suspiró agobiado, pero aceptó. No podía negarse a su madre.

Llegaron a un sitio alrededor del lago donde la gente comenzaba a aglomerarse. Esperaban el inicio de la competencia acuática, una de las más esperadas. Los talentos de agua eran muy importantes, así como las habilidades físicas en el agua para combatir a los Kinam en su medio.

—¡Allan! —gritó Raquel tras él.

—Esa niña... —musitó molesta Noelia, sin volverse—. No te desaparezcas mucho rato, Allan. Te necesito.

—Sí, mamá —contestó él con desgano, alejándose en la dirección donde lo llamaba la chica.

—¿Qué pasa, Raquel?

—No me vas a decir que en serio estás molesto conmigo, ¿no es así?

Allan voló los ojos, soltando un suspiro exasperado.

—Por favor, estoy ocupado. ¿Me necesitabas para algo?

—En realidad, sí —contestó ella, tomándolo de la mano—. Ven conmigo, te necesitamos para un acto.

—¿Un acto?

—En la presentación acuática.

—¿A mí?

—Sí, la persona que había quedado no pudo llegar, tiene un resfriado terrible, así que tú deberás ocupar su lugar.

—Raquel, ¿esto es en serio o es uno más de tus juegos?

—¡Por supuesto que es en serio! ¡Vamos!

Lo llevó hasta el muelle, a una buena distancia apartado de la multitud, donde se encontraba atracada una barca.

—Vamos, sube y toma esto.

—¿Qué es esto? —Miró un extraño objeto metálico con forma de pez que colgaba de un collar de cuero.

—La prueba, por supuesto... ¿Es que nunca has visto la carrera de nadadoras? —Voló los ojos, fingiéndose exasperada—. Las chicas compiten en esta carrera desde hace siglos, es para elegir a la capitana del grupo de natación. Tú sabes lo importante que es el entrenamiento de natación, tomando en cuenta que nuestros más grandes enemigos, los Kinam, viven bajo el agua... Claro, que no lo decía por ti —le dedicó una sonrisa mordaz.

—No soy un Kinam —masculló él, molesto—. Solo comparto la forma con ellos, pero no tengo nada que ver con ellos.

—Sí, sí, como digas —Colgó la pieza metálica de su cuello—, recuerda, debes inclinarte por el borde del bote para que la chica que llegue primero pueda quitarte del cuello el pez de plata para regresar con él a salvo a la orilla.

—Qué juego tan ridículo... —le dijo, molesto, pero ella, sin desaprovechar la oportunidad de tenerlo tan cerca, le dio un fugaz beso en los labios antes de marcharse.

— ¡Nos vemos, guapo!

Allan voló los ojos, hastiado. Habría deseado ir a buscar a Mady para terminar la conversación con ella, pero Raquel había logrado enredarlo nuevamente en una de sus tretas. No sabía cómo Raquel hacía para lograr siempre meterlo en problemas.

Se sentó a esperar, el sol estaba cubierto por nubes, en cualquier momento se soltaría a llover y no veía que nadie se aproximara a la orilla.

—¿Por qué comienzo a pensar que todo esto no es más que otro embuste de

Raquel? —masculló enojado, cuando la primera gota de agua le golpeó la nariz.

Enseguida la lluvia se soltó de lleno, empapándolo hasta los huesos en pocos segundos. Quizá fuera por eso que no notó el momento en que la competencia inició hasta que vio la silueta de la primera chica aproximarse al borde del barco.

Se apuró en situarse cerca del borde del bote, bien inclinado, como Raquel le había indicado, de manera que a la chica no le costara quitar el cuero de su cuello para regresar con él.

La joven se sumergió, seguramente para tomar impulso. Allan se asomó, preocupado al notar que ella tardaba mucho en volver a salir del agua y, en el momento menos esperado, la chica emergió del agua con las manos extendidas, igual que una mitológica sirena de cuento en el preciso momento en el que Allan se inclinaba al máximo, terminando como resultado, ambos unidos en un accidental beso.

Fue como si un rayo lo hubiera golpeado en ese mismo momento, provocándole una reacción sin intención ni sentido. Antes de darse siquiera cuenta de lo que sucedía, estrechó a la chica entre sus brazos y la abrazó contra él, pero al hacerlo, perdió el equilibrio, y fue a dar al agua con ella.

Juntos emergieron en la superficie, aún abrazados, listos para tomar una buena bocanada de aire. Fue en ese preciso momento cuando se percató de quién era...

—¿¿Mady?! —preguntó, profundamente consternado.

—¿Allan? —Ella habló de la misma manera—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Cómo que qué estoy haciendo aquí? ¿¿Tú qué estás haciendo aquí?!

—Raquel me pidió que nadara hasta este bote, me dijo que había un hombre enfermo aquí que necesitaba de mi talento de Alma Amarilla, pero que se negaba a recibir ayuda, por lo que debía llegar por sorpresa por el costado del bote para implantarle las manos y curarlo... Pero entonces tú te entrometiste y...

—Yo no me entrometí —le explicó Allan—. Al parecer yo era el hombre.

—¿Tú...? ¿Estás enfermo, Allan, y no me lo has dicho?—Mady lo miró a los ojos, y por un momento, con ese gesto de preocupación, el rostro mojado y pálido, el cabello húmedo alrededor de sus hombros, le pareció la mujer más hermosa que jamás pudo haber visto en su vida.

Sin decir nada, tomó su rostro entre sus manos y la besó una vez más en los labios.

—Allan... —murmuró ella, con la respiración entrecortada—. ¿Qué estás haciendo?

Allan sonrió, una mueca ladeada, sin separarse de ella.

—No sé qué era lo que pretendía Raquel al meternos a ambos en esta broma, pero me alegro, porque me ayudó a dar el paso que necesitaba para darme cuenta de lo que siento.

—¿Y qué sientes, Allan...?

—Que eres tú a quien quiero, Mady. Siempre has sido tú... —La besó una vez más—. Tú y solo tú.

—Pero... pero... Tú quieres a Raquel. Eres su novio... y yo... yo soy su prima, Allan.

—Eres mi amiga, mi Mady, y antes de todo, la mujer a la que quiero. Nunca quise a Raquel, ahora lo veo con claridad, siempre has sido tú a quien he querido, a la única que querré por el resto de mi vida... —y sin decir más, la volvió a besar en los labios, y esta vez ella le respondió el beso.

—¡Allan!

El grito de Tanek obligó a Allan a regresar a la realidad. Se volvió bruscamente para encontrarse de frente con él.

—¿Soñando otra vez?

Allan no contestó, se limitó a mirarlo a los ojos, aguardando a que dijera lo que tuviera que decir.

—El rey está en el salón. La audiencia va a comenzar —le dijo él en un tono grave nada similar al primero que había utilizado—. Supuse que

querrías saberlo.

—Por supuesto —contestó Allan, al tiempo que todo él se tensaba—. Vamos de una vez. Debo... debemos estar al lado de Zarah cuando la ceremonia comience.

Zarah sentía que las piernas le temblaban al momento de detenerse frente a las inmensas puertas de roble adornadas con hermosos grabados de oro, justo un segundo antes de que se abrieran de par en par para permitirle el paso a ella y a su familia.

Del otro lado, un grandioso salón quedó a la vista, un lugar de ensueño de piso a techo; los suelos, de reluciente mármol blanco, brillaban como espejos, adornados por una serie de columnas del mismo material ubicadas a izquierda y derecha del lugar. El techo, de al menos doce metros de alto, estaba hermosamente decorado con pinturas representativas de los paisajes del lugar, en un estilo que se asemejaba bastante a los techos de la capilla Sixtina, si es que Miguel Ángel hubiese pintado árboles en lugar de ángeles.

En todas partes había adornos de oro y plata; platones grabados, jarrones con piedras preciosas incrustadas, escudos y armas emblemáticas, además de diversas figuras de jade y obsidiana. Las paredes estaban recubiertas de oro blanco y decoradas con diversos tapices, además de bellas pinturas enmarcadas en monturas de oro sólido. Zarah se percató con gran sorpresa, que muchos de los tapices no estaban hechos de hilo o lana, como los que ella conocía, sino de plumas, verdaderas plumas multicolores entrelazadas en un maravilloso tejido que daba forma a un sinfín de figuras festivas y decorativas. Aquello era una obra de arte sin precedentes en su sola elaboración, y le asombró que aquella inmensa sala estuviera cubierta completamente por esos hermosísimos tapices.

En el fondo del salón, abarrotado de gente a cada lado de la suntuosa

alfombra de terciopelo que se extendía delante de ellos, se encontraba una tarima elevada, sobre la que reposaba un trono magnífico, hecho de cristal puro y platino. Y sobre él, sentado con la imponente exuberancia que solo un rey puede poseer, se encontraba el que debía de ser su abuelo: Ahren.

—Adelante, princesa —le dijo Ruperto en voz baja, quien llevaba a Zarah tomada del brazo a la cabecera de la comitiva.

Zarah asintió, sintiendo la respiración entrecortada mientras daba los primeros pasos por esa hermosa alfombra, que se sentía tan suave como si caminara sobre las nubes.

Las personas en derredor inclinaron la cabeza en señal de respeto. Todos lucían elegantes y refinados, ataviados con esos trajes de estilo medieval adornados con hermosos bordados de oro y joyas del mismo material. Los hombres con finas capas colgando de sus hombros, las mujeres con flores entrelazadas en el cabello.

Zarah se sintió contenta de ir tan elegante, o de lo contrario se habría sentido muy fuera de lugar. También todos los miembros de su familia lucían hermosos trajes, sus padres elegantes y sobrios, sus hermanos más juveniles y atrevidos. A su derecha tras ella, Maricarmen caminaba engalanada en un hermoso vestido guinda sin hombros, y a su izquierda iba Marijón, en un lindo vestido verde claro. Todos eran una artesanía y una obra de arte de alta costura, mezcla de lo moderno y lo antiguo, con bordados representativos de las flores exóticas de la isla. Sus dos amigas habían quedado replegadas hasta el final de la comitiva, y aunque apenas Zarah había alcanzado a verlas por más de un par de segundos, se sorprendió de lo bien que lucían.

Javier estaba tenso, caminaba tan erguido que la capa flotaba tras sus hombros sin alcanzar a tocar su espalda, los únicos más tensos que él eran sus padres, quienes apenas lograban respirar mientras caminaban con la cabeza en alto, sin apartar la mirada del rey. Manolo, más entretenido con la situación, no dejaba de jugar con la espada en miniatura que alguien debía de haberle regalado, a juego con el traje, mientras Dany avanzaba en silencio

llevada de la mano de Allan, tan a gusto como Zarah se habría sentido de estar en su lugar.

Zarah avanzó por el largo pasillo del brazo de Ruperto. El rey se puso de pie, y todos en la sala se inclinaron una vez más. Ruperto se detuvo, así como Zarah y la comitiva tras ella.

La joven alzó la vista, ahora se encontraba lo suficientemente cerca de su abuelo como para poder verlo a los ojos. Era un hombre de mediana edad, tampoco había envejecido. Sus ojos, dos hermosas esferas grises colmadas de luz, brillaban humedecidos por las lágrimas. Zarah no pudo evitar conmoverse al verlo, y mucho más cuando, sin previo aviso, el rey saltó de la tarima, pasando por alto los escalones, y corrió a abrazarla.

Zarah se dejó llevar por ese abrazo tan emotivo, el rey, su abuelo, no dijo nada, pero no era necesario. Todo había quedado dicho con ese sencillo gesto. Y a la joven ya no le costó trabajo abrazarlo también, al tiempo que, como salida por sí misma, una palabra emergía de sus labios:

—Abuelo.

—Zyanya, mi nieta —le dijo él al oído, sin dejar de abrazarla—. Han pasado tantos años, pero finalmente estás aquí, de vuelta en tu hogar, al lado de tu familia. Y esta vez te prometo que nadie ni nada podrá arrebatarte nuevamente de nosotros.

Zarah no supo qué decir, temía que sus padres hubieran escuchado sus palabras, pero por el atisbo que alcanzó a ver de su familia a través del brazo de su abuelo, aún rodeándola por los hombros, se dio cuenta de que no habían oído una palabra.

—Pueblo de los Blancos —dijo Ahren, volviéndose hacia la gente con Zarah de la mano—, den la bienvenida a su princesa, Zyanya de los Blancos, heredera al trono de los Blancos del Círculo de la Estrella de los Cinco Picos, y que hoy, finalmente, ha regresado a casa.

Se escuchó un mar de aplausos y gritos de alabanza.

—¡Larga vida a la princesa Zyanya!

Zarah sintió que las mejillas se le encendían ante ese coro de voces ovacionándola, pero no pudo evitar sonreír.

—Aidan, ven aquí —gritó Ahren, y Zarah se paralizó por la emoción.

Un joven de alta estatura, larguirucho y desgarbado, de semblante serio e impasible, idéntico al de su abuelo, se aproximó a ellos.

—Un placer conocerte, princesa Zyanya —le dijo él con voz áspera, tendiéndole la mano para saludarla.

—No seas tan formal con tu hermana, Aidan —le dijo su abuelo, abrazándolo por los hombros y acercándolo a ellos, en un abrazo familiar—. Zyanya, él es tu hermano. Puede que no lo recuerdes, pero ustedes dos solían estar muy unidos.

Zarah esbozó una sonrisa que no fue respondida por ese rostro seco, casi huraño.

A su lado Raquel parecía amigable.

—Su majestad —habló Ruperto—, permítame presentarle a la familia homa de Zarah, las personas que la cuidaron y se han hecho cargo de ella durante su estadía entre los hombres.

—Muy bien —contestó el rey, volviéndose hacia ellos con un porte solemne, pero amable.

Ruperto presentó a cada uno con su nombre de pila, quienes, para sorpresa de Zarah, saludaron al rey con una leve reverencia.

—Es para mí un enorme agrado tenerlos aquí y un honor el estar en su presencia —les dijo Ahren, provocando una exclamación ahogada general cuando, para sorpresa de toda la gente en la sala, se inclinó ante ellos.

Miguel y Miranda intercambiaron miradas de sorpresa antes de que su padre tomara la palabra:

—También para nosotros su alteza.

El rey sonrió, y, extendiendo los brazos al aire, al tiempo que se dirigía a la multitud, habló:

—Es tiempo de celebrar el regreso de nuestra princesa.

Se escuchó un coro de gritos alegres como respuesta.

—Flérída —llamó Ahren, hablando por encima del coro de la multitud de voces, que se silenciaron enseguida.

Una mujer alta, de largo cabello rubio platinado y rostro afable dio un paso hacia enfrente, emergiendo de entre la multitud. Solo entonces Zarah notó la presencia, a ambos lados de la mujer, de dos rostros familiares: Raquel y Rebecca. A su lado, una pequeña niña que no debía de pasar los ocho años la saludó con la mano, para enseguida adoptar una vez más la pose seria que los demás tenían.

—Ordene, su majestad —habló la mujer, inclinando la cabeza, adornada con hermosas flores silvestres de color escarlata, en combinación con su vestido.

—Quiero un festejo, un festejo colosal que amerite el regreso de mi nieta a su hogar, y a su reino —le pidió Ahren—. Tú te harás cargo, deberán asistir los reyes de los Cinco Reinos del Círculo de la Estrella, así como los miembros del Círculo. Quiero también al pueblo. ¡Todos celebrarán con nosotros este momento!

—Por supuesto, alteza —dijo la mujer, haciendo una ligera reverencia antes de volver a tomar su lugar. La pequeña niña la cogió de la mano, dedicándole a Zarah una nueva sonrisa, completamente distinta a la cara molesta de Raquel.

—Ahora vayamos a comer, festejemos entre nosotros, allegados a la corte y a la familia real, nuestros queridos amigos, el regreso de nuestra princesa.

Acompañada por su abuelo, quien no dejaba de abrazarla, Zarah se dejó conducir hasta otra sala, tan grande como la primera, pero provista por una enorme mesa hermosamente decorada con manteles bordados con hilos de oro, jarrones de cristal adornados con bellas flores silvestres y candelabros de oro puro a juego con la grandiosa vajilla de oro labrado sobre la cual se habían servido toda clase de platillos de apariencia sumamente succulenta.

—Qué belleza —musitó Miranda, mirando embelesada las sillas de madera tallada que rodeaban la descomunal mesa sobre la que se había servido el banquete, y que parecía tener los mismos años de la tierra, una reliquia invaluable perfectamente conservada.

A un costado del salón, un enorme ventanal de piso a techo captaba la gloria del océano tras ellos, inmerso en el crepúsculo.

Ahren se alejó unos pasos para discutir en privado con Aníbal y Ruperto, momento que Zarah aprovechó para acercarse a sus familiares y amigos.

—¿Qué tal la están pasando? —les preguntó, algo preocupada.

—Muy bien, mi cielo. No te fijas en nosotros, tú disfruta tu noche —le pidió su madre, besándola cariñosamente en la mejilla.

—Es cierto, nosotros nos ocuparemos mientras tanto de dar un buen ataque por aquí —dijo Javier, mirando con ojos de lobo la comida servida en la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó María en voz baja, observando los diversos y deliciosos platillos que habían sido colocados cuidadosamente en la mesa, muchos de ellos irreconocibles para las chicas por su aspecto y contenido,

pero no por ello menos apetitosos.

—No sé, pero yo quiero probarlo —aseguró Zarah, moviendo una silla para tomar asiento.

—Por favor, tomen sus lugares —les pidió una mujer ataviada con un vestido largo de color granate bastante hermoso, como los vestidos de las demás empleadas a cargo de la mesa—. Usted no, princesa, usted se sentará en la cabecera, al lado de su abuelo.

Zarah se giró hacia sus padres, buscando su aprobación.

—Está bien, linda, ve —le dijo su madre, sonriéndole amablemente.

Zarah se dirigió al sitio que le indicó la joven y tomó asiento a la derecha de su abuelo. Del otro lado de la cabecera se sentó su hermano Aidan. Solo entonces los demás invitados tomaron asiento también. Para su fortuna, su familia fue situada bastante cerca de ella, así como Ruperto, Aníbal, Tanek y Noelia. Le costó algo de trabajo localizar a Allan, ubicado al otro extremo de la mesa, demasiado lejos incluso para verlo. Raquel, Rebecca, Jaqueline, Alessandra y Patrick estaban con él. Zack, por otro lado, fue situado al lado de su padre.

—Al parecer el rey está dispuesto a festejar a lo grande por tu regreso —le dijo Ruperto al oído, buscando conversación.

—Creía que este era el festejo —le dijo Zarah en voz baja.

—No, querida mía, este es un recibimiento íntimo y familiar. Una ceremonia sencilla, como dijo tu abuelo. El festejo será más adelante —se llevó una copa a los labios.

—General...

—Por favor, princesa. Llámeme Ruperto.

—Ruperto, entonces —Zarah forzó una sonrisa—. ¿Por qué mi abuelo cree que me quedaré aquí?

—Tu abuelo está al tanto de toda la historia, no temas —le dijo Ruperto—. El pueblo, en cambio... No debemos alterarlo por cosas que no están resueltas, ¿de acuerdo, querida?

—Está bien... Creo —musitó Zarah.

Una puerta oculta tras un tapiz se abrió en ese momento, y varios camareros, engalanados con hermosos ropajes color granate, se ubicaron en torno a la mesa, sirviendo a cada comensal la sopa, el primer plato.

Zarah no tenía ni pizca de hambre, no después de la comida compartida con Allan, sin mencionar la tensión del momento. Sentía que todos la observaban fijamente, y eso no ayudaría ni a un náufrago famélico a tener apetito.

—Tranquila, ya te acostumbrarás —le dijo su abuelo al oído, levantando al mismo tiempo una copa hacia sus invitados—. Brindemos por la princesa Zyanya.

—¡Larga vida a la princesa! —contestaron todos a coro, y Zarah no pudo evitar sonreír al notar que sus padres imitaban el gesto.

Después de la comida siguió un baile. Igual que en las películas antiguas que había visto, una banda, ubicada a un costado de la hermosa pista de baile, comenzó a tocar un vals. Ahren tomó la mano de su nieta y la guio al centro de la pista.

—Ehm...

—¿Te preocupa algo, Zyanya?

—Abuelo, yo no sé bailar esto...

—Tranquila, lo llevas en la sangre. Lo recordarás.

Zarah no recordó nada. Pero al menos el seguirle el paso era sencillo, mucho más que los pasos de baile mexicano que tomaba en clase de danza.

Pronto los demás invitados se unieron a ellos. Para su sorpresa, Aidan pidió bailar con ella, y su abuelo le concedió la mano enseguida, contento por el gesto afable de su nieto. Pero ni bien hubieron dado un par de pasos cuando Zack entró en escena, y de la misma manera que su abuelo, Aidan pareció la mar de contento de cederle la pieza.

—¿Te diviertes, princesa? —le preguntó Zack, pegando demasiado el rostro al suyo, provocando que Zarah se arqueara hacia atrás.

—Sí, gracias.

—Deberías saber que aquí, en nuestro mundo, yo soy importante. Mucho más que la mayoría de la gente de esta sala, incluido Allan —añadió cuando notó que ella mantenía la mirada fija en el joven, bailando unos metros más allá con Raquel.

—¿Ah, sí? —contestó Zarah, sin prestarle atención.

—Por supuesto. Tu abuelo, el rey de los Blancos, me concedió el título de Caballero honorífico de El Círculo de la Estrella, por mis invaluable actos hacia la corona.

—Me alegro.

—¿Quieres saber lo que hice?

—Tal vez luego... —intentó desembarazarse de él, pero Zack continuó hablando. ¡Pero qué insoportable se le hacía ese tipo!

—Yo cometí un acto de increíble valentía —le dijo él, acercándose más a ella—. Yo salvé a tu hermano de los Kinam que lo habían secuestrado.

—¿Qué dices...? —Zarah se giró hacia él, prestándole atención por primera vez. Eso pareció agrandar a Zack, porque continuó hablando, con mayor soltura esta vez.

—La vez que tú y tu hermano fueron secuestrados por los Kinam, fui yo quien encontró a Aidan. Se supone que estaba con tu padre, pero él desapareció sin dejar rastro, supongo que también asesinado por los Kinam.

Zarah agachó la vista, negando lentamente con la cabeza.

—¿Y mi madre...?

—Lo siento, no pude llegar a tiempo para rescatarla a ella también. Ni a ti... —Zarah desvió los ojos, que se le habían llenado de lágrimas, para que él no la viera. No quería que él supiera que sus palabras le afectaban, y lo hacían de un modo que ni ella misma se hubiera imaginado...—. Fue una lástima que no pudiera llegar a tiempo para salvar a ambas, aunque debo

contarte que lo intenté, debí incursionar en peligros inimaginables, enfrentarme a bestias colosales, a la traición de los que creía mis amigos. Lo que Allan hizo...

—¿Allan? —Zarah levantó la cabeza, frunciendo el ceño—. ¿Qué tiene que ver Allan en todo esto?

—Por supuesto ser un Kinam, todos los de su especie son de la peor calaña.

—Allan es un Capadocia.

—Allan es un Kinam —la corrigió él—. ¿Es que nunca te lo dijo?

Zarah no pudo evitar poner una expresión de sorpresa al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Lo ves? No se puede confiar en él, ni en ninguna de esas bestias. Es lógico que él intentara conducirte con los de su especie, es un traidor en todos los sentidos, un aprovechado que solo busca sacar ventaja de la posición de sus padres en el reino.

—¡No digas eso!

—¡Fue por su culpa que los Kinam te atraparan, Zarah!

—¿Qué...?

—El rumor es que fue él quien guio a los Kinam hasta dar con tu paradero.

—Un rumor no tiene que ser cierto, bien podrían haberlo inventado. Además, Allan me dijo que ni siquiera me conocía.

—¡Eso es lo que él dice! —soltó una carcajada irónica—. Por supuesto que lo negó, y nadie pudo probar lo contrario. Pero desde entonces nadie lo ve con buenos ojos. Todo el mundo sabe que perteneció a los Extremus, y hasta a ellos los traicionó cuando se unió a los Kinam.

—No es cierto...

—Como lo oyes. Ese Allan Cortaza es un tipo sin valía en el que no debes confiar. Has hecho mal en depositar en él tu confianza, princesa.

—Allan fue el que me encontró.

—Sí, claro, yo también te habría encontrado de haberte escondido —bufó él, poniendo los ojos en blanco—. Solo piénsalo, los Kinam son seres

salvajes, te habrían matado al igual que a tu madre. Él te escondió entre los Homos...

—¿Los qué? —Frunció el ceño—. ¿A qué se refieren todos ustedes con eso... los Homos?

—Los humanos —contestó impaciente—. Te escondió entre los Homos para evitar que diéramos contigo, en un sitio que solo él conocía y que sabía que te mantendría a salvo para dar contigo después, y ser el héroe que tu abuelo premiaría con una condecoración similar a la mía. Siempre me ha envidiado... —negó con la cabeza en un acto dramático.

—Allan nunca haría algo así —bramó Zarah, apartándose de él bruscamente. No sabía cómo, pero lo sabía, ¡sabía que era imposible que él hubiese hecho algo así!

Zack miró molesto en derredor a la gente que se había quedado observándolos, intentó cogerla del brazo una vez más, pero Zarah, por primera vez ágil, salió de allí a la carrera. Se encontró con una puerta abierta y huyó por ella rumbo a los jardines, sintiendo que un mar de lágrimas se desbordaba por sus ojos.

No entendía por qué se sentía tan lastimada, hablaba de un pasado que no conocía, pero le dolía en carne propia.

Quizá, en el fondo, alguna parte de sí misma, sí recordara parte de su pasado...

—Zarah...

Zarah se giró al reconocer esa voz, secándose compulsivamente las lágrimas con el dorso de la mano. Allan sacó un pañuelo y se lo tendió.

—Gracias... —musitó la joven, secando las lágrimas con él.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, yo...

—¿Te perturbó lo que te dijo Zack?

Zarah frunció el ceño y lo miró a los ojos.

—¿Lo escuchaste? Pero si estabas al otro lado del salón... —se calló, avergonzada de revelar que lo había estado espiando.

Pero Allan no le prestó atención.

—Los Kinam tenemos un excelente oído... —se encogió de hombros, revelando al fin su secreto.

—¿Qué? ¿Entonces es cierto? —Zarah lo miró de arriba abajo, molesta—. ¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Todo esto es demasiado nuevo para ti, quería darte tiempo de procesar la noticia de que eres una princesa y formas parte de un mundo desconocido para los humanos, antes de decirte qué cosa soy yo, además de un Capadocia.

—Creía que eras un Kinam...

—Soy un Capadocia —le dijo él con voz firme—. Es lo primero que he sido, lo que soy y lo que seré hasta el último de mis días. Pero no soy de linaje puro... Yo portaba el gen Kinam en mi sangre. Cuando un Kisinkan me atacó siendo yo niño, me transformó en un Kinam.

Zarah negó con la cabeza, levantando una mano para hacerlo callar.

—Espera, no entiendo nada de lo que dices.

—Es largo de contar... —Allan suspiró, mirando en derredor—. ¿Te importaría dar un paseo conmigo? —le preguntó, tendiéndole una mano.

Zarah lo miró, indecisa.

—Entiendo, si no confías en mí... —iba a retirarla, pero Zarah la cogió antes de que pudiera hacerlo.

—Confío en ti. No sé por qué, pero lo hago —le dijo con la misma voz firme que él le había hablado—. Ahora vámonos, no quiero que ese tipo insoportable venga a molestarme de nuevo. No sé por qué, pero me irrita solo tenerlo cerca.

—Lo sé, siempre te ha caído mal.

—¿Qué...?

—Siempre me ha caído mal.

Zarah frunció el ceño, pero no dijo nada. Era la segunda vez que Allan decía algo así, ¿es que realmente la conocería de su vida anterior, y le había mentado, como Zack le dijo...?

Caminaron largo rato por los jardines antes de que Allan se decidiera a decir algo, como si debiera elegir detenidamente cada una de sus palabras.

—Primero que nada, quiero hacerte entender una cosa, Zarah —Allan le dijo tras un momento de espera que pareció eterno—: los Kinam no son unos monstruos, como quiere hacerlos ver Zack.

—¿Ah, no?

—No, y no lo digo porque yo sea uno de ellos. Te lo digo porque los conozco bien, viví un tiempo entre ellos, y son como nosotros, hay gente buena y mala, la mayoría es buena, y lucha contra la maldad al igual que nosotros. Es solo que... A ellos les tocó vivir el otro lado de la moneda.

—Entiendo...

—Mi historia es difícil de contar —le dijo Allan, llevándola de la mano por

el césped de los jardines del palacio—. Debes recordar que tengo más de mil años, nací en el año 892 de la cuenta del calendario gregoriano.

Zarah inspiró hondo, aún le costaba creer que él hablaba en serio, pero por la expresión seria que mantenía en el rostro, sabía que era cierto.

—Cuando tenía siete años, los Kisinkan atacaron la aldea donde vivía con mi familia.

—¿Qué son los Kisinkan?

—Son los predecesores de los Kinam, los «Primeros padres», como ellos los llaman. Fueron los primeros seres como ellos en habitar la tierra, solían dominar a la raza humana hasta que los primeros Capadocia se alzaron contra ellos y nos liberaron.

Zarah arqueó las cejas, sorprendida por el relato.

—Algunos de esos Kisinkan se apa... tuvieron hijos con mujeres humanas —buscó las mejores palabras para explicarle—, de esa unión mezcla de especies y genes, nacieron los Kinam. Con el paso de los años, y mientras los Kinam se mezclaban más y más entre la gente, los hijos de estos comenzaron a nacer con apariencia humana. Únicamente un gen, legado de la ascendencia Kisinkan, que quedó grabada en la genética de sus descendientes, se ha transmitido de generación en generación entre los humanos que portan de alguna manera la sangre Kinam. Un gen que solo puede ser activado por un rito sumamente doloroso: la inyección de los tres venenos Kinam. Y yo... —Allan desvió la vista, como si lo que tenía que decir le apenara—, yo poseía ese gen.

—Pero, conforme a lo que dices, cualquier persona puede tenerlo, ¿no es así?

—Cualquier ser humano por lo general puede portar ese gen. Pero yo soy un Capadocia, se supone que mi sangre proviene de los antiguos descendientes de Hada, la primera Guerrera de Fuego, como antes solía llamarse La Capadocia. Yo no debería cargar con ese gen, igual que los Capadocia de puro linaje, como tú, como Zack... —miró a un lado, apretando

los puños por la rabia.

—No veo por qué es tan importante —le dijo Zarah tras un momento de mantenerse en silencio, pensativa—. Por lo que yo sé, las guerras por la pureza de razas y linajes solo han traído devastación y destrucción al mundo. Son mejores las mezclas, todo el mundo lo sabe.

Allan sonrió a medias, sin atreverse a mirarla.

—Entonces... Ese Kisinkan... ¿lo pronuncié correctamente? —Allan asintió con la cabeza—. Ese Kisinkan te convirtió en un Kinam, ¿comprendo bien?

—Sí, en parte... —Allan se giró una vez más hacia ella—. Realmente lo que el Kisinkan buscaba era matarme. Una venganza contra mi padre, por una antigua batalla... Llegó a mi casa, nos atacó a mi madre y a mí, y nos inyectó los dos venenos...

—¿Dos venenos?

—Los Kisinkan, a diferencia de los Kinam, solo tienen dos venenos.

—Más lento, ¿los Kinam tienen veneno? ¿Como si fueras serpientes o abejas?

Allan sonrió.

—Lo siento, a veces olvido que no recuerdas nada de tu pasado. Sí, así es, tienen veneno, algo semejante a las serpientes, supongo. Los Kisinkan tienen dos: uno que solo causa dolor, pero un dolor tal que desearías que te mataran. Y el otro te mata en segundos —Caminó hasta un muro de roca cercano y apoyó la espalda contra él—. Los Kinam cuentan con un tercer veneno, aunque en realidad es un antídoto. Solo lo producen en sus colmillos, y es capaz de revertir el efecto de los dos primeros. Los tres en conjunto son los que activan el gen Kinam.

—¿Y cómo fue que te cambió si dices que el Kisinkan no posee el tercer veneno, el antídoto?

—Los Kisinkan y los Kinam están unidos, los Kinam les dan de su veneno, y ellos los guardan en una especie de cápsulas. Pero no era el caso de este

Kisinkan, él quería matarnos a mi madre y a mí, y de no ser porque mi padre llegó a tiempo para rescatarnos, así habría sido. El efecto de los dos venenos unidos era muy fuerte para revertirlo, pero mi padre lo intentó igual.

—¿Tu padre es también un Kinam?

—No, pero todos los Capadocia llevamos una provisión del antídoto en nuestro cinturón —Se palpó la cadera y extrajo una cápsula de su interior, que le entregó a Zarah.

La joven la observó a la luz de la luna, maravillada por la belleza de ese líquido azulado.

—¿Cómo es que lo posees?

—No me lo extraje, si es lo que piensas —rio él—. Es parte del cinturón básico de cualquier Capadocia. Yo también debo cargarlo, aunque es obvio que no lo necesito... —desvió la mirada, avergonzado.

—¿Y cómo es que los otros lo obtienen? —Zarah quiso cambiar de tema.

Allan inspiró, mirándola de soslayo.

—Probablemente esto no te va a gustar... —le dijo en voz baja, pasándose una mano por el cabello—. Nunca te gustó, de hecho...

—¿Cómo que nunca me gustó?

—Sí, eras pacifista, siempre lo fuiste...

—Creí que dijiste que no me conocías.

—No en esta vida.

—¿Cómo?

—Me refiero a antes de que perdieras la memoria, tu madre era una pacifista conocida, tú también debiste serlo.

—Oh...

—Como te decía, puede que no te guste saber esto... Los Kinam capturados son sometidos a estudios médicos, encarcelados en celdas donde se les mantiene bajo custodia, y bueno...

—¿Les extraen el veneno a la fuerza?

—Sí— Allan asintió con la cabeza—. Deben hacerlo, de otra forma cientos

de Capadocias y humanos inocentes morirían a causa de su veneno, mucho más letal que el de diez mambas negras juntas.

—¿Y no pueden... no sé, solo tomar el veneno y liberarlos?

—No son serpientes que se capturan para tomarles muestras y luego dejarlas en libertad, Zarah. Son bestias, monstruos terroríficos capaces de destruir a la humanidad si se lo permitimos. No todos, claro está. Me refiero a aquellos cuyo fin es destruir a la humanidad y a La Capadocia, a esos que de otra manera terminarían en el patíbulo, pues liberarlos sería un riesgo para la sociedad. Te aseguro que no todos los Kinam son así. La mayoría de ellos viven en su propia civilización, siguiendo sus propias leyes y normas, y respetan a la humanidad y a La Capadocia. Pero como en todo, siempre hay sus excepciones.

—¿Es con ellos...? Zack dijo que te uniste a ellos, Allan —le soltó de lleno—. ¿Es eso cierto?

—Sí —Allan la miró a los ojos—. Hace muchos años atrás. Fue entonces cuando comencé a verlos con otros ojos, y no solo como a unos monstruos desalmados.

—¿Entonces te uniste a los que sí llevan un orden?

—Los Kinam tienen una organización tan estructurada como la nuestra, Zarah. No son solo monstruos, como quiere hacer ver Zack. Tienen siete reinos bajo el agua, cada uno con un rey o más de uno, pues comparten el trono entre hermanos en la mayoría de los casos. Y al igual que nosotros, tienen leyes y normas que siguen estrictamente.

Zarah sonrió al notar un brillo que se había encendido en los ojos de Allan. Un brillo que denotaba la intensidad y la emoción que le provocaba el tema, y que él quería compartir con ella.

—La mayoría de La Capadocia tiene una idea preconcebida de los Kinam. Es así porque los seres que han conocido son precisamente los Kinam que buscan atacarnos y destruirnos.

—Como el Kisinkan que por poco te mata a ti y a tu madre.

Allan asintió con la cabeza.

—Fueron siete meses, siete días y siete horas para convertirme en lo que soy ahora —la miró a los ojos—. Y también mi madre.

—¿Quieres decir que tu madre...?

—Ella es la portadora del gen —Allan asintió—. Es esa la razón por la que mi padre se divorció de ella.

—¿Qué...? —Zarah abrió mucho los ojos—. No lo sabía... Yo... Lo siento.

—Aún se quieren, lo sé. Mi madre continúa llamándolo su marido, lo toma del brazo y lo trata con cariño. Le dice «tú te divorciaste de mí, no yo de ti» —rio, una risa falta de emoción—. Si no fuera por el orgullo de mi padre, creo que aceptaría lo que él siente por ella y volvería a su lado. Pero su orgullo es más fuerte que sus sentimientos...

Zarah agachó la cabeza, negando lentamente.

—Lo siento tanto, Allan... Las cosas no deberían ser así, has sufrido tanto...

—Es un mundo cruel, Zarah. Cruel en todos los aspectos que pueden existir... —la miró a los ojos—, incluida La Capadocia. Es un defecto de la humanidad temer a lo que no se conoce, y La Capadocia pertenece a la humanidad. Temen a los que son más fuertes que ellos, por eso nos temen a nosotros, los híbridos, parte Kinam, parte Capadocia, porque saben muy bien que nuestro poder puede ser inalcanzable, y al no poder controlarlo, nos han marginado.

—¿Y permites eso?

—No voy a entrar en una guerra contra La Capadocia. Aunque hay quienes lo han hecho.

—¿Los Kinam?

—No precisamente, otros híbridos. Como Kudrow. Un híbrido como yo, pero que se ha revelado abiertamente contra La Capadocia. Ahora es considerado uno de sus más grandes enemigos y es buscado en todas partes.

—¿Y crees que lo encuentren? Es decir, tienen muchos poderes para hacerlo, ¿no es así?

—También Kudrow, Zarah, es un Kinam sumamente poderoso y listo. Además, cuenta con aliados en todo el mundo que lo protegen y ayudan. La Capadocia tiene muchos enemigos últimamente.

—No te ofendas, pero no me extraña. Son un poco... digamos... mandones al extremo —buscó las palabras adecuadas—. Hacen lo que quieren y obligan a los demás a que cumplan sus órdenes, sean parte de su secta o no.

Allan rio, repitiendo la palabra secta como si fuera muy graciosa.

—Lo dices por la manera en que te trajeron aquí, ¿no es así?

—Ya lo creo. Esos... A veces me gustaría ser Kinam.

Allan agachó la vista, con una sonrisa melancólica.

—No eres la primera que me lo dice...

—¿Cómo?

—Nada... —contestó él, mirándola a los ojos, aunque Zarah sentía que le ocultaba algo—. En fin, me fui porque necesitaba buscar nuevos horizontes, pensar y estar solo, comprender lo que parecía incomprendible... Fue entonces cuando conocí a los Kinam y, al hacerlo, un nuevo universo se abrió ante mí.

—Pero dijiste que cuando te convertiste en Kinam tenías siete años, ¿te fuiste a esa edad?

—No, no podía cambiar mi aspecto en aquel entonces. Por excepción de cuando entraba en el Keex del Kinam, que es la forma que adopto cuando me encuentro en uso de mis talentos de Kinam, la forma en que me viste cuando esos Kinam nos atacaron —Se puso muy serio—. No... Yo me fui por otra razón, siendo ya adulto.

—¿Y cuál fue esa razón...? Si no te molesta decírmelo.

Allan la miró a los ojos, y por un momento Zarah notó una lágrima asomarse por uno de ellos.

—Te lo diré otro día, Zarah. Ahora no es el momento.

—Pero...

—Te buscan.

Zarah se giró pero no vio a nadie.

—En el salón. Tu abuelo solicita tu presencia. Debemos regresar —Tomó su mano y entrelazó los dedos con los suyos—. Vamos, tu abuelo no es de las personas a las que les gusta esperar.

Zarah lo miró a los ojos, sentía curiosidad por saber qué era lo que lo mortificaba, pero decidió no hacer preguntas. Obviamente era algo que alteraba a Allan profundamente, y no quería perturbarlo...

Ya habría tiempo más adelante para que él le contara lo que deseara. Si es que así él decidía hacerlo.

Caminaron de la mano hasta las escaleras de la terraza del palacio.

—¿No vas a entrar tú? —le preguntó Zarah, cuando Allan se quedó de pie en el umbral de las escaleras.

—No, es a ti a quien esperan ver, no a mí.

—Pero...

—Ve, yo te veo luego, ¿de acuerdo?

—Está bien... —Zarah agachó la vista con tristeza, habría deseado entrar con él, pero sabía que debía darle su espacio, después de todo, lo que le había revelado debía de serle bastante complicado.

Dio la media vuelta para subir hasta el salón donde se llevaba a cabo la fiesta.

Allan se apoyó de espaldas en un árbol cercano. Habría deseado entrar con ella, pero hacerlo habría sido actuar contra las normas. La amaba, pero no podía permitir que ella lo amara. No tenía permitido amarla...

Era irónico. La única vez que había amado antes, su amor era también imposible.

Eso no lo detuvo antes.

Y eso se convirtió en la tragedia de Mady.

No iba a permitirlo otra vez...

Sin embargo, nada le impedía soñar con ella.

Su mente comenzó a viajar en el tiempo, tantos siglos atrás, a ese recuerdo

que ahora parecía tan lejano, y tan cercano a la vez, en su corazón y su memoria solo había ocurrido ayer.

Ese día fue a ver a Mady a su casa. Cuando Allan llegó a la orilla del río, la encontró recogiendo agua con un balde. Se apuró en ir a ayudarla, pero sabiendo que ella no lo había visto aún, quiso aprovechar la oportunidad para sorprenderla. Se escondió detrás de un árbol en el momento preciso en el que ella se levantaba con el balde en la mano, entonces salió de su escondite y gritó:

—¡Te atrapé!

—¡Ahhh! —Mady dio un brinco descomunal y lanzó lejos la cubeta con agua, que fue a darle directo a Allan en la cabeza al tiempo que ella caía al río, después de tropezar con una piedra.

—¡Mady! ¡Mady! ¿Estás bien? —Allan levantó el borde de la cubeta sobre los ojos para verla, pero en lugar de encontrarla molesta, Madeleine se estaba destornillando de risa, aún sentada en la corriente del río.

—Allan, contigo nunca dejo de reír —le dijo ella de buen humor, aceptando la mano que Allan le tendía para ayudarla a levantarse.

—No sabes cuánto lo siento.

—No te preocupes, está bien —sonrió ella, mirándose el vestido completamente empapado—. Aunque tendré que explicarle a mamá el motivo por el que regreso a casa una vez más empapada. Dudo mucho que vuelva a creer que tropecé, aunque esta vez sea cierto.

Allan la atrajo contra sí y la abrazó con suma ternura. En menos de un parpadeo Mady estaba seca.

—¡Allan, ¿cómo lo has hecho?! —exclamó sorprendida, palpando la tela seca.

—No quería que fueras a resfriarte. Y ahora, si no te importa... —Tomó su rostro entre sus manos y la besó dulcemente, un beso que hizo que Mady se sintiera perder entre sus brazos.

Ella sonrió y lo miró a los ojos sin decir nada, disfrutando al máximo el

momento que había anhelado toda su vida.

—Te amo...—le dijo ella en voz baja, sin dejar de mirarlo a los ojos—. Te amo con toda mi alma, Allan.

Él pareció un poco impactado con sus palabras. Desvió la vista y se alejó de ella, sin lograr articular una sílaba, conmocionado por lo que acababa de escuchar.

—Lo siento... No quise asustarte, Allan... No pretendía que tú...

—Madeleine, yo también te amo —le soltó de lleno—. No lo sabía, no me había dado cuenta sino hasta el momento en el que tú me revelaste tus sentimientos...—La tomó de las manos, viéndola intensamente a los ojos, con ese brillo singular que ella tanto adoraba en él—. Te amo. Siempre te he amado... Pero era demasiado estúpido para darme cuenta, demasiado inmaduro, y tú... Tú sufriste en silencio por mi culpa. Oh, Mady, no sabes cuánto lo siento... Yo, yo no te merezco —Se alejó una vez más de ella—. Eres demasiado buena, y yo solo un idiota con suerte por tenerte cerca. No es justo que me aproveche de eso, cuando podrías encontrar algo mejor que yo en cientos de hombres.

—Oh, Allan, sí que eres un idiota —Él se volvió sorprendido por sus palabras, pero al hacerlo, la encontró parada a su lado, y antes de que pudiera decir o hacer algo, ella se paró de puntitas y lo besó en los labios—. Eres un idiota por pensar que podría querer a alguien que no seas tú.

Él sonrió, no pudo evitar hacerlo, y le regresó el beso, esta vez de manera más apasionada.

—Tengo miedo, Mady...—Agachó la vista, temiendo enfrentarla a los ojos—. Miedo de perderte...

—Allan, tú nunca vas a perderme.

—¿Y si encuentras un día a alguien mejor que yo? ¿O si te das cuenta del error que has cometido al quererme, y decides dejarme...?

Ella sonrió, posando un par de dedos sobre sus labios.

—El amor está lleno de miedos, Allan. Pero tú eres afortunado, tienes a tu

lado a una mujer que nació solo para amarte —Lo besó dulcemente en los labios—. No importa qué pase, yo siempre estaré contigo. No existe nada ni nadie que pueda separarnos, ni siquiera la muerte...

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo... —No pudo continuar hablando cuando él la tomó en sus brazos y la besó una vez más, de una manera intensa y fervorosa, llena de amor.

El amor que cada uno sentía por el otro.

—¡Mady!

—¡Oh, es mamá! —exclamó la chica, separándose bruscamente de él.

—¿Qué es lo que te preocupa? Me conoce de toda la vida.

—Sí, pero como mi amigo, no como mi...

—¿Novio? —Él sonrió, y volvió a besarla.

Mady asintió con una sonrisa, perdida en ese beso.

—¿Mady, aún no le has dicho a tus padres de lo nuestro?

—Bueno, no... —Ella bajó la mirada, apenada—. Sabes cómo es papá. Es muy estricto con respecto a las relaciones, sabes que cuando mi hermana se comprometió, él debió dar su voto de aceptación a su pretendiente. No es que te diga que tengamos que casarnos... —se apuró en aclararle, temiendo haberlo asustado—, pero así es papá. Él no acepta los noviazgos, dice que son una pérdida de tiempo y moral derrochada. La única pareja que deberemos tener será con quien vayamos a casarnos —se encogió de hombros, girándose para tomar el balde del suelo para llenarlo nuevamente con el agua del río cuando el grito de su madre se volvió más intenso.

—En ese caso, casémonos.

—¿Qué has dicho...? —Mady dejó caer al agua una vez más la cubeta que rellenaba en ese momento.

—Mady, te conozco desde siempre, eres tú a la mujer que quiero, y si tú me aceptas... —tomó su mano—, me gustaría que permaneciéramos juntos por el resto de nuestra vida.

Mady lo miró a los ojos, sin poder discernir de si soñaba o realmente se encontraba despierta...

—Eres el amor de mi vida, Madeleine —Se arrodilló frente a ella—. Es a ti a quien quiero. A ti, siempre has sido tú mi verdadero amor. Sé que es repentino, y no te pido una respuesta ahora, solo piénsalo, ¿quieres? Medita si te gustaría ser mi esposa...

—¡Oh, Allan, claro que sí! —Se le lanzó al cuello, soltándose a llorar como una niña—. ¿Cómo me pides que espere a darte una respuesta a lo que he soñado toda la vida? ¡Te amo, Allan! Siempre te he amado, y siempre he soñado con convertirme en tu esposa. No tengo nada que pensar, ¡sí! La respuesta es sí, ¡por supuesto que sí!

Allan sonrió y la estrechó entre sus brazos, y ambos se unieron en un nuevo beso lleno de amor y alegría, un beso que quedó para siempre grabado en sus corazones...

Allan se vio obligado a regresar a la realidad al sentir la tibieza de algo húmedo resbalar por su mejilla. Estaba llorando sin que se diera cuenta.

Podía traer a la memoria ese momento una y otra vez, revivirlo como si estuviera allí una vez más, casi como si pudiera sentir, aunque solo fuera por una fracción de segundo, la tibieza del cuerpo de Mady entre sus brazos, la melodía de su risa, la dulzura de sus besos...

Allan suspiró al observar a Zarah entrar al salón y perderse en la multitud. Se quedó en su lugar largo rato, siguiendo su figura entre la gente con su habilidad de Kinam. No podía estar con ella, pero nadie le impedía observarla.

—Actúas como un tonto —escuchó una voz a su lado.

—¿Qué es lo que quieres, Raquel? —contestó sin voltearse.

—¿Para qué te haces esto? —Ella se plantó frente a él, obligándolo a prestarle atención—. Sabes que no puedes estar con ella y continúas babeando al verla, actúas como un completo idiota.

—Ese es mi problema —Frunció el ceño y se dio la media vuelta.

—¡No he terminado de hablar contigo!

—Pero yo sí contigo.

Raquel lo sujetó del brazo y lo obligó a volverse, y al hacerlo le plantó un beso en los labios.

Allan la apartó por los hombros con suavidad, pero firmeza.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—¡Haciéndote reaccionar! —chilló ella—. ¡Madeleine está muerta, Zarah es una princesa y nunca podrás estar con ella! Ahora podemos estar juntos, Allan. ¿Por qué no te das cuenta de lo que tienes frente a ti y lo valoras? ¡Yo te amo!

—Pero yo no te amo a ti, Raquel —le contestó él con franqueza—. Lo siento...

Los ojos de Raquel se llenaron de lágrimas.

—Eres un mentiroso... —siseó, furiosa—. ¡Tú juraste no amar a nadie que no fuera Madeleine, y por eso nunca te reclamé tu desprecio! ¡Pero ahora te has enamorado de esa...!

—Cuida tus palabras —le advirtió, frunciendo el ceño—. Ella es tu princesa, y la mujer que amo.

—¡¿Cómo puedes hacerme esto?! —chilló Raquel, dejándose caer sobre el césped y soltándose a llorar—. ¡Te esperé durante más de mil años, Allan...! Y ahora sales con que te has enamorado de otra, y de una niña... —Lo miró con los ojos colmados de dolor—. ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué gozas con hacerme sufrir?

Allan se compadeció de ella, no podía verla sufrir de esa manera. Se arrodilló delante de ella para abrazarla, pero Raquel lo rechazó.

—Raquel, por favor, tienes que entenderme. Yo nunca he querido hacerte daño, nunca te he dado a entender que entre nosotros puede haber más que una amistad.

—¿Nunca? —repitió ella en tono mordaz, apartando la mirada.

Allan frunció los labios, sabiendo a qué se refería.

—Eso fue hace más de mil años, Raquel. Solo éramos unos niños.

—Tú me dijiste que me amabas, ¡me rogaste por años para que te hiciera caso! Y cuando lo hice, vas y te casas con mi prima. Después de hacerme enamorarme de ti.

—Sabes bien que las cosas no fueron así, tú nunca me hiciste caso, solo querías burlarte de mí, hacerme pasar ridículos frente a la gente...

—Tú mismo lo has dicho, solo éramos niños.

—Sí, por supuesto. Y por eso te perdono todo lo que me hiciste pasar, porque era demasiado estúpido como para entender que no era de ti de quien estaba enamorado, sino de Madeleine. Y cuando me di cuenta...

—Por un estúpido error mío —bufó ella.

—Sí, gracias a ti y a la broma que quisiste hacernos a ambos ese día, me di cuenta de que era a ella, y solo a ella a quien siempre había amado —Su rostro se nubló y desvió la vista—. Y nunca dejaré de amarla.

—¿Y qué me dices de Zarah? —siseó Raquel como una serpiente—. Mil años sin que te fijaras en otra mujer, por el recuerdo de Madeleine, mil años luchando en vano por tu amor, igual que tantas otras que han estado tras de ti. Y solo ves una vez a esa niña y te enamoras como un loco de ella. ¿Qué tiene ella de especial que...? —Raquel se quedó callada cuando la luz de la razón iluminó su pensamiento, regalándole el entendimiento.

Allan se volvió una vez más hacia ella, sabiendo que ella por fin había comprendido todo.

—No... —la voz de Raquel fue un susurro apagado, sin voz.

Allan asintió, confirmando lo que sabía que ella ya conocía.

—No puede ser... —Raquel se giró a mirar al gran salón donde se llevaba a cabo la fiesta—. ¡Han pasado mil años!

—Lo sé, no tienes que repetírmelo. Han sido mil años los que he tenido que esperar por volver a verla, y finalmente ella está aquí. Ha vuelto a mi vida.

—¿Madeleine...? —Raquel se atragantó con las palabras.

—Sí, Raquel —Allan terminó lo que ella no podía—. Zarah es Madeleine reencarnada.

—¡No puede ser! ¡No puede...! —Raquel comenzó a chillar frenéticamente

—. ¡Es imposible! ¡Han pasado mil años!

—Raquel, debes controlarte. Nadie lo sabe, ni nadie debe saberlo, en especial, Zarah.

—Pero, pero... —Raquel lo miró a los ojos—. Ella es una princesa, Allan.

—Lo sé.

—¡Nunca podrán estar juntos!

—Lo sé.

—Y si ella tiene la memoria borrada, si intenta recordar... ¡Podría saltarse a los recuerdos de su anterior vida... contigo!

—¡Lo sé! —Allan la tomó por los hombros, intentando calmarla—. Creo que esa es la razón por la que cada vez que entra en estrés se sobrecarga de energía, enterarse podría matarla. Zarah no debe saber quién fue en otra vida, ya bastante tiene con saber quién fue en esta. Por favor, Raquel, tienes que prometerme que guardarás el secreto.

Raquel lo miró a los ojos.

—Tú la reconociste con solo verla...

—La amaba. La amo —Allan sonrió ligeramente—. ¿Cómo no reconocerla al ver en sus ojos el interior de su alma?

—¿Te refieres a la ocasión...?

Allan asintió.

—La misión a la que me llamaste para proteger a Dany, el Alma Pura. Me topé de frente con Zarah, cuando por error entré en su habitación. Ella me

sorprendió, se había levantado para ir por un vaso de agua a la cocina y nos dimos de frente... Pude ver sus ojos, los ojos de Mady... Y supe que era ella.

—Fue cuando quisiste volver a La Capadocia formalmente e integrarte en la misión para proteger al Alma Pura —Raquel ató cabos—. Fue por eso que entraste a la escuela... No querías proteger a Dany, querías estar cerca de ella —Lo miró con el ceño fruncido.

—Y todo habría salido bien de no ser por el ataque de esos Kinam.

—Yo te conduje a ella... —musitó Raquel en voz baja, negando con la cabeza—. Yo misma me condené... Otra vez.

—Raquel, por favor, no pienses así, gracias a ti encontré nuevamente la felicidad, gracias a ti encontré a Mady después de esperar mil años su regreso.

—Siempre supiste que regresaría, ¿no es así? —Ella lo miró con una sonrisa llena de dolor, al tiempo que un par de lágrimas corrían por sus mejillas.

—Ella me lo prometió —Allan asintió, intentando en vano ocultar la emoción que reflejaba su rostro, la emoción de la alegría que lo embargaba por el regreso de la mujer a la que amaba—. Y Mady nunca faltó en sus promesas.

—Disculpen que los moleste... —La voz de Flérida los obligó a callar, y ambos se giraron al mismo tiempo para recibir a la mujer, que se acercaba por el sendero principal del palacio—. El rey Ahren solicita su presencia.

—Enseguida vamos —contestó Allan.

—¿Podrías ir sin mí? —Raquel desvió la vista, secándose las lágrimas—. No me siento en condiciones para...

—No te preocupes —Allan la besó en la mejilla, con el pulgar secó una nueva lágrima que resbalaba por ella, intentando consolarla.

—Ve, no puedes hacer esperar al rey —insistió ella, agachando la cabeza para que él no la viera llorar más.

Allan suspiró, sabía que era lo mejor, quedarse posiblemente solo habría

empeorado las cosas entre ellos.

—Te disculparé ante el rey —le dijo en voz baja, separando la mano con la que se había mantenido acariciando su mejilla para alejarse por el camino.

—Allan... —musitó ella, cuando él partía rumbo al palacio—, te felicito. Tenías razón. Siempre la tuviste —Forzó una sonrisa, a pesar de que las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. Juraste que ella regresaría a ti. Y lo hizo.

Allan asintió, sonriendo ligeramente.

—Nos vemos pronto, Raquel.

—Nos vemos... —susurró ella, sin dejar de observarlo mientras Allan se alejaba camino al palacio.

Flérida le sonrió al pasar, mirándolo con cierta preocupación y luego a su hija, quien ya partía lejos del palacio y de la fiesta, con toda la intención de buscar la soledad.

Su madre la observó partir con tristeza, pero no intentó ir a consolarla.

Llevaba ya demasiados años intentándolo, en vano...

Al poco tiempo de haber entrado una vez más en el salón, Zarah se percató de que la fiesta había continuado como si nada sin ella, únicamente su abuelo y su familia se habían dado cuenta de su ausencia, además de Zack, por supuesto, quién no dudó en hacerle conocer su enfado.

—¿Cómo pudiste dejarme solo en la pista de baile? —le reclamó nada más hubo cruzado la puerta, hablando en un siseo bajo y llevándola aparte para hablar con ella antes de que su familia alcanzase a llegar hacia ellos—. No vuelvas a hacerlo, ¿me entendiste? Te lo paso esta vez porque eres nueva en la corte, pero si vuelves a...

Zarah se soltó de su agarre enfadada, y estaba a punto de soltarle una buena reprimenda cuando una voz resonó tras ella.

—¿Algún problema, majestad?

Zarah se volvió extrañada al no reconocer esa voz, y se sorprendió mucho al ver a Tanek, el apuesto hombre que había conocido hacía poco.

—¿Es que todos los híbridos que residen en la isla van a venir a interferir en mi noche? —bramó Zack, pateando el suelo como un niño pequeño.

—¿Tu noche? —repitió Tanek en tono irónico, haciendo brillar sus grandes ojos azules—. Lo siento, pero tenía entendido que estamos festejando en honor a la princesa Zyanya, no de una sabandija oportunista.

—¿Cómo osas insultarme?! Soy un...

—¿Miembro honorífico del Círculo de la Estrella? —Tanek rio con una sonrisa ladeada, mirando a Zack con unos ojos centelleantes—. Pues yo soy un miembro activo, y eso me coloca por encima de ti.

—Tú eres parte del reino Negro, solo un invitado del reino Blanco, aquí no tienes...

—El Círculo de la Estrella está conformado por los cinco reinos, ¿es que eres idiota o sencillamente se te olvidaron tus lecciones de historia? Lo que te convierte en un idiota más grande.

—¡Yo soy un Capadocia de sangre pura, tú un híbrido...!

—Podré ser un robot, un cerdo, hasta un maldito vampiro, y de todas maneras estaría por encima de ti, Zackarías, termina de una vez este estúpido juego del uno más si es que no prefieres que vayamos a arreglar cuentas allá afuera.

Zack apretó los dientes hasta hacerlos rechinar, furioso, pero no dijo nada. Se dio la media vuelta y abandonó el salón, lanzando improperios al pasar.

Zarah se volvió a ver al hombre que se había quedado de pie a su lado, sin saber qué decir o hacer. Pero no necesitó hacerlo, en ese mismo momento llegaron su abuelo y sus padres a hacerle compañía.

—Tanek, has encontrado a nuestra princesa —Ahren estrechó su hombro, girándose hacia Zarah para hacer lo mismo con ella—. Zyanya, hija mía, Tanek es miembro del Círculo de la Estrella por parte del reino Negro, y el

hombre de mayor confianza que tengo. Le he encargado supervisar la misión encargada de protegerte, en sus manos estás totalmente segura, puedes confiar en él ciegamente.

—Pero... Allan...

—Allan es un excelente guerrero, no tengo la menor duda —la interrumpió su abuelo—, pero Tanek lo es más, proviene de una familia con un linaje tan antiguo como La Capadocia, los Ruffian, y sus habilidades superan a las de cualquier otro guerrero. Es en Tanek en quien tengo a mi hombre de confianza, mi mano derecha, sin mencionar que es gran amigo de tu hermano Aidan. Él cuidará bien de ti.

—Gracias...—contestó Zarah, sintiéndose algo extraña por tantos cuidados.

—Sí, muchas gracias —añadió Miranda, al lado de su hija—. Es una tranquilidad saber que nuestra pequeña estará a buen resguardo.

Tanek inclinó levemente la cabeza como respuesta.

—¿La fiesta se extenderá por mucho más? —preguntó Miguel, a quien nadie le quitaba la cara de pocos amigos—. Los pequeños están cansados, Maricarmen y Javier debieron salir con Dany hace dos horas para calmarla, y Manolo prácticamente se ha dormido en la mesa...

—Miguel, cómo se te ocurre decirle eso al señor... —Miranda hizo callar a su marido, dándole un codazo en las costillas.

—Lo siento... yo... estoy cansado. Quería avisarle que nos vamos a dormir, pero nos preocupa Zarah...

—De hecho, es ese el motivo por el que te mandé llamar, hija mía —Ahren se dirigió directamente a Zarah—, debes agradecer a los invitados por su presencia y dar aviso de que te retiras. Es el protocolo a seguir.

—De acuerdo... —contestó Zarah sin mucho ánimo, quien nunca había sido muy afín a hablar en público.

—Vamos, yo te acompañaré —Ahren le tendió el brazo para que ella lo tomara y juntos se encaminaron al estrado.

Zarah notó que Aidan, de mala gana, se acercaba a ellos para situarse al

otro lado de su abuelo, delante de todos los invitados.

—En nombre de mi nieta, la princesa Zyanya de los Blancos, quiero agradecer su presencia en esta fiesta para darle la bienvenida al reino, y dar por terminada la velada —se volvió a mirar a Zarah, quien sentía un nudo enorme en el estómago, impidiéndole hablar.

Entonces lo vio, de pie al final del salón, observándola con esos ojos tan brillantes y hermosos, animándola a su manera para continuar: Allan.

Una sonrisa se esbozó en sus labios, y las palabras fluyeron por sí solas.

—Es un gusto para mí haber compartido esta velada con ustedes. Espero volver a verlos en adelante... Buenas noches —concluyó, y debió hacerlo bien, porque en respuesta le dieron varios aplausos.

Su abuelo posó una mano sobre su hombro, y bajó del estrado, acompañado por cada uno de sus nietos a un costado.

Sus padres se aproximaron una vez más a ella, con sonrisas de alegría en el rostro, dispuestos a felicitarla, pero cuando abrieron la boca fue la voz de Marijó la que se escuchó:

—¿Ya podemos largarnos de este condenado cuento de Cenicienta?!

Miranda, con ojos abiertos como platos, se volvió hacia su hija, quien había llegado sin que la notaran.

—¿Marijó, ¿cómo se te ocurre venir a decir semejante barbaridad?!

Pero Ahren, lejos de molestarse, soltó una carcajada.

—Esta es una jovencita con mucho entusiasmo —opinó, mirándola divertido—. Será mejor que no la hagan enojar. Adelante, pueden retirarse a sus habitaciones.

—Gracias, buenas noches —contestaron sus padres, alejándose de allí con Marijó, prácticamente llevándosela a rastras antes de que volviera a abrir la boca.

Zarah se quedó atrás a propósito, buscando despedirse de su abuelo y su hermano de una manera más cortés que la que había utilizado Marijó.

—Yo... quería agradecerte, abuelo, y a ti también Aidan —añadió, mirando

a su hermano a los ojos. Qué raro era pensar que ese joven desconocido era su hermano...—. Ha sido una velada encantadora, y yo... Bueno, quería darles las gracias a ambos.

—No tienes nada que agradecer —Su abuelo la tomó por los hombros y la atrajo para darle un cariñoso abrazo—. Es un placer y una alegría enorme para mí que hayas vuelto a nosotros, Zyanya.

—Sí... También para mí —masculló Aidan de mala gana cuando su abuelo se volvió y le dirigió una mirada que no necesitaba palabras.

—Ahora, si me disculpan —habló ella, después de que su abuelo la soltara, usando el tono más formal que consiguió—, me retiro. Buenas noches.

—Descansa hija, sueña con los angelitos.

—Y duerme bien, mañana te espera un largo día —añadió Aidan en un tono mordaz que a Zarah no le pasó por alto.

De todos modos, sonrió, esa noche había sido demasiado especial como para dejarla pasar, y se dirigió a la salida, donde su familia la esperaba. La gente le abrió paso a su alrededor mientras ella caminaba, haciéndola sentir como una verdadera princesa de cuento.

De pronto, el tacto cálido de una mano que nunca podría dejar de reconocer se hizo notar cercana a la suya, sus dedos entrelazados entre los de ella, pero al volverse, no vio a nadie. Percibió algo en la palma de la mano y al levantarla, se percató de que se trataba de una hermosa flor azul, la misma que Allan le había dado en la fiesta de Maricarmen, y una automática sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Todo bien? —le preguntó Miranda cuando hubo llegado a su lado.

—Perfecto —Zarah sonrió, sintiendo que caminaba entre nubes—. Todo es perfecto...

—¿Qué es lo que te preocupa, Zarah? —le preguntó María cuando hubieron llegado al rellano del pasillo que dividía las habitaciones.

Sus padres y los muchachos se habían ido ya a dormir, llevándose a Dany con ellos.

—Estoy preocupada.

—¿Por mañana? —adivinó Maricarmen.

Zarah asintió con la cabeza, sintiendo que las lágrimas se le amontonaban en los ojos.

—Mañana es su último día aquí, y tendremos que decidir si me quedo o me voy...

—Quizá debas quedarte —dijo Marijó, sorprendiendo a todas las demás—. ¿Qué? ¡Es cierto! No es tan malo este lugar, y han dejado claro que estarás bien. Tal vez es hora de dejar los miedos atrás y tomar tu lugar en la vida, Zarah —argumentó Marijó, tan seria que dejó boquiabiertas a sus dos hermanas y amigas.

—Pero no debes hacer algo que no desees —dijo al fin Maricarmen, a quien por primera vez parecía costarle trabajo expresar lo que en realidad pensaba—. Ellos sabrán arreglárselas sin ti, no te sientas presionada por eso... —Guardó silencio cuando vio pasar una mucama cerca de allí—. Vamos a hablar a tu habitación Zarah, no quiero que nos escuchen las paredes.

—¿Las paredes escuchan? —preguntó Susana, haciendo reír a Zarah por su comentario.

Las cinco entraron a la habitación de Zarah y cerraron con seguro la puerta.

—Como te decía —tomó la palabra Maricarmen—, debes decidir lo que tú quieras, no lo que te ordenen.

—Me encanta esta habitación —musitó Susana, mirando encantada en derredor.

—¿Verdad que sí? —Marijó la llevó hasta el clóset—. Tienes que ver todos los vestidos que le dejaron a Zarah...

—¡Oigan, estamos hablando de algo serio aquí! —les gritó María, poniendo las manos en jarra.

—Lo siento, sigan hablando —les dijo Marijó, sin dejar de esculcar entre los vestidos nuevos de Zarah—. Decías que Zarah debe decidir por sí sola... ¡Mira este, Susy! —exclamó, sacando un hermoso vestido verde.

Zarah volvió la mirada para verlo también, y se sorprendió de la exorbitante belleza de la prenda, así como del resto del guardarropa; vestidos mezcla del pasado y el presente, decorados con finos bordados de vivos colores hechos a mano. Susana no cabía en sí de gusto mientras tomaba tres al mismo tiempo y corría al espejo para probárselos por encima de la ropa.

—Creo que estas dos tomaron demasiado vino —murmuró María, molesta—. Vámonos a dormir, ya mañana hablaremos.

—Es cierto, es tarde y seguramente nos harán levantarnos temprano —convino Maricarmen.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Zarah.

—¿Qué no has leído los libros de cuentos? Las princesas siempre madrugan —le guiñó un ojo antes de darle un beso de buenas noches en la mejilla—. Hasta mañana, Zarah. Duerme bien, y no pienses demasiado, hace daño.

—No te preocupes, todo saldrá bien... —la animó María—. De nada sirve que te acongojes ahora. Disfruta este momento, descansa como se debe y toma lo que tenga que venir con calma. Piensa que si es tu destino, de todas formas lo vas a tener que vivir, y de nada sirve estar preocupada y afligida. Solo te amargarás el instante presente, que podría ser totalmente agradable. Aceptar tu destino va a ayudarte a trascender al momento que viene.

—Tienes razón —Zarah sonrió, sintiéndose bastante más animada—. Deberías considerar ser motivadora juvenil en lugar de cirujana.

—Sí, claro, no quiero morir de hambre, gracias —bufó, y la sonrisa de Zarah se borró de su rostro. A María siempre le había preocupado el dinero, tras la muerte de su padre, su familia había quedado en la ruina... Quizá ahora que ella era princesa podría ayudarle un poco...

—Buenas noches, Zarah, me llevo estos dos para que me los prestes —le dijo Marijó, saliendo a la carrera de la habitación con dos vestidos negros.

—Y yo estos dos —la siguió Susana con un par de vestidos azul y rosado—. ¡Hasta mañana!

—Hasta mañana...

Zarah se apoyó de espaldas contra la puerta y suspiró. Sabía que Maricarmen debía estar en lo cierto y probablemente tendría que madrugar por la mañana, pero no sentía nada de sueño.

Salió a la terraza y aspiró el aroma del mar nocturno. La noche era preciosa, y nadie se veía cerca, solo se escuchan las olas del océano rompiendo contra la arena. Convencida de que no hacía nada malo si salía a dar un paseo, caminó por los alrededores, observando las estrellas en el firmamento. Todo se encontraba tan calmado y pacífico que alcanzaba a escuchar con toda claridad las olas rompiendo contra la playa. Una calma que en cierto modo le resultaba irónica en contraste con el volcán que sentía bullir por dentro. Los nervios la agobiaban, pero ante todo, la duda, la incertidumbre, el miedo a lo desconocido, a lo que pasaría en un futuro y debería hacer.

Su tiempo se agotaba, pronto tendría que tomar la decisión...

—¡Zarah!

Zarah se giró al escuchar esa voz que ya conocía tan bien.

—Allan... —se quedó sin palabras al verlo surgir del océano—, ¿qué estás haciendo aquí?

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —preguntó él, acercándose a ella—. ¿No se supone que deberías estar en la cama?

Zarah frunció el ceño.

—No soy un bebé, Allan.

—Lo sé, pero sabes que debes estar siempre vigilada, no puedes salir sola.

—Dijiste que este lugar era seguro.

—Lo es, pero nunca se sabe... Ven conmigo, te llevaré de regreso a tu habitación.

Zarah suspiró y tomó su mano, no tenía ganas de discutir, y menos con él. Ambos caminaron de regreso hasta llegar a la terraza, Allan se detuvo al pie de las escaleras y esperó a que ella subiera hasta su habitación.

—Descansa Zarah, después de dormir te sentirás mejor.

Zarah se giró sobresaltada, ¿cómo es que él sabía que estaba nerviosa? Pero cuando lo buscó, él ya no se encontraba en su lugar ni en ningún sitio a la redonda.

Molesta por encontrarse en una situación donde todo el mundo parecía tener decisión sobre su vida, excepto ella, se sentó en uno de los sofás a esperar, no tenía idea de qué, pero no iba a irse a la cama como todos querían... Al menos no por ahora.

Allan aguardó desde un lugar apartado a que Zarah volviera adentro. Pudo ver que no se iba a la cama, lejos de molestarlo por ello, le causó risa su actitud, es algo que Mady habría hecho. Muy tierna y de corazón noble, nunca permitió que nadie la mangoneara...

—Allan.

Allan se giró al escuchar el llamado. Era su padre, lo llamaba desde la lejanía, probablemente todavía desde el salón de la fiesta, conocía sus habilidades de Kinam y el poderoso oído que tenía y que solo necesitaba llamarlo como si se encontrara a su lado para que él acudiera de donde estuviera a varios kilómetros a la redonda.

Y una vez más, debió obedecer.

Se encaminó de regreso al salón del trono, donde suponía su padre debía de

encontrarse con el rey Ahren, Tanek y Ruperto, pero al llegar, lo vio solo.

Preocupado porque algo malo hubiese ocurrido en su ausencia, se aproximó a él a paso rápido, tanto que por poco no logra esquivar el golpe que le propinó su padre.

—¿Es para esto para lo que me llamabas? —le preguntó Allan, indignado, sosteniendo el brazo de su padre frente a su rostro, sin que pudiera tocarle.

—¡Te ordené mantenerte alejado de ella, Allan! —le gritó, forcejeando en vano para soltarse. La fuerza de su hijo era superior a él hacía muchos, muchos años.

—Soy protector, padre. No me alejaré de ella.

—El rey ha nombrado a Tanek como su principal protector, tú hazte a un lado.

Allan soltó su brazo en un gesto rápido y despectivo.

—No lo haré.

—¡Es una orden, Allan! Soy tu superior, y puedo...

—¡He dicho que no lo haré!

—¿Qué es lo que pretendes? —gruñó Aníbal, aproximándose a él—. ¡Ella es una princesa, Allan! ¡Y una niña! Tienes mil años, ella solo dieciséis...

—No me importa.

—¡Allan, ella es la princesa, no puedes tener nada con ella!

—¿Crees que no lo sé? —espetó, alejándose de él—. ¿Es todo para lo que me has llamado? Porque tengo una misión que cumplir, y me haces perder el tiempo, padre.

—Te mantendré alejado de ella, Allan, ¡te guste o no te mantendré alejado de ella por tu propio bien!

Pero Allan ya no lo escuchaba.

Furioso, se había alejado a la carrera de regreso a la habitación de Zarah, aunque las palabras de su padre seguían retumbando en su mente... Sabía que tenía razón. Si Ahren llegaba a enterarse de sus sentimientos, lo echaría de la misión, o peor...

Sabía que lo único que intentaba hacer su padre era protegerlo, pero no podía hacerle caso.

¡Era Mady, por todos los cielos! ¡Mady! ¡*Su* Mady...!

La había esperado por más de mil años para tenerla una vez más de regreso, y ahora no podía estar con ella...

Pero tenerla, aunque jamás pudiera tenerla, era mejor que nada.

Verla vivir, verla sonreír, verla... ¡Dios, solo verla era más para él que los mil años de espera!

No podía apartarse, no ahora, no después de haberla esperado tanto tiempo...

Pero debía ir con cuidado. Si el rey se enteraba lo alejaría de ella, y sabía que ir contra un rey sería mucho más difícil que desobedecer a su padre, y las consecuencias, peores...

No, tendría que medir sus pasos, cuidarse la espalda y no confiarse.

La vida de Mady estaba en peligro, y esta vez no le fallaría...

Debía quedarse a su lado con tal de protegerla. Le importaba un demonio lo que los demás pensaran, incluso sus sentimientos, si no podía amarla abiertamente y de manera libre, bien, que se fueran todos al cuerno, la amaría en secreto y solo para él, pero se quedaría a su lado y la protegería, ¡daría su vida mil veces con tal de mantenerla a salvo!

¡No iba a perder a Madeleine de nuevo!

¡Antes muerto que volver a perderla!

Transcurrió cerca de una hora antes de que decidiera irse a acostar. Aunque se sentía todavía bastante mal.

Se metió bajo las cobijas, observando por la ventana las ramas de los árboles en un intento de quedarse dormida, tratando de irse con su suave vaivén de todos sus problemas, alejarse de la realidad, de esa realidad tan

dura que comenzaba a cernirse sobre ella...

Pero era inútil. Se sentía desolada, no había otra palabra para ello, y sabiendo que nadie había cerca que pudiera verla u oírla, se soltó a llorar.

Afuera, el mismo búho que había vigilado su sueño noche tras noche, se quedó observándola hasta que se quedó dormida, agotada de tanto llorar.

A la mañana siguiente, Zarah se despertó temprano, no por gusto, sino porque no había logrado pegar un ojo en toda la noche.

Después de que se hubo duchado y vestido, salió a tomar aire en la terraza, necesitaba sentir el aroma salado acompañado con el sonido de las olas, pero más que nada, necesitaba ver a Allan. Tal vez, si corría con suerte, lo encontraría allí una vez más...

Escuchó que alguien llamaba a la puerta, y sus esperanzas se desvanecieron.

—Adelante —dijo sin mucho ánimo, encaminándose a la puerta de entrada.

—Buenos días, Zarah—Miranda apareció por la puerta, acompañada por Maricarmen y Marijó—. ¿Dormiste bien, hermosa?

—Sí, muy bien mamá, gracias —Se acercó para besarla en la mejilla justo en el momento en el que Manolo empujaba a su padre para pasar dentro del cuarto, y por poco Miranda termina de bruces contra el suelo, y llevándose a Zarah de corbata.

—¡Manolo, te he dicho que no corras por los pasillos! —lo reprendió su madre, saliendo a la carrera tras él.

—Vaya, tu habitación es preciosa... —Marijó miró en derredor embelesada—. Yo pensaba que la que me habían dado era linda, pero comparada con esta, es un cuchitril.

—¿Qué estás diciendo? La viste anoche, ¿no te acuerdas? —Zarah estuvo a punto de soltar una carcajada ante la cara de sorpresa que puso su hermana.

—Te lo dije, el vino —intervino María, y palmeando a Marijón en el hombro, añadió—. La próxima vez no bebas tanto, aún eres muy niña.

—¡No lo soy!

—Lo eres, y no digas lo contrario, tienes suerte de no haber terminado vomitando toda la noche en el baño como Susana. Además, no seas mal agradecida, Marijón —la reprendió Maricarmen—, sabes que si Zarah es la princesa, es obvio que le darán la habitación más bonita... ¡Por todos los Cielos, ¿esas son trufas?! —Maricarmen se quedó a mitad de la reprimenda para correr hasta la mesita donde se encontraba una charola repleta de dulces que habían dejado para Zarah la noche anterior.

Zarah se rio y al girarse una vez más hacia la puerta, alcanzó ver un atisbo de la silueta de Aidan antes de desaparecer por otro pasillo.

—¿Sucede algo? —le preguntó su padre, quien venía llegando en ese momento con Dany de la mano.

—No, no... —Zarah volvió a mirar, pero ni rastro de su hermano—. Estaba esperándolos, ¿dónde está Javier?

—Ya conoces a tu hermano, se transforma un cavernícola famélico a la hora del desayuno. Marchó decidido a la cocina a buscar algo que comer, y tus amiga Susana lo acompañó. Aunque me temo que por la cara verde que traía, no comerá mucho —se encogió de hombros—, supongo que algo debió sentarle mal de la cena de anoche.

Zarah rio para sus adentros, sabiendo qué era lo que en realidad le había sentado mal a su amiga.

—¡Miren la playa! —anunció Manolo, saliendo a la carrera por la terraza.

—¡Manolo, ven aquí!—gritó Miranda.

—Mamá, ¿podemos dar un paseo por la playa? —preguntó Marijón, ayudando a Maricarmen a terminarse los chocolates.

—Vamos a ir a desayunar —contestó Miguel por ella.

—No tenemos hambre —contestó Marijó, zampándose otros dos chocolates a la vez.

—¿No tienen hambre? —Miranda las miró con el ceño fruncido—. Dejen de comer dulces ahora mismo, o no desayunarán nada...

—Buenos días.

El repentino saludo los hizo callar a todos a la vez. Noelia, de pie en el umbral de la puerta, los saludaba con una alegre sonrisa. Esa mañana lucía muy bella, ataviada con un hermoso vestido violeta que hacía resaltar la luz de sus ojos oscuros. Aunque fue poca la atención que le prestó Zarah, sus ojos se fijaron en automático sobre la figura de pie a su lado: Allan.

—Esperamos no haber demorado —dijo él, también viéndola solo a ella, adelantándose en la habitación llevando entre las manos una enorme charola repleta de comida.

—Les hemos traído el desayuno aquí, supusimos que les gustaría disfrutar de la vista de la terraza en compañía de Zarah —comentó Noelia, haciéndose a un lado para que Allan pudiera pasar con la charola en las manos.

Tras él, su hermano menor entró llevando otra charola un poco más pequeña. Saludó a todos con un tímido hola y se limitó a dejar la bandeja sobre la mesa antes de salir por la puerta a la carrera.

—Tendrán que disculpar a mi otro hijo, es un poco tímido —les dijo Noelia.

—No importa, con tal de que haya traído algo bueno para comer, le disculpamos lo que sea —comentó Marijó al aire, levantando una de las tapas de los platos para ver qué tenía dentro.

—Marijó, no seas grosera —la reprendió Miguel.

Pero Marijó no dejó de sonreír, saboreando el aroma de la comida, que lucía deliciosa.

—Cuando Javier vea lo bueno que se ve esto, se va a dar de topes contra la pared por no haber esperado —rio Maricarmen, sirviéndose un poco en un plato.

—Marijó no te termines todo, yo también quiero de eso —pidió María, apurándose en tomar un plato para servirse también.

—Niñas, por favor, muestren un poco de modales —les pidió Miranda, apenada con los recién llegados.

—Por favor, coman —les dijo Noelia, haciendo un gesto despreocupado con la mano y ayudando a los otros a acomodarse alrededor de la mesa.

—Ustedes nos acompañarán, por supuesto —comentó Miranda, aceptando el plato que la mujer le tendía.

—Oh, no. Nosotros solo....

—No aceptaremos una negativa —Miguel movió una silla y ayudó a la mujer a tomar asiento en ella—. Por favor, acompáñenos, es lo menos que podemos ofrecerles por haber traído tan magnífica comida.

Noelia sonrió encantada y miró a su hijo, quien se había quedado aparte, observando todo con una sonrisa ligera en los labios.

—¿Qué hay de ti? —le preguntó Zarah—. ¿No vas a desayunar?

—Lo siento, mi padre me ha ordenado acudir con él en cuanto hubiera terminado aquí. Asuntos de trabajo... —se encogió de hombros.

—Se me olvida lo viejo que eres... Quiero decir, lo maduro que eres —se corrigió Miranda—. No es que te haya dicho inmaduro, lo que pasa...

—Está bien, no se preocupe —Allan sonrió sinceramente—. Por favor, disfruten de la comida y del día. Les dejo en las mejores manos —Miró a su madre.

—Tan lindo, mi hijo —Noelia se pavoneó, contenta—. Ve con tu padre, querido, y salúdalo de mi parte.

—Hasta pronto— Allan se despidió antes de darle a su madre la oportunidad de decir algo más.

Sus ojos y los de Allan se cruzaron, y aunque él le mantuvo la mirada por un segundo, al siguiente la desvió y se marchó, sin decir ni hacer nada.

Zarah se quedó mirando la puerta vacía con extrañeza, por lo general él le dedicaba una sonrisa, inclusive comenzaba a entender las expresiones que él

le transmitía con su sola mirada. Pero esta vez no hubo nada...

—Zarah, tienes que probar estos huevos, están deliciosos —le dijo Miranda, sin notar el desconcierto de su hija, sirviendo una buena porción de todo en su plato.

Zarah lo tomó con un fugaz «gracias», mirando la comida sin mucho ánimo.

Había perdido por completo el apetito.

Después de desayunar, y de que Javier, acompañado por Susana, llegaran a terminar con lo que quedaba del desayuno, decidieron dar un paseo por los alrededores del palacio y por la playa, como deseaban tanto Manolo y Marijó, y por la sonrisa inquieta que Dany mantenía, también ella.

El rey, su abuelo, los había citado esa tarde para cenar con él, y discutir los últimos temas pendientes que tuvieran. Algo que puso a Zarah bastante nerviosa.

Si tan solo Allan hubiese estado allí para confortarla, como solía hacerlo...

Primero dieron un paseo por el palacio. Este resultó ser más grande de lo que se habían imaginado, con cientos de habitaciones, salones para diferentes usos y pasillos, todos ricamente adornados y dorados, recubiertos o hechos completamente de oro.

Miranda parecía a punto de explotar de alegría y se detenía cada dos pasos para observar detalladamente los hermosos platillos de oro y plata labrados, las esculturas de obsidiana verde y las puntas de flecha finamente afiladas, por solo mencionar algunas de las exquisitas obras de arte que decoraban el palacio, datadas en cientos de años antes de Cristo.

Después de ver cada rincón, salieron a recorrer los alrededores del palacio, mientras sus padres y Noelia continuaban hablando, Zarah observaba con poca alegría a sus amigos y hermanos divertirse, mientras caminaban por la arena.

Es cierto que era un lugar maravilloso, el agua de color azul turquesa, era tan transparente como la de una alberca, por excepción de las suaves olas que

enmarcaban la arena blanca, colmadas de conchitas de colores que los niños iban recogiendo en el camino.

Por alguna extraña razón, Zarah se sentía observada, pero por más que enfocaba la vista alrededor de la playa y la selva que rodeaba al palacio, no pudo ver a nadie. De pronto Zarah creyó percibir algo entre unas palmeras que rodeaban un muelle cercano, y alcanzó a divisar, para su sorpresa, el rostro de Aidan justo en el momento en el que se volvía a esconder entre la vegetación.

—¿Me está espiando...?

—¿Dijiste algo, linda? —Noelia le preguntó cuando Zarah murmuró para sí sin darse cuenta.

—No, nada...— Zarah volvió a fijar la vista en ese lugar completamente desierto, ¿habría imaginado ver a su hermano allí?

—Tengo hambre, mamá —Manolo llegó chorreando agua y llevando las manos repletas de conchitas.

—Excelente, el almuerzo ya debe estar dispuesto —dijo Noelia—. Regresemos al palacio.

—¡Qué bien, muero de hambre! —exclamó Marijó emocionada, saliendo del agua acompañada por Maricarmen.

—¡Pero si acabas de comer, Marijó! ¡Te vas a poner más gorda que una vaca...! ¡Ya basta, Javier! —Maricarmen no pudo decir nada más cuando Javier comenzó a hacerle cosquillas como reproche a su comentario.

—No quiero anoréxicas en mi familia —les dijo Javier—, prefiero hermanas saludables a delgadas. Una chica debe comer bien.

—¿Y qué hay de las bulímicas? —preguntó Marijó en son de burla—. Dijiste que no querías anoréxicas, no mencionaste a las bulímicas.

—Si vas a tirar la comida, mejor regálala a quien le hace falta —le contestó su hermano.

—Eso me convertiría en anoréxica.

—Exactamente, y las anoréxicas están prohibidas en mi familia.

Marijó soltó una risita, derrotada, y abrazó a su hermano.

Zarah los observó a todos juntos reír de manera bastante melancólica; eran tan distintos: Marijó, con su traje de baño negro con una calaca de adorno; Maricarmen con ese bikini de lunares fucsia que la hacía lucir como una modelo de revista, y Javier, tan simpático y carismático como esos chicos de los programas juveniles de la televisión.

Sus hermanos.

Y los extrañaría tanto cuando se marchasen...

—¿En qué piensas? —le preguntó María, quien había llegado en compañía de Susana sin que la notara.

—Mira las flores que hemos recolectado, nunca vi en mi vida unas más bellas —dijo Susana, colocando un hermoso y enorme ramo de flores de colores frente a ellas.

—Son muy lindas, Susy, pero Zarah iba a decirnos algo en este momento —le dijo María, bajando las flores para poder ver a Zarah.

—No es nada —Zarah se encogió de hombros—. Solo pensaba... Ya saben, cuando todos ustedes se vayan y yo tenga que quedarme aquí. Pensaba que voy a extrañarlos mucho.

—¡Ay, y nosotras a ti, amiga! —Susana la abrazó por el cuello—. No habrá día que no pensemos en ti.

—Vamos, Zarah, ya luego tendrás mucho tiempo para pensar qué hacer. Por ahora relájate y disfruta, ¿de acuerdo? Piensa que son unas vacaciones —la reconfortó María, uniéndose al abrazo.

Zarah las miró con una sonrisa y asintió.

Era cierto, lo mejor sería no pensar en su partida todavía. No quería angustiarse antes de lo necesario.

—Tienen razón. Creo que me estoy perdiendo lo divertido por ser tan preocupona —Zarah las miró a ambas a la vez—. Será mejor que disfrutemos del momento. Ya habrá tiempo para llorar más tarde.

—Siempre hay tiempo para llorar más tarde, el tiempo para divertirse es el

que falta, así que Zarah, ¡vamos al agua! —La tomaron entre amabas de las manos y la llevaron a la fuerza al mar.

Zarah rio a carcajada viva, más cuando sus hermanos se unieron a ellos, y observados por sus padres y Noelia, disfrutaron como nunca de ese día maravilloso en el mar, unas vacaciones inesperadas, que, como tantas cosas en la vida, terminan siendo los mejores momentos.

A lo lejos, alguien los observaba oculto entre la maleza. Alguien que no deseaba ser descubierto, pero, que con todo su corazón, aunque no pudiera demostrarlo, deseaba estar allí también...

—¿Qué estás haciendo, Aidan?

El joven se sobresaltó al escuchar esa voz y se giró, bastante nervioso para encarar a Tanek.

—Nada...

Tanek sonrió y lo abrazó por los hombros.

—Si deseas ir a divertirte con tu hermana, solo hazlo. Dudo mucho que ella se moleste.

—No es eso.. —suspiró, agachando la mirada.

Tanek escrutó su rostro con paciencia. A lo lejos se escuchó la risa de las chicas, Maricarmen salía del agua, huyendo de Javier que intentaba mojarla con unas algas que había encontrado.

Los ojos de Aidan la siguieron de cerca, sin perder detalle de ella...

Y Tanek sonrió, al saber por fin lo que le sucedía al muchacho.

—¿Sabes? He escuchado que a las chicas les gustan los detalles, ¿no has pensado en regalarle algo especial?

—¿Qué...? —Aidan lo miró con esos grandes ojos azules—. ¿Yo...? ¿De qué hablas?

—No me engañas, y yo puedo ayudarte, Aidan. Sé algo de mujeres —se encogió de hombros—. Vamos, ven conmigo. Tenemos mucho de qué hablar.

Aidan echó una última mirada hacia atrás antes de alejarse con Tanek en

dirección al palacio.

Al hacerlo, pasaron junto a Allan, quien también observaba la escena en la playa, solo que sus ojos estaban fijos en Zarah.

—Te dejo al mando, Allan —Tanek posó una mano sobre su hombro al pasar—. Avísame si hay cualquier cambio.

—Por supuesto —contestó él, sin desviar la vista de la playa.

—Tienes más suerte que un trébol de cuatro hojas —espetó Raquel, llegando a su lado en ese momento—. Tu padre ha intentado mantenerte alejado de ella todo el día, y cuando confía que Tanek va a relevar su lugar en la tarea, se marcha con el niño.

Allan exhaló aire, fastidiado, mas no contestó.

—¿No vas a preguntarme cómo me enteré de tu padre?

—No hace falta. Como tampoco hace falta preguntar cómo es que él se enteró.

Raquel arqueó las cejas, ofendida.

—¡Yo no le dije, si es lo que insinúas!

—Claro.

—¡Es en serio, Allan! Soy tu amiga, no te traicionaría... Aunque por mantenerte alejado de ella, bien podría pensar hacerlo —gruñó al notar que Allan no apartaba los ojos de Zarah.

—No es de tu incumbencia, Raquel.

—¡Claro que lo es! Y me molesta que no te des cuenta del peligro que corres, ¡solo por salvarte el cuello me uniría a tu padre en su plan de mantenerte siempre vigilado para que no te le acerques! Si el rey Ahren se entera de lo que sientes por ella, ¡te va a castrar, Allan!

Allan soltó una carcajada, incapaz de seguir serio ante la broma de su amiga.

—No exageres, a lo más me colgará de mis partes más nobles.

Raquel también soltó una risita.

—Ya Allan, hablemos en serio —le pidió, volviendo a adoptar un tono

grave—. Sabes que es peligroso que intentes acercarte a ella de un modo... distinto.

—Lo sé —sonrió, cruzándose de brazos—. ¿No es la vida un juego de lo más cruel e irónico? A Madeleine no la podía amar, porque era de una familia de linaje importante, una Ruffian. Y ahora, mil años después, cuando he alcanzado la categoría como para poder desposar a una Ruffian, reencarna nada menos que en una princesa, la criatura más inalcanzable de la tierra.

—Si lo pones así, sí, es bastante irónico —sonrió ella, palmeándolo en el hombro—. Te habría ido mejor si hubiera resultado ser una simple homo, ¿no? Ahora entiendo por qué no le querías decir nada a nadie —bromeó, provocando que Allan riera también.

—Lo hecho, hecho está. Ahora solo nos queda vivir separados, supongo —dijo Allan tras un momento, hablando con amargura.

—Por favor, te conozco Allan. Nunca has permitido que un reto te aparte de lo que desees. Conseguiste a Mady, ¿por qué no ibas a conseguirla a ella?

—Sí, y mira cómo terminó Madeleine —espetó, agachando la mirada.

—Lo que pasó una vez, no tiene que repetirse...

Allan se giró hacia ella, mirándola con el ceño fruncido.

—¿Y a todo esto, por qué tanto interés? Creía que no estabas de acuerdo con que estuviera enamorado de ella.

—No lo estoy, por supuesto. Pero tampoco me gusta verte como un viejo amargado —se encogió de hombros—. Si no supiera la razón de tanta amargura, juraría que ya tienes achaques de viejo.

—Tenemos la misma edad, si me dices viejo, tú también lo eres —bromeó Allan.

—Sí, pero yo sigo tan fresca como una flor, mientras tú te marchitas en tu amargura —le contestó la broma, acercándose para darle un beso en la mejilla—. Y cuanto antes te marchites, mejor para mí. Quizá entonces decidas desistir de esa muchachita, y prestes atención a las mujeres que valemos la pena. O mejor dicho, a la mujer que vale la pena, es decir, yo.

—Eso había supuesto. Aunque me temo que te quedarás esperando en vano, me gusta mi muchachita, y no la cambio por nada, ni nadie.

—Eso dices ahora, pero ya veremos cuando ella te cambie a ti. Solo es una niña, Allan, y las niñas cambian sus sentimientos tan rápido como el viento. Hoy te quiere, mañana ya no, y yo estaré aquí, esperándote —concluyó Raquel, alejándose por la playa.

Allan suspiró, fijando la vista sobre Zarah, sin poder evitar que el temor que había sembrado Raquel comenzara a crecer en su corazón...

Después de almorzar, pasearon por las inmediaciones de la ciudad, construida de manera ecológica de forma que no alterara el crecimiento natural de la selva, y para sorpresa de todos, miles de años atrás.

Las casas eran una mezcla de arquitectura futurista y del pasado; casas bajo tierra o sobre estacas, similares a las casas que cualquier niño habría soñado tener sobre un árbol, tan hermosas y cómodas como palacios en miniatura.

La plaza central y los puestos de comercio se encontraban ubicados en derredor de la pirámide, el eje central de la ciudad.

Miranda no podía dejar de admirar la belleza de cada rincón, una ciudad milenaria en vida, el sueño de cualquier antropólogo amante de las culturas pasadas, como ella.

Zarah consideró que aquel lugar no se diferenciaba tanto de las ciudades humanas conocidas por ella, solo por excepción de algunos detalles, unos en extremo futuristas, otros antiquísimas reliquias, como las estatuas ornamentales de las plazas y parques, cuya edad parecía ser la misma que la de los dinosaurios, lo cual provocaba un contraste casi hilarante al lado de las podadoras que cortaban el césped automáticamente a su alrededor, aunque comenzaba a dudar si era por arte de magia o por un sistema de buena ingeniería mecánica.

Compraron diversos artículos, Miranda la mayoría de ellos, estatuas hechas de distintos materiales, mapas, figuras ornamentales, jarrones con pinturas grabadas, entre otros. Maricarmen y Marijó se dedicaron a escoger algunos pendientes y collares entre la enorme variedad de joyería, que además de

hermosa, resultaba ser sumamente original. Incluso Dany escogió una diadema de metal grabado que iba cruzada en la frente con una hermosa piedra azul en el centro. En el momento en el que Miguel preguntó el precio, no sin hacer una honda inspiración suponiendo cuánto costaría una joya como ésa, el vendedor se negó a cobrarle un centavo.

—Es la hermana de la princesa —le dijo el hombre.

—También nosotras, y a nosotras sí nos cobró —replicó Marijón antes de que Maricarmen pudiera darle un codazo en las costillas para que callara.

—Es un Alma Pura —se explicó el hombre—. Es mi deber como Capadocia protegerla, y honrar a la familia que la custodia. Me niego a cobrarle un centavo, y si la he ofendido cobrándole a usted, señorita...—se dirigió a Marijón, pero Miranda saltó antes de que pudiera terminar la frase.

—Por supuesto que no lo ha hecho, es nuestro deber pagar por las cosas que compren nuestros hijos, incluida el Alma Pura, ¡digo Daniela!

—Por favor, es un honor para mí el haber fabricado algo que al Alma Pura le pareciera hermoso. Ni todo el dinero del mundo podría pagar la felicidad que siento por serle agradable a ella.

—Vaya... yo... no lo sabía... —Miranda se quedó sin palabras para pasmo y asombro de todos.

—Se lo agradezco, Alfredo —Noelia estrechó la mano del comerciante de joyería—. Ahora debemos irnos, pronto atardecerá y la cena ha sido programada para el crepúsculo.

—¿Es que no usan horas aquí? —preguntó Zarah.

—Oh, claro que sí, estamos conectados con el mundo homo, es solo que son tan inexactas... —Noelia negó lentamente con la cabeza.

—¿Y la hora a la que se vaya a poner el sol no lo es? —replicó Maricarmen—. Cambia cada día.

—Exactamente —contestó Noelia, desconcertándola todavía más—. Si acostumbras a cenar al crepúsculo, todos los días verás una hermosa puesta de sol desde tu mesa. Si lo haces a las siete, algunos días del año verás al sol

ponerse, otros será de día, otros de noche. Siempre variará.

—Me gusta ese método —sonrió Zarah—, me parece mejor.

—A mí también, ¿no podríamos adoptarlo en casa, mamá? —preguntó Marijó—, ya sabes, despertarnos siempre cuando el sol esté en el punto más alto en el cielo —rio pícaramente.

—Sigue hablando, y te despertaré todos los días cuando Venus esté en su punto más alto. Ahora vámonos, si la cena es dentro de tan poco tiempo, no alcanzaremos a cambiarnos de ropa, ¿dónde está Javier?

—¡Ahí, viene! Con Susana, María y Manolo —sonrió Zarah, notando a su amiga pegada a los talones de su hermano mayor.

—¡Mira mamá! —Manolo corrió hasta ella llevando un arco y una flecha—. ¡Es real, funciona y todo, me lo ha demostrado el hombre que los hace! Dijo que si quiero puedo cazar un jabalí con esto.

—Qué... bonito... —Miranda debió armarse de todas sus fuerzas para evitar hacer una mueca de repulsión. Odiaba la sangre y el solo hablar de animales muertos prácticamente la hacía vomitar. Por eso era vegetariana, al menos la mayoría del tiempo. Miranda tenía el corazón tan blando que si la invitaban a comer y había algún tipo de carne de platillo, nunca podía decir que no por temor de ofender al anfitrión y al cocinero. Era como un niño comiendo brócoli, se aguantaba las náuseas, pero intentaba servirse la menor cantidad posible, y evitar comerlo si existía la oportunidad.

—¡Está genial! —Marijó prácticamente se lo arrebató de las manos para verlo de cerca—. Dime, ¿tenía más? Yo también quiero uno.

—¿No preferirías una navaja como ésta? —Javier extrajo de un estuche un espléndido cuchillo estilo militar, sin notar la mirada anonadada que Susana le dedicaba, probablemente imaginándolo como una especie de Rambo de ojos azules.

—¡Javier, guarda esa cosa inmediatamente! —bramó Miranda—. Esa es un arma letal.

—Es cierto —Miguel tomó la navaja para tranquilidad de su esposa—. No

vaya a oxidarse, mira el filo, es perfecto, y la hoja parece de una aleación de...

—¡Miguel! —Miranda ahora le dedicó a él la mirada furiosa—. Se suponía que pondrías orden, no que lo animaras a tener esa cosa.

—Pero mi amor, si es... Está bien —Miguel devolvió la navaja igual que un niño regañado—. Javier, mantén esto lejos del alcance de tus hermanos, por favor. Es más, yo creo que lo mejor será que yo te lo guarde... ¡Auch!

Javier soltó una carcajada al ver a Miranda propinarle un coscorrón a su padre igual que si fuera otro hijo.

—Ahora compórtense todos ustedes, recuerden que no estamos en casa y queremos... queremos...

—¿No parecer una familia de locos?

—¡Marijó!

—¿Qué? Yo solo quería ayudarte a completar la frase.

—¿Por qué no mejor nos vamos ya...? —intervino Zarah—. Se hace tarde, y la cena con mi abuelo no tardará en comenzar.

—Tranquilos, todas las familias tienen algo de locos —les dijo Noelia, intentando tranquilizarlos—. Después de todo, es lo que le da sazón a la vida.

Miranda sonrió, al igual que su marido, y tomados de las manos, como solían caminar siempre que estaban juntos, igual que una pareja de jóvenes enamorados, regresaron al palacio, seguidos por el tropel de hijos y amigos que los acompañaban.

Aunque, como Zarah pudo notar mientras iban acercándose al palacio, la sonrisa en el rostro de todos iba desvaneciéndose, al igual que en el de ella, al mismo tiempo que la cena con su abuelo se aproximaba y la verdad sería finalmente completamente revelada...

El mismo ritual que la vez anterior se llevó a cabo, solo que en esta ocasión

Zarah no supo si lo hicieron más rápido o se encontraba tan nerviosa que antes de darse cuenta ya se encontraba sentada en la enorme mesa engalanada del comedor principal, rodeada por su familia y amigos de un lado, y su abuelo y hermano del otro, además de los otros compañeros habituales.

En cuanto el rey hubo tomado asiento en el lugar principal, Ruperto hizo una seña a los camareros que aguardaban pacientemente en una esquina para que se acercaran a servirles la cena.

Zarah, engalanada con un elegante vestido rojo miraba de hito en hito a su abuelo, impaciente por que comenzara a hablar, y por las expresiones que alcanzó a leer en los rostros de sus familiares, ellos también pensaban así.

Al menos Allan había aparecido esta vez, pero se había limitado a permanecer aparte, como si su presencia fuera meramente la de salvaguardar la seguridad del lugar, igual que un simple militar escoltando la puerta.

—Por favor, prueben los platillos que nuestro cocinero ha pasado el día entero preparando para ustedes —les pidió Ahren, solicitando a los meseros que sirvieran primero a los invitados, un acto de honor.

—Nos encantará, rey Ahren... aunque tal vez podríamos ir hablando del asunto que nos ha traído a este lugar mientras lo hacemos —solicitó Miranda.

—Supongo que deben tener hambre. Cenemos en paz, podemos dejar ese asunto para más tarde.

—No se preocupe por eso, mejor concentrémonos en el asunto por el que hemos venido... —comenzó a decir Miranda, seguramente pensando lo mismo que Zarah, pero todos sus hijos y Miguel ya saboreaban los deliciosos manjares que les ofrecían gentilmente los camareros.

—¿Qué es esto? —preguntó Manolo con la boca llena de la comida que acababan de servirle en su plato.

—Es hueva de mosquito —contestó Ruperto amablemente, sin molestarse en lo más mínimo por los modales del niño—. Un platillo tradicional de nuestra gente que ha venido existiendo en nuestra cultura desde tiempos antiquísimos.

Marijón y Maricarmen, quienes también habían probado la misma comida, hicieron expresiones de asco dejando de lado los tenedores repletos que iban a llevarse a la boca, mientras Javier escupía en su servilleta discretamente la comida. Manolo, por otra parte, se quedó boquiabierto por un segundo, observando con una expresión inescrutable su plato ya medio vacío.

—¿Me puede servir más, señor?! —llamó al camarero, y volviéndose a dirigir al general, agregó con una sonrisa—. ¡No sé lo que es hueva, pero lo «antoquísima» está delicioso!

Miranda no pudo evitar soltar una carcajada, llevándose ella también un buen bocado del platillo a la boca.

—Me alegra que te guste, hijo —sonrió Ruperto, haciendo una seña a los demás para que también se sirvieran de la comida.

Tanek se encontraba allí, sentado cerca de Zarah y de Aidan, también el coronel Aníbal y Noelia, ubicada al otro lado de la mesa, sin mencionar al infaltable Zack, sentado cerca de su abuelo, al lado de su padre, pero fuera de ellos se encontraban en familia.

Zarah sonrió contenta al ver su familia disfrutaba la comida. Inclusive Maricarmen, quien siempre se preocupaba de no comer en exceso para mantener su figura, se sirvió tres platos de quesadillas de flor de calabaza y cochinita con salsa. Y es que los platillos dispuestos en la enorme mesa no permitían ser despreciados. La joven miró con gusto los pasteles de fresa y zarzamora, los flanes de vainilla y chocolate, los helados de cajeta y naranja, y los panqués remojados en chocolate caliente servidos en la mesa.

Aun así prácticamente no probó bocado, los nervios no se lo permitían.

—¿Te preocupa algo, hija? —le preguntó su abuelo, notando que ella solo jugaba con la comida servida en su plato.

—Bueno... en realidad sí, abuelo —dejó el tenedor para mirarlo a los ojos—. ¿Crees que podríamos hablar sobre el tema por el que, bueno, por el que nos citaste aquí?

Ahren esbozó una media sonrisa y también dejó su tenedor a un lado.

—Estaba esperando la llegada de otra persona, pero si te es tan urgente...

—¡No! No... Digo, no —Miró de reojo a Allan, quien como siempre que ella hacía eso, sonreía divertido.

—¿Qué es lo que deseas, entonces?

—A Zarah le preocupan las condiciones que usted desea plantear por su estadía en este lugar —habló Miranda—. Ella es una joven de sentimientos demasiado nobles como para intentar lastimarlo diciéndole que ella no se quedará aquí.

Los ojos de Ahren se encendieron, pero antes de que pudiera decir nada, Zarah tomó la palabra.

—Es decir, no para siempre... Sé que quieres que me quede, pero también tengo a mi familia y no puedo dejarlos...

—Nosotros somos tu verdadera familia —saltó Aidan antes de que su abuelo pudiera pronunciar esas mismas palabras.

—Zarah es parte de nuestra familia, nosotros la criamos como a nuestra hija, ¡no pueden intentar arrebatárnosla así sin más! —bramó Miguel.

—Se les ha explicado detalladamente las circunstancias por las que Zarah llegó con ustedes, son ustedes los que no pueden arrebatárnoslas.

—Legalmente es nuestra hija —dijo Miranda.

—Las leyes de los Homo no son nada para nosotros —Aidan emanaba hielo de sus ojos grises al hablar—. Si aceptan nuestras condiciones o no, no nos importa. Tenemos maneras de hacer que la gente común y corriente como ustedes nos obedezca, ustedes ni siquiera sabrían qué fue lo que pasó ni quién fue Zarah en sus vidas...

—¡No pueden hacer eso! —gritaron al mismo tiempo Zarah y Allan.

Zarah se volvió con los ojos entornados a ver a Allan, quien se acercaba a zancadas a la mesa, dispuesto a interferir en su favor.

—Capitán Cortaza, este no es un tema en el que usted tenga cabida—le espetó Aníbal, poniéndose de pie también.

—Si tú no haces tu trabajo e intercedes por ellos, yo lo haré —siseó Allan,

encarándolo—. No permitiré que pasen a llevar sus derechos, ¿sabes que no pueden hacer eso!

—Es de la princesa de quien hablamos, no de cualquier Capadocia u Homo corriente —espetó Aidan.

—¡Oye! —Maricarmen lo miró enojada—. No somos corrientes.

—Ni Homos... ¿O sí? —Marijó le preguntó a su hermana, pero ella se limitó a encogerse de hombros.

—Creo que debemos calmar los ánimos —intervino Ruperto—. No hemos venido aquí a discutir, sino a dar explicaciones y llegar a un arreglo...

La puerta se abrió con un golpe sordo en ese momento y por ella entró un hombre sumamente alto, vestido con un traje de apariencia medieval de colores oscuros, una capa negra sobre los hombros y el cabello revuelto sobre el rostro.

—Es guapísimo... —musitó Maricarmen, observándolo con ojos abiertos como platos.

—Yo lo pido —musitó Marijó, compartiendo una sonrisa divertida con María y Susana, quienes hasta entonces habían permanecido en absoluto silencio.

—Vaya, Alberto, hasta que llegas —bramó Ahren, extendiendo una mano para presentarlo una vez que hubo llegado a su lado—. Zyanya, te presento a mi segundo hijo, tu tío Alberto.

—¿Tío...? —repetieron al mismo tiempo Zarah y sus dos hermanas y amigas.

—Pero si se ve de nuestra edad... —Susana lo miró de arriba abajo, como si esperara que en cualquier momento le salieran arrugas.

Alberto ignoró a todos excepto a Zarah, y sin decir nada se acercó y la abrazó.

—Te he extrañado, pequeña.

—¿Gracias? —Zarah lo miró confundida, lo cierto es que era muy guapo, no se lo imaginaba como su tío.

—¿Por qué no continuamos? —Alberto se dirigió a su padre—. He adelantado mi viaje con tal de estar aquí, no quiero hacerlos esperar. Y por los gritos que alcancé a escuchar desde el otro lado de la puerta, me temo que no van muy bien las negociaciones.

—¿Negociaciones? —repitió Miguel, molesto—. No es nada lo que tenemos que negociar, nuestra hija no se quedará aquí, y punto.

—Si todos dejan de gritar, recordarán que habían llegado a un acuerdo —habló Tanek por primera vez—. El trato que usted, majestad, ya había aceptado.

Ahren guardó silencio e inspiró hondo antes de volver a hablar.

—Es cierto.

—¿Entonces por qué arman tanto alboroto? Ya basta de gritos, expliquen los términos del plan y firmen de una vez —dijo Alberto, tomando asiento al lado de Tanek—. Eh, ¡Allan! ¿A dónde vas? Tú también siéntate, tú estás metido en todo este asunto tanto como nosotros.

Allan, de camino a su lugar, se volvió a verlo con el ceño fruncido, pero no dudó en obedecer, a pesar de la mirada furiosa que le dedicó su padre.

—Es cierto que habían explicado un trato —Miranda tomó la palabra—, pero nosotros no aceptamos nada. Usted —miró al General—, nos dijo que viniéramos a conocer y entonces tomáramos una decisión.

—Muy cierto, señora —el general asintió—. Y es ese el motivo de esta reunión. Como les habíamos explicado, Zarah se quedará con nosotros un tiempo para asegurar su bienestar...

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —lo interrumpió Miguel—. ¿Una semana, dos...?

—No puedo decirlo —el general negó con la cabeza—. Recuerden que dependemos de dos factores, el progreso de Zarah en su entrenamiento, y el que nosotros atrapemos a los responsables del ataque sufrido durante la fiesta.

—Si esto depende del progreso de Zarah en algo físico, ya sabemos que se

quedará aquí eternamente —bufó Marijó, cruzándose de brazos.

—¿Por qué lo dices? —Alberto la miró a los ojos, provocando que el rubor se le subiera a las mejillas—. Zarah es muy hábil en los entrenamientos, siempre lo fue.

—¿En serio? —Zarah lo miró sorprendida.

—Pues no sé cómo haya sido antes, pero Marijó tiene razón, ahora no es nada hábil en los deportes, y si aceptan un trato como ese no volveremos a verla —María habló bastante enojada, mirando a Zarah y Alberto a la vez.

—Lo siento, pero son los términos —les dijo Aníbal—. No podemos arriesgar a la princesa, ella debe saber defenderse, todo Capadocia debe tener el mínimo de conocimiento defensivo, mucho más ella que...

—¿Que es la princesa? —espetó Javier, enojado.

—Que está en riesgo —puntualizó Aníbal.

—Nosotros, por nuestra parte, haremos todo cuanto nos sea posible por atrapar a los atacantes de Zarah, es la mejor manera de salvaguardar su seguridad— el general continuó hablando—. Si bien Zarah no llega a un punto deseado en su entrenamiento, en cuanto nosotros hayamos cubierto el otro punto, y su seguridad esté garantizada, les podemos asegurar que ella podrá volver a casa. Claro, con la condición de asistir a la Antorcha más cercana a continuar su entrenamiento por las tardes, después de sus estudios cotidianos en la escuela Homo.

—¿Y de cuánto tiempo estamos hablando? —preguntó Miranda.

—Señora, le aseguro que en eso somos veloces, muy veloces.

—Pues no tanto, si aún no los atrapan —bufó Marijó, y Maricarmen le dio un codazo en las costillas para que se callara.

—Mientras tanto, Zarah estará bien cuidada, como han podido notar. Se quedará aquí en el Palacio. Tanek, Allan y su equipo han sido encomendados a custodiar su seguridad y llevarla a salvo todos los viernes por la tarde para ir a casa a pasar el fin de semana con su familia —finalizó Ruperto.

—¿Quiere decir que pretende que dejemos a mi hermanita en manos de este

playboy... digo Allan? —bramó Javier—. ¡Eso nunca!

—Javier, creo que Allan ha demostrado y ha dejado muy en claro que cuidará de Zarah— le dijo Miranda, y mirando a Allan a los ojos, añadió—: Yo acepto, siempre y cuando seas tú, y solo tú, Allan, quien esté a cargo de mi niña.

Allan asintió con sumo respeto, dejando en claro que se tomaba ese trabajo muy en serio.

—Pero yo soy quien... —Zack comenzó a hablar, pero su padre le ganó la palabra.

—Ya ha quedado saldado, entonces —Ruperto palmeó y varios meseros llegaron llevando varias jarras de vino.

La primera copa fue servida a Ahren, y luego repartidos entre los demás integrantes de la mesa.

Ahren levantó su copa y los demás imitaron su gesto, incluida la pequeña Dany, quien parecía tan divertida con todo eso como Manolo, a quien su padre le arrebató la copa con vino de la mano y la reemplazó por una llena de agua de jamaica.

—Bebamos para sellar nuestro pacto —dijo Ahren, llevándose la copa a los labios.

Los demás imitaron el gesto, Zarah también, aunque se sentía tan nerviosa que la mano le tembló y un poco de vino le resbaló por la barbilla.

Del otro lado de la mesa Allan sonrió, y solo entonces se percató de que no había perdido detalle de ella en todo ese tiempo.

El ambiente se relajó a partir de ese momento. Llegaron músicos a amenizar el ambiente y los detalles finales fueron pactados entre los padres de Zarah, su abuelo y el general, que continuó menguando entre ambos lados. Los demás se levantaron de la mesa y deambularon por distintos lados, al menos esta vez el que Daniela no soportara estar demasiado tiempo en un solo sitio sirvió como excusa para salir de allí y distraerse.

Mientras caminaban por un hermoso sendero de piedra que conducía al océano, Zarah se quedó atrás pensando en silencio, sus hermanos discutían con sus amigas unos metros adelante, unos en favor, otros en contra de que ella se quedara, pero Zarah sencillamente no podía escuchar más de ese tema, deseaba salir de allí, escapar, marcharse lo más lejos posible de todo eso, huir de su realidad...

Y como si alguien hubiese escuchado su pedido, sintió que la cogían por la cintura y antes de darse cuenta se encontraba volando entre los aires.

—No te asustes, soy yo —le dijo Allan al oído, apartando la mano con la que le había cubierto la boca para que no gritara.

Zarah no lo pensó, solo lo abrazó, no le importaba si no era apropiado o si se vería como una fácil demostrando sus sentimientos, necesitaba abrazarlo y sentirlo cerca de ella.

Allan la abrazó también, posando su cabeza contra la suya, acariciando con suma ternura su cabello.

—Tranquila, todo estará bien, ya lo verás...

—Te he extrañado —le dijo ella en un susurro, ocultando las lágrimas que

se juntaban en sus ojos.

—Y yo a ti, no sabes cuánto...

Zarah levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Por qué has estado tan lejos, entonces? ¿Por qué te he visto tan poco? ¿Dónde te habías metido? Dijiste que estarías conmigo, ¡tú lo prometiste! — Sabía que sonaba como una niña caprichosa y egoísta, pero no le importaba, ya nada le importaba... Solo él, quería tenerlo cerca, sentirlo cerca, que le transmitiera la calma tan necesitada como solo él sabía hacerlo.

—Lo siento, Zarah, yo... —se calló abruptamente, como si lo que tuviera que decir lo apenara.

—¿Qué, qué pasa?

Bajaron hasta uno de los techos y se posaron sobre él, Allan la miró a los ojos, cuidando de mantenerla bien sujeta por la cintura por temor a que fuera a resbalar.

—Zarah... las cosas son diferentes ahora...

—¿Diferentes? —El rostro de Zarah palideció. Era Raquel, ¡seguro que esa lagartona había conseguido metersele por los ojos!—. ¿Cómo que diferentes? —preguntó prácticamente en un bramido.

Allan la miró largamente a los ojos antes de contestar.

—Zarah, tú eres una princesa. Yo, solo un miembro más de la milicia de La Capadocia.

—¿Y?

Allan sonrió de manera ladeada, una sonrisa fugaz que no le llegó a los ojos.

—Sabes muy bien que la realeza no se mezcla con los sirvientes.

—¡Tú no eres un sirviente!

—Sí, sí lo soy. Tu sirviente. Soy el encargado de tu seguridad, quizá tu amigo, pero...

—¿Pero qué?

—Debemos mantener una relación distante. Es lo que dictan las normas.

Zarah lo miró a los ojos, uniendo las piezas del rompecabezas; ellos dos no podrían estar juntos. No conforme a las normas Capadocia.

—Me importa un bledo lo que manden las normas, Allan, yo...

—Tú estás al servicio de tu pueblo, y yo al de tu abuelo y del general —la cortó Allan—. Es mi obligación protegerte... hasta de ti misma. Si sigues hablando, te arrepentirás más adelante, Zarah.

—No, Allan... —Él posó un par de dedos en sus labios, obligándola a callar.

—Tienes un gran destino escrito por delante, Zarah. Una vida llena de felicidad, y yo no estoy en ella. Es así como deben ser las cosas.

Zarah sintió deseos de plantarle una cachetada y hacerlo reaccionar, ¡tenía que entender que esas normas no significaban nada para ella! Era él, solo él, el que significaba todo su futuro... ¿Cómo es que no podía verlo?

—Allan, yo...

—¡Allan!

Ambos se voltearon al escuchar esa voz, Zarah de forma demasiado brusca, provocando que diera un resbalón en el tejado, pero Allan no la había soltado y Zarah no se movió ni un centímetro de su lugar. Aunque sí notó claramente la sombra que había aparecido en sus oscuros ojos al ver a Tanek.

—La princesa no debe estar aquí —espetó él secamente—. Si no cumples con tu obligación, te relevaré de tu puesto, y no me importará quién es tu padre, ¿me has entendido?

Allan inspiró hondo, era obvio que le costaba soportar todo aquello. Y por alguna razón, Zarah supo que lo hacía por ella...

—Yo le he pedido hablar conmigo en privado —se apuró en contestar Zarah antes de que Allan lo hiciera—. La culpa ha sido mía, no suya.

—Nada de eso —Allan se enfrentó directamente a Tanek—. La princesa es demasiado noble. Es mi responsabilidad, fui yo quien la buscó.

—Estás advertido, Allan —Tanek cruzó la distancia que los separaba en dos zancadas y tomó el brazo de Zarah—. Vámonos princesa, la llevaré a sus

aposentos.

—¡No! —Los otros dos no se sorprendieron tanto del grito que fue su respuesta como ella—. Quiero quedarme con Allan, será él quien me lleve después.

—Su abuelo solicita su presencia en sus aposentos, princesa —le dijo Tanek—, y solo los miembros del Círculo de la Estrella pueden entrar allí —miró a Allan con desdén, y esta vez él agachó la mirada.

Y una nueva luz de entendimiento iluminó a Zarah, no era que Allan se menospreciara, realmente todos los demás lo hacían. No era parte de la realeza ni del dichoso Círculo, era un soldado, un capitán, pero nada comparable con tener uno de los títulos que los otros gustaban de ostentar.

Y por primera vez se sintió miserable de pertenecer a ese mundo... Aunque ¿realmente era diferente al otro que ya conocía?

—Ve —le dijo Allan, soltándola al fin—. Yo tengo cosas que hacer, asuntos pendientes que atender.

—Pero, Allan...

—Ve. Hablaremos en otra oportunidad. Tu abuelo te llama, y no debes faltar.

Zarah se sintió mal por tener que obedecer, pero algo en su interior le dijo que era lo mejor que podía hacer por él. No quería meterlo en problemas.

Y con un nudo en la garganta, se mantuvo observándolo mientras se alejaba por los aires en brazos de otro hombre, deseando con todo su corazón tener una nueva oportunidad para hablar con él.

Sin embargo, cuando llegaron a la ya bastante conocida terraza fuera de la habitación de Zarah, comprendió que no iba a ver a su abuelo esa noche.

—¿Por qué me has traído aquí? —se dirigió a Tanek con toda su furia—. ¿No ibas a llevarme a ver a mi abuelo?

—No quiero que te líes con Allan —le soltó él tan de repente que Zarah se quedó boquiabierta.

—¿Qué...?

—Allan es un buen tipo, pero no quiero que tengas nada que ver con él, ¿me has entendido?

—¡No!

—Tienes que obedecerme, Zarah.

—¡No tengo que hacerlo!

—¡Claro que lo tienes que hacer! Y si no lo haces, si quieres comenzar a comportarte como una niña pequeña, bien, entonces tendré que cuidarte como a una niña pequeña y darte órdenes de ese mismo modo, ¡y ahora te ordeno quedarte aquí e irte a la cama a dormir! —le gritó, metiéndola a la habitación de un movimiento y cerrando con llave tras ella con otro—. Buenas noches, princesa.

Zarah lo miró roja por la ira y cerró la cortina para dejar de verlo. Puede que actuara como una niña, ¡¿pero cómo se atrevía ese pelmazo a tratarla de esa manera?! ¿No se supone que las princesas merecían cierto respeto y buen trato? Ah no, pero eso no se quedaría así. Buscaría la manera de salir de eso, ¡no se quedaría de brazos cruzados!

Nadie la alejaría de Allan, ¡nadie!

Tanek, con una media sonrisa cruzada en los labios, se alejó por el camino de piedra.

Percibió la presencia de Allan unos segundos antes de que él llegara a su lado. Cada vez era más diestro para esconderse de sus sentidos Kinam. Si continuaba así, pronto llegaría a superarlo...

—¿Por qué le has dicho eso? —le preguntó Allan, ajeno a los pensamientos que en ese momento rondaban por su cabeza.

—Es mi responsabilidad protegerla.

—No tenías que humillarme delante de ella.

—Hago lo que tengo que hacer.

Allan lo detuvo por el brazo, antes de que pudiera marcharse.

—Conoces la verdad, ¿no es así...? Sabes quién es ella.

—Sé muy bien quién es ella, Allan —lo encaró, soltándose de su agarre—, y no permitiré que vuelva a enamorarse de ti. Puede que seas mi amigo, y un buen tipo, puede que la hayas amado y la hayas esperado por mil años, pero eso no quita la verdad de que ella murió por tu culpa, Allan, ¡tu culpa! —recalcó esas palabras—. Y no permitiré que eso vuelva a pasar. Antes te quito de en medio... como sea.

Cuando llegó el momento de la despedida todos lloraron. Incluso María, que no era de lágrimas, soltó unas cuantas al momento de abrazar a Zarah antes de subir a la nave que los llevaría de vuelta a casa.

—Piensa en un día a la vez —le dijo Miranda a Zarah, tomando su rostro entre sus manos para consolarla, aunque ella lloraba tanto como su hija—. Un día a la vez, y no nos será tan difícil continuar. Verás que en cosa de nada estarás de regreso en casa.

—Y el viernes llegará sin que te des cuenta, nos volveremos a ver —le dijo su padre, abrazándola también—. Y si cambias de parecer, no olvides en llamar y nosotros vendremos a buscarte.

—Aunque tengamos que cruzar el océano a nado —bromeó Miranda, besándola por última vez.

—Bueno, Zarah, yo... —Marijó no encontró palabras y sencillamente la abrazó.

—Yo también te quiero, hermana —le dijo Zarah, hundiendo la cabeza en su hombro.

—De hecho, iba a decirte que me llevo tus dos vestidos, pero sí, también te quiero.

Zarah rio, la primera risa que soltaba desde la noche anterior. Eso le encantaba de Marijó, siempre encontraba la manera de hacerla reír.

—Nos vemos, hermana —La golpeó en el hombro, un gesto de cariño para ella—. Si te hacen algo, tú solo dales un buen patadón en la espinilla. Siempre resulta —añadió, mirando con el ceño fruncido a Patrick, cerca de

ellos.

—Y no te olvides de escribir —le dijo Susana, abrazándola hecha un mar de lágrimas—. Yo siempre te contestaré.

—Gracias, amiga —Zarah la abrazó también, y luego a María, quien se había quedado muda a causa de la pena.

Entonces le llegó el turno a Javier.

—Quiero que te quedes esto —le dijo, abriendo su mano para posar en su palma una navaja.

—¿Para qué...?

—Lo compré en el mercado el otro día —Extendió el filo, cubierto por un gruesa capa dorada—. Dicen que esas cosas que te atacaron son alérgicos al oro, solo mételes esto por donde puedas y te librarás de ellos.

—¿Esto es de oro...? —Zarah abrió los ojos como platos—. ¿Cómo... cómo lo compraste? Debió costarte una fortuna.

—Eso no importa, solo tu seguridad —Javier la abrazó, ocultando las lágrimas—. Cuídate mucho, hermanita. Lo digo en serio. Más te vale no perder la cabeza, o yo vendré a ponértela de nuevo solo para regañarte.

Zarah sonrió, soltando unas cuantas lágrimas más.

—Adiós, Zarah. Cuídate —le dijo Manolo al estilo de los niños de ocho años.

—Adiós, Manolo —sonrió Zarah, sin molestarse.

Miranda acercó a Dany, quien se había puesto sumamente seria y miraba alrededor con aprehensión, comprendiendo a su manera todo cuanto sucedía.

—Adiós, hermanita —Zarah se agachó y la abrazó. Dany no se negó, pero tampoco aceptó el abrazo.

—Cuídala mucho, mamá —le pidió Zarah, levantándose tras un buen rato y limpiándose una lágrima—. Ahora sabes que ella es mucho más especial de lo que sabíamos.

—Así lo haré —asintió Miranda, sin perder la oportunidad para darle un nuevo abrazo a su hija.

Al momento de partir, Noelia llegó a toda prisa cargando una enorme canasta repleta de comida tan deliciosa como la que habían disfrutado durante su estancia en la isla, y tras ella, un joven la acompañaba llevando en brazos una bolsa más grande que él mismo.

—¡Qué bueno que alcancé a llegar para despedirme! —exclamó la alegre mujer—. Les traje unos bocadillos para el camino.

—O para todo el año —comentó Aníbal, descendiendo en ese momento de la nave.

—¡Aníbal Cortaza, te he buscado por todas partes! —gritó Noelia, quitándole al muchacho la gran bolsa de la misma forma como quien levanta una almohada de plumas para entregársela a Aníbal—. Ayúdame a subir estas cosas a la nave.

—Buenos días a todos —saludó el coronel, cargando las bolsas con bastante más dificultad que la mujer—. Partiremos en cinco minutos. Por favor, aborden a la nave —les pidió, entregándole a un soldado que se encontraba pasando las cosas. El muchacho por poco se va de espaldas, pero logró mantener el equilibrio para subir a la nave con su carga.

—Es un hombre tan bueno, ¡y excelente piloto! No tienen de qué preocuparse —dijo en tono jovial Noelia, palmeando el hombro de Aníbal.

—¡Yoliliztli lista para despegar, señor! —informó un soldado poniéndose en posición de firme, seguido por varios soldados más.

—¿Qué es «Yoliziti»?, papá? —preguntó Manolo.

—Es el nombre de la nave —contestó Noelia—. Nosotros bautizamos nuestras naves con nombres en lugar de números, les da más personalidad. Yoliliztli significa *espíritu* en náhuatl.

Una puerta lateral se abrió y por ella entraron varias personas, Allan encabezando la comitiva.

Una instantánea sonrisa se dibujó en el rostro de Zarah, y por una fracción de segundo creyó notar que él le correspondía, hasta que los ojos del joven se posaron sobre la figura de su padre, y todo rastro de emoción se esfumó de su

rostro.

—¡Allan, qué bueno que llegaste! —lo abrazó Miranda. Desde que se había enterado de que le había salvado la vida a Zarah, se mostraba más cariñosa que nunca con él—. ¿Tú también nos vas a acompañar a casa?

—No en realidad, me encantaría ir con ustedes, pero mi lugar está al lado de Zarah.

—Sí, es mejor que te quedes con Zaritah, no queremos que le vaya a suceder nada malo, y tú eres el hombre perfecto para cuidarla —Miranda lo abrazó una vez más—. Te la encargo mucho ¿de acuerdo?

—Mamá... —Zarah se puso colorada, sintiéndose como una bebé a la que su madre dejaba en el jardín de niños.

—Prácticamente ya se la entregó en matrimonio —bromeó Marijón en voz baja, pero de inmediato sintió un fuerte codazo en las costillas que le propinó Javier, quitándole la sonrisa del rostro.

—Es hora de partir —anunció Aníbal, colocándose frente a la formación de soldados—. Yoliliztli está lista para ustedes.

Todos se arremolinaron en un último abrazo alrededor de Zarah, y después de decirse los adioses finales y darse los últimos besos de despedida, subieron a la nave.

—¡Esperen! —Miranda gritó antes de que cerraran la puerta, regresando al lado de su hija bañada en lágrimas—. Toma, mi cielo, te dejo mi celular para que en cualquier caso, sin importar la hora, me puedas llamar.

—Mejor tome usted esto —dijo repentinamente Ruperto, quien acababa de llegar, y le entregó un diminuto aparato cuadrado con pantalla—. Es un intercomunicador conectado directamente con el que se podrá en disposición de Zarah. Con él podrán hablar y verse en el momento que lo deseen. Además, es gratis —agregó con una sonrisa pícaro—, las tarifas telefónicas están por las nubes estos días.

—Muchas gracias —sollozó Miranda, y después de despedirse una vez más de su hija, partió al lado de su familia.

Zarah vio a las personas que más amaba en el mundo alejarse por primera vez de su vida, y no pudo aguantar contener por más tiempo las lágrimas, que desbordaron sin control de sus ojos. De ahora en adelante estaría sola, rodeada por un mar de desconocidos de los cuales dependería en muchas medidas su futuro, pero sobre todo de ella misma. Un futuro que no sabía cómo comenzaría, y mucho menos, cómo terminaría...

—No tengas miedo, Zarah. Todo va a salir bien...—la reconfortó Allan estrechando su mano—. Yo te cuidaré.

La joven únicamente pudo sonreír al no poder articular palabra por las lágrimas que no cesaban de aparecer, formando un nudo en su garganta.

Juntos vieron a Yoliliztli elevarse lentamente por los aires antes de partir surcando el cielo a toda velocidad.

—**A**hora tenemos que irnos, nos espera mucho trabajo —le dijo Allan con delicadeza.

Zarah asintió, secándose con el dorso de la mano las últimas lágrimas. Allan sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo tendió.

—No me mires como si fuera tu abuelo, es una costumbre que tengo pegada, nada más —le dijo él en un tono apresurado cuando Zarah lo miró divertida, pensando precisamente eso. La única persona que conocía que usaba pañuelo era su abuela.

—Gracias, Allan.

—Allan, Zarah —Ruperto se acercó a ellos—. Disculpen que los moleste, se hace tarde y debes llevar a Zarah al sitio acordado para comenzar el proceso.

—¿Proceso? —Zarah lo miró con el ceño fruncido—. ¿Qué proceso?

—Allan te lo explicará en el camino, Zarah. Ahora deben marcharse.

—Como ordene, general —Allan hizo el complicado saludo, que fue contestado de la misma manera por el hombre.

—Vamos, princesa —Allan se dirigió a Zarah con sumo respeto.

Montaron en los jaguares negros y emprendieron el regreso hasta la explanada dorada donde aterrizaron limpiamente.

—¿Qué haremos ahora? —le preguntó Zarah.

—Te llevaré al otro lado de la isla —le explicó él, descendiendo por una puerta oculta bajo una de las pirámides laterales a la gran pirámide.

Zarah lo siguió por un tramo de pasillos ocultos bajo tierra, intentando en

vano entablar una conversación con él, por alguna razón Allan parecía decidido a mantenerse apartado de ella, si bien no físicamente, sí con un muro invisible que lo distanciaba de ella como si estuvieran separados por miles de kilómetros.

—¿A dónde vamos?

—Lo sabrás al llegar.

—¿Vamos a ir en tu águila? —preguntó, buscando cualquier cosa que llevara a una conversación.

Allan se volvió a mirarla con una sonrisa divertida.

—El águila solo es para paseos largos. Utilizamos... algo similar a automóviles en la isla, solo que sin ruedas.

—¿Un automóvil? —Zarah se decepcionó, habría esperado algo más espectacular—. ¿Iremos en el tuyo?

—De hecho, en el tuyo.

—¿Qué?

Allan señaló un hermoso automóvil estacionado cerca, una mezcla de futurista y del pasado, un diseño como nunca había visto.

—Tu abuelo envió lo mejor de su repertorio para trasladarte. La realeza solo debe moverse...

—Ya basta, no me gusta que hables así —le dijo, comenzando a molestarse—. Allan, quería hablar contigo sobre la otra noche, no me has dado oportunidad...

—¿Lista, princesa? —Patrick se acercó a ellos con una amplia sonrisa en el rostro—. Tenemos un largo itinerario que hacer, y primero que nada tenemos que ver que te encuentres en buena condición física, princesa Zyanya.

Zarah hizo una mueca mezcla de enfado y falta de entendimiento.

—¿Qué?

—Te llevaremos a hacerte unos análisis y pruebas de rutina —le explicó Allan—. Tenemos que asegurarnos antes que nada que tienes buena salud.

—Tengo buena salud.

—Sí, por eso casi te mueres hace... —Patrick se calló abruptamente con la mirada que Allan le dirigió.

—Seguramente cuentas con buena salud para un humano común y corriente, pero un Capadocia tiene... estándares más altos —Allan buscó las palabras adecuadas al hablar—. Vamos, princesa. Te llevaremos al sitio elegido por tu abuelo para que realicen los exámenes.

Zarah no pudo negarse, no podía hablar con él estando Patrick presente. Tendría que esperar para después...

Subieron al automóvil, que más bien parecía una limusina que un auto común y corriente, aunque además era una máquina bastante parecida a un 4x4 mezclada con un cohete futurista. Los asientos eran increíblemente cómodos, y los cinturones, unos tubos delgadísimo compuestos de un material extraño y flexible, se activaban automáticamente. Zarah se percató de como el mismo mecanismo de las burbujas del avión se encontraba en el vehículo, además de toparse con una infinidad de botones en el tablero que le hicieron suponer se trataba de un auto sumamente diferente de los que ella conocía.

Zarah se sentía ridícula sentada en medio de los dos hombres, que eran tan altos que ni siquiera le dejaban ver por la ventana. El chofer, que se presentó rápidamente con el nombre de José, encendió el automóvil, sin hacer ni un solo sonido.

—Celdas solares —Allan le explicó y le sonrió levemente al ver su cara de asombro. Enseguida Zarah comprendió a qué se refería, el encendido no tenía motor, por lo que no hacía el ruido que generalmente los automóviles tenían al encenderse —El suyo bastante escandaloso, por cierto.

De pronto se encontró flotando. El auto se desplazaba en el aire como una nave espacial en miniatura.

El sol le hirió los ojos cuando salieron una vez más a la superficie, y se llevó una mano a los ojos.

—Toma —Allan le entregó unos lentes—. Esto te ayudará.

—¿Y tú no vas a usarlos?

—Los usa por moda, es un donjuán entre las chicas homo —bromeó Patrick, provocando que la sonrisa de Zarah se desvaneciera.

—No los necesito, mi habilidad de Kinam me permite acostumbrarme perfectamente a todos los estados del día —le dijo él, interrumpiendo a propósito a su amigo.

Pero su explicación no le regresó a Zarah la sonrisa.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó ella, con voz seca.

—No, de hecho ya casi llegamos. Las distancias en una isla tan pequeña no pueden estar muy apartadas, al menos no en esta...—Allan sonrió nerviosamente, intentando hacerla reír en vano.

—No tienen semáforos... —Zarah observó con asombro que los autos atravesaban los cruces de concurridas autopistas sin siquiera detenerse para mirar sin ocasionar ninguna problema.

—Los autos son guiados por una computadora central, cada vehículo lleva un procesador integrado que se comunica con ella y con los otros automóviles —siguió explicándole Allan, intentando ganarse una vez más su simpatía—. La computadora tiene la función de dar aviso a las máquinas de los conductores si hay otros vehículos cerca, traza las rutas de circulación para cada individuo, decide qué auto pasa primero y cuál se debe detener, además de regular la velocidad y e impedir la circulación de aquellos que considere riesgosos (si la persona no está en condiciones de conducir, o cosas parecidas). Además puedes delegarle a la computadora el control de tu automóvil, si lo deseas, y mantenerte como un pasajero más mientras la computadora pilota tu automóvil. Así podemos mantener un control exacto del flujo de vehículos sin estancamientos ni choques.

—Increíble...

—No realmente, creo que ustedes están a pocos años de alcanzar algo similar.

Se detuvieron en medio de un camino frente al cual no había nada.

Allan se llevó la muñeca a la boca y pronunció unas palabras en un lenguaje que Zarah no comprendió en absoluto, jamás en la vida lo había oído... Quizá era el lenguaje del que le había hablado Maricarmen.

En la pantalla que se encontraba en el tablero del automóvil apareció la palabra «Acceso Concedido» y luego el diagrama de una puerta abriéndose. Zarah escuchó un sonido a su alrededor, mas no alcanzó a ver nada, sin embargo la pantalla mostró con claridad como la puerta se cerraba nuevamente tras ellos.

—¿Acaso acabamos de atravesar unas puertas?

—Entramos en territorio asegurado. Nadie sin autorización puede pasar — le explicó ahora Patrick, al tiempo que el vehículo aceleraba.

Se detuvieron en un lugar junto al camino. Nada que no fuera el océano y la vasta selva se vislumbraba por los alrededores.

Zarah no quiso preguntar. Supuso que, como la mayoría de los edificios de ese lugar, el sitio estaría bajo tierra.

Bajaron del auto y caminaron unos cuantos metros hasta llegar a un saliente del mar, rodeado de incontables rocas. Allan la dirigió sin vacilación hasta un inmenso peñasco y justo en el momento en que la joven comenzaba a preguntarse qué hacían ahí, una roca se movió delante de ellos, revelando una larga y oscura escalera que descendía en la oscuridad.

—Capitán Allan Cortaza —habló el hombre con voz clara, y unas luces que bloqueaban el paso en forma casi invisible desaparecieron, dejando abierto el camino.

—¿Son rayos láser? —preguntó Zarah sorprendida, jamás había visto algo como aquello, al menos no fuera de una película.

—Algo similar —le explicó Allan—. Se trata de un lugar sumamente secreto, tiene un sistema de seguridad bastante complejo: la Computadora Central, dirigida por personal específicamente entrenado para manejarla, toma automáticamente muestras de mis ondas cerebrales, estructura craneal, glóbulos oculares y formas dentales. Finalmente hace un reconocimiento de

voz —la tomó de la mano y la hizo avanzar con rapidez, seguidos de cerca por Patrick. La puerta tras ellos volvió a cerrarse y los rayos (o lo que fuera con apariencia de láser) se activaron inmediatamente—. Por seguridad no espera más de quince segundos.

—¿Y si alguien se queda atrás?

—¿Quién sería tan estúpido como para...? Es una medida contra intrusos —Patrick dejó de reír para contestar adecuadamente cuando una nueva mirada de Allan lo hizo callar—. Todos los que tienen autorización de entrar aquí conocen la regla de no esperar.

—¿Dónde estamos? —preguntó Zarah, algo asustada al encontrarse a oscuras en un lugar tan extraño.

—En el Hospital Central —le explicó Allan, al tiempo que se encendían una serie de luces ante ellos, iluminando un largo pasillo—. Es el más seguro de la isla, es esa la razón por la cual tu abuelo lo escogió para ti.

—Vaya...

—Dame la mano y con cuidado pisa solo el segundo escalón —ordenó Allan.

La chica así lo hizo, de un brinco puso ambos pies en donde Allan le indicó, al momento de hacerlo notó unos granos de arena que había arrastrado con ella caían al primer escalón y de ahí a la nada.

—La escalera es un señuelo, una ilusión óptica por si alguien burla el primer sistema de seguridad —le aclaró Allan cuando Zarah se aferró a su brazos con las uñas encajadas, temerosa de las alturas, como siempre.

—Tranquila, Allan se daría un tiro antes de dejarte caer al vacío para que te partas la cabeza —le explicó Patrick, apretando un botón en la pared, que si él no hubiera tocado, no se hubiera diferenciado del resto del muro de roca.

Apenas Zarah comenzaba a asimilar la idea de que se encontraba en un lugar rodeado de vacío, cuando la roca donde se encontraban los tres parados se desprendió de su lugar y comenzó a caer a toda velocidad.

Zarah gritó a todo pulmón, provocando que Patrick se carcajeara. Allan

debió dedicarle una de sus miradas asesinas, porque enseguida guardó silencio, mientras él la abrazaba para confortarla.

Al menos eso no estuvo mal de esa caída, que se sintió en el estómago como si cayera en vertical de una montaña rusa.

Cuando finalmente se detuvieron, Allan continuaba abrazándola, manteniéndola bien sujeta contra su cuerpo. ¡Cómo le encantaba esa sensación! Tener los brazos de Allan alrededor suyo, percibir el calor de su cuerpo tan cercano al de ella...

—¡Ejem...! —carraspeó Patrick, obligando a ambos a volver a la realidad.

Allan y Zarah se separaron lentamente, él sonriendo ligeramente, ella con la tez verde y el cabello revuelto.

—¿Ese viajecito era necesario? —espetó, enojada—. ¿Que no conocen algo llamado ascensor o una simple escalera? ¿Todo tiene que ser lanzado al vacío como si fuésemos vulgares costales de harina?

—Tranquila, ya ha terminado —le dijo Allan tomándole la mano—. Esta parte a mí nunca me gustó, pero después de un tiempo te habitúas.

—Si quieres vomitar... —Patrick la miró con una mueca de asco, pero nuevamente se aplacó ante la severa expresión de Allan.

—Ella está bien, es nueva en esto, nada más. Si mal no recuerdo, la primera vez que tú viniste aquí, Patrick, te pusiste a llorar del susto.

Zarah ahora fue la que se rio para disgusto de Patrick.

—Las cosas no fueron así... —intentó excusarse con ella—. Como es lógico, yo me asusté y me agarré de lo más cerca que tenía, pero a diferencia de ti, Allan, Raquel no era nada amable conmigo y me lanzó al vacío, ¡cualquiera se hubiera puesto a llorar con el porrazo que me di!

—Pobrecito... —musitó Zarah en tono mordaz, sin dejar de reír. Por un momento, solo una fracción de segundo, Raquel le cayó un poquitín mejor.

—Esa chica está loca, no te acerques a ella, Zarah, o podría terminar arrancándote los ojos de sus cuencas.

—No le hagas caso, Raquel es amable —Allan miró a su amigo con el ceño

fruncido—. Y ella ya la conoce, no seas tonto.

—Sí, y le doy la razón a Patrick —convino Zarah.

Patrick soltó una carcajada, victorioso, y aplaudiendo le dijo a Allan en son de burla.

—Esta niña me cae bien, tiene espíritu debajo de tanta facha inocente. Ten cuidado, amigo mío, esta chica no es una tranquila palomita a la que podrás dominar tan fácilmente.

—Lo sé —Allan sonrió de una manera soñadora—. Nunca lo ha sido...

Zarah frunció el ceño, confundida. Comenzaba a creer que no era una coincidencia que Allan siempre hablara de esa manera de ella...

—Vamos ya —Allan, como si notara su desconcierto, la llevó hacia adelante—. No debemos perder tiempo.

Al salir del túnel del escalón, a modo de ascensor, Zarah se percató que todo a su alrededor se encontraba a oscuras, pero en cuanto dieron el primer paso, una fila de luces en el techo se encendió inmediatamente, dejando ver una enorme puerta metálica ubicada al final de un largo pasillo de roca.

Allan no le prestó atención, dio la media vuelta y tanteó en la oscuridad una aventura en la roca donde introdujo la mano. Se alcanzó ver la luz de un rayo actuando por dentro.

—Ya sabes, escaneo de ADN, códigos de huellas digitales e identificación del aparato que trae en la muñeca —le explicó Patrick esta vez.

—Ya, ya, por favor no repitas todo eso de nuevo, me mareo... —dijo con sinceridad, sintiendo que las náuseas regresaban.

Una puerta delante de ellos se abrió, dejando al descubierto un largo pasillo blanco delante de ellos.

—La puerta más segura es aquella que no se sabe en donde está —le explicó Patrick, entrando primero en el recinto, quizá huyendo de la tez verde de Zarah y sus posibles consecuencias.

Allan hizo un gesto caballeroso con la mano para permitirle pasar a Zarah primero. Con él nunca se dudaba de su caballerosidad, haciendo que Zarah

suspirara encantada.

La puerta se cerró tras ellos, como solía ocurrir hasta entonces.

A su izquierda, tras una pequeña ventanilla, se encontraba una muchacha risueña que saludó alegremente a Allan, y tras verificar una contraseña introducida por el joven en un aparato ubicado junto a la puerta, los dejó pasar.

—Buenos días, princesa Zyanya —La mujer se paró de su asiento para verla mejor, observándola con la adoración que una adolescente le dedicaría a una estrella de rock—. Sea usted bienvenida. Cualquier cosa que necesite, estamos a su servicio.

—Gracias... —musitó Zarah, sintiéndose tan extraña como un pez en el desierto.

—Vamos, nos están esperando —Allan la tomó nuevamente de la mano y la condujo con él hacia delante.

Una nueva puerta se abrió ante ellos, dejando al descubierto el edificio como tal. Un largo pasillo abarrotado de gente se extendía ante ellos, con varias puertas abiertas, comunicaciones a otros pasillos y salitas de espera con sillas flotantes. Mientras ellos caminaban, con Patrick lideraba el camino, abriéndoles paso como si fuera un guardia de seguridad, la gente se detenía para mirar a Zarah boquiabiertos. Algunos la saludaban o le gritaban palabras de cariño, provocando que la joven se sintiera todavía más extraña.

—Es por aquí —le indicó Allan, conduciéndola por una puerta hacia una de las habitaciones cercanas.

La primera impresión de Zarah al asomarse dentro, era que todo daba la apariencia de ser un consultorio normal, con varios aparatos médicos, algunas batas y una camilla.

—Debemos empezar realizando un examen médico —le dijo Patrick adoptando de repente una expresión sumamente seria—. Quítese toda la ropa y acuéstese en la mesa.

Zarah sintió que se le helaba la sangre, excepto por las mejillas que sentía

muy calientes.

—¡Patrick, deja de bromear! —lo regañó Allan.

—¡Solo quería que te relajaras un poco, Zarah! —rio el joven—. Te ves muy tensa, niña.

—Tienes que ponerte este traje —le indicó Allan, entregándole uno de los uniformes azules—. Puedes cambiarte en el baño, a tu derecha.

—Está bien... —murmuró Zarah, notando que Allan aún miraba con enojo a su amigo.

Cuando Zarah cerró la puerta, escuchó que ambos comenzaban a discutir, y las paredes eran demasiado delgadas como para disimular sus palabras.

Zarah no pudo aguantar la risa por las sandeces que se decían.

—¡Tienes trescientos años y actúas como un niño de trece!

—Y a ti parece que tus mil años de vida te hicieron piedra el sentido del humor, ¿qué es lo que te pasa, Allan?! ¡Desde que ella llegó no eres nada divertido!

—¡No estamos aquí para hacernos los graciosos con ella, sino para protegerla!

—Es la princesa, tiene cientos de personas a su alrededor para protegerla. Lo que ella necesita son amigos.

—¿Quieres dejar de portarte como un niño y comenzar a hacerlo como el científico que eres?! —le gritó Allan, bastante enojado.

—¡Soy un buen científico! —replicó Patrick sin perder el buen humor—. Un buen médico sabe cómo hacer para relajar a su paciente durante las situaciones tensas.

—Un buen médico sabe portarse con seriedad y profesionalismo —espetó Allan, y como si de repente se percatara del tono de su voz, continuó hablando más bajo, y Zarah ya no pudo escucharlos.

Para su sorpresa, el traje era increíblemente cómodo y ligero, estaba hecho de un material parecido a la lycra, pero era tan fresco y suave como el algodón, y aunque al principio parecía ser sumamente estrecho, se ajustaba a

su cuerpo a la perfección.

Cuando la joven salió de la habitación, no pudo evitar ruborizarse ante la expresión de Allan, quien se había quedado paralizado repentinamente, observándola boquiabierto. Patrick carraspeó sonoramente, sacando a Allan de su ensimismamiento.

—«Seriedad y profesionalismo, señores, es lo que distingue a un buen científico» —le dijo al oído en tono de mofa, repitiendo las propias palabras de Allan.

—Comencemos con las pruebas —dijo Allan poniéndose colorado al tiempo que se dirigía rápidamente tras una computadora—. Ya sabemos tu tipo de sangre y varios datos de los estudios que te hicimos la vez anterior, cuando tú...

—Te pusiste mal —Patrick lo ayudó a encontrar las palabras para terminar la frase.

—Sí, gracias. Como te decía —continuó Allan—, tenemos algunos datos, pero necesitamos más información.

—Súbete aquí, Zarah —le pidió Patrick, llevándola sobre una especie de disco de metal en el centro de la habitación.

—Atención Ariel, procesa estado físico en reposo —dijo Allan aparentemente al aire, pero de inmediato una luz blanquecina apareció desde otro disco metálico ubicado en el techo sobre la cabeza de Zarah, y la luz cubrió a la chica de la cabeza a los pies.

—Es la computadora —le explicó Patrick.

—¿También les ponen nombres? —le preguntó Zarah en tono de mofa.

—Hay cerca de cien computadoras en esta habitación, es más práctico que ir las nombrando de otra manera... A menos que se encuentre alguien en el lugar con el mismo nombre —bromeó él, haciendo reír a Zarah—. Ahora relájate, esto no va a dolerte.

—Estado en proceso...—habló una voz de mujer al tiempo que la luz se intensificaba—. Estado de reposo completo —y de inmediato la luz se apagó

completamente—. Procesando datos...

Allan asintió, seguramente al leer los datos en la pantalla.

—Bien, ahora vamos a probar tu estado en movimiento, Zarah —le explicó Allan, sin levantar la vista de los datos que la computadora iba apareciendo en la pantalla—. Ariel, procesa estado físico en movimiento.

—Estado en proceso... — volvió a decir la voz de mujer.

El suelo bajo Zarah comenzó a moverse de manera similar a una caminadora convencional, y para permanecer en su lugar, la joven debió caminar, primero lento y luego más y más rápido, hasta que al final tuvo que correr para no caerse del disco.

—Con eso es suficiente, Ariel —dijo Allan estudiando atentamente los resultados en la pantalla.

—Estado físico dinámico finalizado —contestó la voz nuevamente y el piso dejó de moverse hasta quedar estático—. Procesando datos...

—Estás bien, Zarah, tu salud es muy buena —comentó Allan después de unos segundos, con la seriedad profesional de un médico—. Aunque te falta un poco de condición física, pero eso lo solucionaremos aquí.

Zarah le dedicó una mueca molesta por el comentario, pero no dijo nada. Cuando ya estaba por bajarse de la rueda para marcharse, se dio cuenta de que la prueba aún no terminaba.

—Ariel, prepárate para escaneo energético —le pidió Allan a la computadora.

—Ahora viene lo bueno, Zaritah... ¡Vamos a ver de qué eres capaz! — exclamó Patrick, emocionado.

Zarah se puso tensa enseguida, y los niveles en las distintas pantallas de la habitación comenzaron a elevarse.

—Zarah, el siguiente es otro examen de rutina, no te preocupes —le aclaró Allan, echándole una mirada asesina a su amigo—. La computadora va a registrar las ondas de energía que tu cuerpo es capaz de atrapar y reflejar, y hasta qué grado magnificarlas y variarlas a otras formas energéticas. No te

preocupes, no te va a doler ni te va a pasar nada. Es como tomarte una radiografía, ¿de acuerdo?

—Sí, muy similar a la que hacen esos *hippies* para fotografiar los colores de tu aura —le comentó Patrick, en términos más modernos.

—Iniciando escaneo... —dijo la voz de Ariel, la computadora.

Zarah estaba muy nerviosa, pero apenas pudo percatarse de ello, pues inmediatamente la luz blanca la invadió, mas no la vio por fuera como antes, sino dentro de su cabeza. Repentinamente experimentó una sensación de adormecimiento en su mente, pero no en su cuerpo, el cual de una forma misteriosa lo percibió más fuerte y vigoroso que nunca, como si fuera capaz de todo lo imposible en ese segundo. Era como flotar en un sueño maravilloso, un sueño donde ella era energía pura e interminable, capaz de expandirse hasta el infinito. Su propia luz formaba un halo a su alrededor, defensivo y ofensivo al mismo tiempo, un halo tan inmenso como el mismo mundo y más denso que el más fuerte diamante de la tierra. Podía atraer o repeler las cosas a su sola voluntad, en una forma tan maravillosa que pensó jamás tendría que volver a moverse. Vio mil mundos al mismo tiempo, en un segundo estaba en uno para al siguiente encontrarse en otro diferente. El conocimiento de la tierra estaba ante ella, mientras cientos de personas se postraban a sus pies, deseosas de seguir sus órdenes. Pero aquello no le interesaba, quería ser libre, volar y ver el mundo, y en su vuelo atravesaba montañas y edificios antiguos y nuevos, no existían obstáculos para ella, nada podía atraparla ni detenerla. La electricidad del mundo recorría su cuerpo y ella era feliz sintiendo su energía pasando como el agua entre sus dedos. Sus ojos eran tan potentes como un telescopio, ningún detalle del mundo podía escapar a su fina visión.

Repentinamente Zarah se sintió extraída de aquel maravilloso mundo, y el sueño terminó tan rápido como había comenzado.

La joven despertó de pronto, flotando entre los aros de metal, sintiéndose extraña y recordando vagamente las cosas que había soñado.

Patrick la veía con ojos abiertos como platos, sin poder disimular su asombro, y Allan comparaba los datos obtenidos con un anciano muy alto, de cabellos blancos y ojos verdes que había entrado en la habitación sin que ella lo notara.

—Escaneo finalizado —interrumpió el silencio la voz de la computadora.

La sensación de mil miradas sobre ella hizo a Zarah voltear alrededor, pero no encontró nada fuera de lo ya visto, tres personas en la habitación, y solo una de ellas observándola. Tuvo miedo de no ser lo que esperaban, y que no hubieran encontrado poder alguno en ella, o peor aún, que tuviera algo malo...

—Niña, ya puede bajar de ahí —dijo repentinamente el médico alto de tez muy blanca y cabello cano, observándola a través de sus gruesas gafas cuadradas que hacían lucir mucho más grandes sus ojos verdes.

Zarah obedeció y se acercó tímidamente a ellos.

—Él es el doctor Trauman —lo presentó Allan—, fue tu médico pediatra cuando eras niña.

—Un gusto volver a verla, princesa —la saludó cortésmente el hombre, con marcado acento alemán. A pesar de la expresión dura de su rostro, parecía ser una buena persona.

Zarah lo saludó de mano, y esperó le indicaran lo siguiente que debía hacer, mas los tres hombres permanecieron callados estudiando los papeles y comparando los datos con los de la computadora.

—Es imposible... Yo hubiera jurado que sería una Anillo de Cristal, a lo más un Iris, pero...

—Falta la exploración del Antiguo —le dijo Allan antes de que Patrick pudiera terminar la frase—. Primero debemos confirmar los datos antes de dar nada por hecho.

—Me parece una decisión acertada, capitán —le dijo el médico de cabellos blancos—. Y cuanto antes sea, mejor. Sabemos por experiencia que un asunto así jamás debe tomarse a la ligera.

—¿Sucede algo...? —preguntó Zarah, comenzando a molestarse de que hablaran de ella como si no estuviera presente.

—Todo está bien, no te preocupes, linda —le dijo Allan, hablando en ese tono frívolo e impersonal que ella odiaba—. Ven aquí, tengo algo para ti.

Zarah se acercó con el ceño fruncido, sin sentir muchos deseos de obedecer a su llamado. Él tomó su mano y colocó sobre ella un extraño aparato que por sí solo se ciñó a su brazo y adoptó la forma de un brazalete. Un aparato idéntico al que había visto antes utilizar a Allan y los demás chicos del equipo.

—Es tu Kanan, lo llevarás en adelante.

—¿Para qué es?

—Es un medio de rastreo y comunicación básicamente —contestó Patrick por él—. Todos llevamos uno —Le enseñó el suyo, con la forma de una tira de cuero a la moda humana.

—¿Y tengo que llevarlo yo también?

—Ahora eres una de nosotros, debes hacerlo —asintió Allan—. Ahora puedes irte. Nos iremos enseguida. Puedes esperar afuera, en lo que nosotros terminamos aquí.

—Qué cortón —masculló ella molesta, dirigiéndose a la puerta sabiendo que ninguno de los presentes ponían atención en ella.

Zarah salió de la habitación y se sentó en una banca colocada en el pasillo, sintiéndose más tonta que nunca. Podía ser que esos Capadocia tuvieran trescientos o mil años, o ese anciano tal vez unos diez mil años, pero ella no era una niña pequeña para que la trataran de esa manera. Y la próxima vez que tuviera a Allan enfrente se lo dejaría bien claro.

Si iban a estudiarla, lo menos que podían hacer era hablarle de frente y no tratarla como a un estúpido maniquí sin capacidad de entender una palabra. Y si tenía que hacer uso de su condición de princesa, lo haría.

¿Quiénes se creían ese montón de ancianos para tratarla así?

La puerta volvió a abrirse y por ella salieron Patrick y Allan.

—Quedamos en eso, entonces —le dijo Allan.

—Por supuesto, capitán —contestó Patrick, muy serio—. Nos vemos esta tarde, princesa —se despidió de Zarah y Allan antes de partir por uno de los pasillos.

—Hasta pronto, princesa —se despidió el médico desde el interior de la habitación antes de cerrar la puerta.

—¿Nos vamos? —Allan se dirigió a ella, tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse.

—Allan, ¿qué está sucediendo? —rugió Zarah—. ¿Por qué no me dicen nada?

—No es que no queramos decirte las cosas, Zarah. Lo que ocurre es... Es complicado —se rascó la coronilla—. Aún hay mucho que no sabes, te costará comprenderlo en un principio, y quiero asegurarme de que lo que vayamos a decirte sea correcto. No quiero cometer equivocaciones, a veces las máquinas cometen errores, y no quiero decirte algo que después resulte ser falso.

—¿Y qué cosa es eso?

Él sonrió, negando lentamente con la cabeza.

—Tendrás que esperar a que esta tarde te visite el Antigo en casa de tu abuelo.

—¿El Antigo? —Zarah frunció el ceño—. ¿Qué es eso? ¿Es una de las personas que me mencionaste en la nave?

Él asintió con la cabeza, haciendo un gesto para que comenzaran a caminar por uno de los pasillos.

—Un Antigo es un Capadocia sumamente especial. Sus talentos son muy distintos a los que has visto hasta ahora en los Capadocia que conoces —le explicó Allan, abriendo una puerta para que ella pasara primero.

Al salir, se encontraban en una especie de estacionamiento. Allan continuó caminando, y Zarah se apuró en seguirlo.

—Los Antigos poseen varias habilidades, como todos nosotros, pero su mayor talento radica en poder hablar con los muertos y ver el pasado de las personas.

—¿Como un gitano?

—Oh, sí, algunos gitanos son Antigos —contestó él, asintiendo con la cabeza—. Se supone que son almas reencarnadas cientos, a veces miles de veces, y con ellos han traído el conocimiento de todas esas vidas consigo. Por eso son personas sumamente sabias.

—¿Y por qué he de conocer a uno de ellos? ¿Acaso va a leerme la mano o algo así?

Allan rio melodiosamente, pasando un brazo por los hombros de la joven.

—El Antigo posee otro talento, un talento muypreciado por nosotros, los Capadocia: puede ver el Alma.

—¿El Alma? —repitió ella, frunciendo más el ceño.

—El color de tu alma... —se explicó él, mirándola a los ojos—. Todos pasamos por esto al cumplir los siete años, es una ceremonia sumamente especial. Verás, ningún Capadocia conoce el color de su alma hasta cumplir los siete años, no sabe qué poderes tendrá, qué talentos serán los que definan su destino. Entonces, al cumplir los siete, cuando el Alma alcanza un estado de primera plenitud, un Antigo puede ver por primera vez de qué color es y qué talentos poseerá ese Capadocia. A mí me lo hicieron a también al cumplir los siete, y el Antigo me dijo que era un Alma de Fuego, un Alma roja —rio a viva voz—. Aún recuerdo la enorme fiesta que hizo mi padre. Estaba tan

orgullosa... Hasta que ese Kisinkan atacó y toda la vida, que parecía perfecta, se esfumó... —Su sonrisa se borró de su rostro.

—Lo siento mucho, Allan... —Zarah posó una mano sobre su brazo.

Él sonrió a medias, encogiéndose de hombros.

—Eso fue hace más de mil años, ya no tiene importancia.

—Sí la tiene, si te sigue doliendo...

—No es eso lo que me duele. Mi vida mejoró mucho después... —Él la miró a los ojos, Zarah se estremeció, sentía su rostro tan cercano al suyo...

De pronto él se detuvo y sencillamente la abrazó, hundiendo la cabeza en sus cabellos.

Se quedaron de esa manera por un par de minutos, sin decir nada, solo abrazados.

—Será mejor que nos vayamos —le dijo él, separándose de repente—. Esta tarde será tu ceremonia de iniciación, y no podemos faltar —bromeó, pero Zarah no rio.

—¿Estarás tú presente? —Le preguntó en un tono bajo y lleno de sentimiento.

Allan la miró por un par de segundos antes de sonreír una vez más.

—No me lo perdería por nada del mundo. Ahora vámonos —tomó su mano, llevándola con él—. Debemos ir a recoger al Antiguo de confianza de tu abuelo que presidirá la ceremonia. Deberás ponerte esto —Le entregó un casco similar al de una motocicleta.

—¿Para qué es esto?

—Iremos más rápido en mi *moo*, que en el auto de tu abuelo, ¿te importa?

Zarah le echó un ojo al aparato que Allan le señalaba, similar a una motocicleta.

—Mis padres no me permitirán subir a eso.

Allan sonrió, colocándole cuidadosamente el casco.

—No temas princesa, te lo dije, por mi vida nada malo te ocurrirá.

Zarah no pudo negarse a esas palabras, que por la manera en que él se las

dijo, sabía que eran muy sinceras.

Él le tendió la mano y la ayudó a subir en la parte trasera del vehículo y puso en marcha el motor. Igual que con el automóvil no se escuchó ningún sonido y en lugar de rodar, las ruedas desaparecieron y el *moo* se elevó en el aire. Antes de que Zarah pudiese preguntar nada, salieron volando a toda velocidad de allí.

Zarah temió caerse, y se aferró a la cintura de Allan con mayor fuerza. Ni siquiera se atrevió a abrir los ojos en el camino, temerosa a caerse... o quizá disfrutando demasiado ese momento juntos, pudiendo tenerlo tan cercano de ella y pudiendo abrazarlo sin ninguna restricción...

Se detuvieron frente a una tranquila casa de aspecto sencillo. Tenía una bardita baja pintada de blanco y un jardín amplio y colmado de flores en la entrada. La casa no podía ser más hermosa y común para Zarah, quien al verla, olvidó por un segundo que se encontraba lejos de su hogar, en un mundo completamente distinto al que conocía. Hasta que vio a un par de niños pasar volando delante de ellos en un par de patinetas sin ruedas, y la realidad le regresó de golpe.

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó Allan, mirándola por encima del hombro.

Solo entonces Zarah se percató que no lo había soltado.

—¡Lo siento! —Él solo se rio, apeándose del *moo* para enseguida ayudarla a bajar.

Zarah notó entonces por primera vez un cinturón que se había unido a su cintura sin que lo notara. Era imposible que cayera del vehículo. Allan presionó un botón a un costado y las cuerdas se retrajeron automáticamente dentro de la estructura.

—¿Dónde estamos?

—Es la casa de Flérída, la Antigua que se encargará de ver qué tipo de Capadocia eres.

Zarah recordaba vagamente ese nombre, pero no quiso preguntar temiendo

ofender a alguien si se enteraba que no recordaba de quién se trataba.

—¿Va a estar en la ceremonia ese médico... Trauman?

—No lo sé, ¿por qué lo preguntas?

—Me pareció un hombre extraño.

—¿Por qué motivo?

—Bueno, tiene el pelo cano y parece un anciano. ¿Es que acaso tiene diez mil años para verse así?

Allan soltó una sincera carcajada, y debió sujetarse de una barda para no caer.

—Por el contrario, Zarah, el doctor Trauman es un hombre joven, apenas tiene ochenta años.

Zarah lo miró sin mostrar ninguna expresión, solo en ese mundo extraño un hombre de ochenta años y joven iban en la misma oración.

—Recuerda que nosotros nos mantenemos jóvenes gracias al grado de poder que poseemos, podemos manipular nuestra apariencia, y con mayores conocimientos somos longevos, casi inmortales. Pero aprender esos conocimientos requiere tiempo. El doctor Trauman aún es joven, él aparenta la edad que realmente tiene.

—¿Y para ti joven es tener ochenta años?

—Si lo comparas con mis mil años, sí —contestó con sencillez.

—¿Y qué soy yo para ti? ¿Un bebé? —espetó, sin poder evitar molestarse.

—Eres una mujer muy linda —le dijo con una voz tan dulce que ella no pudo evitar ruborizarse.

—El doctor Trauman es un hombre joven, solo tiene ochenta años, apenas ha superado el grado de aprendiz —le explicó Allan, cambiando de tema a propósito para no molestarla—. Debes ser instructor para tener los conocimientos para mantenerte joven, o ser renacido, pero eso solo es para los Alma de Fuego y algunos Iris.

—Entonces, ¿crees que yo aprenderé a ser joven eternamente también?

—¿Tú? Seguramente sí. Si es lo que quieres.

—Claro que lo quiero, es decir, tú te verás siempre joven y guapo, y yo...
—se calló abruptamente al notar que había hablado de más.

Allan sonrió, abrazándola lentamente, dulcemente, al tiempo que le decía al oído.

—No me importa qué apariencia tengas, si es que llego verte a convertida en una anciana sería feliz, porque habría logrado mi propósito de evitar que la vida te arrebatara de mi lado.

Zarah apoyó la cabeza sobre su hombro, perdida en él. Le encantaba sentirse entre sus brazos, su calor, todo él le transmitía una seguridad y una paz que no podía encontrar en ninguna otra parte.

El sol comenzaba a ponerse en el horizonte, un ocaso precioso bañado de tonalidades violetas y anaranjadas, pero Zarah ni siquiera lo notó, inmersa como estaba en sus pensamientos y emociones, sintiendo en su interior un ardor comparable al rojo fuego del sol que se le escapaba a ese día.

Un pequeño gato negro jugaba en el patio delantero, y maullando sonoramente se acercó a ellos.

—Currumiaus quiere que te tomes esto —dijo repentinamente una niña pequeña, saliendo tras unos arbustos.

Zarah dio un respingo.

—Amy, te dije que no es educado que espíes a la gente —le dijo Allan en un tono que no tenía nada de regaño.

La niña se acercó a él y lo abrazó por la cintura. Allan la cargó en brazos y la niña no tardó de rodearle el cuello para besarlo sonoramente en las mejillas.

—Tienes mucha suerte con las niñas pequeñas —bromeó Zarah, aún con la mano sobre su pecho, sintiendo su corazón agitado por el susto.

—Hola, princesa —la saludó la niña, bajando de los brazos de Allan para acercarse a ella—, ¿te acuerdas de mí? Te saludé en la ceremonia.

—Ah, sí... claro —mintió Zarah, estrechando la mano que la pequeña le tendía cordialmente.

—Vamos adentro para que tomen asiento —les dijo como una pequeña dama en miniatura, adelantándose a la casa.

Zarah miró de reojo a Allan, siguiendo a la pequeña hacia la casa, precedida por el joven.

Apenas hubieron llegado al umbral, cuando la pequeña niña se había perdido de vista. Zarah no supo qué hacer, si continuar y entrar por su cuenta, o esperar a que la pequeña niña regresara.

Justo en el momento en el que lo estaba pensando, Amy apareció por una puerta lateral, llevando una humeante taza entre las manos.

—Por favor, pasen y pónganse cómodos —les dijo con naturalidad, dirigiéndolos a la sala. Zarah iba a seguirla cuando la pequeña se giró sobre sus talones, tendiéndole a Zarah la pequeña taza humeante —. Tómame esto y te sentirás mejor.

—¿Amy, qué es eso? —le preguntó Allan, intentando ver el interior de la tacita de juguete.

—Es mi poción mágica contra los resfriados, con un toque de tila para calmar los nervios.

—¿Resfriados? —Zarah frunció el ceño—. Yo no estoy resfriada.

—Pero lo estarás.

Zarah iba a reír, pero Allan se le adelantó a explicarle.

—Amy es un Anillo de Cristal, tiene la habilidad de ver el futuro. Si dice que te vas a resfriar, es porque así va a ser. Así que, tómame —le dijo condescendentemente—. Amy es muy hábil en la clase de Bioquímica, hace buenas pociones. Tómame, Zarah.

La joven se sorprendió de que Allan le siguiera el juego a la pequeña, mirando con desconfianza la taza en su mano.

—No te preocupes, no tiene nada malo —le aseguró Amy.

—Bébelo Zarah, yo lo haría —le aseguró él con una sonrisa que denotaba lo contrario—. Siempre confío en lo que Amy dice que hacen sus pociones.

—¡Tú también tómame una! —le ofreció la pequeña, ofreciéndole una

segunda taza que sacó de la nada, como una verdadera maga de fiesta infantil.

Zarah se aguantó una risita burlona al ver la expresión de sorpresa de Allan, pero inmediatamente se le quitó cuando él, con la mirada fija en ella de forma retadora, la bebió toda de un solo trago.

—¿Lo ves? ¡No pasa nada malo! Al contrario, me siento mucho mejor —dijo al fin, aguantando una mueca de asco—. Tómame ahora la tuya, Zarah.

Aunque Zarah dudó un momento, sintió la pícara mirada desafiante de Allan, y como si un impulso de rabia la motivara, apretó la taza con fuerza y se bebió todo su contenido lo más rápido que pudo.

Para su sorpresa, cuando volvió la vista hacia Allan, este aún estaba viéndola con los mismos ojos penetrantes, y antes de que pudiera decir nada, sintió como si todo su cuerpo se entumeciera y entrara en un relajamiento extremo.

—¿Amy, cuántas gotas de tila le pusiste a la poción? —preguntó Allan volviéndose hacia la niña, sin poder evitar que se le trabara la lengua.

—Solo tres —contestó ella con delicadeza—. Pero le puse cincuenta de valeriana.

—¿Cincuenta?! —exclamó el joven estupefacto, comenzando a reír sin parar—. Amy, Amy, Amy... ¿Cada vez que inventas algo nuevo para tus pociones tengo que ser yo tu conejillo de Indias, verdad?

La niña solo lo observó con sus dulces ojos, para enseguida ponerse a jugar con una muñeca que salió de la nada.

—¿Quieren tomar asiento? Mamá no debe tardar en volver —los invitó la niña, encaminándose a la puerta de entrada con el gato siguiéndole los talones.

Zarah dio un traspié, la valeriana también comenzaba a hacer efecto en ella.

—Yo creo que deberíamos sentarnos un momento —le dijo Allan, forzándose en pronunciar bien las palabras, como un borracho—. ¿Te importaría?

—No, creo que está bien... —musitó Zarah lo primero que su confusa

mente logró articular, caminando como si fuera un bebé de un año, tropezando en cada paso.

Entre los dos lograron llegar al sofá de la casa, Allan ayudó a Zarah a sentarse y cuando iba a tomar asiento a su lado resbaló por el brazo y fue a dar de sentón en la alfombra. Zarah comenzó a carcajearse sin control, y antes de darse cuenta, ella también resbaló hasta quedar tirada en la alfombra, a su lado.

—Amy, recuérdame no volver a probar tus pociones hasta que cumplas al menos quince años —le dijo Allan, riendo también.

La niña, riendo tímidamente desde el umbral de la puerta, corrió a esconderse en la cocina.

—¿Por qué le dicen pociones? —preguntó Zarah, haciendo todo lo posible por hablar en forma normal y no sonar como una persona ebria, igual que él —. Díganle tesito... o medicina, ¿pero pociones? Pareciera que habláramos con una brujita que juega con su calderito.

—¡Pero si es lo que es Amy! Y tú también —recalcó Allan, sin dejar de sonreír—. Una brujita muy traviesa, ¿no es cierto?—Le pellizcó la nariz como si ella fuera la niña de siete años.

—¿Qué? Creí que dijiste que éramos Capadocia.

—Capadocia, brujos, hechiceros, magos... Tantas formas de llamar a lo mismo.

—Pero, pero...

—¿Hacemos magia? Sí, es una forma vulgar de decirlo, pero así es. Amy es una iniciada, tú lo serás también, irás aprendiendo más y más poco a poco, hasta que llegues a un grado avanzado de instructor o maestro... —movió las manos y de la nada apareció un hermoso ramo de flores y se lo tendió.

—¿Cómo hiciste eso? —Zarah se sobresaltó, haciéndose hacia atrás.

—Soy un Maestro —él sonrió pícaramente—. Cuando quieras, te enseño.

—¿Te refieres a un maestro de escuela o a un Maestro, Maestro? Como los que me mencionaste en el hospital.

—Un Maestro, Maestro —contestó él, jugueteando con las flores.

—¿Quieres decir que tú... eres muy poderoso, no es así?

—*Síp.*

—En ese caso, considero que deberías estar dentro del Círculo, porque no entiendo por qué alguien como tú no puede estar allí, y alguien como Zack — sacó la lengua en una mueca de asco—, sí lo está.

—Zack fue reconocido con ese honor por tu abuelo por salvar a tu hermano.

—Y tú me salvaste a mí.

Él la miró de una forma llena de emoción, negando lentamente con la cabeza al tiempo que una amarga sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Yo no te salvé, Zarah... De ser por mí, jamás le habría dicho a nadie donde te encontrabas. Te habría mantenido oculta en tu mundo, a pesar de saber quién eras y a dónde pertenecías. Lo habría hecho. Lo iba a hacer... No me importaron las consecuencias, poner en riesgo el nombre que por tantos años me ha costado ganar, que me encarcelaran de por vida o me cortaran la cabeza si era descubierto. Soy malo, Zarah, no debes confiar en mí. Soy tan despreciable que lo iba a hacer sin importarme nada ni nadie... —La miró a los ojos con una mirada llena de fervor—. Y todo por una razón.

—¿Cuál...? —preguntó ella con voz temblorosa.

—Tú... — y sin decir nada más, se acercó y la besó en los labios.

Zarah sintió que el corazón se le iba a salir del pecho, al tiempo que mil mariposas revoloteaban por todo su cuerpo prácticamente impulsándola al cielo con ellas. Debía estar soñando una vez más, no existía otra explicación, había deseado ese momento por tanto tiempo que ahora le costaba creer que fuera real... ¿Sería real o estaría soñando de nuevo?

Como si Allan comprendiera su temor, se alejó de su rostro, solo lo necesario para verla a los ojos.

—Allan... —musitó ella, todavía con la mente nublada por el momento.

—Te amo, Zarah —le dijo Allan en un susurro ronco, colmado de emoción, volviendo a atrapar sus labios con su boca. Zarah se perdió en ese nuevo beso, ahora segura que no soñaba, pero más todavía que estaba en el cielo mismo y Allan era su sol.

Él la abrazó, atrayéndola más contra su cuerpo, sus manos en su espalda y su nuca, en un tierno pero firme abrazo que le transmitía tanto su amor como el deseo de no volver a soltarla jamás.

Allan se forzó por moderarse. De haber estado mil años atrás, quizá habría dado rienda suelta al deseo de su corazón, que llevaba tanto tiempo esperando por ella, pero Zarah solo tenía dieciséis años. Su deber era protegerla, hasta de sí mismo...

Separarse de ella fue una de las cosas más difíciles que tuvo que hacer en su vida.

Sin dejar de abrazarla, la miró a los ojos, iluminados por la ilusión y el amor que ella sentía por él. Zarah no sabía si ponerse a reír o llorar de alegría,

tantas emociones al mismo tiempo juntas que le provocaban unas ganas increíbles de ponerse a brincar por todos los rincones de la casa a la vez que se sentía desfallecer. Aquella calidez era lo único que ocupaba su mente y su corazón, ya nada importaba. Lo único presente en su vida era ese momento y no quería se acabara jamás.

Pero como todo lo bueno en esta vida, terminó muy rápido...

—¿Sabían que el efecto de la poción finalizó hace quince minutos? —les preguntó Amy con una risita traviesa, volviendo a esconderse tras la puerta de la cocina.

Zarah miró a Allan con los ojos muy abiertos, sin poder pronunciar una palabra, sentía que su pecho iba a estallar de la emoción y que el aire se le escapaba de los pulmones.

Allan se quedó muy cerca, observándola también, y cuidadosamente le acarició el rostro con el dorso de la mano, como quien toca algo que ama pero le es inalcanzable...

Una lágrima rodó por su mejilla.

Zarah lo miró preocupada, ¿estaba llorando...? ¿Por qué estaba llorando? ¿Es que no le gustaba ella? ¿Lo había hecho mal? Era su primer beso, no tenía idea de cómo besar...

—Te amo, Zarah— le dijo él en un murmullo bajo, terminando con las cavilaciones alocadas que habían comenzado a suscitarse en su cabeza.

Zarah sonrió, sin poder evitar que los ojos se le nublaran, humedecidos por las lágrimas.

—¡Pudiste apurarte, Rebecca! —oyeron una voz conocida justo en el momento cuando iba a responderle, una voz que la hizo callar de golpe, recordándole que no estaba sola en esa isla, y al parecer, también a Allan, quien se puso rígido al instante—. Hemos tardado cinco minutos extra.

—Ya están aquí —le dijo Allan, separándose de ella con un esfuerzo que requirió de todo su dominio. De haber sido por él, se habría quedado al lado

de ella para siempre.

—¡Te dije que te dieras prisa!—volvió a oírse la voz de Raquel.

—¿Y por qué me reclamas a mí? ¡Fueron Alessanda y Jacqueline las que tardaron repartiendo los dulces a los niños de su clase! —contestó la voz de Rebecca, tan enojada como su gemela.

Allan y Zarah se apuraron en ponerse de pie antes de que la puerta se abriera, al tiempo que Amy corría a recibir a los recién llegados.

—Amy, espera... —le pidió Allan en voz baja.

—Yo no diré nada si tú no cuentas que les puse valeriana en la poción —le dijo la pequeña con voz pícara, cerrándole un ojo.

Allan sonrió, guiñándole un ojo también en señal de respuesta.

—¡Mamá! —gritó la niña, corriendo hacia la puerta, todavía cerrada.

La puerta se abrió en ese momento, y por ella entró Flérida.

—¡Hola, mi amor! —exclamó la mujer, atravesando el umbral con los brazos extendidos para abrazar a su pequeña—. ¿Te portaste bien?

—Sí, mami —contestó la pequeña dejando que su mamá la cargara y la llenara de besos, volteando a ver a los chicos por el rabillo del ojo con una sonrisa traviesa.

—Perdonen la tardanza —Flérida comenzó a disculparse con ellos, pero en su rostro se dibujaba una sonrisa muy peculiar, muy parecida a la de su hija, y Zarah sintió que no había sido una coincidencia su demora—. Ustedes entenderán cómo es esto de traer a tanta gente que estaba dispersa a un solo lugar, siempre pasa algo que nos retrasa...

—¡Pasa que estas son una retrasadas, pero mentales! —gritó Raquel echando chispas por los ojos. Por alguna razón llevaba su cabello rubio, antes muy bien peinado en una elegante cola de caballo, todo revuelto y con manchas de lodo, además de que su traje se encontraba desordenado y sucio.

Amy la miró y rio disimuladamente, echando una miradita de complicidad con su madre.

—Raquel eres una exagerada, y no nos insultes ¿quieres? —le dijo

Rebecca.

—Si tanto querías llegar de prisa, te hubieras ido tú sola — exclamó una joven alta y gordita, de cabello cobrizo muy hermoso que dejaba suelto en ligeros rizos. Zarah la reconoció enseguida.

—¡Alessandra!

—¡Zarah, ya estás aquí! —La joven corrió a saludarla con un apretado abrazo, colmándola de besos en las mejillas—. Qué alegría tenerte aquí, princesa.

—Gracias —contestó Zarah, pero guardó silencio cuando escuchó la voz de Raquel, quien seguía discutiendo sin prestarles la menor atención.

—¡Lo hubiera hecho si no me hubiera caído en ese charco de lodo al intentar evitar que ese maldito mono me quitara mi Kanan! —gritó Raquel furiosa, y casi soltando el llanto, continuó:—. ¡No podía caminar por la isla así...! ¡Me veo horrible!

—Te ves muy linda, mujer, no veo cuál sea el problema —agregó una cuarta chica que se unió a las anteriores. Era extremadamente bella, con ojos verde topacio y el cabello del mismo color que el oro, tenía una nariz pequeña y respingada y labios carnosos muy rojos. Al entrar en la habitación se percató de la presencia de los visitantes y guardó inmediatamente silencio.

—¡Hola, Jaqueline! —la saludó Zarah, sorprendida por conocer a alguien más tímida que ella por primera vez.

—Hola princesa, qué bueno es volver a verla —le dijo en tono solemne.

—Qué bueno que ya están todas aquí —exclamó alegremente Flérida, aún con su pequeña en los brazos—. Ahora será mejor que nos demos prisa, debemos ir al palacio a iniciar la ceremonia de Zarah.

—Vayan ustedes, yo me voy a tomar una ducha y a cambiarme de ropa — bramó Raquel, echándole a Zarah una mirada airada antes de dirigirse a las escaleras.

—El rey ha pedido la presencia de todos sus guardianes —le dijo Allan, dejándola estática en su lugar.

—¿Y qué pretendes, Allan? —Raquel lo miró furiosa—. ¡Mírame! Estoy convertida en una estatua de tierra viviente, ¡no puedo ir a la ceremonia así!

—Es cierto, te ves horrible —le dijo su gemela, mirándola con desgano—. ¿Por qué no se adelantan, Allan? Yo la esperaré, estaremos a tiempo en la ceremonia, te lo prometo.

Zarah por alguna razón tuvo el presentimiento que en realidad lo que Rebecca quería decir era que iba a asegurarse de que su hermana estuviera allí. Como si todo eso fuera una excusa para no asistir.

Zarah miró a Allan, quien sencillamente le dedicó un gesto de asentimiento a Rebecca antes de decir:

—Vámonos entonces. Yo llevaré a Zarah, ustedes síganos.

—Sí, capitán —contestaron todas al unísono.

Allan posó una mano sobre los hombros de Zarah y la llevó con él fuera de la casa. Al pasar, Zarah todavía podía ver la sonrisa pícaro en el rostro de Amy.

Allan la miró a los ojos al llegar al *moo*, Zarah notaba que deseaba decirle algo, pero no encontraba las palabras. Además, la vista de todas las mujeres desde la casa estaba fija sobre ellos, seguramente él podía sentirse tan observado como ella. ¿Es que así se sentiría un pez en una pecera?

—Ponte el casco —le pidió, volviendo a darle el casco, como si buscara mantener un poco de distancia con ella.

Zarah se lo colocó. Allan ya se encontraba montado en la motocicleta, y le tendió una mano para ayudarla a subir. Al hacerlo, el contacto entre ellos lo prolongó más, estrechando con fuerza sus dedos entre los suyos.

El cinturón volvió a sujetar la cintura de Zarah, pero ella de todas maneras se aferró de Allan, apoyando la cabeza contra su espalda. El traje lo protegía bien, pero le permitía sentir a plenitud su cuerpo masculino, las curvas de sus músculos firmes y bien definidos, así como la tibieza de su cuerpo. Le encantaba esa sensación.

—¿Lista? —le preguntó Allan, volviéndose a mirarla con gesto divertido.

Zarah sintió que las mejillas se le encendían al verse descubierta, pero no le importó, y se limitó a asentir con la cabeza sin dejar de abrazarlo.

Allan puso en marcha el *moo* y enseguida partieron a toda velocidad.

No tardaron mucho en llegar al palacio, iluminado por las luciérnagas y las farolas nocturnas. Lucía sumamente hermoso, casi como salido de un cuento de hadas.

Allan la ayudó a bajar de la motocicleta. A la luz de las estrellas se veía tan apuesto, como si su piel misma lograra irradiar la luz de la luna, una sonrisa ladeada dibujada en sus labios. Le ayudó a quitarse el casco una vez más, sin dejar de mirarla a los ojos con un brillo singular encendido en la mirada, ese mismo brillo que tantas veces antes había visto ella encenderse en esos ojos negros que tanto amaba.

—Zarah...

—¿Sí?

—Sobre lo que pasó...

—¿Sí...?

—Yo... lo siento.

Ella sintió que el alma la abandonaba, y no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas.

—¿Lo sientes? —preguntó casi sin voz.

Él acarició su rostro, secando con el pulgar una lágrima escurridiza que resbalaba por su mejilla.

—Yo no debí dejarme llevar por la situación... Amy puede ser muy traviesa a veces... Y yo...

—Entiendo.

—Yo dije cosas que no debí decir... Y el besarte...

—No debiste hacerlo —adivinó ella lo que iba a decirle, apartándose un paso.

—No... —Allan la miró a los ojos. Y se le partió al corazón al verla llorar. Era ridículo, él la amaba, y ella también lo amaba, y no podían estar juntos...

Mil años había esperado por ella, y no podían estar juntos...

¡¿Pero por qué no, demonios?!

¡Él la amaba y ella lo amaba! Tenían todo el derecho del mundo para estar juntos. ¿Y qué si lo condenaban? Prefería la muerte a estar alejado de ella por más tiempo. Había vivido al borde de la muerte por mil años buscando su final, y ahora que ella había vuelto no se iba a convertir en un cobarde, ¡si iba a vivir, lo iba a hacer al máximo, y lo daría todo por estar con ella!

Se lo debía a ella, se lo debía a sí mismo.

Y ante todo cumpliría su promesa, no la haría sufrir. Madeleine, Zarah..., ya había sufrido bastante por su culpa en el pasado y el presente.

Y por su cuenta corría que eso no volviera a suceder.

—Sí, lo siento, siento haberte besado —continuó él, dirigiéndole una mirada tan intensa como ferviente, tomando sus manos entre la suyas—, no sin tu consentimiento. No fue debido.

Zarah tardó en reaccionar... ¿Se estaba disculpando por haberla besado sin permiso?

Ella arqueó una ceja, mirándolo con extrañeza.

—¿Por qué no? —preguntó en un susurro, sin saber qué otra cosa decir.

Allan sonrió y acarició su rostro, acercándose tanto a ella que sus narices prácticamente se tocaban.

—Zarah... yo... Yo solo soy un soldado, mi deber es protegerte. Si tu abuelo se entera de esto...

—No le diré nada, no te preocupes por eso. No quiero crearte problemas, Allan.

—No es lo que me diga a mí, sino a ti, Zarah —él puso el mayor énfasis en esa frase—. Zarah, eres una princesa, tu destino es casarte con un hombre de familia importante, si se enteran de que tienes una relación con un plebeyo de baja categoría como yo... No quiero degradarte, Zarah.

—¡Allan, tú nunca harías eso!

—No soy más que un soldado...

—No es cierto, eres mucho más que un soldado para mí. Eres Allan. Mí Allan... —Lo miró a los ojos, aferrándose de la mano con la que él todavía mantenía sujeta la suya para darse valor—. Eres el hombre del que siempre he estado enamorada. Eres tierno, cariñoso, inteligente... eres perfecto para mí.

—No soy nadie a tu lado. Eres una princesa, Zarah.

—Yo no era nadie, y tú me viste, te fijaste en mí cuando nadie más me veía. Yo te quiero, Allan —Lo miró a los ojos, sintiendo que las mejillas le ardían—. No me importa qué grado seas en esta sociedad extraña, me importa quién eres. Y eres mi Allan, y eso no cambiará ni aquí ni en Marte ni en ningún otro lugar del universo. Eres mi Allan... y yo te amo.

Allan sonrió, acariciando tiernamente su rostro.

—Zarah, me dejaría cortar tres veces la cabeza de saber que a cambio podría pasar un minuto a tu lado. Pero tú... Tú serás deshonrada si se sabe que estás conmigo.

—No me importa.

—Pero a mí sí. No quiero causarte ningún daño, me importas demasiado como para permitir que por mi culpa...

—No me importa —repitió ella—. Solo tú me importas.

—Y solo tú me importas —repitió él, abrazándola.

—¿Allan?

—¿Sí? —Él se separó para verla a los ojos.

—Lo que dijiste de que te dejarías cortar la cabeza... ¿a qué te referías?

—No podemos estar juntos, Zarah. Es pena de muerte... para mí.

Zarah palideció, separándose de él un par de pasos.

—¿Qué? ¡No pueden hacer eso! ¡No lo permitiré! —Él posó un par de dedos sobre sus labios, haciéndola callar.

—Está bien, no me importa.

—¿Cómo que está bien...?

—El riesgo vale la pena, con tal de estar contigo.

—¡Por supuesto que no! No permitiré que te dañen, Allan. Hablaré con mi abuelo...

—Zarah, no hay nada que puedas hacer...

—¡Entonces me iré de aquí! No quiero ser parte de una civilización donde se castigue a alguien de una manera tan brutal solo por...

—Zarah, te amo.

Zarah se quedó callada con la palabra en la boca.

—Te amo —repitió él, tomando su rostro entre sus manos—. Te lo dije, soy un tonto egoísta enamorado de ti. Te deseaba solo para mí, fue esa la razón por la que no le dije a nadie quién eras ni dónde encontrarte. Iba a quedarme contigo en el mundo de los Homos, iba a hacer todo lo posible por conquistarte y ganarme tu corazón, quería que me amaras tanto como yo a ti, de la misma manera como tú me robaste el mío.

—Allan... —Los ojos de Zarah se llenaron de lágrimas.

—Estuve cerca de perder la cabeza, pero la verdad es que creo que la perdí el día que te conocí. La perdí por ti. Ahora tú eres mi dueña, Zarah. Daría la vida por ti, por estar a tu lado, sin dudarlo.

Zarah lo abrazó por el cuello, ocultando los ojos que se le habían llenado de lágrimas.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Te lo iba a decir la noche de la fiesta de Maricarmen, antes de que esos Kinam llegaran.

Zarah soltó una risita.

—Es irónico que siempre nos tengan que interrumpir cuando llega lo mejor, ¿no lo crees?

Allan sonrió también, acariciando su rostro.

—Dímelo a mí.

—¿De verdad ibas a dejar todo esto por mí?

—Sin dudarlo.

Zarah agachó la vista, pensativa.

—Huyamos juntos.

—¿Qué has dicho? —Allan le levantó la barbilla.

—Huyamos juntos —repitió ella, mirándolo a los ojos—. Salgamos de esta isla, regresemos a casa y...

—Zarah, ellos saben dónde encontrarte. Te rastrearán, te seguirán a donde sea. Además, no podrías dejar a tu familia, ¿no es así? —Le quitó el cabello del rostro que el viento le golpeaba contra la frente—. Ellos son muy importantes para ti, separarte de ellos sería... No podría hacerte algo así.

—¿Entonces qué hacemos? No permitiré que te corten la cabeza solo por mí.

—Vale la pena si estoy contigo, Zarah.

—Pero...

—Tengo un plan —continuó él—. Hay una manera de que estemos juntos sin que tú seas deshonrada ni mi cabeza termine colgando de una pica.

—¿Cuál es?

—Debo ganar un honor, un honor digno de que me nombren parte del Círculo de la Estrella. Si lo logro tendré el rango para poder pedirle tu mano a tu abuelo.

—¿Mi mano? —Zarah arqueó las cejas, sorprendida.

—Pues claro... —Su rostro se llenó de tristeza—. ¿Es que tú no quieres casarte conmigo?

—¿Me estás pidiendo que nos casemos?

—Bueno, no es el modo usual, pero... —se rascó la coronilla, nervioso—. Sé que tienes dieciséis años, nadie se casa a esta edad en estos tiempos, pero si vamos a tener una relación quiero que sepas que es en serio, no...

—Sí —Zarah posó un par de dedos sobre sus labios.

Allan la miró sorprendido y sonrió, estrechándola entre sus brazos.

—Zarah, yo quisiera... yo...

—¿Sí?

—¿Puedo besarte?

Zarah sonrió, derramando un par de lágrimas más. En todo el tiempo que conocía a Allan nunca le había parecido un hombre chapado a la antigua como en ese momento, ¿cuándo había sido que los chicos dejaban de pedirle permiso a las chicas para besarlas?

—Claro que puedes, tontito —le dijo en voz baja, ocultando el nerviosismo que sintió cuando él la abrazó con más fuerza acercándola a él en un abrazo que no tenía nada de antiguo.

Zarah sintió la tibieza de su aliento sobre sus labios justo en el momento antes de que se unieran a los suyos, poseyéndolos con suavidad, y luego con fuerza.

Zarah se perdió en ese beso, el corazón le latía con tanta fuerza que bien pudo salirse del pecho, mientras se sentía alzada por él en un abrazo cada vez más apasionado...

Allan se detuvo lentamente, apoyó la frente sobre la suya, y la miró a los ojos, iluminados con un brillo colmado de amor.

—Te amor, mi princesa —le dijo en un susurro bajo, sin dejar de abrazarla.

—Y yo a ti, mi príncipe.

Él sonrió, negando lentamente con la cabeza, sin alejarla de su frente.

—Yo no soy un príncipe.

—Lo eres. Mí príncipe, el único dueño de mi corazón.

Continuará...

AGRADECIMIENTOS

Tengo muchas personas a las que agradecer, sin embargo, no puedo mencionarlos a todos. Ustedes saben quiénes son, de corazón, ¡gracias!

Gracias, querida Lola Gude, hacedora de sueños de tantos escritores. No tengo palabras para agradecerte por cumplir el deseo que llevaba guardando tantos años en mi corazón de ver esta historia publicada formalmente. Eres una excelente persona y amiga, tu gran devoción por tu trabajo se refleja en cada libro publicado por ti y para mí es todo un honor poder formar parte de esta colección. Dios te bendiga y te siga llenando de éxitos.

Gracias, muchísimas gracias, queridas lectoras y amigas, que leyeron cada día esta novela cuando estuvo colgada en el foro de El rincón romántico. Especialmente gracias querida Bree e Inma, ustedes dejaron una huella imborrable de ese tiempo en mi corazón. Es una novela viejita y ahora parece que fue hace siglos cuando la subí, pero ese tiempo fue tan especial, que lo atesoro en mi memoria como uno de los más entrañables momentos de mi vida. Sus comentarios fueron una motivación muy importante, ustedes fueron un apoyo increíble, su cariño es invaluable para mí. ¡Gracias de todo corazón!

Gracias a mi querida familia, sin la que no sería nada. Gracias a mis hermosas hijas y mi marido, les agradezco su paciencia, amor y apoyo incondicional. Muchas gracias mamá, eres una gran mujer, madre, amiga y esposa. Sin tu ejemplo de fortaleza, no sé dónde estaría hoy.

Gracias por ser ese pilar que tanto necesitamos en nuestra familia, y seguir siéndolo en esos días tan duros... Te amo con todo el corazón, mamá.

Gracias Xime por ser la mejor hermana del mundo, mi sostén y mi hombro para llorar tantas veces, la mejor amiga, la compañera de risas y mi cómplice en tantas cosas. ¡Te quiero, hermana! Gracias Rober por todo tu cariño y apoyo, gracias hermano por tus consejos, tu ternura, tus risas, por ser siempre tan alegre y divertido, por enseñarme a no tomar tan enserio la vida y atreverme a hacer lo que me da miedo. Gracias por tanto cariño, ¡te amo, Bro! Gracias Tom y Panchito, seguramente nunca leerán esto, pero sepan que los amo y siempre los veré como mis pequeños hermanitos consentidos, aunque sean mucho más altos que yo y hace ya años que tengan barba y pelo en pecho. ¡Los amo, hermanitos, son los mejores! Y gracias, mi adorado y muy amado papá, porque sé que, aunque no estés ya físicamente con nosotros, sigues presente en muchas otras formas. Vives cada día en mi corazón, tu recuerdo es mi eterna y constante compañía. Cada día es difícil, pero sé que sigues aquí, conmigo, con nosotros, amándonos y cuidándonos como siempre. Este libro es para ti, papá. Tú que siempre amaste mis novelas, que me hiciste reír a carcajadas con tus comentarios, que me hiciste llorar de alegría al verte orgulloso... Gracias por tu amor, papá. Te amo con todo mi corazón. Siempre vivo, siempre amado, siempre conmigo, papá.

Muchísimas gracias a todos mis amigos y familia, han sido un apoyo invaluable, sus comentarios me llenan de alegría el corazón. Gracias por tanto cariño, les aseguro que cada una de sus palabras son importantes para mí. Gracias querida Nonna, usted la mejor mentora, maestra, oradora, defensora de ideales y de esta escritora, su nieta, que la ama con todo el corazón.

Y gracias, por supuesto, a Dios, por todo lo que me ha dado.

Gracias, siempre gracias.

NOTA DE AUTORA

El autismo es un tema muy importante en mi vida, y es la causa que nos mueve en mi familia. Es por ello que me he impuesto la labor de poner un personaje con autismo o con alguna capacidad especial en cada libro que escribo, con la intención de crear conciencia y abrir los corazones de los lectores.

Buscamos un mundo donde la aceptación, la integración y el amor hacia las personas con capacidades especiales, sean una realidad en nuestra sociedad y en nuestro mundo.

Por favor, abre tu corazón y únete a nuestra causa.

¡Apoya a las personas con autismo y con capacidades especiales!

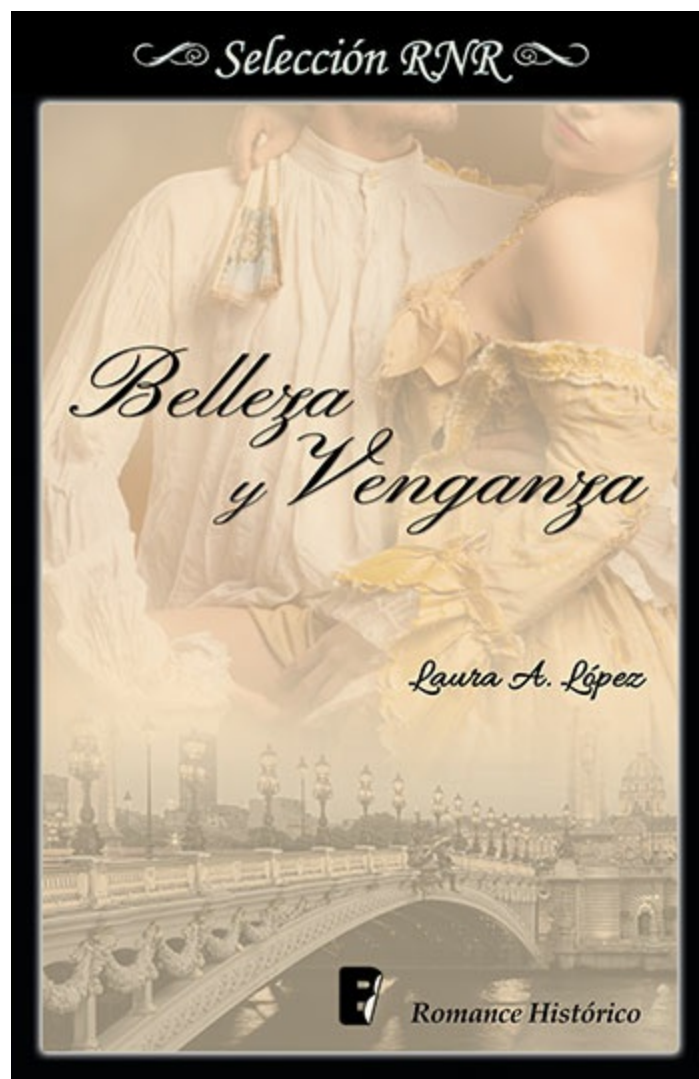
Si te ha gustado

Espíritus del pasado

te recomendamos comenzar a leer

Belleza y venganza

de *Laura A. López*



CAPÍTULO 1

Londres, finales de 1836.

Lady Emma se encontraba en su habitación con su doncella.

— Celia, voy a salir a ver a Rain —afirmó Emma decidida.

—Pero, milady, está oscureciendo —replicó la doncella.

—No importa, hoy en todo el día no la vi.

—Milady, es peligroso, una muchacha como usted no debe salir sola a estas horas.

Emma era la más hermosa y prometedora jovencita de catorce años, rubia de ojos grisáceos, su madre y su hermano estaban orgullosos de su belleza y encanto, en tres años más debutaría en la sociedad.

—No me va a pasar nada, Rain está lastimada, quiero saber si es muy grave.

—Pregúntele a su hermano, milady.

—Mi querida e ingenua Celia, mi hermano jamás me diría algo horrible y lo sabes, debo averiguarlo por mí misma.

—Es que la adoran, milady, y no los culpo, yo también la adoro.

—Celia, eres una atrevida —dijo entre sonrisas—, me pondré una capa y saldré por donde está el establo, ahora ya sabes por dónde estaré.

—No me gusta, milady, creo que es una mala idea.

—Deja de ser aguafiestas, por favor, ¿cuántas veces lo hice y no ocurrió nada? ¡Me voy!

En la biblioteca, Arthur, duque de Lancaster, hermano de Emma, se encontraba despidiendo a uno de sus mozos de cuadra.

—Max, estás despedido.

—No, excelencia, ¿por qué?

—He tenido quejas de ti por todas partes en esta casa, las criadas se quejan de que las acosas y manoseas, y para colmo de males, no cumples con tu

trabajo en las caballerizas, están sucias y ahora la yegua de Emma está lastimada por una piedra que le entró en una pata.

—¡Pero, excelencia!

—¡Pero nada! Recoge tus cosas y te vas de aquí, no voy a mantener vagos y degenerados, no te contraté para eso.

—Excelencia, llevo toda la vida sirviendo a su familia, mi familia los ha servido desde siempre.

—Pero tú no has hecho honor a tu familia, ellos trabajaban duro, tú eres un holgazán, no haces nada útil, lárgate ya y toma tu liquidación, es un buen dinero hasta que encuentres otro trabajo.

—Se arrepentirá de esto, excelencia —amenazó.

El mozo salió con deseos de venganza y fue a recoger sus cosas de su cuarto.

—Hiciste bien, querido —dijo la duquesa viuda.

—No lo quiero un día más aquí, estaba hartó.

—Yo lo sé, solo lo aguantaste por el hecho de que toda su familia trabajó para nosotros.

—Ellos eran gente honesta y decente, este no creo que lleve su misma sangre.

—Bueno, hijo, ya no importa, se irá.

—Bien, me calmaré porque estoy esperando a lord Brandon Waldow, tengo negocios con él.

—Ese calavera, hijo, no sigas su mismo ejemplo, y piensa también en casarte.

—Madre, basta con ese tema, sabe que soy muy joven, déjeme disfrutar unos años más de mi soltería.

—Tu padre moriría nuevamente al oírte decir eso.

—Padre era igual, se casó muy viejo con usted.

—¿Y eso quieres? ¿Dejar a una familia sola por ser un anciano?

—Madre, es usted extremista.

—Menos mal que tu hermana no caerá en las garras de un mujeriego.

—Claro, ya que la comprometieron al nacer, con un desconocido.

—Es el hijo de un conde, son gente de bien.

—Claro, para comprometer a su hijo de casi ocho años con un bebé, claro que son gente de bien —dijo con sorna.

—Deja el sarcasmo, Arthur.

—No puedo, está en mi —replicó sonriendo.

Emma salió sigilosamente por la puerta de servicio y fue hasta Rain.

—No te ves mal, Rain, me preocupé mucho por ti, sabes que eres mi compañera, dime ¿qué te ha pasado?

La yegua relinchaba como contestándole.

—¿Es en serio? Pobre de ti, amiga, pronto estarás bien y saldremos a pasear por el parque.

El mozo resentido salió por la puerta trasera y vio a la bella damita. Max estaba teniendo la idea para su venganza, tantos años de servir en esa mansión y lo echaron como a un perro.

—Me voy, Rain, ya es hora. Adiós, amiga, te vengo a ver mañana.

—Lady Emma, ¿qué hace usted por aquí?

—Oh, señor Max, vine a ver a Rain, está lastimada y hoy no pude venir más temprano.

—¿Alguien sabe que está aquí?

—No, por eso ya me voy... hasta mañana.

—Usted no va a ninguna parte, milady —dijo tomándola de un brazo —, usted me dará unos gustitos primero, es usted una niña muy bella.

—¡Suélteme! ¿Qué dice, Max? ¿Qué está haciendo? Trabaja para nosotros.

—No más, milady, su hermano me lanzó a la calle como a un perro y ahora quiero mi venganza.

—¿De qué habla? ¡Suélteme!

—Voy a desgraciar a su familia por siempre.

Emma estaba pálida, acababa de entender perfectamente lo que el hombre

quería, era muy inteligente.

—¡Usted no hará tal cosa! —espetó ella, y mordió la mano del mozo.

El hombre gruñó de dolor por la mordida.

—¡Maldita, me las pagarás!

Emma se echó a correr lo más rápido que pudo, pero él la alcanzó y entonces la golpeó en el rostro.

—¡Toma esto, ramera, ahora te haré mía!

—¡Auxilio, Arthur, madre! —gritaba desesperada.

—¡Cállate, perra, nadie te escuchará! —decía mientras la golpeaba y le rompía la ropa.

—¡No... por favor! —rogaba entre lágrimas, sangre y patadas.

—Claro que sí —profería el hombre con voz excitada.

Le abrió las piernas y le rasgó la ropa interior, lo iba a hacer. Se bajó el pantalón, pero en ese entonces sintió unas enormes manos en sus hombros que lo tiraron hacia un costado.

—¡Maldito desgraciado!, ¿qué estaba haciéndole?

—Nada, milord, ella es una puta.

—¡Ella es una niña, imbécil! —gritó Brandon mientras comenzaba a golpearlo.

Brandon había llegado justo a tiempo, escuchó los gritos desesperados de una mujer.

—Cuando se lo diga al duque, será hombre muerto —bramó dirigiéndose al mozo tirado casi inconsciente en el suelo.

—Milady, ¿está bien? —preguntó Brandon a Emma.

Ella no hablaba, sangraba por toda la cara y estaba muy asustada, incluso de Brandon.

—Milady, no le haré daño, cálmese... vayamos adentro —dijo llevándosela en brazos.

Él la llevó hasta la sala donde estaba lady Mabel.

—¿Emma? ¡Emma, hija! ¿Qué te ocurrió? —preguntó desesperada—, ¿qué

le hizo, calavera desgraciado?

—¿Qué? Yo la rescate de un hombre que intentó violarla.

—¡Arthur, Arthur! —gritó llorando lady Mabel.

—¿Qué sucede, madre? ¿Brandon? ¡Emma, por Dios!, ¿qué te sucedió? —preguntó corriendo hacia ella.

—Max... —respondió a apenas.

—¡Maldito desgraciado! —gruñó Arthur, mientras iba a su biblioteca para traer su arma.

Al cabo de unos minutos, regresó aún muy alterado.

—¿Dónde está? —preguntó esperando la respuesta.

—En los establos —respondió Brandon—. ¿Qué vas a hacer?

—Simplemente lo mataré, nadie toca a mi hermana y vive para contarlo.

Arthur salió enfurecido y encontró a Max intentando levantarse.

—¡Ni siquiera lo intentes, infeliz!—advirtió, Arthur apuntando con su arma.

—Excelencia, perdóneme por favor.

—¡Jamás, eres hombre muerto! —contestó disparándole al pecho. Ese fue el fin del mozo, pero el comienzo de la triste y asustadiza existencia de Emma. Pese a no haber logrado su objetivo, la había asustado y dejado mal herida.

Se culpaba de lo que ocurrió por su belleza, pensaba que nunca más la mostraría, quizás otros hombres querrían lo mismo de ella.

No quería pasar por lo mismo.

—Lady Emma —dijo Brandon —, ¿se encuentra mejor?

Esa pregunta la sacó de sus pensamientos, ella lo miró y lo primero que pensó fue que era un hombre muy agraciado, caído del cielo, pero que debía ser como todos.

—Si —respondió sin mirarlo siquiera—, gracias, milord.

—Lord Brandon Waldow, soy su vecino, milady.

—Gracias por salvarme, de no ser por usted...

—No lo recuerde más...

—Emma, hija, vamos a tu habitación a curarte y cambiarte —interrumpió su madre.

—Sí, madre, y gracias otra vez por lo que hizo por mí, lord Brandon.

—No hay por qué, milady —respondió Brandon al ver que se alejaba la niña más hermosa que jamás había visto.

El pasado vuelve a la vida de Zarah. Un pasado tan inesperado como fantástico. Ahora ella necesitará todas sus fuerzas para encararlo, si es que quiere sobrevivir. Por suerte, Allan se encuentra a su lado, dispuesto a ayudarla. Aunque los secretos aún persisten y parecen capaces de distanciarnos, a pesar de sus esfuerzos por mantenerse unidos.

Allan se siente aliviado de que Zarah esté viva y a salvo, sin embargo, si quiere que las cosas permanezcan así, tendrá que echar mano de todo su ingenio y fortaleza. Grandes eventos se aproximan, y si ambos quieren estar juntos, tendrán que luchar por su amor. Incluso si hacerlo significa tener que enfrentar a los altos mandos de La Capadocia.

Un mundo nuevo, una familia desconocida, un amor imposible y un secreto aún más grande que desvelar, se encierran en esta historia que te llegará al alma.

Victoria Magno nació en Santiago de Chile. A los nueve años se mudó junto con su familia a México, donde reside con su esposo e hijas. Desde pequeña sintió el impulso por leer, dibujar y escribir, esto último es su más grande pasión. Como madre de una niña con autismo, una de sus más importantes metas es difundir información sobre este trastorno. Con el fin de crear conciencia e integrar a las personas con “capacidades extraordinarias”, la autora incorpora en cada una de sus historias un personaje especial. Su idea es que esto ayude a la lucha contra la discriminación y la ignorancia con la que deben enfrentarse su familia todos los días, así como otras familias de niños especiales. También escribe bajo el nombre de Estrella Rubilar.

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2018, Victoria Magno

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-991-1

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Espíritus del pasado

Nota editorial

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Agradecimientos

Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Victoria Magno

Créditos